

A full-page photograph of a very muscular man with a thick brown beard and sunglasses. He is shirtless, showing his well-defined pectoral and abdominal muscles. He is in a locker room, with wooden lockers visible in the background. He is holding a dark-colored pair of pants or shorts with a black belt. The lighting is dramatic, highlighting the contours of his muscles.

RACHEL REID

TOUGH
Guy



Traducciones LPLB





Sinopsis

No tienen nada en común, entonces, ¿por qué Ryan se siente él mismo cuando está con Fabian?

La estrella del hockey profesional Ryan Price puede ser un ejecutor¹, pero fuera del hielo lucha contra la ansiedad. Recientemente fue traspasado a los Toronto Guardians, y está decidido a empezar de nuevo en el dinámico LGBTQ village² de la ciudad. Lo último que espera que espera encontrar en su nuevo vecindario es un recuerdo de su pasado en la fabulosa forma de Fabian Salah.

El aspirante a músico Fabian detesta el hockey. Pero eso no lo detiene de sentirse atraído por cierto defensa musculoso y de barba pelirroja. No ha olvidado el beso que casi compartieron en el instituto, y está claro que la química entre ellos no ha hecho más que intensificarse.

Fabian está más que feliz de ser el guía de Ryan en la escena gay de Toronto. Entre clubes de baile y exposiciones de arte, y el sexo más increíble, Ryan empieza a sentir algo que no ha experimentado en mucho tiempo: *alegría*.

Pero jugar el papel del rudo en el hielo ha pasado factura a su cuerpo y mente, y un futuro con Fabian puede significar colgar los patines para siempre.

Un clic con confianza. Este título forma parte de la colección Carina Press Romance Promise: todo el romance que buscas con un HEA/HFN. ¡Es una promesa!

¹ Un ejecutor desempeña un papel no oficial en el Hockey sobre hielo. Su trabajo consiste en disuadir y responder al juego sucio o violento de los contrarios. Se espera que los ejecutores reaccionen agresivamente, peleando o controlando al ofensor; sobre todo se espera que actúen con especial dureza a la violencia contra los jugadores estrellas.

² The Gay Village, mejor conocido como 'The Village', es un barrio predominantemente gay ubicado en el centro de la ciudad de Toronto (Hogar de la comunidad LGBTQ más grande de Canadá). Es un área repleta de cafés, restaurantes, tiendas de ropa y una amplia variedad de bares y lugares para salir por la noche.





TOUGH GUY

Rachel Reid





Este libro es para Matt, a quien no le gusta el hockey, pero lo amo igual.





Contenido

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)





[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)





Prólogo

Septiembre 2018

—¿Estás feliz?

Ryan Price no podía saber si el entrenador Cooper le estaba haciendo la pregunta a él o a la computadora de la que el hombre no había quitado los ojos. La respuesta honesta era que Ryan no podía recordar cómo se sentía la felicidad, pero eso sería algo incómodo de admitir, así que en su lugar se limitó a decir:

—Claro.

—Genial —dijo el entrenador distraídamente—. Me alegro de oírlo. ¿Ya has encontrado un lugar para vivir?

—Todavía estoy en el hotel, pero estoy buscando en...

—Supongo que ya eres un experto en cambiar de ciudad —El entrenador finalmente dirigió su mirada a Ryan, y le sonrió como si acabara de pensar en la broma más divertida del mundo—. Ya tienes prácticamente una tarjeta de bingo llena ahora, ¿verdad?

—Sí —Ryan ni siquiera intentó devolver la sonrisa—. Más o menos.

El entrenador se recostó en su silla y cruzó sus musculosos brazos sobre su pecho. Bruce Cooper estaba posiblemente en mejor forma que cualquier jugador de los Toronto Guardians. Él nunca había jugado en la NHL, pero mantenía su cuerpo en plena forma, como si sugiriera a sus jugadores que podría fácilmente atarse los skates y sustituir a cualquiera de ellos en cualquier momento.

—Bueno, ya sabes por qué estás aquí. No tengo que decirte qué clase de jugador eres, y lo que esperamos de ti. Seguro que entiendes lo que digo.

Dejó de sonreír, y fijó una mirada muy aguda en Ryan.

Ryan entendió bien lo que quería decir. Era lo mismo que todos los entrenadores





que había tenido desde que tenía diecisiete años le habían dicho: *necesitamos que le des una paliza a los oponentes que amenazan a nuestros mejores jugadores.*

—Sí, entrenador. —dijo Ryan.

Acababa de terminar su primer patinaje con los Guardians, y había ido... *bien*. Algunos jugadores le habían lanzado miradas curiosas, pero nadie había sido particularmente amigable con él. La reputación que Ryan tenía obviamente lo precedió.

—Proteger a Kent es la prioridad —dijo el entrenador—. Él no sabe cuándo callarse, pero no queremos que se lastime. Los chicos podrían pensar dos veces antes de venir por él si saben que tendrán que, ya sabes, *pagar el precio*³. —él sonrió.

Ryan se encogió.

—Sí, lo entiendo.

—Bien —dijo el entrenador alegremente—. Ahora, la otra cosa de la que quería hablar es sobre tu historial de no llevarte bien con tus compañeros de equipo.

Ryan Price pasó su lengua por la parte inferior de sus dientes delanteros, raspando los residuos de los cuatro Tums⁴ que se había tragado antes de entrar en la oficina de su nuevo entrenador. Quería que el antiácido actuara en su estómago lo más rápido posible para esto.

—No es eso —intentó explicar Ryan—. Quiero decir, no es que no me lleve con ellos. Simplemente... me mantengo al margen. Supongo.

El entrenador frunció el ceño.

—Los Guardians son un equipo, Ryan. En el hielo y fuera de él. Los equipos se

³ En el original 'Pay the Price', juego de palabras con el apellido de Ryan

⁴ TUMS es la marca comercial de una tableta masticable que sirve para el alivio de la acidez estomacal.





construyen sobre la base de la confianza y la camaradería.

—Lo sé. Me esforzaré más.

—Me alegro de oírlo. —dijo el entrenador, como si el asunto estuviera resuelto.

Ryan no esperaba formar ningún vínculo particularmente fuerte con ninguno de sus compañeros de equipo. Algo sobre ser naturalmente torpe, tímido, clínicamente ansioso, tener fobia a volar, y ser, oh sí, *gay*, no lo hacía exactamente un imán de amigos en los viejos vestuarios.

Pero lo intentaría.

—Y, escucha —El entrenador bajó la voz y se inclinó hacia delante—. No vas a, como, *enloquecer* con nosotros, ¿verdad? ¿Como antes?

Las cejas de Ryan se dispararon. *Wow. Eso fue directo.*

—Yo... he estado trabajando en eso.

El entrenador entrecerró los ojos.

—Trabajando en eso, como, ¿qué? ¿Meditación o yoga o algo así?

—No. Quiero decir, un poco. Pero, como, terapia. Y tomo algunos medicamen...

—Así que lo tienes controlado. Bien —El entrenador agitó la mano, claramente contento de haber terminado la conversación—. Vamos a pasar por el campo de entrenamiento y vamos a averiguar dónde vas a encajar en este equipo.

—De acuerdo, entrenador.

Cuando el entrenador volvió a su ordenador, Ryan se levantó, asintió y salió de la





oficina. La pequeña charla no había sido muy diferente de la que había tenido con su último entrenador. O con el entrenador anterior. *Queremos que seas terrorífico en el hielo, y normal fuera de él.*

Ryan se dirigió a los vestuarios para prepararse para las pruebas físicas que los Guardians harían esa tarde. En el salón, vio al jugador estrella de Toronto, Dallas Kent, hablando con otro jugador estrella, Troy Barrett. Kent era bajito para ser jugador de hockey, con el pelo rubio y los ojos azul pálido. Él no era lo que Ryan llamaría atractivo, pero eso era principalmente porque su arrogancia se reflejaba en su rostro. Barrett era más bonito, con ojos azules penetrantes y pelo oscuro, pero aun así estaba lejos del tipo de Ryan.

Ryan pensó que tal vez debería presentarse a los hombres que se esperaba que protegiera. A medida que se acercaba, pudo escuchar a Kent describiendo sus hazañas sexuales de la noche anterior con gran detalle a Barrett. Kent ni siquiera miró a Ryan cuando se acercó, quedándose de pie e incómodo mientras Kent terminaba su asquerosa historia.

—¡Lo juro por Dios, pensé que ella iba a desmayarse!

Barrett se rió. Ryan se aclaró la garganta, y Kent finalmente levantó la vista.

—Oh, hola.

Había un poco de burla en el tono de Kent.

—Hola —dijo Ryan estúpidamente. Extendió la mano—. Soy Ryan.

Kent se quedó mirando la mano de Ryan, y luego lanzó una mirada a Barrett. Finalmente, estrechó rápidamente la mano de Ryan y dijo:

—Escuché que te habías vuelto loco.





—No —dijo Ryan, con el calor subiendo por sus mejillas y bajando por su cuello—. Lo tengo bajo control.

Barrett resopló. Kent miró a Ryan como si fuera un montón de serpientes muertas.

—Eso espero, Rojo.

La mandíbula de Ryan se apretó. Ese no era un nombre al que fuera a responder.

—Ryan —lo corrigió.

Enderezó su columna vertebral, rodando sus hombros hacia atrás para ponerse a su altura. Dejó salir lo suficiente del monstruo para mostrarle a Dallas Kent que Ryan no era alguien con quien joder.

—No *Rojo*.

Kent levantó las manos en señal de rendición.

—Lo que sea, hombre.

Se volvió hacia Barrett y reanudó su historia como si Ryan ya no estuviera ahí.

Ryan sintió que el pecho se le apretaba mientras se retiraba a su puesto. Afortunadamente, se había vuelto bueno en hablar consigo mismo sobre estos ataques leves.

Inhala por dos segundos, exhala por tres. Inhala por tres, exhala por cuatro. Inhala por cuatro, exhala por cinco...

Estaba bien. Todo estaba bien. Dallas Kent era claramente un maldito idiota, pero Ryan estaba bien.





Esto es sólo un trabajo. Esto no eres tú. Tú eres más que este trabajo.

En todos los trabajos hay compañeros de mierda, ¿verdad?

Contó una respiración más, inhalando y exhalando, luego comenzó a hurgar en su bolsa de deporte, sólo para tener algo que hacer.

—¿Quieres saber un secreto?

Ryan se sobresaltó ante la inesperada pregunta. Se giró para ver a Wyatt Hayes, que había sido el portero suplente de Toronto durante años.

—Está bien

—Dallas Kent es —Wyatt se inclinó y bajó la voz a un susurro—, un poco imbécil.

Ryan balbuceó, sorprendido.

—¿Así que no es solo conmigo, entonces?

—Claro que no. Pero él es la superestrella, ¿cierto?, así que, ¿qué puedes hacer?

A Ryan se le ocurrieron un par de cosas que le gustaría hacerle.

Wyatt se rió.

—Santa mierda, Price. ¡Tu cara! No puedes darle un puñetazo.

—Lo sé. No iba a hacerlo.

—Bueno, pero si cambias de opinión, asegúrate de decírmelo. Quiero mirar.

Ryan negó con la cabeza, pero estaba sonriendo. Decidió que le agradaba Wyatt





Hayes. Eso ya era algo.

Había pensado que podría ser diferente esta temporada. En retrospectiva, no tenía idea de por qué. Desde sus días de hockey juvenil, Ryan había cumplido amablemente el papel de ejecutor en cualquier equipo para el que jugara. Nunca le había entusiasmado eso; si hubiera querido ser boxeador, podría haber seguido los pasos de su padre y haberse convertido en uno. Ryan quería ser jugador de hockey.

El verano pasado, después de enterarse de que lo habían cambiado una vez más, Ryan había decidió lanzarse a entrenar. Había trabajado en su patinaje, su velocidad, acondicionamiento de la parte inferior del cuerpo. Había encontrado un entrenador en Buffalo, donde todavía había estado viviendo, y trabajó duro haciendo sprints, estocadas, sentadillas, y toda una pesadilla de actividades inhumanas similares.

Se había presentado a este campo de entrenamiento de Toronto en el mejor estado físico de su vida con la esperanza de que lo tomaran en serio como defensor. Él le daría a estas pruebas aptitud todo lo que tenía, pero dudaba que pudiera hacer cambiar de opinión a cualquiera sobre el papel que jugaría en este nuevo equipo.

Dios. Ryan ya no estaba seguro de poder hacer esto. *Lo haría*, porque. ¿Qué más podría hacer? Su currículum era bastante escaso.

—¿Listo para atravesar el infierno? —preguntó Wyatt.

Ryan sabía que se estaba refiriendo a las pruebas de aptitud física, pero Ryan estaba pensando en toda la temporada.

—Claro —dijo—. Terminemos con esto.





Capítulo 1

Fabian Salah *odiaba el* hockey.

Claramente hubo algún tipo de juego hoy porque el tren subterráneo estaba lleno de gente vestida con las camisetas azules de los Toronto Guardians. Fabián deseaba poder sentarse; no le gustaba estar en medio de estas personas, siendo juzgado por sus cerebros aburridos e ignorantes. Ahí había al menos un atleta aburrido que se burlaba abiertamente de Fabián con disgusto.

Fabián mantuvo la mirada baja y resistió la tentación de sonreír con desprecio al hombre.

Tres paradas más y estás en casa, se dijo.

Una niña con una versión rosa de la camiseta de los Guardians <porque obviamente no puedes dejar que tu hija use algo que no sea rosa chicle> le sonrió. Se obligó a devolverle la sonrisa.

No era culpa suya que él estuviera de mal humor. No era culpa de ella que él odiara hockey y a la gente que lo amaba, o que sus padres fueran demasiado agresivos con las etiquetas de género de su hija. Ella solo estaba disfrutando de una tarde con sus padres, animando a los chicos de la ciudad.

Fabián estaba seguro de que el equipo estaba repleto de jóvenes heroicos y hombres honrados. Ciertamente, no era un grupo de idiotas alfa homofóbicos que estarían celebrando su victoria haciendo cosas alfa muy asquerosas esta noche. Fabián solamente había conocido a un jugador de hockey, en toda su vida de verse obligado a conocer a jugadores de hockey, que no fue una pesadilla completa.

—¿Eso es una guitarra? —le preguntó la niña del jersey rosa.

Fabián parpadeó.

—Es un violín —dijo, con tanta calidez como pudo.

—¿Es tuyo?

—Sí.

—¿Sabes cómo tocarlo?

Fabián sonrió.





—Sí. Creo que tenía tu edad cuando comencé a aprender. ¿Tocas algún instrumento?

Ella negó con la cabeza, pero luego dijo:

—Me gusta cantar y bailar.

—A mí también.

La madre de la niña la acercó más a sus asientos juntos y le susurró algo en su oído que probablemente era benigno, como *"Deja al buen hombre en paz"* o *"No hables con extraños"*, pero Fabian no pudo evitar imaginar que era más bien algo como *"No hables con hombres que lleven delineador de ojos y esmalte de uñas"*.

La chica dejó de hablarle, pero lo observó atentamente durante todo el camino hasta la estación de Wellesley, donde Fabian finalmente se apartó de la multitud de aficionados al hockey.

Mientras bajaba por Church Street, Fabian sintió que la tensión del viaje en metro abandonaba su cuerpo. Tenía mejores cosas en las que pensar que en los estúpidos deportistas. Por un lado, la noche anterior por fin había roto <esta vez definitivamente>, con Claude. Claude había sido el último de una larga línea de snobs obsesionados consigo mismo que Fabian, por alguna razón, había invitado a su cama. Él no llamaría a lo que habían tenido una relación; simplemente se encontraba con Claude en varios eventos e inevitablemente terminaban ligando. Pero Fabián había *terminado* con esa mierda.

Ahora estaba en un buen momento. Tenía algunos espectáculos muy prometedores reservados, casi había terminado su nuevo álbum, y había grabado una entrevista en estudio y una actuación para CBC Radio⁵ la semana pasada. Sus padres incluso lo habían escuchado, por lo que definitivamente había hecho algo grande. Si las cosas seguían así, podría dejar su trabajo de media jornada, hacerse súper rico y famoso, mudarse a una isla privada y no volver a ver una camiseta de hockey nunca más.

⁵ CBC Radio es la operadora de radio en inglés de Canadian Broadcasting Corporation. El CBC opera una serie de redes de radio que sirven a diferentes audiencias y nichos de programación.





Ryan estaba bastante seguro de que tenía un pene feo.

El tipo que se estaba masturbando en la pantalla del portátil de Ryan ahora mismo tenía un pene con magnífico aspecto. Era largo y recto y no demasiado grueso. Era todo liso y circuncidado, con bolas perfectamente sin pelo. El tronco sobresalía orgulloso de una ordenada sombra de rizos oscuros.

El pene de Ryan era grueso y rojo, y el pelo que lo rodeaba era aún más rojo. Intentó mantener siempre recortada la zona, pero su vello púbico era tan rebelde como el que le cubría la cabeza y la cara. Sus pelotas parecían demasiado grandes y algo caídas. Su pene se asomaba por una manga abultada de prepucio. La cabeza era gorda y oscura, y una vena muy prominente se envolvía alrededor de su eje.

Y, a diferencia del tipo del vídeo que estaba viendo, Ryan tardaba una eternidad en venirse. Siempre había sido un poco lento en el sexo, pero correrse le había costado mucho de esfuerzo extra el último año. Sabía que era, al menos en parte, culpa de sus medicamentos para la ansiedad.

Ryan cerró los ojos, bloqueando la imagen del Sr. Pene-Perfecto, pero no los gemidos de felicidad del hombre. Ryan inspiró y expiró lentamente y luego miró su pene.

—Muy bien, amigo. Podemos hacerlo. Sin presión, sólo cuando estés listo. Pero tratemos de llegar ahí esta vez, ¿de acuerdo?

Fue con calma, acariciándose con dedos sueltos y mucho lubricante. El sexo en estos días, incluso con él mismo, requería mucha paciencia. Por esta razón, rara vez arrastraba a alguien más a la prueba.

El tipo en la pantalla estaba teniendo un momento encantador, jurando y jadeando y prometiendo una enorme carga muy pronto.

—*Presumido* —murmuró Ryan.

Él comenzó a desplazarse por los vídeos recomendados que aparecían bajo este porque sabía que iba a necesitar otro.

Ni siquiera estaba seguro de lo que buscaba. Le gustaban los vídeos de pajas porque podía fingir que estaba compartiendo la experiencia con alguien. Podía fingir que era él quien hacía gemir de placer al hermoso hombre en la pantalla de su ordenador.

Sin embargo, estaba solo en su apartamento, ofreciendo palabras de aliento a su pene apenas interesado.





¿Por qué no podía hacer esto? Estaba muy excitado, eso era seguro. Él no había estado con nadie en meses. No se había corrido en más de dos semanas.

La situación se estaba volviendo desesperante.

—*Sólo un pequeño orgasmo, amigo. ¿Qué te parece?*

Se sentía bien, acariciándose así. Ciertamente no se sentía *mal*. Él podía seguir así durante mucho tiempo y disfrutar de las ondas de placer que nunca llegaban a la cresta, y a menudo lo hacía, acariciándose durante una hora o más, sin conseguirlo. Sin embargo, era frustrante, y esta vez estaba decidido a correrse.

—*Oh, mierda* —jadeó el chico del vídeo—. *Oh, mierda, me voy a correr, me voy a correr...*

Y entonces lo hizo. El imbécil.

—¿Sabes qué? —Ryan le espetó a su pene—. Hoy yo tomaré las decisiones. Voy a poner otro vídeo, y los dos lo vamos a ver y vamos a empezar desde cero. Iremos despacio, pero nos vamos a correr esta noche.

No es que correrse fuera imposible, pero necesitaba estar relajado. Él no podía distraerse en absoluto, pero tampoco podía estar excesivamente concentrado. Las circunstancias debían ser exactamente las correctas, todo debía estar alineado como el tiro perfecto en una red abierta. Si podía encontrar ese punto dulce, podría alcanzar el orgasmo. Pero era una tarea difícil.

Era el momento de sacar la artillería pesada. Fue a su carpeta de favoritos y abrió un vídeo de una estrella porno que le gustaba especialmente, llamada Kamil Kock. Era pequeño y delgado y un poco femenino, con un elaborado diseño de plumas de pavo real tatuado en el lado izquierdo de su torso. Tenía unos preciosos ojos oscuros y piel ligeramente dorada. Ryan tenía muchos de sus vídeos guardados.

—Mira —le dijo a su pene—, es Kamil. Nos encanta Kamil.

Su pene dio un respingo a medias. Era algo.

Ryan pasó los siguientes veintisiete minutos viendo a Kamil Kock dar placer su cuerpo delgado y elegante mientras Ryan castigaba el suyo. Kamil tenía un tono musical en su voz, y sus largos y delgados dedos estaban cubiertos de elaborados anillos. Era hermoso de una manera que Ryan nunca podría ser.

Ryan tenía un tipo, sin duda. Le gustaban los hombres que... desdibujaban la línea, un poco. Encontraba la androginia muy sexy, y no era sólo la belleza física de un hombre deslumbrante o maquillado lo que le atraía; le asombraba su confianza. Su valentía para ser





abiertamente ellos mismos y sin importarles lo que alguien pueda decir al respecto. Eso excitaba a Ryan como ninguna otra cosa.

Había estado discretamente fuera por años, lo que significaba que no ocultaba activamente su sexualidad, pero tampoco hablaba de ella. Chatear en línea y conectarse en varias ciudades había sido el método de Ryan para echar un polvo durante la mayor parte de su carrera de hockey. Sus compañeros de equipo no le hacían muchas preguntas sobre con quién se acostaba porque probablemente no les importaba. Jugar para un equipo diferente cada temporada había hecho difícil que Ryan formara algún vínculo con sus compañeros de equipo.

Y así es como Ryan había pasado desapercibido como jugador gay sexualmente activo de la NHL durante casi una década. Y ahora, en esta nueva era donde Scott Hunter había besado a su novio en vivo en la televisión después de ganar la copa Stanley, no parecía tan necesario esconderse. Hunter había sido lo suficientemente valiente como para salir del armario primero, y ahora ser un jugador de la NHL homosexual era apenas interesante. Uno de los porteros de Vancouver se casó con su novio de toda la vida durante el verano -un hombre mayor y robusto que se ganaba la vida construyendo cabañas-. Y un sueco que jugaba en Los Ángeles había empezado a publicar fotos en Instagram de él y su novio, que era una especie de modelo publicitario o algo así. De todos modos, era un tipo guapo y caliente.

Una cosa que Ryan había notado sobre los novios de los jugadores de la NHL es que *eran todos muy masculinos*. El novio de Scott Hunter era lindo, pero no era lo que Ryan llamaría un twink⁶. Y un twink ni siquiera era una descripción exacta de lo que le gustaba a Ryan.

Así que aunque de repente ahora fuera aceptable para un jugador de la NHL tener un novio, Ryan sospechaba que se esperaba que los jugadores de hockey tuvieran un cierto tipo de novio. Y aunque a Ryan le daba igual lo que pensarán los demás <ni siquiera tenía una cuenta de Instagram>, realmente no quería tener que explicar sus elecciones a nadie.

Su otro problema es que era jodidamente tímido con los hombres guapos. Él no podía imaginar que quisieran mirarlo, y mucho menos tocarlo, así que rara vez se acercaba al tipo de hombres que realmente quería. La mayoría de las veces se conformaba con los hombres que él sentía que estaban más en su liga.

Hubo un tipo en Nueva Jersey -un joven impresionante llamado Anthony- que había sido sorprendentemente caliente para Ryan. Parecía amar el tamaño de Ryan, y su fuerza, por lo que fueron una buena pareja durante un tiempo.

Pero Anthony había querido que Ryan le hiciera daño durante el sexo. No que lo *hiera* realmente, pero quería dolor, y Ryan no podía dárselo. Ryan ya pasaba demasiado tiempo de su vida causando dolor físico a otros, y la idea de llevar eso también al dormitorio lo enfermaba.

⁶ Twink es un término del argot gay inglés que describe a hombres homosexuales jóvenes que apenas superan o aparentemente no han superado la mayoría de edad.





Así que eso había sido todo para Ryan y Anthony.

Esperaba que Anthony hubiera encontrado lo que necesitaba con otra persona. Alguien que no tuviera la montaña de equipaje de Ryan.

Ryan se dio cuenta de que se había desconectado y se quedó mirando la pantalla en la que Kamil le acariciaba el culo con un vibrador. La mano de Ryan sujetaba sin apretar su miembro reblandecido, sin moverse.

Maldita sea. Se había distraído. Estaba acabado.

Soltó el pene y éste se desplomó, exhausto, contra su muslo.

Cerró el vídeo y cerró de golpe el portátil. *maldita medicación. maldita ansiedad. malditas estrellas porno y sus perfectos penes funcionales.*

Se pasó la mano por la cara. Qué jodida broma era. Había eliminado su perfil de Grindr hace unos meses, y ahora se preguntaba si debía reactivarlo. Tal vez proporcionar una descripción actualizada: *¿Buscando un momento decepcionante con un zoquete desgredado que probablemente no se corra aunque se la chupes durante una hora?*

A la mierda esto. Ryan necesitaba ir a dormir.

—Vamos a intentar esto de nuevo mañana por la noche —advirtió a su pene—. Tú, yo y Kamil. Vamos a hacer esto.

Su pene parecía realmente retirarse *más* dentro de su prepucio.

—Debería cortarte, con lo bien que me haces. —refunfuñó Ryan.





Capítulo 2

Fabian se preguntaba si sería capaz de llevar la sombra de ojos líquida Stila Enchantress Glitter & Glow. Era jodidamente bonita.

Rozó un poco del probador en el dorso de la mano.

Tan bonito.

Inclinó la mano bajo las luces fluorescentes de la tienda y observó el brillo de la sombra de ojos. El color le sentaba muy bien a su piel aceitunada.

Dejó el frasco de prueba en el estante y volvió a su taburete detrás del mostrador de cosméticos. Se sentó en el borde y giró hacia delante y hacia atrás, estaba tan aburrido. Solo quedaban cuarenta minutos de su turno de noche en el Savers Drug Mart, pero la tienda llevaba una hora prácticamente sin actividad y Fabian estaba más que dispuesto a irse a casa.

Comprobó su propio maquillaje en el espejo que estaba en el escritorio frente a él. Todo seguía en su sitio. Hoy había hecho un trabajo especialmente bueno con su delineador líquido.

Suponía que estaba agradecido por tener un trabajo que le permitiera llevar algunos looks de maquillaje bastante salvajes y experimentales. Llevaba una camisa negra abotonada y pantalones negros -el uniforme de todos los empleados del departamento de belleza de Savers-, pero podía ser creativo con su rostro. El trabajo distaba mucho de ser glamoroso -ni siquiera era el glamour de *una tienda de cosméticos de un centro comercial*-, pero había trabajos que le habrían destrozado el alma. Al menos aquí podía ser él mismo.

Las puertas correderas automáticas se abrieron y Fabián levantó la vista. Su trabajo consistía en saludar cordialmente a todos los clientes que pudieran entrar en la tienda, pero tenía la sensación de que este tipo no estaba aquí para comprar cosméticos. Era un hombre enorme, con una barba tupida y una larga melena pelirroja que sobresalía por debajo de su gorro gris. Parecía un Hagrid⁷ en otoño.

—Buenas noches —dijo Fabian alegremente. El hombre pareció asustado y miró a su alrededor hasta que sus ojos se posaron en Fabian—. ¿Puedo ayudarle a...?

Santa. Mierda.

—¿Ryan?

⁷ Rubeus Hagrid es un personaje ficticio de la serie de libros Harry Potter. Se destaca por su aspecto de semi-gigante y una espesa barba.





Fabian soltó el nombre antes de poder detenerse. Aunque *fuera* Ryan Price, no es que vaya a reconocer a Fabian. Probablemente ni siquiera lo recordaría.

El hombre que posiblemente era Ryan Price se quedó mirando a Fabian, con la boca abierta y los ojos muy abiertos.

—¿Sí? —dijo finalmente.

—Lo siento —dijo Fabián rápidamente—. Probablemente no me reconozcas en absoluto. Soy...

—Fabian —dijo Ryan, apenas por encima de un susurro.

Fabián sonrió.

—¡Te acuerdas!

Ryan asintió.

—Fabian. —dijo de nuevo.

Fabian salió de detrás del mostrador y se detuvo a un par de metros delante de Ryan. Ryan no se movió en absoluto.

Ryan. Jodido. Price.

—Mírate —dijo Fabián—. Te ves... enorme.

Era incluso más alto de lo que Fabian recordaba. Obviamente, había crecido desde los diecisiete años, pero Fabian también lo había hecho. Más o menos. Fabian aún debía ser 30 centímetros más bajo que Ryan. Y la barba -todo su aspecto, en realidad- le daba a Ryan un aire de motociclista/vikingo rudo. Cuando Fabian lo había visto por última vez, su pelo rojo era corto y su cara era lisa.

El rostro de Ryan finalmente se relajó en una tímida sonrisa.

—Casi no te reconozco —dijo en voz baja.





Entonces se le ocurrió a Fabian que Ryan podría estar un poco extrañado por su (impecable) delineado y sombra de ojos. La sola idea, justificada o no, hizo que Fabian se pusiera un poco más erguido, desafiando a Ryan a decir algo al respecto.

Pero todo lo que Ryan dijo fue:

—Te ves bien.

Oh.

Fabián relajó los hombros, ya que parecía que no habría pelea, y dijo:

—¿Y qué trae a Ryan Price a Toronto?

La sonrisa de Ryan se amplió y sus ojos se volvieron más cálidos.

—Hockey. Juego para los Guardians.

Bueno, esto es vergonzoso.

—Probablemente debería haberlo sabido —dijo Fabian—. Lo siento. Me temo que todavía no soy un fanático del hockey.

Ryan se rió.

—Está bien —Por un momento, se quedaron en un incómodo silencio, y entonces él dijo—: ¿Todavía tocas música?

Fabian se iluminó.

—Oh, sí. Esto —señaló la tienda que le rodeaba—, es sólo un ingreso extra. La música es mi negocio propio.

—Como... ¿Tus propias canciones? ¿Canciones que escribes?

—En su mayoría, sí.





—¡Esto es increíble! ¿Tocas en espectáculos?

—Lo hago. Toco mucho aquí en el Village. También en toda la ciudad. A veces en otras ciudades. Tengo un concierto en el Lighthouse el próximo sábado.

Ryan frunció el ceño.

—¿Hay un faro⁸ aquí?

Oh, no. Ryan Price sigue siendo adorable.

—No —se rió Fabian—. Es un bar, justo aquí en el barrio.

—Oh —La cara de Ryan se volvió rosa—. Sí, eso tiene más sentido.

—Sí. El espectáculo es una recaudación de fondos para un refugio, y es un lugar grande. Debería ser bueno.

—Oh. Genial—. Ryan miró al suelo. Luego a Fabian. Luego detrás de él—. Uh, tengo que recoger unos medicamentos, así que...

—¡Claro! ¡No dejes que te detenga!

—Sí. Así que... ha sido un placer volver a verte.

—También para mí. ¿Y felicitaciones? ¿Por jugar para los Guardians? Tengo entendido que es algo muy importante.

Eso le valió a Fabian otra cálida sonrisa.

—Gracias.

Entonces Ryan se dio la vuelta y se dirigió a la parte trasera de la tienda.

Fabian se abrazó a sí mismo porque de repente se sintió muy expuesto y extraño. No había esperado volver a ver a Ryan, pero de repente se vio transportado de nuevo a los

⁸ En inglés *LightHouse*: significa faro. De ahí la confusión de Ryan.





diecisiete años con un confuso y ridículo enamoramiento hacia el jugador de hockey que había vivido con su familia durante menos de un año.

Los padres de Fabian habían alojado durante años a miembros del equipo de hockey juvenil *Halifax Breakers*. Al joven Fabian siempre le había molestado, y había evitado activamente relacionarse con los odiosos deportistas que invadían su casa cada invierno. Para ser justos, los jugadores de hockey tampoco parecían interesados en Fabian.

Excepto Ryan.

Ryan había sido diferente, y eso había desequilibrado completamente a Fabian. El Fabian adolescente había sido todo espinas, incapaz de ocultar su homosexualidad, por lo que se había protegido siendo un gruñón engreído. Sobre todo, se había mantenido al margen, practicando su música, y rechazando a cualquiera que intentara hablar con él. Un jugador de hockey grande y tonto no podía hacerle daño si a Fabian no le importaba una mierda.

Por eso Ryan había sido tan jodidamente peligroso.

Ryan, que estaba en la tienda de Fabian ahora mismo.

A Fabian se le ocurrió algo: si Ryan estaba recogiendo medicamentos en esta farmacia, significaba que probablemente vivía en el barrio, que no sólo era donde vivía Fabian, sino que también era el mayor pueblo gay de Canadá.

Lo cual no significaba necesariamente nada. Pero era interesante. Tal vez.

Fabian vio a Ryan cuando salía de la tienda, con una pequeña bolsa de papel en la mano. Justo cuando estaba a punto de cruzar la puerta, Ryan se detuvo y miró a Fabian.

Ryan le dedicó una tímida sonrisa y un saludo con la mano, y luego desapareció.





Capítulo 3

Ryan miró al frente mientras entraba en el avión. *No* se fijó en los pernos del exterior del avión, ni en la intrincada mecánica visible alrededor de la puerta abierta. No pensó en lo crucial que era que cada uno de esos pernos y cables y finas placas de metal se mantuvieran unidos; que el más mínimo fallo podría causar la muerte en llamas de todos los que estaban a bordo.

Ryan no podía pensar en nada de eso. En su lugar, repasó su habitual lista de pensamientos sensatos y tranquilizadores antes del vuelo.

Millones de personas vuelan cada día sin problemas.

Este avión probablemente ha despegado, volado y aterrizado cientos, si no miles, de veces sin problemas.

El piloto no volaría este avión si no fuera seguro.

Los auxiliares de vuelo están tranquilos, felices y sonrientes. Este es su trabajo diario.

Sus compañeros de equipo están tranquilos.

Volar es más seguro que conducir.

Ryan sabía que todas estas cosas eran ciertas, pero no podía evitar el intenso temor que se apoderaba de él cada vez que subía a un avión. No podía dejar de pensar que era el único que *sabía* que todos a bordo estaban condenados. Que todos debían bajarse de ese avión *ahora mismo* porque *¿no podían todos ver lo peligroso que era?*

Ryan exhaló mientras apretaba su gran cuerpo a lo largo del estrecho pasillo. El traje le quedaba demasiado apretado. ¿Por qué tenían que llevar traje en estos viajes en avión? Se tiró de la corbata mientras buscaba un asiento vacío en el pasillo.

—¡Pricey!

Ryan miró hacia la parte trasera del avión y vio a Wyatt Hayes que le hacía señas desde detrás de un asiento. Ryan asintió en respuesta y se acercó a él.





—¿Cómo estás?

El tono de Wyatt era alegre. Definitivamente no era un hombre que estuviera preocupado por morir hoy.

—Bien como siempre, supongo —dijo Ryan.

Dejó su mochila en el asiento junto a Wyatt y la abrió. Rebuscó y sacó una nueva y crujiente novela de bolsillo de uno de sus autores favoritos, un pequeño frasco de Tums y un maltrecho ejemplar de *Ana de las Tejas Verdes*. Metió los objetos, junto con su teléfono, en el bolsillo del asiento que tenía delante, metió la mochila debajo del asiento y se sentó.

—Por eso me gusta sentarme contigo, Pricey —dijo Wyatt—. Eres un lector.

Señaló el bolsillo de su propio asiento, donde Ryan podía ver la parte superior de una gruesa novela gráfica que sobresalía. A Wyatt le encantaban los cómics y los superhéroes. Ryan no sabía nada de ellos. Tal vez Ryan podría pedirle a Wyatt recomendaciones de cómics para principiantes. Eso sería algo amistoso...

—Debería ser un vuelo tranquilo. Estaba mirando el tiempo entre aquí y Nashville.

Wyatt dijo esto animadamente, y Ryan sabía que estaba haciendo todo lo posible para ayudar. Tal vez fuera porque era el portero suplente de Toronto y pasaba más tiempo viendo partidos que jugándolos, pero Wyatt era notablemente observador y considerado. Ryan asintió en respuesta. Deseaba poder encontrar consuelo en el informe meteorológico de Wyatt, pero realmente no había nada que hiciera que su cerebro se calmara. Sus medicamentos para la ansiedad ayudaban un poco, y probablemente eran lo que le impedía salir corriendo y gritando del avión ahora mismo, pero ninguna cantidad de sentido común le haría dejar de imaginar los peores escenarios.

Es un vuelo corto. Estarás en Nashville antes de darte cuenta.

Ryan añoraba los días en que los equipos de la NHL viajaban principalmente en autobús. Cuando jugaba al hockey juvenil, todos los viajes se hacían en autobús. Sabía que estaba en minoría, pero prefería un viaje de quince horas en autobús a un vuelo de dos horas cualquier día.





Sacó su teléfono del bolsillo del asiento y envió un mensaje a su hermana, como hacía antes de cada vuelo. Se dijo a sí mismo que era solo porque le gustaba saber de ella y *no* porque le preocupara no volver a verla.

Ryan: Nos dirigimos a Nashville.

Colleen: ¿Con quién estás sentado?

Ryan miró a Wyatt, que estaba bajando la persiana de la ventanilla en un gesto que casi seguro era para beneficio de Ryan.

Ryan: Wyatt Hayes

¡Es lindo! ¡Deberías salir con él!

Ryan se sonrojó y orientó su teléfono para que Wyatt no pudiera ver la pantalla.

Ryan: Heterosexual. Casado. Y cállate.

Colleen: Aw. Sin embargo, es lindo, ¿no?

Ryan echó otra mirada a Wyatt, que lo miró y le sonrió, todo hoyuelos y rizos rubios. Era atractivo, sin duda, pero...

Ryan: No es mi tipo.

Wyatt no era en el que Ryan no podía dejar de pensar. Ryan había necesitado mucho tiempo y mucha distancia para casi olvidar a Fabian Salah. Y ahora un reencuentro casual en una farmacia de Toronto, más de trece años después, había abierto una compuerta de recuerdos.

Incluso de adolescente, Fabian había sido impresionante, lejos de ser un *macho*, y aún más lejos de disculparse por ello. Siempre había sido bajito, y no podía pesar más de ciento veinticinco libras en aquella época, pero Ryan se había sentido completamente intimidado por él.

También se había *obsesionado* con él.





Una azafata estaba cerrando y bloqueando la puerta del avión. A Ryan se le apretó el estómago. Envío otro mensaje a su hermana. 'Despegando pronto. Tengo que irme'.

Colleen: ¿Tienes a Ana contigo?

Ryan sonrió y tocó con los dedos los bordes deshilachados de su antiguo ejemplar de *Ana de las Tejas Verdes*.

Ryan: Siempre.

Colleen: Entonces estás a salvo.

Ryan: Lo sé. Gracias.

Colleen: Te quiero. Envíame un mensaje cuando aterrices.

Ryan: OK. Te quiero.

Metió el teléfono en el bolsillo del asiento para no arriesgarse a aplastarlo con la mano durante el despegue. Gracias a Dios por Colleen. Su hermana era sólo tres años menor que él, y habían sido uña y carne al crecer juntos en un pueblo de menos de dos mil habitantes. Dejarla atrás había sido una de las partes más difíciles de convertirse en profesional.

El avión empezó a moverse y Ryan se agarró a los reposabrazos. Cerró los ojos y realizó sus ejercicios de respiración. *Todo está bien. Todo está bien.*

Cuando abrió los ojos, pudo ver las caras sonrientes e idiotas de Dallas Kent y Troy Barrett mirándole desde sus asientos de pasillo. En cuanto los vio, empezaron a reírse. A pesar de que varias filas los separaban de él, Ryan pudo oír a Dallas decir algo como "Parece que le va a dar un ataque al corazón".

Imbéciles.

—Oye —dijo Wyatt, que probablemente adivinó lo que estaba pasando—. ¿Alguna vez jugaste en Nashville? No recuerdo.

—No —dijo Ryan—. No he jugado en ningún equipo del Oeste.





—Ah. Pensé que iba a ser reclutado por Nashville. Mi agente pensó que iba a suceder. Pero entonces... *Toronto*.

—¿Te ha decepcionado?

Wyatt sonrió.

—Un poco. Pero luego conocí a Lisa en Toronto, así que todo se resolvió.

Ryan sólo había conocido a la esposa de Wyatt, una doctora, una vez, en una cena del equipo. Ella y Wyatt se habían conocido cuando Wyatt había estado en el hospital con una clavícula rota. A Ryan no le sorprendió que hubiera conseguido encandilarla en tan poco tiempo.

—No es que llegue a verla —añadió Wyatt—. Lo único peor que casarse con un jugador de hockey es casarse con un médico. No lo hagas.

—De acuerdo.

Como Ryan no había tenido una *cita* en más de un año, definitivamente ese no era un problema que le preocupara.

El avión giró y se detuvo, y Ryan supo que estaban a punto de despegar. Odiaba esta parte. Odiaba todas las partes, pero *realmente* odiaba esta parte.

—Puedes decirme que me calle si quieres —dijo Wyatt—, ¿pero sirve de algo que hable ahora mismo?

—Sí —dijo Ryan, apretando los dientes—. Sigue hablando.

—Deberías venir conmigo la próxima vez que visite el centro.

Wyatt era un visitante habitual de un centro comunitario en una zona de bajos ingresos de Toronto. Pasaba el rato con los niños, jugando al hockey sobre césped y distribuyendo productos de los Toronto Guardians.

—¿Realmente crees que los niños estarían emocionados por conocerme? —preguntó Ryan con duda.





—Claro. ¿Por qué no?

—¿No preferirían conocer a Kent? ¿O a Barrett?

Ryan asintió con la cabeza en dirección a los dos imbéciles que también resultaban ser estrellas de la NHL.

—No creo que se deba permitir a esos imbéciles acercarse a menos de cien metros de los niños. O de cualquiera. Son malas influencias.

El motor del avión rugió y avanzó con fuerza, y Ryan cerró los ojos y enumeró los equipos de la NHL por orden alfabético en su cabeza. Sabía que en unos segundos todo habría terminado. Sólo tenía que superarlo.

—Quiero decir, han estado recibiendo principalmente visitas del portero suplente, así que estoy seguro de que un defensor que juegue minutos reales sería emocionante para ellos — continuó Wyatt, ignorando cortésmente el creciente estado de angustia de Ryan—. Además, eres enorme. A los niños les encanta eso.

Ryan hizo una mueca, pero se obligó a responder.

—Los niños me tienen miedo.

—Nah. Eres como Chewbacca⁹. Te amarán.

Por algún milagro, Ryan realmente se rió estando en un avión durante el despegue.

—Muchas gracias.

Wyatt siguió hablando, contándole sobre algunos de los niños que había conocido durante sus visitas. Ryan no respondía mucho, pero escuchaba atentamente. Tras unos minutos en los que Ryan escuchaba en silencio con los ojos cerrados, Wyatt dijo:

—Por cierto, creo que nos hemos nivelado.

⁹ Chewbacca es un personaje del universo ficticio de Star Wars. Es un wookiee, un bípedo alto, peludo y robusto.





Ryan abrió un ojo y luego el otro. Siempre le asombraba lo tranquilos que parecían todos a su alrededor en un avión. Sus compañeros se limitaban a charlar y bromear, o a ponerse los auriculares, o a bajar las mesas para jugar a las cartas. Algunos estaban dormidos. Ryan ni siquiera podía imaginarse estar tan relajado como para *dormir* en un avión.

—¡Lo logramos! —Wyatt le sonrió.

—Genial —dijo Ryan con fuerza.

Nada de qué preocuparse cuando estás a cuarenta mil pies de altura.

Wyatt negó con la cabeza.

—No puedo creer que te hagas pasar por esto. ¿Siempre es tan malo?

A veces es peor.

—Sí. Algo así.

—¿No hay una píldora o algo que puedas tomar?

—Sí tomo algo. Más o menos.

Ryan no tenía ganas de entrar en detalles sobre sus medicamentos para la ansiedad o la terapia. No tenía sentido incomodar al único tipo del equipo que parecía disfrutar hablando con él. Decidió cambiar de tema.

—¿Qué estás leyendo?

Wyatt sacó su colorido libro del bolsillo del asiento.

—Es una colección de cómics de Mister Miracle de Jack Kirby. Era una serie que surgió de los cómics del Cuarto Mundo publicado por DC. Un material increíble.

Ryan nunca había oído hablar de Jack Kirby, Mister Miracle o el Cuarto Mundo, así que se limitó a asentir.





—Si alguna vez quieres que te preste algún libro, házmelo saber. Mi colección es bastante ridícula en este momento. Nuestro sótano es básicamente mi salón de cómics ahora. Deberías venir a verlo alguna vez.

—Claro, sí. Eso sería genial.

Probablemente tampoco ocurriría nunca, pero Ryan no dijo eso.

—¿Ya te has mudado a tu nueva casa?

—Sí. Aún tengo que comprar muebles para la mayoría de las habitaciones, pero estoy en eso.

—Genial. Apartamento, ¿verdad? ¿En el centro de la ciudad?

—Sí.

Ryan sabía que podría estar haciendo un mejor trabajo con las idas y venidas de esta conversación, pero no quería decirle a Wyatt dónde estaba su edificio de apartamentos. No es que vivir en un rascacielos en el corazón de la LGBTQ village de Toronto significara algo necesariamente -era un barrio céntrico con propiedades caras donde vivía mucha gente diferente-, pero Ryan sabía con seguridad que ninguno de sus compañeros de equipo vivía allí, por lo que su dirección podría suscitar preguntas. Y a Ryan no le gustaba responder a preguntas.

El avión se topó con un bache y él se agarró a los reposabrazos. *Es normal. Todo esto es normal. Como un bache en la carretera. Como las olas bajo el barco de tu tío. Estás a salvo.*

Intentó imaginar por un momento que estaba en un barco en lugar de en un avión. Había crecido en barcos en Ross Harbour¹⁰, Nueva Escocia. El padre y los hermanos de su madre eran todos pescadores de langosta, y casi todos los habitantes del pequeño pueblo tenían algún tipo de barco. Los barcos reconfortaban a Ryan, aunque estadísticamente fueran más peligrosos que los aviones.

Pensar en barcos hizo que el cerebro de Ryan evocara uno de sus recuerdos favoritos: una fría noche de abril, estando lo suficientemente cerca de Fabian como para que sus brazos se

¹⁰ Es una comunidad rural dispersa y un lugar no incorporado en la parte no organizada del distrito de Thunder Bay en el noroeste de Ontario, Canadá.





rozaran mientras ambos muchachos se apoyaban en la barandilla del ferry Halifax-Dartmouth y veían pasar frente a ellos un gigantesco barco de contenedores. Su enorme casco había oscurecido las luces de la ciudad al otro lado del puerto, y Ryan había dicho algo embarazoso sobre sentirse pequeño. Fabian le había respondido, pero Ryan sólo recordaba la forma en que Fabian le había sonreído.

Esa sonrisa.

Había sido tan dulce y tímido. Ryan no sabía -nunca lo sabría- si había imaginado la invitación en los ojos de Fabian. Si realmente se habían acercado. Si Fabian había inclinado ligeramente la cabeza y separado los labios...

Cuando Ryan abrió los ojos, pudo ver que Kent y Barrett le sonreían de nuevo. Se dieron la vuelta en cuanto se encontró con sus ojos, porque ambos eran unos putos cobardes.

Ryan sacó su libro del bolsillo de su asiento, decidido a ignorar a los idiotas de sus compañeros y a dejar de soñar despierto con Fabian.

Y el maquillaje de ojos de Fabian.

Ryan no estaba en absoluto preparado para ver a Fabian con los ojos pintados de esa manera: una sombra verde jade y un delineado negro que hacían aún más llamativos los ojos marrones oscuros y las largas pestañas que habían encantado a Ryan cuando era adolescente. Era una imagen que no iba a olvidar pronto.

Dios, se veía bien.

No era mucho más alto de lo que había sido de adolescente, pero su mandíbula era más afilada, su pecho y sus hombros más anchos. Seguía siendo muy delgado, pero era un cuerpo de *hombre*. Cuando Fabian había cruzado los brazos sobre el pecho, Ryan pudo distinguir el ligero bulto de músculo magro en sus brazos.

No. Deja de pensar en Fabian.

Fabián, el primer chico al que *casi había* besado.

El primer chico al que había *querido* besar desesperadamente.





Fabian había mencionado un espectáculo que iba a dar. ¿En un lugar llamado Lighthouse? Ryan estaba bastante seguro de que había dicho que era el próximo sábado. Ryan jugaba un partido en Toronto esa noche, pero tal vez terminaría lo suficientemente pronto como para poder asistir al espectáculo de Fabian.

Pero Ryan no podía ir a *eso*, ¿verdad? No es que Fabian lo haya invitado. Sería raro que Ryan apareciera. ¿Qué diría? *Hola, soy yo. El tipo con el que probablemente sólo estabas siendo amable en la farmacia la otra noche. Ahora te estoy acosando.*

No. No, en absoluto.

Pero dijo que era una recaudación de fondos. Tal vez Ryan debería ir. Como un buen y caritativo ciudadano. Eso no sería raro. ¿Verdad?

Dios mío. Ryan estaba enloqueciendo. Y eso ciertamente no era algo que pudiera permitirse. No otra vez.





Capítulo 4

Fabian parpadeó para despertarse y tuvo que reprimir un quejido cuando vio contra quién estaba acurrucado.

Todos los acontecimientos de la noche anterior volvieron a aparecer. Fabian pasándolo bien en la fiesta de Halloween de Ian. Fabian encontrándose con *Claude* en la fiesta. Claude luciendo tan jodidamente bien con una camisa oscura de corte fino y unos jeans negros ajustados, porque Claude era demasiado *cool* para usar disfraces. El aliento de Claude haciendo cosquillas en la oreja de Fabian cuando se inclinó para decirle lo mucho que lo echaba de menos, su acento quebequés¹¹ sonaba mucho menos ridículo que cuando Tarek hacía su imitación. La mano de Fabian deslizándose en la de Claude, como si no tuviera control sobre ella.

Y luego Claude volviendo a casa con él, al apartamento que, aunque era una mierda, Fabian no tenía que compartir con nadie. A menudo sentía que Claude le gustaba sobre todo porque tenía un lugar para él solo. Se habían besado eternamente en la cama de Fabian, y Claude le había dicho que lo echaba de menos. En ese momento, eso había sonado muy bien. Había vuelto a sonar muy bien más tarde, cuando Claude se lo había follado.

Pero ahora...

Fabian se apartó cuidadosamente de Claude, sin querer despertarlo. O tal vez *debería* despertarlo para que Claude *se fuera*.

Fabian estudió la cara de Claude. Cuando dormía en lugar de hablar, Claude era...

Oh, Dios, era bonito. Su sedoso pelo castaño cubría el ojo que no estaba oculto por la almohada, y sus labios carnosos estaban separados. Los labios de Claude eran... bueno, ellos distraían.

Tenía un cuerpo de artista, delgado hasta casi parecer desnutrido. Su piel era pálida, como la de un joven y sexy vampiro. Y bien podría haber sido uno, porque Fabián parecía ciertamente estar atrapado por él.

¹¹ El acento característico del **francés de Quebec** presenta una pronunciación que desnasaliza las vocales nasales, mientras que las vocales cerradas se pronuncian de forma más abierta.





Fabian tomó su teléfono de la mesita de noche. La pantalla estaba llena de mensajes perdidos de Vanessa.

'Te vi salir de la fiesta con Claude'.

'¿Te fuiste a casa con Claude?'

'¿TE ACOSTASTE CON CLAUDE?'

'¡FABIAN! ¿ESTÁS TENIENDO SEXO CON CLAUDE AHORA MISMO?'

'Deja de tener sexo con Claude, Fabian. Ahora mismo'.

'Maldita sea'.

'Estamos hablando de esto en Bargain Brunch. No traigas a Claude'.

'Bien. Puedes traerlo. Pero no se le permite hablar. Que quede claro'.

Fabian resopló ante esto último, lo que hizo que Claude se despertara.

—Carajo —graznó Claude—. ¿Qué hora es?

—Nueve y media —dijo Fabián.

Claude puso cara de que las nueve horas era lo más asqueroso del mundo. Fabián quería que se fuera. Quería borrar toda esta mala decisión.

—Es el día del Bargain Brunch —dijo Fabian—. Puedes venir si quieres.

—*Dios* no.

—Bueno, me voy pronto, así que...

—*Bien* —Claude hizo toda una producción para levantarse de la cama e ir al baño. Cuando volvió, empezó a buscar agresivamente su ropa—. Mierda, ¿dónde están mis cigarrillos?

—No lo sé, pero aquí no se fuma.





Claude levantó sus pantalones del suelo y se los puso.

—Lo sé —Miró a su alrededor—. Tenía una chaqueta.

—En la silla —dijo Fabian de forma amable.

Quería que Claude se fuera para poder ducharse. Estaba más que dispuesto a lavar los pecados -y los restos de brillo- de la noche anterior.

Claude dejó de ponerse la ropa de mala gana y se acercó a Fabian. Fabian suspiró y se metió en su abrazo.

—Podemos seguir haciendo esto —dijo Claude con esa voz exasperantemente sexy—. Puede ser sólo casual.

—No puedo seguir haciendo esto —dijo Fabián—. No es lo que quiero. Tenemos que parar.

—Dices eso, pero...

Sacudió la cabeza.

—Lo digo en serio. Nos veremos por ahí, ¿de acuerdo?

Claude dio un paso atrás y le dedicó una odiosa sonrisa de complicidad.

—Estoy seguro de que lo haremos.

Fabian se maldijo a sí mismo después de que Claude cerrara la puerta tras él. Por fin había roto definitivamente con Claude, y luego se había topado con el maldito Ryan Price de entre toda la puta gente. Como, ¿qué carajo, universo? *Hola, Fabian. ¿Recuerdas ese jugador de hockey con el que estabas obsesionado cuando tenías diecisiete años? Bueno, ¡aquí está! ¡Y se ha convertido en un gigantesco y sexy leñador sueño húmedo ahora!*

No es que ver a Ryan tenga nada que ver con volver a acostarse con Claude.





Okey, se prometió Fabian mientras entraba en la sucia cabina de ducha, no más Claude. No más pensamientos sobre Ryan Price. Sólo música, y cosas normales y sanas a partir de ahora.

Los amigos de Fabian tenían una tradición dominical semirregular que llamaban cariñosamente Bargain Brunch. Los tres componentes principales eran: waffles congelados, mascarillas baratas de la farmacia y chismes. Cada uno traía un aderezo que creía que elevaría los waffles congelados a la alta cocina. Después de la semana que había tenido Fabián, los amigos y los tratamientos faciales eran exactamente lo que el médico había ordenado.

Tocó el timbre de la puerta del apartamento que estaba al lado de la puerta de una tienda de vapeo y escuchó inmediatamente unos pasos bajando las escaleras. Cuando la puerta se abrió, fue recibido por una Vanessa muy entusiasta.

—¡Fabian! Yay! —dijo, y le rodeó con sus brazos.

Fabian se rió y le devolvió el abrazo.

—¿Me has echado de menos desde anoche?

—Hueles como Claude.

—Vete a la mierda. No, no lo hago.

—Lo haces. Hueles a cigarrillos y a condescendencia.

—Cállate.

El Bargain Brunch lo organizaban Vanessa, Marcus y Tarek, que vivían juntos de forma platónica en un apartamento de dos habitaciones que habían convertido en uno de tres. *Convertido* era quizás una palabra demasiado elegante: el salón era también el dormitorio de Marcus. Vanessa condujo a Fabián por las escaleras y por la puerta principal que daba directamente al salón/dormitorio de Marcus. Fabián se quitó la mochila y se dirigió al futón donde ya estaban sentados Marcus y Tarek.

—¿Qué has traído? —preguntó Tarek.

—Peras.





—Y...

Fabian sacó de su mochila cuatro finos paquetes.

—¡Máscaras faciales! Tengo arcilla, aguacate, algas marinas y... oh, pomelo.

Los extendió sobre la mesa de café como si fueran naipes.

—¿Qué hace el de alga marina? —preguntó Marcus.

—Hidrata, nutre y te hace brillar como Zendaya —dijo Fabián, con toda la autoridad de quien trabaja en la sección de cosméticos de un Savers Drug Mart.

—¡Vendida! —Marcus se inclinó hacia delante y agarró la máscara de algas marinas.

Realmente no necesitaba ayuda para brillar; su piel oscura era impecable.

Vanessa salió de la cocina con cuatro tazas, que alineó en la mesa de café. Marcus se levantó de un salto y fue a la nevera para recuperar un recipiente de zumo de naranja, y una botella fría de "champagne" canadiense Baby Duck¹².

—La tetera está hirviendo para el té y el café —dijo Vanessa. Se dejó caer en el desgastado sillón frente al futón, colocando una pierna sobre el brazo—. Mimosa¹³ para mí, Marcus.

Marcus llenó con cuidado las tazas con Baby Duck y zumo de naranja, y las distribuyó.

Fabián apenas había tomado un sorbo antes de que Vanessa dijera:

—No puedo creer que te hayas tirado a Claude otra vez.

Fabian entrecerró los ojos ante ella.

¹² Baby Duck es un vino espumante canadiense.

¹³ Mimosa es un cóctel compuesto por una parte de champagne (u algún vino espumoso) y una parte de zumo de naranja.





—Momento de debilidad —refunfuñó.

—Creía que iba a volver a Montreal —dijo Tarek.

—Bueno, todavía no lo ha hecho. Obviamente. Y cada vez que lo veo simplemente... olvido por qué apesta.

—Podría hacerte una lista —se ofreció Vanessa muy servicial—. Y podrías llevarla contigo.

—No hace falta.

—¡Uno! —dijo ella, ignorándolo—. No tiene ningún interés en ti ni en nada de lo que haces.

—Él... está interesado en mí. A veces.

—Dos —dijo Marcus—. Odia el Bargain Brunch.

Fabián apretó los labios para no sonreír.

—Tres —dijo Tarek—. Es un snob.

—Muy bien, lo entiendo.

—Cuatro —Marcus de nuevo—. Es un cineasta que es malo haciendo películas.

Fabian tuvo que tragar rápidamente su sorbo de mimosa para no escupir.

—Cinco —dijo Vanessa—. Se queja cuando la comida no es orgánica, pero fuma cigarrillos.

Fabián se reía ahora. No pudo evitarlo.

—Cállate. Sé que es horrible, ¿de acuerdo? Sólo estaba... ahí. Y yo como que necesitaba a alguien anoche.

Vanessa dejó de burlarse de él.





—¿Qué pasa, nene?

—En realidad, nada. Sólo estoy un poco abrumado. Hice algunos turnos extra en la farmacia esta semana, y he estado tratando de terminar algunas canciones nuevas. Y prepararme para el espectáculo de recaudación de fondos que voy a hacer este sábado.

—¡Oh, claro! Seguro que estaré ahí —dijo Vanessa. —¡No trabajo los sábados para nada!

Ella trabajaba en una tienda muy cool de juguetes sexuales dirigido por lesbianas en el Village, a sólo un par de manzanas de su apartamento.

—Estaré trabajando esa noche —dijo Marcus—. Lo siento.

No era ninguna sorpresa; era camarero en Force, el mayor club nocturno gay de la ciudad.

—No hay problema.

—Yo puedo ir —dijo Tarek.

Era el único de los cuatro que tenía un trabajo de nueve a cinco. Trabajaba como asistente de oficina para una organización de servicios de inmigración.

—Genial. Es un buen grupo.

—Sí, pero es a *ti* a quien voy a ver —dijo Tarek.

—Es al que todo el mundo ira a ver. —dijo Vanessa.

—Como digan —dijo Fabian. Tomó un sorbo de mimosa de su taza de recuerdo de las cataratas del Niágara—. Creo que voy a estrenar una nueva canción en el show.

—¡Yay! —dijo Vanessa—. Dios mío, ¿Qué tan hermosa? ¿Voy a llorar?

—Probablemente.

—Voy a llorar totalmente. Sigo llorando cada vez que tocas 'Ravine'.

—Esa canción tiene ocho años, Van.





—Cada. Vez. Que. Tocas

Más tarde, después de comerse los waffles y de que la botella de Baby Duck estuviera vacía, los cuatro amigos se dedicaron a descansar con máscarillas en la cara.

—Sé que lo pregunto todas las semanas —dijo Tarek—, ¿pero se supone que debe arder tanto?

—Sí —dijo Fabián—. Arde porque tu cara es una mierda. Tiene que trabajar más duro para arreglarla.

Tarek le sacó el dedo del medio.

—¡Oh! —dijo Vanessa de repente—. Tengo algo para ti, Fabián.

Tomó su bolsa de mensajero del suelo. Estaba cubierta de parches y botones que la identificaban a gritos como la feminista queer y sexopositiva que era.

—¿Un vibrador?

Además de trabajar en un sex shop, Vanessa tenía un blog de reseñas de juguetes sexuales razonablemente popular. No era raro que coaccionara a sus amigos para que fueran probadores de productos.

—Cariño, hace mucho más que eso —Sacó de su bolso una caja púrpura brillante y se la entregó—. Asegúrate de decirme lo que piensas.

—¿Tengo que hacerlo?

Fabian se quitó la mascarilla, la arrugó en una bola y la puso en su plato de waffles vacío.

—Vamos. ¡No tengo tiempo para revisar *todos* estos juguetes yo misma! Y no es que tenga próstata.

—Obtendrás puntos destacados —dijo—. Si es que uso la cosa.

—Lo usarás. Hace todas las cosas. Y es de color púrpura.





—¿Eso... lo hace mejor?

—Lo hace *más lindo*. Será un mejor amante que Claude, probablemente.

Fabián la fulminó con la mirada.

—Más agradable para hablar, eso seguro —añadió, sonriendo—. Mejores posteos de Instagram.

—De todos modos —dijo Fabián, desesperado por cambiar el tema a cualquier otra cosa—. ¿Cómo estuvo el trabajo anoche, Marcus?

Puso los ojos en blanco de forma dramática.

—Agotador. Odio que Halloween sea un jueves porque lo convierte en un festival de una semana. El club estaba repleto de chicos apenas legales con cuernos de diablo que hacían el ridículo por todas partes. Estaba tan cansado cuando finalmente cerramos que ni siquiera me molesté en ir a casa con el tipo que se parecía Ezra Miller que había estado coqueteando conmigo toda la noche.

—Trágico. —dijo Fabián.

—Nadie se parece a Ezra Miller excepto Ezra Miller, pero bueno. —añadió Tarek.

—Estaba caliente, le gustaba, lo rechacé —Marcus los fulminó con la mirada—. Y ahora estoy comiendo waffles con ustedes, idiotas, en lugar de compartir una ducha matutina con Ezra-ligero.

—Mm —dijo Tarek—. Yo iba a follar con Nick Jonas anoche pero no quise.

—Vete al carajo. —dijo Marcus. Pero se estaba riendo.

Fabian *estuvo a punto de* mencionar el encuentro con Ryan a sus amigos, pero era demasiado confuso para explicarlo y demasiado insignificante para molestarse en hacerlo. Se había encontrado con alguien a quien no había visto en más de una década, y ahora probablemente no volvería a verlo. Fin.





No es que hubiera estado pensando en Ryan desde que se encontró con él. No es que hubiera estado buscándolo en secreto cada vez que paseaba por el Village.

Dios. Suficiente. Ryan era un *jugador de hockey*. Realmente llevaba *para trabajar* una de esas camisetas azules que odiaba tanto. Y Fabian no necesitaba ninguna distracción ahora mismo, no importaba lo alto que fuera, o lo adorable que fuera su sonrisa.

Así que dio las gracias a sus amigos por otro rato agradable, agarró su bolsa -ahora más pesada, gracias al consolador- y se dirigió a casa para, con suerte, perderse en la música.

Y, supuso, si se aburría, tenía un nuevo juguete con el que jugar.





Capítulo 5

Ryan rodeó con su mano el brazo del otro hombre, acercándolo con un firme apretón. Bajó la cabeza y acercó sus labios a la oreja del hombre.

—¿Seguro que quieres hacer esto, chico?

Cuando Ryan se retiró, pudo ver el miedo en los ojos del joven. Demonios, podía *olerlo* saliendo de él en oleadas.

—Vete a la mierda. —escupió el hombre.

Así que Ryan le dio un puñetazo en la mandíbula. Y el público se volvió loco.

Ryan esperaba que el único puñetazo sirviera para que el jugador más joven cayera al hielo. Así, los árbitros podrían intervenir y disolver la pelea, el chico podría decir que se había peleado con Ryan Price, y Ryan no tendría que herir demasiado al novato.

Pero el chico no cayó. En su lugar, retiró el puño derecho y golpeó a Ryan en el hombro, que probablemente no había estado apuntando, porque Ryan pudo oír el crujido de sus nudillos contra el duro plástico de su hombrera.

El chico -un novato de veintidós años de Minnesota llamado Corkum- miró horrorizado su propio puño durante un segundo, y luego dirigió sus grandes ojos a la cara de Ryan. Ryan se encogió de hombros y le dirigió una mirada de disculpa antes de asestarle un segundo puñetazo en el lado derecho de la cara.

Esta vez, Corkum golpeó el hielo. Ryan hizo un alarde de cubrirlo con su cuerpo mucho más grande y tiró de su brazo hacia atrás como si pudiera golpearlo de nuevo. No lo haría -el chico se estaba revolcando ahora, y Ryan nunca golpearía a un tipo en esa posición-, pero quería llamar la atención del árbitro.

Funcionó. En un momento, uno de los jueces de línea alejó a Ryan de Corkum. El público coreaba ahora mientras Ryan era conducido al área penal.

—¡Pagar. El. Precio!¹⁴

¹⁴ Nuevamente *Pay the Price*. Canto creado por los aficionados haciendo juego de palabras con el apellido de Ryan.





Ryan odiaba ese canto. Lo despreciaba verdadera y profundamente. Lo había seguido desde sus días de hockey juvenil hasta los ocho equipos diferentes de la NHL en los que había jugado, y ahora en su noveno equipo.

"Pagar. El. Precio".

Se acomodó en el palco, se quitó el casco y se sacudió el pelo largo y sudoroso.

—Empezaba a echarle de menos —bromeó el asistente del área.

Gerald tenía más de sesenta años y era más hablador que la mayoría de los asistentes de la liga. Ryan lo sabía bien; estaba muy familiarizado con ellos.

—Apuesto a que pronto estarás esperando una propuesta —dijo Ryan—. Todo este tiempo juntos y solos.

Gerald se rió, pero Ryan se preguntó cuántas horas de su propia vida había pasado en las áreas de castigo. Cuántos días, si sumaba todos los intervalos de dos y cinco minutos.

Bueno, menos que Gerald. *Tal vez.*

Cuando el público se calmó, y la jugada estaba en marcha, Ryan oyó que Corkum le gritaba desde su propia área.

—¡Oye, Price!

—¿Sí?

—¡Gracias!

Corkum estaba *radiante*, y sonrojado como si acabara de tener el mejor sexo de su vida. Ryan resopló y negó con la cabeza.

—¡Le has alegrado la noche! —dijo Gerald alegremente.

—Es un idiota. —refunfuñó Ryan.





Tomó una botella de agua y se la echó por la cabeza, luego se peinó con los dedos el pelo húmedo, apartándolo de la cara, antes de volver a ponerse el casco. No era raro que los jugadores jóvenes le desafiaran a peleas; Ryan era conocido por ser uno de los luchadores más duros de la liga. Un joven podía ganarse rápidamente un poco de respeto desafiándolo. Sin embargo, era el tipo de pelea que menos le gustaba a Ryan. Lo último que quería hacer era herir de verdad a alguien, así que tenía que concentrarse en tirar de sus golpes y asegurarse de que no aterrizaban en la sien, la nariz o los ojos del tipo. Con 2 metros y casi 115 kilos, Ryan solía ser el más grande en el hielo, por lo que las peleas en igual de condiciones eran poco frecuentes.

Ryan inspeccionó su mano izquierda antes de volver a ponerse los guantes. Probablemente tendría un poco de moretones en los nudillos, pero nada grave. Le preocupaba más el hecho de que la espalda le había vuelto a molestar.

Miró el reloj. Dudaba que tuviera más tiempo en el hielo esta noche; su equipo ganaba por dos goles a falta de poco más de ocho minutos para el final, y él había hecho su trabajo por esta noche.

Cuando se cumplieron los cinco minutos y el juego se detuvo, Gerald abrió la puerta para que Ryan saliera del área. Rápidamente se dirigió al banquillo de Toronto, donde se encajó entre su compañero de línea defensiva Marcel Houde y Wyatt.

—Buena pelea, Pricey —dijo Marcel sin entusiasmo cuando Ryan se sentó a su lado.

—Gracias.

A Ryan no le importó la falta de entusiasmo; la verdad es que no había sido una buena pelea. Pero pelear era todo lo que sus compañeros de equipo esperaban de él, y si no recibía reconocimientos superficiales por golpear a la gente, Ryan nunca escucharía elogios en absoluto.

—¿Quiénes crees que serán las estrellas? —preguntó Wyatt con una sonrisa.

—No lo sé. Tal vez...

—Es decir —continuó Wyatt—, obviamente la primera estrella del juego seré yo, pero ¿quién será la segunda estrella?





Ryan se rió.

—Tú y yo, amigo. Uno y dos.

Wyatt negó con la cabeza.

—Yo soy uno, el Zamboni es dos. Tú eres tres.

—Me lo llevo —dijo Ryan.

El partido estaba ya en su último minuto, y Ryan se dio cuenta de que estaba de buen humor. Su equipo iba a ganar en casa, y pasarían días antes de que inevitablemente comenzara a preocuparse por el próximo vuelo que debía abordar.

El partido terminó y Ryan se unió a sus compañeros en el hielo para celebrarlo. Wyatt, con su gorra de béisbol y su uniforme limpio y seco, había iniciado su rutina habitual.

—Vaya, ha sido difícil, chicos. ¡No podrían haberlo hecho sin mí! ¿Dónde vamos a beber? —dijo

La celebración continuó en los vestuarios. Ryan se sentó en su caseta en una esquina y se quitó la ropa tranquilamente mientras sus compañeros gritaban y hacían planes para más tarde esa noche.

Fue Wyatt quien pensó en preguntarle. Por supuesto.

—¿Vienes con nosotros?

Wyatt, que no había jugado y por lo tanto no había necesitado una ducha, ya estaba vestido con un traje gris oscuro, listo para salir del estadio.

—Oh, uh, creo que voy a ir a casa, en realidad. Yo...

Ryan no terminó su frase porque no quería contarle a Wyatt sus planes. Había decidido ir a ver el espectáculo de Fabian esa noche. Había estado luchando con la idea durante toda la semana, y finalmente había decidido que su deseo de ver a Fabian actuar superaba su ansiedad acerca de salir.





Afortunadamente, Wyatt no necesitó una explicación. De todos modos, no habría esperado que Ryan aceptara su invitación. Ryan estaba seguro de eso.

—Nos vemos el lunes, entonces —dijo Wyatt—. Que tengas un buen día libre.

—Bien. Okey. Tú también.

Ryan tenía que darse prisa. Ya eran más de las diez. Se dio la ducha más rápida de su vida y maldijo la norma de llevar trajes fuera del estadio después de los partidos. No tendría tiempo de parar en casa para cambiarse; tal y como estaban las cosas, tenía que arrastrar el culo hasta el club y esperar no haberse perdido por completo la presentación de Fabian.

Cuando Ryan llegó al Lighthouse, Fabian ya estaba en el escenario, pero parecía que se estaba preparando. La sala estaba bastante llena, lo que era bueno tanto para la organización benéfica para la que el concierto recaudaba dinero como para Ryan, porque prefería que Fabian no lo viera. No quería que *nadie* lo viera, en realidad. Sobre todo porque llevaba un traje completo, lo que le hacía destacar aún más de lo que lo habría hecho de todos modos. Todo el mundo en la sala estaba vestido de manera informal, pero de una manera que sugería que sus atuendos habían sido cuidadosamente elaborados. Vio de todo, desde camisas abotonadas con estampados llamativos hasta monos de trabajo, pasando por camisetas blancas sencillas y jeans ajustados. Sin embargo, definitivamente no había otros trajes.

Se situó al fondo de la oscura sala, consciente de su tamaño y sin querer bloquear la vista de nadie, y observó a Fabian jugar con un complicado montaje que incluía varios pedales de suelo, un ordenador portátil y un teclado. También pudo ver el estuche de violín de Fabian en el suelo detrás de él. Fabian se movía rápida y eficazmente entre cada uno de los componentes, charlando de vez en cuando con la gente del público cerca del escenario. Ryan lo vio sonreír y reír, y le llamó la atención lo surrealista que era volver a verlo convertido un adulto hermoso y seguro de sí mismo.

Y eso fue antes de que Fabián actuara.

La primera canción comenzó con una simple pista de batería que Fabian tocó desde su portátil. A eso le añadía capas de música desde el teclado, que parecía grabado y reproducido en bucle utilizando los pedales de suelo. Cuando estaba satisfecho con el sonido, añadía otra capa, construyendo un muro de sonido él solo. Se alejó del portátil y del teclado, y agarró su violín, y cuando se puso delante del micrófono, Ryan sintió como si le hubieran quitado el aire. Fabian estaba de pie, solo, bajo las luces del escenario, con una camisa negra transparente,





unos elegantes pantalones negros y varios collares brillantes. También llevaba un maquillaje espectacular -Ryan lo notaba, incluso desde el fondo de la sala- y todo ello le hacía parecer una criatura mítica o un ángel.

Puede que Ryan haya jadeado un poco cuando Fabian acercó el arco al violín y tocó las primeras notas. A Ryan le había encantado escucharle practicar con devoción su instrumento cuando era adolescente, y escucharlo de nuevo ahora era desconcertante. La lenta y soñadora melodía se registró y se puso en bucle con los pedales, y luego Fabian apoyó el violín y su arco a los lados, un elemento en cada mano. Se volvió hacia el micrófono, cerró los ojos y cantó.

Era la cosa más hermosa que Ryan había oído nunca; inquietante de una manera que hacía que las chispas bailaran por la columna vertebral de Ryan y llegaran a su abdomen. La voz de Fabian era algo suave y aguda, pero también clara y segura. La música podría llamarse pop, pero era tan compleja que Ryan no estaba seguro de que encajara en ninguna categoría. Las letras de Fabian eran crípticas, pero también eran inconfundiblemente sexys. Ryan no pudo seguir la historia de la canción, pero definitivamente *sintió* cada palabra.

Contuvo la respiración, sin querer emitir el más mínimo sonido que pudiera competir con este perfecto regalo que Fabian estaba dando al público. Ryan no podía creer que esto estuviera ocurriendo delante de él y que hubiera gente en el mundo que *no estuviera* aquí presenciando lo que seguramente era el logro más impresionante de la humanidad.

La canción terminó, el público estalló en vítores y Ryan, boquiabierto, casi se olvidó de aplaudir. Y entonces se dio cuenta de que solo era la *primera canción*.

—Gracias —dijo Fabián en voz baja, como si no acabara de hacer algo completamente increíble—. La siguiente canción es nueva. Todavía no le he puesto nombre, pero quería probarla esta noche, si les parece bien.

Hubo aplausos dispersos y algunos gritos de agradecimiento. Ryan había considerado, mientras caminaba hacia el club, quedarse para una o dos canciones, pero de ninguna manera iba a ir a ninguna parte ahora. Permaneció de pie, sin apenas moverse, durante el tiempo que Fabian tardó en terminar su actuación. ¿Treinta minutos? ¿Cuarenta? Ryan no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado porque estaba paralizado. Cuando terminó la última canción, Fabian hizo una especie de media reverencia y lanzó besos al público.

El espectáculo había terminado y Ryan debía marcharse, pero ahora tenía muchas ganas de hablar con Fabian. Sólo para decirle lo mucho que había disfrutado del espectáculo. Fabian





bajó del escenario y Ryan lo perdió de vista por un momento. Pensó en ir por una cerveza o en buscar una mesa para sentarse, ahora que la gente empezaba a marcharse. En lugar de eso, se apoyó en la pared y miró al suelo durante unos minutos, sólo para no escudriñar obsesivamente a la multitud en busca de Fabian.

Probablemente, veinte minutos después, Ryan vio a Fabian de pie, solo, junto a una mesa vacía, bebiendo de una botella de agua. Ryan decidió que era su oportunidad y dio un paso hacia él. Se pasó una mano rápidamente por la barba, esperando que tuviera buen aspecto.

Se detuvo en seco cuando vio que un hombre rodeaba a Fabian con sus brazos. Fabian sonrió al hombre y lo besó rápidamente en la boca. El hombre era fornido, con la piel ligeramente más oscura que la de Fabián, y llevaba un traje elegante con gafas de montura oscura. Era *guapo*. Y, por supuesto, Fabian tenía un novio adorable.

La mano del hombre se mantuvo en el brazo de Fabian mientras conversaban. *Posesivo*, pensó Ryan. No lo culpaba. Pero lo odiaba un poco.

Dios mío. ¿Qué demonios le daba derecho a pensar mal del novio de Fabian? Ryan no conocía al tipo. Ryan no conocía a *Fabian*. Ryan necesitaba salir de este bar. Él no pertenecía a este lugar. Por eso nunca iba a ninguna parte. Por eso se sentía tan jodidamente solo. Estaba a punto de darse la vuelta cuando Fabian le clavó los ojos de repente.

Mierda.

El rostro de Fabian se deshizo en una sonrisa, y dio un suave toque al brazo del otro hombre antes de dirigirse a Ryan.

—*Pensé que eras tú* —dijo Fabian.

Seguía sonriendo, una sonrisa plena y encantada que mostraba los dientes. Ryan se dio cuenta de que su propia boca estaba como abierta, como un pez muerto.

—Hola. Yo, um, sólo estaba... mencionaste que ibas a tocar aquí. Esta noche. Cuando estuvimos hablando la semana pasada. En la, um...

Fabian se acercó.

—Lo recuerdo. No esperaba que vinieras de verdad.





—Lo siento. Probablemente no debería haber...

—¡No! No, me alegro de que estés aquí. Es... muy dulce. En realidad.

—Oh.

—Tal vez debería haber sido más claro sobre el código de vestimenta.

La mirada de Fabian recorrió el traje gris claro de Ryan y sus labios se torcieron en una sonrisa burlona.

—Vine directamente del juego. No tuve tiempo de cambiarme. Sé que estoy ridículo.

—En absoluto.

Durante unos segundos, permanecieron en silencio, y Ryan quiso tanto salir corriendo como acercar sus dedos al precioso rostro de Fabian. Estando tan cerca como estaban, Ryan podía ahora ver claramente el arte de su maquillaje; los párpados de Fabian estaban pintados con capas ahumadas de negro y plata, y había un polvo iridiscente brillante en su cara que resaltaba sus afilados pómulos.

—¿Disfrutaste del espectáculo? —preguntó Fabián.

Carajo, Ryan. ¿Qué tan grosero eres?

—Dios santo. Sí, fue irreal. Eres... realmente bueno.

Fabián apretó los labios y luego dijo:

—Gracias.

Ryan quería decir más, pero no encontraba las palabras adecuadas para describir lo increíble que había sido la música de Fabian. Así que en lugar de eso dijo:

—Bueno, debería dejar que vuelvas a...





—Ven a sentarte con nosotros —interrumpió Fabián—. Puedes conocer a mis amigos. Tengo tickets para bebidas. ¿Qué puedo ofrecerte?

—Oh. No tienes que...

—Vamos. Puedes contarme un poco más sobre lo genial que fui.

Ryan se rió de eso.

—De acuerdo.

Fabián lo llevó hacia el hombre que había estado abrazando, y besando, y tocando hace unos minutos.

—Este es mi amigo, Tarek. Vive con mis otros amigos, Vanessa, que está aquí... *en algún lugar...* y Marcus, que no está aquí porque está trabajando esta noche.

Amigo.

—Encantado de conocerte, Tarek —Ryan extendió su mano—. Ryan.

La cara de Tarek expresaba claramente que no tenía ni idea de quién era Ryan, pero no de forma grosera.

—Ryan. —repitió mientras le estrechaba la mano.

—Ryan solía vivir con mi familia —explicó Fabian—. Cuando ambos teníamos diecisiete años.

—¡Oh! —La comprensión apareció en la cara de Tarek—. ¡Eres un jugador de hockey!

—Sí.

Ryan jugueteó con el botón de su chaqueta de traje y deseó por millonésima vez haber tenido tiempo de cambiarse.

—¿Todavía juegas? —preguntó Tarek amablemente.





Ryan no era famoso, exactamente, pero era inusual para él estar hablando con alguien que no supiera quién era. Inusual, y algo agradable, estar conociendo a gente que no tenía expectativas sobre él.

—Juego para los Guardians. Por ahora, al menos. Me cambian mucho.

Dios. Cállate, Ryan.

—Debe ser duro —dijo Tarek, y sonó realmente comprensivo—. Me mudé mucho de niño. Es una mierda.

Ryan asintió.

—Así es.

Intentó desesperadamente pensar en algo que preguntarle a Tarek, pero se salvó cuando una mujer *atacó a* Fabian con el tipo de abrazo que normalmente se reservaba para los goles que ganan un partido.

—¡Fabian! ¡Eso fue tan jodidamente bueno!

Ryan no pudo ver la reacción de Fabian, porque su rostro estaba cubierto por el voluminoso y rizado cabello rubio de la mujer. Ella giró la cabeza para mirar directamente a Ryan, sin soltar a Fabian.

—¿No fue increíble?

—Sí —respondió Ryan—. Increíble.

Soltó a Fabian y se giró completamente para mirar a Ryan.

—¿Quién eres tú?

La pregunta fue tan contundente que le arrancó una carcajada.

—Uh, Ryan. Sólo... solíamos, ah...

—¡Hola, Ryan! ¿Eres fan de Fabian?





—Yo, um...

Fabián acudió a su rescate.

—Esta es Vanessa, por cierto. Ella es algo así como *intensa*.

—Definitivamente, es cierto —estuvo de acuerdo—. Me gusta el traje.

—Oh. Gracias.

—¿Qué puedo ofrecerte, Ryan? —preguntó Fabian, inclinando la cabeza hacia la barra.

—No tienes que...

—¿Una cerveza? Voy a apostar que es cerveza.

Los labios de Fabian mostraron un gesto que permitió a Ryan saber que estaba jugando. Ryan respondió de la misma manera.

—No deberías hacer suposiciones sobre la gente.

Vanessa dio un puñetazo en el brazo de Fabián.

—Es *cierto*. Deberías saberlo. Ryan, resulta que sé que la barman de esta noche hace los más increíbles martinis con gotas de limón. Dame los tickets de las bebidas, Fabe. Quédate y hazle compañía a tu *amigo*.

Fabián fijó una mirada en el rostro de Vanessa que probablemente decía muchas cosas que Ryan no podía traducir, y le entregó una tira de tickets.

—Tomaré uno de esos martinis.

Vanessa señaló a Tarek y luego a Ryan.

—¿Martini? ¿Martini?

—Claro. —dijo Tarek.





—Ah, en realidad sólo me gustaría una cerveza. —dijo Ryan tímidamente.

—¡Ja! —Vanessa parecía encantada—. Cerveza será. Tarek, ven conmigo.

—Sutil. —murmuró Tarek mientras se giraba para seguirla.

Fabian observó a sus ridículos amigos abrirse paso entre la multitud hacia la barra, antes de volver a prestar atención a Ryan.

—Puede que tarden un poco —dijo—. Vanessa está enamorada de la barman.

El pelo de Ryan estaba recogido en un pequeño moño esta noche, lo que no hacía más que acentuar el volumen de su barba.

—No sé cómo escribes canciones así. O tocar en el escenario delante de la gente.

—¿No juegas al hockey delante de un millón de personas todo el tiempo?

—No es lo mismo.

—¿No lo es?

Fabian realmente no entendía cómo no era lo mismo.

Ryan negó con la cabeza.

—Puedo jugar al hockey delante de una multitud, pero nunca podría, como, cantar el himno nacional, ¿sabes?

Fabian trató de imaginárselo y sonrió para sí mismo.





—Eso es porque eres *bueno en* el hockey. Yo soy bueno en esto —Señaló hacia el escenario—. Y mi público no suele abuchearme cuando cometo un error. He oído que los aficionados al deporte son menos indulgentes.

La boca de Ryan se torció un poco ante eso.

—Pueden ser bastante duros, seguro. Y no estoy seguro de ser *bueno* en el hockey.

Bien. Bueno, esto era una tontería.

—Juegas en la NHL, Ryan. ¿Hay alguna liga superior de la que no estoy al tanto? —Frunció el ceño—. Es una pregunta honesta. En realidad podría haber una.

Ryan se rió.

—No. La NHL es la más alta. Pero yo no...

Se detuvo, y Fabian se preguntó qué había estado a punto de decir. Pero se asombró cuando Ryan soltó:

—Me gusta tu ropa.

Fabián sonrió. Estaba orgulloso de su look de esta noche: una camiseta transparente con flores negras de terciopelo de estilo barroco, pantalones negros de esmoquin y un montón de collares brillantes que había comprado en Forever 21. Notó que la mirada de Ryan se fijaba en el pecho de Fabian, donde el piercing de su pezón derecho era visible a través de la camiseta.

—Gracias.

—Me siento tan ordinario. —dijo Ryan, y enseguida pareció avergonzado por haberlo dicho.

Se pasó una mano por el pelo y la barba, un gesto que Fabian ya reconocía como un hábito nervioso.

—Sólo una estrella de hockey de 7 pies¹⁵ de altura. Qué aburrido. —se burló.
Ryan se sonrojó.

¹⁵ 2,14 metros.





—No mido 7 pies.

—¿He subestimado?

—Tengo 6.7 pies¹⁶ de altura.

Oof. Jodidos seis punto siete.

Fabian nunca había estado con un hombre tan alto. ¿Cómo sería? ¿Podrían incluso besarse? Le encantaría averiguarlo.

No es que fuera a enrollarse con Ryan Price. Por muchas razones.

—Ven a sentarte.

Fabian señaló la mesa vacía junto a ellos. Sentarse eliminaría al menos la distracción de la altura de Ryan. Y de lo bien que llenaba ese traje.

Una vez sentados, Fabian apoyó un codo en la mesa, se inclinó hacia delante y apoyó la barbilla en el puño.

—Háblame de ti, Ryan Price.

Su tono fue probablemente demasiado coqueto, porque Ryan se rió nerviosamente y apartó la mirada.

—No hay mucho que contar.

—¿Vives en el barrio? ¿El Village, quiero decir?

—Más o menos. Como, no aquí mismo, pero unas cuadras al sur. Cerca de la farmacia de ahí, donde trabajas.

—Así que... ¿Sí, entonces? ¿Vives en el Village?

¹⁶ 2 metros.





Fabian no pudo evitar su sonrisa coqueta, pero pareció tranquilizar a Ryan, que le devolvió la sonrisa.

—Sí. Lo siento. Respuesta larga a una simple pregunta.

Fabian tuvo que empujar esto. Estaba ardiendo de curiosidad.

—*¿Sabías que* te mudaste al barrio de los gays?

El ceño de Ryan se frunció, como si estuviera tratando de decidir cómo responder a la pregunta de sí o no.

—Sí, lo sabía.

No se ofreció más información, así que Fabián se echó atrás. Sin embargo, estaba intrigado.

Se sentaron en silencio por un momento, Fabian mirando hacia la barra como si estuviera extremadamente interesado en el progreso de sus pedidos de bebidas. Decidió que dejaría que Ryan hiciera la siguiente pregunta.

Entonces, Ryan rompió el silencio al soltar de repente:

—Soy gay.

Aunque Fabian ya había adivinado que podría ser así, escuchar a Ryan decir las palabras fue...

—*Mierda.*

—Sorpresa. —dijo Ryan encogiéndose de hombros.

—¿Acaso los jugadores de hockey pueden ser gays?

Ryan se rió.





—Ahora es sólo un mayor de cinco minutos¹⁷.

Fabián lo miró sin comprender.

—Lo siento —dijo Ryan—. Chiste de hockey. Un *mal chiste de hockey*. Sí, hay jugadores de hockey gays.

Fabian lo consideró.

—Supongo que está ese tipo en Nueva York. El caliente.

—Scott Hunter. Sí. Yo soy el otro. El que no es caliente.

Ryan sonrió ante su comentario autodespectivo.

Fabián no estaba tan seguro de *esa* apreciación, pero la ignoró por ahora.

—Entonces, ¿por qué he oído que el chico de Nueva York es gay, pero tú no?

Ryan resopló.

—Porque no soy una superestrella. Y no besé a mi novio en la televisión en vivo después de ganar la Copa Stanley.

Que Ryan dijera las palabras 'besé a mi novio' hizo que la cabeza de Fabian diera un pequeño giro. ¿Ryan *tenía* novio? Ryan *salía* con hombres. Ryan *besaba* a hombres. Ryan jugaba al hockey y también *besaba a hombres*.

—Tampoco es que hable mucho de eso —continuó Ryan—. De ser gay, quiero decir. O de cualquier cosa, en realidad.

Bueno, eso era sin duda verdad. Ryan no parecía ser más hablador ahora que cuando era un adolescente torpe.

—¿Tus compañeros de equipo no lo saben?

¹⁷ El mayor de 5 minutos es un grado de sanción por una infracción de las reglas. Donde el jugador infractor debe salir del juego por 5 minutos o más, durante los cuales su equipo estará falto de personal.





—Algunos lo saben. Sí. Me cambian mucho, como dije.

—¿Son idiotas al respecto?

Ryan se encogió de hombros.

—A la mayoría no parece importarle. O tal vez sólo ayuda que soy grande. No lo sé.

En ese momento, Tarek volvió a la mesa con una copa de martini en cada mano y una botella de cerveza metida en el codo.

—Vanessa está coqueteando con Callie.

—Ah —dijo Fabián, aceptando su copa de martini—. Probablemente no la volveremos a ver.

—Probablemente no. —aceptó Tarek.

Fabian observó cómo Ryan tomaba un sorbo de su cerveza. Estaba un poco de espaldas a ellos, pero no parecía estar mirando nada en particular. A Fabian le llamó la atención lo extraño que era estar sentado en una mesa de uno de sus bares habituales con sus mejores amigos... y Ryan Price. Ryan Price, que aparentemente era tan gay como Fabian, los amigos de Fabian y el bar en el que estaban.

Pero seguía siendo un jugador de hockey, y Fabian se había alegrado mucho de eliminar todo rastro de hockey de su vida en cuanto se había mudado a Toronto para empezar la universidad hacía más de una década. Tener a Ryan aquí, en uno de sus espacios favoritos, debería haberle molestado más de lo que lo hacía.

Ryan era *diferente*. Fabian lo había sentido cuando tenían diecisiete años, y lo seguía sintiendo ahora. A diferencia de todos los demás jugadores de hockey que habían entrado en la casa de su familia, con los que Fabian había ido a la escuela, que habían sido entrenados por su padre, Ryan nunca le había hecho sentirse incómodo. Cuando habían vivido juntos, Fabian había disfrutado realmente de la tranquila presencia de Ryan.

Cuando habían hecho los deberes juntos en la mesa de la cocina, o habían visto juntos *Buscando a Nemo* con Amy (otra vez), o habían ido juntos a la escuela, siempre había sido en un





silencio casi total. Pero a Fabian siempre le había gustado tenerlo cerca. Era como... un perro grande y dulce.

Fabian hizo una mueca ante ese pensamiento tan poco halagador y bebió un sorbo de martini de limón.

Durante varios largos minutos, nadie en la mesa dijo nada. Ryan seguía mirando hacia otro lado, de espaldas a Fabian, y Tarek estaba absorto en su teléfono.

—¿Cómo llevas todo tu equipo a casa? —preguntó Ryan de repente.

A Fabián le sorprendió la pregunta.

—Normalmente me ayudan uno o dos amigos. Tengo un sistema: todos los pedales y cables van en una mochila con mi portátil, así que sólo hay que llevar el violín, el teclado y el soporte. A veces tomo un taxi, pero sólo vivo a unas manzanas de aquí.

Ryan asintió.

—Sobre eso —dijo Tarek lentamente—. He estado mensajeando con este tipo, Mario...

—¿Mario el auxiliar de vuelo?

Tarek sonrió soñadoramente.

—El mismo. Está en la ciudad y tiene una *habitación de hotel*, así que si tienes a alguien más que pueda ayudarte, voy a...

Fabián hizo un gesto con la mano.

—Ve. Disfruta de Mario. Estoy seguro de que puedo...

—Puedo ayudar —dijo Ryan rápidamente—. Llevaré tu equipo. No me molestaría.

Fabian lo miró fijamente y luego sonrió.

—Genial. Gracias.





Tarek se puso de pie y besó la parte superior de la cabeza de Fabian. Saludó a Ryan y le dijo:

—Encantado de conocerte. —Antes de salir rápidamente.

—Y nos quedamos solos —dijo Fabian, con un tono más sensual de lo apropiado. Había un rastro de alarma en los ojos de Ryan, así que Fabian se inclinó hacia atrás en su silla y volvió a normalizar su voz—. No tienes que acompañarme a casa. De verdad.

—Oh.

Dios, parecía *decepcionado*.

—Quiero decir que *puedes*. Si quieres. Me gustaría.

La cara de Ryan se iluminó.

—¿Te gustaría?

—Claro. ¿Un hombre grande y fuerte llevando mi equipo por mí? ¿A quién no le gustaría eso?

Ryan resopló, pero parecía menos entusiasmado que hace un segundo.

—Bien.

Mierda.

—Me gustaría hablar contigo. Lejos de este ruido —aclaró Fabián—. Sería bueno ponerse al día.

Eso pareció funcionar, porque la zona de la barba alrededor de la boca de Ryan se curvó.

Veinte minutos después, Fabián se aseguraba de no haber dejado nada cerca del escenario cuando Vanessa se plantó frente a él.

—¿Hora de irnos?





—Sí, pero no tienes que caminar conmigo.

Vanessa frunció el ceño.

—Sí, lo haré. Tarek se ha largado y tú necesitas ayuda. A no ser que tomes un taxi.

—Está bien. Puedes quedarte y pasar el rato con Callie. Ryan va a ayudarme.

—Oh —dijo ella. Luego—, *Ohhhhhh*.

Fabián puso los ojos en blanco.

—No. Sólo somos amigos. O lo que sea.

—Claro.

—Como si fuera a follar con un *jugador de hockey*.

En lugar de reírse, o discutir, Vanessa puso una cara rara que Fabián interpretó como que *Ryan, el jugador de hockey, está de pie justo detrás de ti*.

Carajo.





Capítulo 6

Fabian se giró y, efectivamente, ahí estaba el gigantesco y dulce Ryan, sosteniendo el teclado en una mano, el soporte en la otra, y con la pesada mochila llena de material colgada de un hombro.

—¿Hay algo más? —preguntó Ryan.

Evidentemente, estaba fingiendo que no había oído el horrible comentario de Fabian. Las partes de su cara que no estaban cubiertas por la barba estaban sonrojadas y miraba al suelo.

—¡No! —dijo Fabian, excesivamente alegre.

No había razón para abordar lo que Fabian acababa de decir. No era como si el sexo estuviera sobre la mesa de todos modos. Ryan era una estrella del hockey, y Fabian era... *el peor*.

—Tengo el violín.

Levantó la mano que sostenía el estuche, agitándolo como si fuera difícil de ver.

—Bien. ¿Nos vamos?

—Sí. ¡Adiós Vanessa! ¡Diviértete esta noche!

Uf. A Fabián no le gustaba la vergüenza que le recorría como el fuego.

—Lo haré. Y gracias, Ryan, por ayudar. Pareces un *gran tipo*.

Miró fijamente a Fabian cuando dijo esas últimas palabras. Fabian quería morir.

Dirigió su atención a Ryan con una sonrisa forzada en su rostro.

—¿Vamos?





El aire fresco de la noche de noviembre no ayudó mucho a aliviar el calor en las mejillas de Fabian. Se rodeó el cuello con su bufanda de pashmina color vino y enterró en ella la mitad inferior de su rostro.

Hicieron una cuadra, en silencio, antes de que Fabián no pudiera aguantar más.

—Siento haber dicho eso. Fue muy grosero y me siento como un imbécil.

Miró el perfil de Ryan, y se dio cuenta de que estaba decidiendo si reconocer o no que, de hecho, había escuchado lo que Fabian había dicho antes.

—Está bien. —dijo finalmente Ryan.

—*Realmente* no lo está. Viniste a mi show, me estás ayudando a llevar mi equipo a casa, ni siquiera me *conoces*, de verdad. Hice una broma estúpida y fue una mierda y lo siento.

—De acuerdo.

Caminaron otra cuadra en silencio, y luego Ryan dijo:

—Yo tampoco me cogería a un jugador de hockey.

La risa de Fabian sonó como un bocinazo, lo cual fue humillante, pero se sintió aliviado y encantado por la broma de Ryan. Ryan le sonrió y se le ocurrió a Fabian, en ese momento, que ese tipo estaba caminando sin miedo -y aparentemente feliz- al lado de un hombre que llevaba toda la cara llena de maquillaje dramático. Eso no era poco.

Fabian le dio un empujón con el hombro, que golpeó a Ryan justo por encima del codo.

—Así que tenemos algo en común. Además de ser gays de Nueva Escocia¹⁸ en Toronto.

—Sí.

Sólo tardó unos minutos más en llegar a la calle donde estaba el edificio del apartamento de mierda de Fabián. Sólo entonces, aliviado en parte de su vergüenza anterior, se dio cuenta de lo desequilibrada que estaba la carga entre ellos.

¹⁸ Nueva Escocia es una de las Provincias Marítimas orientales de Canadá en el Atlántico.





—Oh, Dios mío. Déjame al menos tomar el soporte del teclado. No puedo creer que te haya dejado cargar con todo eso.

—Está bien —gruñó Ryan. Pero entonces se detuvo y sostuvo el soporte—. En realidad. Sí. Lo siento. Mi espalda me ha estado molestando un poco últimamente.

Tal vez un meteorito podría aterrizar en Fabian ahora mismo. El final perfecto para una noche perfecta.

—Déjame llevar el teclado también. O la mochila —Logró una sonrisa coqueta—. Soy más fuerte de lo que parece.

—No. Estoy bien. Gracias.

—Bueno, mi apartamento está justo ahí —Fabian señaló delante de ellos con su estuche de violín—. En planta baja también. Un trabajo de entrega totalmente fácil.

Un minuto más tarde estaban juntos en el escalón de la entrada del edificio de Fabian mientras él luchaba con la llave. Era un antiguo edificio de dos plantas que solía ser un orfanato o un hospital infantil o algo así. En cualquier caso, estaba, como había dicho Vanessa, seguramente embrujado.

—Esta estúpida cerradura de mierda —refunfuñó, sacudiendo la llave hasta que finalmente giró. Fueron recibidos por el familiar cóctel de olores que Fabian reconocía ahora como su hogar: paredes mohosas, cocina vegana con ajo y hierba. Había una escalera de madera con una alfombra desgastada justo delante de ellos, que conducía a los tres apartamentos de la segunda planta. En la planta baja, había una puerta a cada lado de la escalera, y Fabian dirigió a Ryan hacia la puerta de la izquierda.

—Este es el mío —dijo, girando la llave en una cerradura que era sólo un poco menos terca que la de afuera—. Prepárate para ser deslumbrado por la elegancia.

Ryan lo siguió al pequeño estudio. Fabian colocó el equipo que llevaba contra una de las paredes de color rojo brillante e indicó a Ryan que hiciera lo mismo.

—Gracias otra vez. Ha sido muy amable de tu parte.

—No hay problema.





Ryan colocó cuidadosamente el teclado y la mochila en el suelo con un gruñido silencioso.

—¿Cómo está tu espalda?

—Tan buena como siempre.

Se veía enorme en los confines del apartamento de Fabian. También se veía extremadamente incómodo y fuera de lugar. Fabian esperó a que dijera algo, pero en lugar de eso Ryan se limitó a mirarse las manos, flexionándolas y frotándose los nudillos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Fabian. Sin pensarlo, tomó la mano izquierda de Ryan entre las suyas—. ¿Qué te pasó?

Había moretones oscuros en los nudillos, y Fabian pasó sus dedos delicadamente sobre ellos, de un lado a otro.

—¡No puedo creer que hayas llevado todo eso cuando tienes la mano destrozada! ¿Te duele? Debe doler.

—Ehh. —dijo Ryan en voz baja.

Fabian levantó la vista y vio que Ryan estaba mirando los dedos de Fabian.

Fabian soltó la mano y dio un paso atrás.

—Lo siento.

—No pasa nada. No duelen demasiado.

Ryan metió la mano magullada en el bolsillo de su abrigo de lana y miró al suelo. Bastante pelo se había escapado del moño en el que lo había atado, y los mechones sueltos colgaban alrededor de su cara. Se veía realmente bien.

—¿Así que eso es normal para ti? ¿Las manos destrozadas?

Ryan se encogió de hombros.





—Bastante normal, sí.

Fabian recordaba haber notado moretones similares en las manos del adolescente Ryan. Estaba bastante seguro de que Ryan también había intentado ocultárselo entonces.

—Bueno —dijo Ryan—. Probablemente debería irme.

Lo dijo en el mismo momento en que Fabian dijo:

—¿Puedo ofrecerte una bebida?

—¿Qué?— dijo Ryan.

—Tengo casi una botella entera de vino en la nevera —Fabian se quitó la bufanda y la colocó sobre una silla que ya tenía varias bufandas—. O té, si lo prefieres. Puede que me quede alguna de esas aguas con gas de pomelo...

—Yo... no. Está bien. Estoy bastante cansado después del partido. Debería irme.

—Si estás seguro.

Fabian agachó la cabeza y se quitó los collares, colocándolos sobre la bufanda. Se preguntó qué haría Ryan si se quitaba la camisa a continuación.

—Estoy seguro. Pero... fue agradable. Verte de nuevo.

Fabian se acercó a él. Olía *bien*.

—Igualmente.

Fabián no estaba seguro de cuál era su plan aquí. No quería que Ryan se fuera, pero tampoco tenía idea de por qué quería que se quedara. Si él y Ryan no se hubieran conocido antes de esta noche; si Ryan hubiera sido simplemente un extraño grande, fuerte y atractivo que se hubiera ofrecido a acompañar a Fabian a su casa, Fabian se estaría rasgando las vestiduras ahora mismo. Pero Ryan no era un desconocido, y aunque a una parte de Fabian le gustaba mucho la idea de arrancarse la ropa, simplemente... no podía.





Ni siquiera cuando Ryan lo miraba de una manera que hacía que Fabian se remontara a aquella noche en el ferry de hace tantos años. A ese momento en el que pensó por un segundo que Ryan iba a besarlo. Fabian podía besarlo *ahora*. Podía ponerse de puntillas y rozar sus labios con los de Ryan. Ni siquiera tenía que ser algo importante. Sería un simple beso de agradecimiento, del tipo que Fabian daba a sus amigos todo el tiempo.

Pero, en cambio, Fabián dijo:

—Deberíamos repetir esto alguna vez.

Ryan parpadeó y se echó un poco hacia atrás.

—¿Qué?

—Quiero decir, deberíamos pasar el rato. Tomar un café. Ya sabes. Ponernos al día un poco más.

Ryan frunció el ceño, pero luego asintió.

—Me gustaría. ¿Me das tu número? —Intercambiaron los teléfonos e introdujeron sus números—. No he explorado demasiado el barrio.

—Bueno, déjame ser tu guía.

El tono de Fabian había vuelto a ser sedoso. Demasiado coqueto.

Ryan se quedó helado, y Fabian se dio una patada mental. Ryan no era el tipo de chico con el que se coquetea casualmente. Cuando eran adolescentes, Ryan se había puesto nervioso con mucha facilidad cada vez que Fabian había intentado coquetear con él. No parecía que eso hubiera cambiado.

Todavía era un encanto inconveniente.

—Esperaré a tener noticias tuyas, entonces —dijo Ryan con rigidez. Levantó una mano, como si fuera a ofrecer un apretón de manos de despedida, pero luego pareció pensarlo mejor y se metió la mano en el bolsillo del abrigo—. Buenas noches.

—Buenas noches, Ryan Price. Cuida esas manos.





Ryan asintió y se fue.

Cuando la puerta se cerró, Fabian se encogió. *¿Cuidar esas manos* sonaba coqueto? Definitivamente, sonaba tonto.

Con un suspiro, Fabián se dejó caer de nuevo en la cama. Qué noche tan extraña.





Capítulo 7

—¿Puedo mudarme contigo?

Ryan sonrió ante la expresión de dolor de su hermana. Había dormido hasta tarde esa mañana y se había despertado por la petición de Colleen en el Facetime.

—No quieres mudarte a Toronto —dijo.

—Totalmente sí. Me subiré a un avión mañana. Hoy, incluso. Esta ciudad me está asfixiando.

—Sin embargo, te encanta. ¿Y qué dirían todos esos pobres alumnos de tercero cuando su profesora desaparezca?

—Estarían encantados. En serio. Déjame sacar ventaja de Toronto durante unos meses. O años.

A Ryan le encantaría tener a Colleen más cerca de él, pero sabía que estaba bromeando sobre esto.

—Deberías venir de visita pronto.

Ella suspiró.

—Quiero hacerlo. Si no vienes a casa en Navidad, tal vez podría ir ahí unos días.

—Voy a intentarlo —dijo Ryan—. Quiero volver a casa este año.

Ella sonrió.

—Eso sería fantástico. Pero todavía quiero visitarte en Toronto. Quiero *salir*. ¿Has estado en alguno de los clubes?

—Um...

—*Ry-an* —se quejó—. ¡Eres un joven gay rico en la Gay Village de Toronto!





—No soy tan joven. —argumentó Ryan.

—Tienes treinta y un años. No eres viejo.

—Sin embargo, tengo el cuerpo de una persona de setenta años.

—Tienes el cuerpo de un olímpico. ¿De qué demonios estás hablando?

—Mi espalda me ha estado molestando.

Su expresión se suavizó.

—Lo siento. Estoy siendo una idiota. ¿Así que realmente no has estado saliendo en absoluto?

—Bueno —Ryan se preparó, porque sabía que su hermana iba a decir *algo* al respecto—. En realidad me encontré con alguien recientemente. De Halifax¹⁹.

—¿Un antiguo compañero de equipo?

—No. ¿Recuerdas cuando vivía con los Salah?

—Creo que sólo los vi una vez, pero sí. Te gustaban, ¿verdad?

—Sí.

Se mordió el labio, lo que su hermana notó inmediatamente.

—Oh, Dios mío. ¿Qué?

—Me gustó *uno* de los Salah en particular.

—Por favor, que no sea el padre.

¹⁹ Halifax es la capital y ciudad canadiense más grande de la provincia de Nueva Escocia, y el centro económico de las Provincias Atlánticas. Es el puerto más grande del país en su costa atlántica.





—¡No! —Joe Salah había sido un hombre atractivo, pero no. Absolutamente no—. Su hijo. Fabian.

—Ohhhh. ¿Y es con quién te encontraste en Toronto?

Ryan asintió.

—Sí. Y nos pusimos al día un poco. Ya sabes.

—Poniéndose al día como...

—Sólo hablamos. Somos amigos. No somos... —Ryan se movió para sentarse más erguido contra la cabecera—. Está fuera de mi alcance.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Cómo es que está fuera de tu alcance? Eres literalmente un atleta estrella y un millonario.

—Sí, pero él es hermoso. Y encantador. Y tiene un montón de amigos que hacen cosas interesantes. Y toca música que es, como, la cosa más increíble que he escuchado.

—Bien, ¿así que este encantador y hermoso hombre ha estado saliendo contigo?

—Realmente no hemos estado saliendo. Fui a su show anoche, sin embargo, yo... lo acompañé a casa después.

La cara de Colleen se iluminó.

—¡Ryan! ¡Es adorable! ¿Llevaste sus libros?

Ryan se sonrojó.

—Llevé su equipo.

—Aw. ¿Te dio un besito de buenas noches?

—Cambiemos de tema.





—Oh. *Vamos*. La última cita que tuve fue con Andy Hart, y resultó que somos primos lejanos. Necesito algunas historias románticas de la gran ciudad.

Ryan se rió.

—¿No es el hijo del primo de mamá?

—No lo sé. Algo así.

—Sí, eso no es tan lejano.

—Oh, mírate, *Toronto*. Tan elegante solo porque no sales con tus primos.

Los dos se rieron. Ryan quería a su hermana y odiaba pensar que se sentía sola en Ross Harbour. Se merecía ser amada por alguien maravilloso.

—¿Has comprado ya los muebles? —preguntó cuando dejaron de reírse.

—En realidad no. Todavía sólo en el dormitorio, básicamente.

Parecía consternada.

—Eso es triste. Por favor, pide algunos muebles. Sé que hay un IKEA en Toronto.

—Sí, lo sé.

—¿Y si conocieras a un chico? No puedes traerlo a un extraño apartamento vacío.

—*Lo sé*, te lo dije.

—¡Probablemente puedan hacer la entrega al día siguiente en Toronto!

—¡No tiene sentido comprar muebles si sólo me van a traspasar de nuevo!

Ryan pensó que ese arrebató pondría fin a la discusión, pero Colleen insistió.

—Sí, pero esa no es forma de vivir, amigo. Compra un sofá.





—Tengo que irme.

—No te enfades conmigo. Sólo estoy...

—No estoy enfadado contigo. Sólo tengo cosas que hacer. —mintió.

—Muy bien. Te quiero. Veremos el partido mañana por la noche.

—Yo también te quiero. Saluda a mamá y a papá.

—Llámalos pronto, ¿quieres? Mamá se ha estado quejando de que te has olvidado de ellos.

—Lo haré —Dios, no había pasado ni una semana desde la última vez que los llamó—. Adiós.

Ryan bostezó y se estiró. No le sorprendería si se quedaba dormido. Después de volver a casa de Fabian la noche anterior había estado despierto durante horas, mirando al techo y repasando cada detalle de la noche en su cabeza.

Y ahora estaba despierto sin nada que hacer. Colleen tenía razón; su vida era triste.

Agarró su portátil de la mesita de noche y abrió la página web de IKEA en su navegador. No estaría de más pedir algunas cosas; su apartamento tenía un aspecto realmente lamentable. ¿Y si quería invitar a un hombre a su casa? No era un escenario *probable*, pero tampoco era imposible.

A medida que Ryan iba añadiendo más artículos a su cesta, se iba entusiasmando con su nuevo mobiliario. Cuando llegó el momento de la compra, se lanzó a la aventura y optó por la carísima entrega exprés para recibir las cosas al día siguiente.

Intentó no imaginar, mientras introducía sus datos de pago, lo que Fabián pensaría de los coloridos cojines que había pedido.





—Prepárense para que les vuele la cabeza —dijo Fabián alegremente mientras depositaba su mochila en la encimera de la cocina de Vanessa, Marcus y Tarek—. He ido a la mesa de descuentos de Halloween en el supermercado y he comprado...

Hizo una pausa para lograr un efecto dramático, y luego sacó rápidamente la mochila.

—¡Una manzana de caramelo!

—¡Oh, Dios mío! Dios mío, Fabe —dijo Vanessa—. ¿Estás sugiriendo que *cortemos* la manzana de caramelo y le pongamos una capa encima de la crema de queso con canela que he comprado? Porque eso es una puta genialidad.

—Estoy sugiriendo exactamente eso.

—¿Y mis moras? —se quejó Marcus.

—Vete a la mierda con tus moras —dijo Vanessa—. Manzana caramelizada más queso crema de canela para la victoria.

—Yo le pondré moras al mío. —refunfuñó Marcus.

Todos comieron deliciosos waffles y bebieron café y mimosas baratas, y para su crédito, Vanessa esperó hasta que la comida se acabara antes de mencionar a Ryan.

—¿Quieres hablarnos de ese leñador del hockey o qué?

—¿Leñador de hockey? —preguntó Marcus, poniendo su teléfono sobre la mesa de café boca abajo en un gesto de absoluto interés por la conversación.

—Estuvo anoche en el show —explicó Tarek—. Un jugador de hockey que está enamorado de Fabian.

—Eso está tan mal que no sé ni por dónde empezar. —protestó Fabián.

—Lo que digas —dijo Vanessa—. Está completamente enamorado de ti. Llevó tu equipo a casa.





—Claro —Puso los ojos en blanco—. Olvidé que eso significa que estamos comprometidos ahora.

—¿Puede alguien decirme qué carajos está pasando? —dijo Marcus.

—No es gran cosa. ¿Recuerdas que te dije que mis padres solían alojar a jugadores de hockey? Como que cada año un jugador de hockey adolescente diferente vivía con nosotros.

—Sí. Lo odiaste. ¿Quién no lo haría?

—Bien. Realmente lo odié. Eran todos unos idiotas homófobos que casi seguro que me habrían pegado si no hubieran vivido bajo el techo de mis padres —Fabián se mordió el labio antes de continuar—. Pero uno de ellos...

La cara de Marcus se iluminó.

—¡Oh, Dios mío! Te has enrollado con uno de los hermanos tontos del hockey.

—No —dijo rápidamente Fabián—. No, en absoluto. Es sólo que este tipo, Ryan. Era... diferente. Era amable conmigo. Y... me gustaba.

—¡Ah, te enamoraste de tu compañero de casa jugador de hockey! —dijo Vanessa—. Esta es una buena mierda, Fabian. Continúa.

—No pasó nada, como dije. Simplemente... nos llevábamos bien. No es que estuviéramos saliendo o algo así, realmente, pero hacíamos los deberes juntos. Veíamos la televisión. A veces íbamos juntos a la escuela. Cosas así.

—Qué bonito. —dijo Tarek.

—Y... bueno. Esto es lo que no puedo olvidar. Tuve un recital. Una cosa de fin de año en el conservatorio. Mi hermana tenía un partido de playoffs esa noche, así que toda mi familia fue a eso en su lugar.

—Sí, bueno, por supuesto —dijo Vanessa con rotundidad—. ¿A quién le importa una mierda su hijo con un talento musical descomunal cuando hay que ir a un partido de hockey?





—Bien. El caso es que nadie de mi familia estuvo en mi recital. Pero Ryan sí estuvo.

Vanessa se cubrió la boca con ambas manos.

—¡Que carajos!

Las mejillas de Fabián se calentaron.

—Lo sé.

—Es lo más dulce que he oído nunca. —dijo Tarek.

El estómago de Fabian se agitó al recordar que había visto a Ryan Price al fondo del auditorio.

—No podía creer que estuviera ahí.

—¿Y *no* saliste corriendo del escenario a sus brazos que te esperaban? —exclamó Vanessa.

—No. Dios mío. Claro que no —Dudó y luego dijo—: Pero...

Vanessa se inclinó.

—Tienes toda mi atención.

—Tomamos juntos el ferry a casa. Y era una noche preciosa en la que todas las estrellas estaban fuera, y la luna estaba llena. Simplemente ridículo. Y tuvimos... un momento. Creo.

—¿Un momento? ¿Cómo qué? —preguntó Marcus.

Fabián estaba seguro de que su cara se había vuelto un poco soñadora al recordar aquella noche.

—Hubo un segundo en el que pensé... Quiero decir, estaba seguro de que iba a besarme. O que estaba esperando que yo *lo besara*. Pero luego pasó y eso fue todo.

Vanessa se recostó en su silla.





—Esa historia apesta, Fabián. Odio esa historia.

Fabián se encogió de hombros.

—Lo siento.

—De acuerdo, pero, ¿por qué estaba en tu espectáculo anoche? —preguntó Marcus.

—Me lo encontré en el trabajo la semana pasada. Le hablé del show.

—¿Te *reconoció*? —preguntó Vanessa.

—Sí. Hablamos un poco. Él... definitivamente se acordó de mí. Parecía al menos tan aturdido como yo.

—Esta historia vuelve a ser buena. —dijo.

—¿Y qué hace en Toronto? —preguntó Marcus.

—Él, um, juega para los Guardians ahora, ¿supongo? Y sí. Se ve muy bien.

—¿Juega para los *Guardians*? ¿Me estás *tomando el pelo*? —Marcus sacó su teléfono—. ¿Cuál es su apellido?

—Price.

Tecleó el teléfono durante unos segundos y luego sus ojos se desorbitaron.

—*Hello, Daddy.*

—Lo sé.

—Entonces, ¿es gay, o...?

—Sí. Me lo dijo anoche.

—¿En serio?





—Es raro que un jugador de hockey mienta, así que asumo que es realmente gay, sí.

—Así que lo que sabemos —dijo Vanessa—, es que le gustabas lo suficiente como para ir a tu recital cuando ambos eran adolescentes, se acordó de ti después de trece años, fue a tu espectáculo anoche, llevó tu equipo a casa y es totalmente gay.

—Correcto.

—Eso —dijo Marcus—, es jodidamente romántico.

—Eso —lo corrigió Fabián—. No es nada.

—Es lo mejor, ¿verdad? —dijo Vanessa alegremente—. Como, esta es la cosa más interesante de la vida. Estoy totalmente involucrada en esto.

—Completamente. —aceptó Tarek.

—No hay nada en que involucrarse —dijo Fabian con cansancio—. Probablemente no volveré a verlo. Intercambiamos números, pero ya sabes cómo va eso.

—¡Intercambiaron números! —dijo Vanessa con una voz tan alta que era casi inaudible.

—Así que, nuevo plan —dijo Marcus, aplaudiendo—. Fabian rompe con Claude, y luego se casa con el jugador de hockey gay y tienen bebés grandes y tontos juntos.

—Eres un idiota. Y Claude y yo *no* estamos juntos.

—Sus bocas estaban juntas la semana pasada. —señaló Tarek.

Fabián cerró los ojos, sacando fuerzas del universo.

—No volverá a ocurrir. Fue un error. He terminado con él.

—Claro. —dijo Tarek.

—Totalmente. —dijo Marcus, asintiendo.





—Lo que sea. Los odio, chicos.

—¿Significa eso que te vas a liar con nosotros? —preguntó Vanessa—. Porque parece que...

Su frase se cortó cuando Fabián le lanzó una almohada con forma de gato.

—¿Quién quiere más café? —preguntó.

Necesitaba un descanso de la habitación después de esa conversación. Todos levantaron la mano, así que se ocupó de la cocina durante los siguientes minutos.

—El siguiente asunto —anunció Vanessa, cuando Fabián volvió con una prensa francesa llena de café—. Es el cumpleaños de Tarek.

Tarek dejó escapar un largo gemido.

—¡Si no lo mencionas, puede que no ocurra!

—Lo siento, cariño. Vas a cumplir treinta años. Asúmelo. —Echó dos cucharadas de azúcar en su café.

—Así que, obviamente, vamos a salir —dijo Marcus—. ¿Puedo solicitar que vayamos a cualquier lugar que no sea...

—¡Force! ¡Force! Force! —Vanessa comenzó a cantar. Tarek se unió, seguido por Fabian.

—Váyanse a la mierda —refunfuñó Marcus—. Bien. Es en tres semanas, ¿no? Me aseguraré de no trabajar, al menos.

—¿Recuerdas cuando eras un stripper? —dijo Vanessa—. ¿Y te visitábamos en el trabajo? Eso era lo mejor.

—Eso fue lo *peor*, en realidad —la corrigió Marcus—. Pero a veces echo de menos ese trabajo. Estúpido fuego.

—Estúpido incendio provocado, querrás decir. —dijo Tarek.





—Sí. Era un buen club.

—Lo fue totalmente —estuvo de acuerdo Vanessa—. ¿Recuerdas aquella vez que te caíste?

—*¡No me caí! Perdí el equilibrio.* Y me recuperé. Y tú eres horrible.

Todos se rieron. Fabian programó la noche en Force en su teléfono. Le vendría muy bien una noche de baile. Había pasado una eternidad.

—Deberías llevar a tu novio de hockey. —se burló Marcus.

—Voy a llevar a tu *padre*.

—Deberías. Mi padre es una belleza.

—ABC²⁰ —dijo Tarek—. Cualquiera. Menos. Claude.

Eso hizo que Vanessa aullara de risa, y Fabián no pudo evitar unirse a ella.

—ABC —estuvo de acuerdo—. Definitivamente.

²⁰ ABC, siglas en ingles de 'Anyone But Claude' (cualquiera menos Claude). Se pierde el chiste en la traducción





Capítulo 8

—¿Tienes grandes planes para el día libre?

Wyatt le dio un codazo a Ryan mientras se preparaban para salir del estadio tras otra victoria en casa.

Ryan se rió.

—Sí. Tengo una entrega de IKEA esta tarde. Voy a montarlo todo mañana.

—Wow. Será un día divertido.

Ryan sonrió tímidamente.

—Mi apartamento está bastante vacío. Pensé que podría intentar convertirlo en un hogar, ¿sabes?

Wyatt parecía estar a punto de hacer una broma, pero en lugar de eso dijo:

—¿Necesitas una mano para armar esa mierda? He montado unas cuantas estanterías Billy en mis tiempos. O tal vez podrías preguntarle a Anders. Debe ser un experto, ¿no?

La idea de pedir a Anders Nilsson, el portero estrella de Toronto y único jugador sueco, que lo ayudara a montar los muebles de IKEA era inimaginable. Nilsson le había dicho tal vez cuatro palabras a Ryan en toda la temporada.

—Creo puedo con eso.

Wyatt asintió.

—De acuerdo, bien. Nos vemos en un par de días entonces.

Se dio la vuelta para marcharse y Ryan se encogió de hombros. Esta era *exactamente* la clase de oportunidad que su terapeuta querría que aprovechara. Ignoró el nudo en el estómago y dijo:

—Oye, eh, ¿Hazy?





Wyatt se volvió, probablemente tan sorprendido como Ryan.

—Si... Quiero decir, si no estás haciendo nada, y realmente no te importa, sería bueno tener algo de ayuda mañana.

¿Por qué carajo fue tan difícil?

Ryan esperó, con el estómago revuelto, y estaba a punto de decirle que lo olvidara cuando Wyatt sonrió y dijo:

—Tú pagas la cerveza.

Ryan casi se desplomó hacia delante de alivio. Dios, era patético.

—Trato.

—Bien, tenemos trabajo que hacer.

Wyatt se paró frente a la montaña de cajas de muebles planos que Ryan había apilado en su sala de estar.

—Sí —dijo Ryan, pasándose una mano ansiosamente por la barba—. Básicamente sólo tengo una cama, y los taburetes de la barra de mi cocina. Todo lo demás está en estas cajas.

—Ya lo veo. ¿Dónde diablos te has estado sentando?

—Los taburetes.

Wyatt negó con la cabeza.

—Bueno, empecemos por el sofá y luego por la mesa de centro —Sonrió—. Y hablando de café...





Ryan se sonrojó. ¿Por qué no le había ofrecido un poco en cuanto Wyatt entró por la puerta?

—Por supuesto. Yo sólo... Hice un poco. Puedo poner la cafetera, si tú...

—No soy elegante —dijo Wyatt con facilidad. Estaba agachado frente a las cajas, con la cabeza inclinada mientras leía las etiquetas—. Me tomaré las sobras.

—De acuerdo.

Ryan se apresuró a ir a la cocina. Odiaba lo nervioso que estaba. A lo largo de todos sus años en la NHL, y todos los equipos y todos los apartamentos, rara vez había invitado a alguien a su casa. Pero le gustaba Wyatt, y realmente necesitaba ayuda con estos muebles. Además, *quería* ser el tipo de persona que podía invitar a un amigo sin desmoronarse por completo.

Sacó del armario una de las tazas azul marino a juego que había comprado en la tienda de un dólar de la calle. Empezó a servir el café y luego se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo lo tomaba Wyatt.

Asomó la cabeza desde la cocina.

—Oye, ¿quieres leche o azúcar o...?

—Crema si tienes —respondió Wyatt.

Oh, Dios. Ryan *no* lo tenía.

—Yo, um... Puedo ir a buscar un poco. Lo siento. Ni siquiera pensé...

—Santa mierda, Pricey. Está bien. La leche está genial. Pero que sea un buen chorro.

—Muy bien.

Ryan sacó la leche, que afortunadamente tenía en abundancia, de la nevera. *No estaba tan mal. No tenía crema y estaba bien.*

—Lo siento. —dijo Ryan mientras le entregaba la taza a Wyatt.





—¿Por qué? ¿Café gratis? —Wyatt le sonrió y le puso una mano en el hombro—. ¡Relájate!

—Lo siento. —dijo Ryan de nuevo.

Si tan sólo pudiera obedecer esa orden.

—¿Qué tal si hacemos primero la mesa de centro para tener un lugar donde poner esta taza? —Wyatt sugirió.

Ryan asintió, probablemente con demasiado entusiasmo.

—Suenan bien.

Trabajaron juntos durante una hora. Wyatt fue el que más habló, pero Ryan disfrutó escuchándole. Era divertido y contaba grandes historias. Al final de la hora tenían la mesa de centro, el sofá y un sillón contruidos.

—Así que —dijo Wyatt, alargando la palabra mientras se sentaba con fuerza en el nuevo sofá de Ryan—. Me he dado cuenta de que tu elección de barrio es... inusual.

—Oh —Ryan se sentó en el sillón que daba a Wyatt al otro lado de la mesa de café—. Sí, bueno. Sólo pensé en darle una oportunidad. Podría... encajar bien aquí.

Se obligó a sostener la mirada de Wyatt. *No miraba* al suelo mientras se preparaba para la reacción de Wyatt.

Pero Wyatt se limitó a asentir.

—Creo que te gustará. Mi hermana se mudó al Village después de la universidad. Dijo que le cambió la vida. Bueno —Le dedicó a Ryan una sonrisa triste—. *Salvó su vida*, es lo que dijo.

—¿Sigue aquí?

—No. Ahora está en Vancouver. Su esposa trabaja en la industria del cine. Diseño de producción. Mira, dame un segundo —Wyatt tomó su teléfono de la mesa de café y lo hojeó durante unos segundos antes de girar la pantalla hacia Ryan—. Aquí están. Esta es Kristy, mi hermana, y su mujer, Eve. Y este pequeño es su hijo, Isaac.





Ryan sonrió al pequeño de mejillas regordetas en los brazos de Kristy.

—¡Eres un tío!

—El mejor tío del mundo —dijo Wyatt con orgullo—. Lo visito cada vez que jugamos en Vancouver. Y en los veranos.

—Eso es increíble.

—Y ésta —Wyatt puso su teléfono de nuevo en la mesa—. Es mi manera de decirte que estoy totalmente de acuerdo con que seas... lo que sea.

Ryan no pudo evitar burlarse un poco de él.

—Tan de acuerdo que ni siquiera puedes decirlo.

Wyatt parecía indignado.

—¡Puedo decir la palabra que quieras! Es que no estaba seguro de cuál preferías. Este soy yo siendo sensible y conocedor.

Ryan se rió, y luego dijo:

—Gay. Y gracias por...

De repente, se sintió perdido. Había jugado en ocho equipos de la NHL antes de éste, y exactamente cero de sus compañeros de equipo habían aceptado abiertamente su sexualidad. De hecho, la mayoría de ellos había ignorado cualquier indicio que Ryan pudiera haberles dado.

—Significa mucho para mí. —terminó.

—¡Soy, como se dice, un aliado! —dijo Wyatt, radiante—. Así que si alguien quiere pelear contigo por eso, tiene que pasar por mí.

Los dos se rieron, porque Ryan le sacaba unos 35 kilos y 22 centímetros a Wyatt.





Esta floreciente amistad con Wyatt era, sin duda, lo mejor de jugar con los Guardians. Siempre fue difícil para Ryan sentir entusiasmo por el hockey cuando no le gustaba su entrenador, y después de un par de meses jugando para Bruce Cooper, Ryan estaba bastante seguro de que no le gustaba su entrenador. Encarnaba muchas de las cosas que menos le gustaban a Ryan de la cultura del hockey: era malhumorado, utilizaba muchos insultos sexistas y homófobos, motivaba a sus jugadores utilizando el miedo y las amenazas y, en general, hacía que Ryan se sintiera incómodo. Francamente, Ryan hacía tiempo que había superado el punto de querer sentarse más erguido y ladrar "¡Sí, entrenador!" cada vez que un hombre agresivo con una pizarra blanca le gritaba una orden. Estos días, le apetecía más salir de la sala. Tal vez seguir caminando hasta volver a su casa en Nueva Escocia.

Era tentador.

Hubo un tiempo, estaba seguro, en que le había gustado formar parte de un equipo, de ayudar a ese equipo a ganar partidos y campeonatos. Pero no podía recordar esa sensación. Incluso sus recuerdos de haber ganado la Copa Stanley con Boston no eran tan dorados como habría pensado que serían cuando era un niño.

Durante la mayor parte de su carrera en la NHL, el hockey había sido algo que hacía porque no tenía otra cosa. Y porque lo había logrado, cuando muchos otros no lo habían hecho. Todos los chicos con los que había crecido habían soñado con llegar a la NHL algún día, y Ryan era el único que lo había conseguido. Sería muy estúpido por su parte tirar eso por la borda.

No fue hasta que había pasado casi una hora, y los dos hombres estaban terminando de armar el vestidor, que Wyatt preguntó:

—¿Tienes novio?

No había ni rastro de desprecio en la pregunta, pero Ryan se sonrojó de todos modos.

—No. —dijo en voz baja.

—¿Lo tuviste alguna vez?

Ryan pasó una mano por encima de la cómoda y siguió su trayectoria con la mirada.

—Hace tiempo que no, pero sí. Un par —Levantó la mirada para encontrarse con los ojos de Wyatt—. ¿Por qué? ¿Tienes a alguien en mente?





La cara de Wyatt se partió en una enorme sonrisa.

—¿Eso fue un coqueteo? ¿Estás *coqueteando* conmigo, Pricey?

—¡No! ¡Jesús! Era sólo un chiste, y no quería...

Wyatt golpeó el brazo de Ryan.

—Lo sé. Estaba bromeando. Y estoy seguro de que te irá bien aquí en Toronto. Un tipo como tú -se apartó para mirar a Ryan con ojos críticos-, alto, con brazos enormes, con toda la pinta de vikingo rudo. Además de un gran trasero de hockey. Y el salario de la NHL. Y... —Señaló con la mano todo el salón de Ryan—. El apartamento de lujo en medio de la Gay Village. ¿Tienes una cuenta de Grindr?

—Dios mío —refunfuñó Ryan, agachándose para abrir la siguiente caja de muebles, sin mirar siquiera qué era.

—Debes tenerla, ¿verdad? Quiero decir, ¡tiene que haber un billón de tipos aquí buscando ligar contigo!

Ryan deslizó el contenido de la caja hacia el suelo. Parecía ser una estantería.

—Lo dudo.

—Al carajo con eso. ¡Eres un gigantesco oso de peluche naranja con una gran cuenta bancaria! Y, no pude evitar notar, que estás dotado como un...

—Muy bien. Suficiente —murmuró Ryan—. Vamos a construir esta cosa.





Capítulo 9

Resultó que la música de Fabian estaba disponible en Internet. Ryan lo descubrió el jueves después del espectáculo de Fabian, e inmediatamente compró y descargó todo lo que pudo encontrar. Pasó la mayor parte del día escuchando todo. Cuando decidió, a última hora de la tarde, que tenía que ir a comprar comida para la cena, se llevó los auriculares para poder seguir escuchando mientras se dirigía a la tienda.

Se concentró en los detalles de la música de Fabian, que estaba proporcionando una agradable banda sonora para el hermoso día de otoño en Toronto. Desde el final del partido que había jugado la noche anterior, Ryan había entrado en modo de pánico antes del vuelo. El vuelo a Ottawa apenas supondría nada, ya que aterrizarían casi en cuanto alcanzaran la altitud de crucero, pero seguía implicando un despegue, un aterrizaje y demasiado espacio entre el avión y el suelo. Que era exactamente el tipo de cosas en las que *no* debería pensar. Intentó apreciar las alegres banderas del arco iris que decoraban casi todos los negocios de esta sección de Church Street, y los atractivos hombres que había *por todas partes* a su alrededor. Hombres que se tomaban de la mano abiertamente y sin miedo y, sí, este era un buen lugar. Ryan se sentía al menos un poco a gusto aquí.

Por supuesto, la idea de *hablar* realmente con uno de los muchos hombres atractivos -o que Dios le ayude, *coquetear* con ellos- hizo que Ryan quisiera hacerse un ovillo. Pero ese ovillo seguiría siendo enorme y, sin duda, se notaría en la concurrida acera.

Las cosas buenas. Concéntrate en las cosas buenas.

El té era algo bueno. Un chai latte helado era algo aún mejor, así que Ryan decidió parar en la cafetería de aspecto elegante por la que casi había pasado.

Había dos personas en la cola delante de él, así que Ryan miró el menú, confirmando que tenían chai lattes helados. Ensayó mentalmente su pedido. Pedir comida era siempre uno de sus problemas más embarazosos; tendía a tartamudear, y a veces pedía algo equivocado, o lo primero que veía. Si un camarero le sugería algo, lo pedía aunque no lo quisiera. Pero seguro que hasta *él* podía pedir un puto café con leche.

Cuando llegó al mostrador, la guapa camarera le sonrió.

—Hola. ¿Cómo estás hoy?





—Chai... quiero decir, bien. Estoy bien.

Vamos, Ryan.

—¿Qué puedo ofrecerte?

—Uh. El, uhm, chai latte. Pero con hielo.

—¿Un chai latte helado? ¿De qué tamaño?

—Oh —Ryan volvió a mirar la pizarra, donde había dos precios listados junto al chai latte helado, pero ningún tamaño real—. El, um...

La camarera, muy servicial, le mostró dos vasos de plástico de diferentes tamaños.

—Normal y grande.

Ryan señaló el más grande.

—Grande. Gracias.

Pagaba tocando su tarjeta bancaria porque *le encantaba* la función de toque. Le encantaba cualquier cosa que terminara una transacción más rápido. Seleccionó la mayor cantidad de propina sugerida, como siempre.

—Puedes esperar al final del mostrador. Sólo será un minuto. Gracias.

Ryan agradeció las instrucciones. Odiaba no saber dónde colocarse. Encontró un lugar donde no estorbara *demasiado* y esperó.

—¿Ryan?

Ryan miró primero al mostrador, pensando que su bebida ya estaba preparada. Pero no les había dado su nombre, así que eso era una tontería. Luego se volvió hacia las mesas del café y vio a Fabian.

—¡Pensé que eras tú! —Fabian le sonrió.





—Sí, hola.

Jesús, ¿cuáles son las probabilidades?

—¿Un chai latte helado grande? —dijo alguien desde el mostrador.

Ryan se giró y aceptó su bebida. Cuando se volvió hacia Fabian, éste le indicó que se acercara.

—Ven a sentarte. A no ser que te dirijas a algún sitio.

Ryan se movió por los estrechos espacios entre las mesas hasta llegar a Fabian. Había un cuaderno abierto frente a él en la mesa, con las páginas llenas de palabras garabateadas a lápiz. También había páginas sueltas de partituras manuscritas. Fabian lo ordenó todo en una pila ordenada mientras Ryan se sentaba en la silla frente a él.

—Buena elección. —dijo Fabián, asintiendo a la bebida.

Ryan no respondió. Estaba completamente distraído por la cara de Fabian. A diferencia de las otras dos veces que Ryan lo había visto, hoy Fabian no llevaba maquillaje. Por lo menos, ninguno que Ryan notara. Tenía el pelo oculto bajo una gorra negra y una barba oscura en la mandíbula. Se veía muy diferente, pero no menos hermoso. Sus ojos castaños oscuros seguían bordeados por las mismas pestañas largas y llenas que habían fascinado a Ryan cuando era adolescente. Sus labios afelpados estaban torcidos en una pequeña sonrisa juguetona. Probablemente porque Ryan lo estaba mirando.

—Lo siento —dijo Ryan—. ¿Qué?

Fabian agitó la mano como restando importancia y Ryan se fijó en el esmalte azul oscuro de sus uñas.

—Nada. ¿Qué te propones hoy?

—Me dirigía a la tienda de comestibles. Sólo para comprar algo para la cena.

—Ah. Probablemente debería hacer lo mismo.





—¿Qué es todo esto? —preguntó Ryan, señalando la pila de papeles. Era extraño estar hablando con la persona cuya música acababa de disfrutar.

—Estoy trabajando en algo. Hoy me ha venido la inspiración, pero necesitaba un cambio de aires. Como has visto, mi apartamento es un poco lúgubre.

—Me gustó —dijo Ryan, recordando las paredes pintadas de rojo, la colcha y las cortinas de color ciruela intenso, y la ecléctica pila de alegres almohadas—. Era... colorido.

Fabian apretó los labios y dijo:

—Mm. La próxima vez te haré un recorrido completo. Puede que no hayas visto las cuatro esquinas.

La *próxima vez*.

—Sólo quiero decir que se parecía a ti, ¿sabes?

Fabian apoyó la barbilla en la palma de la mano, obviamente divertido.

—Ya me conoces, ¿verdad? Y yo que pensaba que era complejo.

—¡Lo eres! —*Oh, Dios*—. Quiero decir, no te conozco. Tienes razón. No realmente.

La cara de Ryan ardía como el sol.

Fabián se rió.

—No pasa nada. No diría exactamente que somos extraños, ¿verdad?

Ryan le devolvió una tímida sonrisa.

—No.

Tomó un sorbo de su café con leche, y Fabián preguntó:

—Así que... ¿jugaste un partido de hockey anoche?





Eso hizo reír a Ryan.

—Lo hice. Sí.

—¿Ganaste? Siento no haber preguntado antes.

—Está bien. Hemos ganado.

—¡Oye! ¡Bien por ti! Vamos Guardians.

Agitó las manos en el aire lo que Ryan supuso que era una forma de celebración.

—Te estás burlando de mí.

—Nunca. No soy nada si no soy un fanático de los deportes.

—¿Sabes dónde está la arena?

—Sí —Fabián se burló de la ofensa—. Vi a Beyoncé allí, así que...

Ryan se rió y dijo:

—La vi en Boston.

Los ojos de Fabián se abrieron de par en par.

—¿Eres un fanático?

—¿No lo es todo el mundo? Y no estoy seguro de qué parte de *Soy gay* no entendiste.

—¿Honestamente? —dijo Fabian—. Todas las partes. Me temo que he desarrollado un poco de prejuicio contra los jugadores de hockey, y eso *pudo* haberme hecho hacer algunas suposiciones falsas.

—¿Que todos somos deportistas agresivos súper heterosexuales?

—Bueno, sí.





—No tienes que ser heterosexual para ser un deportista agresivo. Créeme.

Fabian pareció considerar esto mientras Ryan tomaba otro sorbo de café con leche.

—No lo eres. Un deportista agresivo, quiero decir. Nunca lo fuiste.

Ryan sintió una agradable calidez en su interior ante la amable valoración de Fabian, pero tenía que ser sincero.

—Sé que no sigues el hockey, pero ¿tienes idea de cuál es mi trabajo?

—¿Jugar... al hockey?

—Sí. Pero mi trabajo en el equipo -en todos los equipos- es ser, ah, intimidante. Soy un luchador, sobre todo —Ryan mantuvo los ojos en su bebida—. Así que deportista agresivo podría ser una buena descripción para mí, en realidad.

Levantó la vista y Fabián parecía *triste*.

—¿Te gustan? ¿Los combates?

Ryan suspiró.

—Es difícil de explicar.

—¿Te metes en peleas *fuera* del hielo?

—No. He destrozado a unos cuantos en mi vida. Bares, fiestas, ese tipo de cosas. Pero no me peleo con la gente cuando no me pagan por hacerlo, no. Tampoco he querido hacerlo nunca.

—Debes ser bueno en eso, si has hecho una carrera de ello.

Ryan se encogió de hombros.

—Sí, soy bueno en eso. Es casi lo único que *se me da bien*.





Se sentaron en silencio durante un minuto. Ryan terminó su bebida y luego pensó que probablemente debería irse. Estaba a punto de decirlo cuando Fabian le preguntó:

—¿Dijiste que ibas a la tienda de comestibles?

—Sí. Pensé en comprar algo del pasillo de congelados para la cena.

—Suenan increíbles, pero ¿has estado alguna vez en el sitio de ramen de la esquina?

—No.

Fabián se inclinó.

—¿Quieres ir?

—¿Ahora? ¿Contigo?

—Sí. *Me muero de hambre*. A veces me pierdo escribiendo y me olvido de comer. Me doy cuenta de que es eso lo que me hace actuar como un imbécil.

Ryan estaba bastante seguro de que nunca se había olvidado de comer en toda su vida.

—No. No lo eres.

—¿Así que quieres ir?

—Uh...

—Dije que te enseñaría el barrio —Fabián se levantó y metió sus papeles en su bolso—. Podemos empezar con el ramen.

Ryan sonrió. Le gustaba mucho esta idea. Le gustaba cualquier cosa que le diera la oportunidad de estar cerca de Fabian. Él era... reconfortante.

—De acuerdo.





No fue hasta que se sentaron en una mesa íntima en un rincón del restaurante de ramen que Fabian se dio cuenta de que podría haber invitado a Ryan a una cita. O, al menos, lo que Ryan podría percibir como una cita. En realidad, Fabian sólo quería ramen y conversación.

Y, sí. Le gustaba mirar a Ryan.

Ryan, que estaba estudiando su menú como si hubiera un examen en él, *no miraba* a Fabian. Incluso en la cafetería, Ryan había parecido cansado. O estresado, tal vez. Ahora parecía que ya se estaba arrepintiendo de su decisión de seguir a Fabian a un segundo lugar.

—Oye —dijo Fabián con suavidad, como si Ryan pudiera asustarse si su voz fuera demasiado alta—. Si no quieres comer aquí, no me ofenderé. Sólo era una sugerencia.

Ryan finalmente levantó la vista de su menú.

—¡No! No, está bien. Es que... ¿qué sueles pedir aquí?

—Siempre pido el ramen Tonkotsu porque el caldo tarda una eternidad en hacerse. Nunca herviría huesos durante horas en casa. Y es delicioso.

Ryan cerró su menú.

—De acuerdo.

—Pero —dijo rápidamente Fabian—, tienen muchas cosas. Algunos de los ramen tienen carne, o marisco, o algunos tienen caldo picante, si lo prefieres.

—El primero que has dicho está bien.

Se sentaron en silencio durante un momento, y luego Ryan empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa. Dejó de hacerlo cuando el camarero vino a tomar sus pedidos. Fabian pidió primero, y luego Ryan gruñó:

—Yo pediré lo mismo.





En cuanto el camarero se fue, Ryan volvió a tamborilear con los dedos. Finalmente, Fabian preguntó:

—¿Estás bien?

El tamborileo se detuvo, y Ryan movió su mano de la mesa, en su regazo.

—Lo siento.

—Pareces incómodo por algo. Espero que no sea por mí.

Ryan hizo una mueca.

—No. Tengo que subir un avión mañana. Eso es todo.

Fabián se sorprendió.

—¿No tienes que subirte a un avión todos los días?

—Bastante a menudo, sí. Se podría pensar que ya me he relajado al respecto.

—¿Te da miedo volar?

Ryan asintió.

—Siempre ha sido así. Esperaba poder superarlo, pero...

—¿Así que vuelas como un millón de veces al año, y *cada vez* estás aterrorizado?

Ryan le dio un codazo a su palillo con el dedo.

—Sí.

Fabian quiso estirar la mano y ponerla en el brazo de Ryan, o tal vez encontrar su mano bajo la mesa. No hizo ninguna de las dos cosas.

—Dios, eso apesta.





—Es estúpido, lo sé. No hay razón para que sea... así. Pero no puedo evitarlo.

—¿Hay algo que puedas tomar para eso? ¿O has probado, por ejemplo, la hipnosis?

Fabian se encogió por dentro. Realmente no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

Pero Ryan asintió.

—He probado casi todo. No es sólo volar. Estoy...

Pareció considerar sus siguientes palabras con mucho cuidado, pero antes de que pudiera decirlas su camarero volvió con vasos de agua para cada uno de ellos. Para cuando el camarero se fue, Ryan aparentemente decidió cambiar de tema.

—¿Por qué no me hablas de tus bares favoritos aquí en el Village?

Fabian estaba decepcionado, pero podía ser una distracción, si eso era lo que Ryan necesitaba. Se lanzó a una descripción animada y probablemente demasiado detallada de los tipos de hombres que Ryan podría conocer en cada bar.

La conversación continuó hasta que llegó su comida y más allá. Descubrió, mientras le hablaba a Ryan de uno de los pubs que solía proyectar hockey en las pantallas grandes, que no le gustaba especialmente la idea de que Ryan se enrollara con otros hombres. Pero eso era ridículo.

Siguió adelante.

—Así que si estás buscando chicos mayores, o chicos que son un poco más —hizo un gesto con la mano en dirección a Ryan—, masculinos, o lo que sea, ese es un buen lugar para ir.

Ryan se metió una maraña de fideos en la boca y luego dijo:

—El ambiente relajado es bueno. Pero esos tipos no son realmente mi tipo.

Las cejas de Fabián se dispararon.

—No es que importe —dijo Ryan rápidamente—. En realidad, no recojo chicos. En absoluto.





—Espera. ¿*Nunca*?

Ryan pinchó algo en su cuenco con los palillos.

—No por un tiempo, no.

Fabián estaba intrigado.

—¿No te gusta el sexo casual? ¿O el sexo en general? Está bien si no lo haces. Tengo amigos que...

—Me gusta el sexo —dijo Ryan, esta vez mirando a Fabian directamente a los ojos. Había una intensidad que hizo que se le revolviera el estómago.

—Oh. Así que...

—Es que se me da mal hablar con la gente.

Fabian dio un empujón al pie de Ryan por debajo de la mesa.

—No me pareces tan malo. Me gusta hablar contigo. Si esto fuera una cita diría que va muy bien.

Ryan volvió a mirar su sopa.

—Gracias.

Comieron en silencio durante un rato, y Fabián aprovechó el tiempo para considerar la nueva información que había obtenido de Ryan. Le gustaba el sexo pero no lo practicaba muy a menudo, no salía mucho y tal vez no le gustaban los tipos tradicionalmente masculinos. En realidad, eso tendría sentido, dada la forma en que Ryan había apreciado obviamente el extravagante atuendo escénico de Fabian la otra noche.

Fabian no tenía ningún tipo en particular. Era realmente salvaje pensar que, hace poco más de una semana, se había despertado con Claude en su cama. Y ahora estaba cenando con un hombre que era todo lo contrario a Claude en casi todos los sentidos.





Fabian encontraba a ambos hombres atractivos, pero seguramente tenía más en común con Claude. En teoría, Fabian no debería tener mucho que decir a Ryan.

—¿Te gusta bailar? —preguntó Fabián.

—Más o menos. No se me da bien, y suelo sentirme estúpido haciéndolo, pero a veces me gusta.

—Mis amigos van a salir a celebrar el cumpleaños de Tarek en un par de semanas. Será divertido. Deberías ir.

Ryan frunció el ceño.

—¿Yo?

—¡Sí! —*No era una idea terrible, ¿verdad?*— Vamos a ir a Force, que es el mayor club nocturno gay de los alrededores. Es muy ruidoso y concurrido, pero tienes garantizado ver hombres calientes de todos los sabores. Y si no quieres bailar, no pasa nada, pero deberías ir.

—Um. Tal vez.

—Te lo recordaré cuando se acerque la fecha. Hace años que no voy a Force. Estoy emocionado.

—Apuesto a que eres un buen bailarín. —dijo Ryan.

—Oh Dios, soy el mejor. Totalmente increíble. Solo espera.

Ryan se rió.

—Siempre he admirado tu confianza.

—¿De verdad? ¿Incluso cuando era un adolescente malhumorado de mierda?

—Sí —dijo Ryan con seriedad—. Incluso entonces.

—Huh.





Sinceramente, Fabian se sintió bastante conmovido por las palabras de Ryan. No se había considerado particularmente digno de admiración cuando era un adolescente.

—¿Se supone que debes comer todo lo que hay en el tazón? —preguntó Ryan. Era un claro intento de cambiar de tema—. Todavía me queda mucho maíz.

—Creo que sólo los comedores de ramen más empedernidos limpian el tazón —dijo Fabián—. Entonces, ¿qué tienes planeado para esta noche?

Ryan dejó los palillos en la mesa y apartó el cuenco.

—Solo ir a casa. Descansar para mañana.

—¿Vas a descansar de verdad, o vas a empezar a preocuparte por tu vuelo en cuanto te quedes solo?

Ryan suspiró.

—Probablemente lo segundo.

—Bueno, entonces... —Fabian se inclinó—. ¿Qué tal si te distraigo un poco más?

De acuerdo. Podía admitir que eso era un coqueteo descarado, pero no estaba sugiriendo nada... inapropiado.

Ryan se quedó con la boca abierta un segundo y luego dijo:

—¿Distraerme cómo?

—Bueno, podríamos salir de este ramen. Podría enseñarte el barrio. Probablemente no haces suficiente ejercicio, ¿verdad?

Fabian se burló. No tenía ni idea de por qué estaba haciendo esto. Debería dejar que Ryan volviera a su propia vida, y Fabian debería ir a casa y resolver esas canciones. Ya le había quitado demasiado tiempo a Ryan.

—Claro —dijo Ryan, con los labios curvados en una de sus adorables sonrisas tímidas—. Un paseo suena bien.





El sol estaba bajo en el cielo cuando Ryan y Fabian salieron del restaurante. Caminaron juntos hacia el norte, subiendo por Church Street, ambos con las manos en los bolsillos del abrigo. Ryan sabía que aquello no era una cita, pero si lo era sería la mejor en la que había estado.

—¿Cómo está tu familia? —preguntó—. Dios, Amy debe haber crecido ya.

—Tiene dieciocho años —confirmó Fabián—. Acaba de empezar la universidad.

—Es una locura —dijo Ryan—. Sólo puedo imaginármela como una niña de cinco años. ¿Qué tal Sonia?

La hermana mayor de Fabián había sido la estrella de hockey de la familia. No vivía en casa cuando Ryan había estado allí, pero se unía a la familia para las cenas, y venía a la casa para lavar la ropa a veces. La mayoría de la gente diría que ella y Fabian eran totalmente opuestos, pero Ryan pensaba que en realidad eran bastante parecidos, sólo que con intereses diferentes. Ambos tenían confianza en sí mismos, eran testarudos y tenían mucho talento. Desgraciadamente para Fabian, Sonia era la única cuyo talento se celebraba en la casa de los Salah.

—¿Estás preparado para esto? Sonia está casada y *embarazada*.

—Wow, ¿en serio?

—Sí. Lo anunció el mes pasado. Ahora también es entrenadora de hockey, lo que es algo rudo: una mujer embarazada detrás del banquillo.

Ryan sonrió al oír eso. Sonaba muy bien. Y podía imaginarse a Sonia desafiando a cualquiera que sugiriera que no debería estar allí.

—Eso es genial. ¿Y tus padres?





—Están bien. Papá sigue entrenando. Mamá sigue trabajando. No hablo con ellos muy a menudo. No hay ninguna ruptura ni nada. Simplemente... no tenemos mucho que decirnos, supongo.

A Ryan no le sorprendió esto. Joe y Maya Salah siempre habían parecido un poco desconcertados por su único hijo. Ryan estaba seguro de que habían esperado criar a una futura estrella de la NHL y en su lugar habían conseguido un... Fabian.

—¿Tus padres están bien? —preguntó Fabián—. ¿Te llevas bien con ellos, quiero decir? Nunca los he conocido.

—Son geniales —dijo Ryan con sinceridad—. No voy a casa tanto como les gustaría, pero hablamos todo el tiempo.

—Eso es bueno. ¿Saben que eres gay, entonces?

—Sí, lo saben. Creo que se sorprendieron bastante cuando se lo dije, pero les pareció bien. Quiero decir, papá nunca dice mucho, pero...

—¿Me estás diciendo que tu padre es un hombre callado, Ryan? Estoy sorprendido.

Ryan se rió.

—Papá *me* hace parecer parlanchín. Colleen, mi hermana, estaba quizá *demasiado* emocionada. Como si tener un hermano gay fuera lo más interesante que le ha pasado nunca o algo así.

—Eso es algo dulce, sin embargo, supongo —dijo Fabian—. ¿Tu padre también era jugador de hockey?

—No. Jugó un poco, creo, pero era boxeador. Uno bueno. Uno de los mejores boxeadores de Canadá en su época. Tiene un pequeño gimnasio en Ross Harbour donde enseña a los niños.

—¿Es ahí donde aprendiste a luchar?

Ryan se encogió de hombros.





—Me enseñó lo básico. Mi corazón nunca estuvo realmente en ello, y creo que él lo sabía. Sin embargo, las habilidades me han resultado útiles.

Se quedaron en silencio un momento y luego Fabián dijo:

—Este año voy a casa por Navidad. No lo hago siempre, pero pensé que con el embarazo y todo, probablemente debería ir.

—Normalmente yo no voy a casa por Navidad —dijo Ryan—. Me siento mal por eso, pero es mucho viaje para dos días, ¿sabes?

—Especialmente cuando odias volar.

—Sí —Ryan no quería hablar sobre el vuelo. En este momento, era la noche más tranquila que había tenido antes de un vuelo. Quería mantenerlo así—. Entonces, ¿a dónde me llevas?

—¿Qué quieres ver? Hay una librería genial en la siguiente manzana, y una tienda de discos. En la siguiente manzana hay un pequeño bar de cócteles genial, no es que intente ser una mala influencia.

Ryan se rió.

—*Tengo* que jugar un partido mañana por la noche.

—La próxima vez.

Le gustó el sonido de la *próxima vez*.

—Por supuesto. ¿Qué tal si vamos a la librería?

Fabián le sonrió.

—Había olvidado que eres un amante de los libros. Te encantará este sitio. Se centra en la literatura queer y la no ficción política, pero tienen un poco de todo. Y el personal es super impresionante. Debería llevarte a la tienda de Vanessa alguna vez. Ahora está cerrada, pero es genial.

—¿También es una librería?





—Tienen libros, pero es sobre todo un sex shop. Es una tienda muy positiva para el sexo y para los homosexuales. Vanessa lleva años trabajando allí. Creo que la gente piensa que es la dueña.

—Oh.

Ryan había pasado muy poco tiempo en sex-shops. De hecho, ninguno. El único juguete que había tenido lo había comprado por internet, y el resto de sus suministros siempre los había comprado en farmacias.

—Lo tienen todo. Habla con Vanessa. Ella te pondrá en contacto con lo que necesites —dijo Fabian con indiferencia, como si estuviera hablando de una tienda de artículos deportivos. Definitivamente, Ryan *no* le pediría a Vanessa que *lo ayudara*—. Aquí está la librería.

Pasaron una media hora más o menos mirando la tienda, que parecía ser un espacio comunitario para ponentes y talleres. Había carteles por toda la tienda con una lista de los próximos eventos. A Ryan le gustó, y pensaba volver pronto.

Después se dirigieron a la esquina más septentrional del Village, cruzaron la calle y volvieron a bajar hacia el edificio de apartamentos de Ryan. Mientras caminaban y hablaban, Fabian le indicó los bares, tiendas y restaurantes que le gustaban. Fue una de las tardes más agradables que Ryan había vivido. Cuando llegaron al edificio de Ryan, sintió un impulso inapropiado de darle un beso de buenas noches a Fabian. O de invitarle a subir.

—¿Así que el hockey te paga bien, entonces? —preguntó Fabian con ironía mientras miraba la reluciente torre donde vivía Ryan.

—Paga bien. —murmuró Ryan, avergonzado.

En un mundo perfecto, Fabian ganaría al menos tanto dinero tocando música como Ryan jugando al hockey.

—Me gustó esto —dijo Fabian—. Me alegro de que hayamos vuelto a conectar.

—Yo también. —dijo Ryan.

Dios, las pestañas de Fabian eran largas. Con o sin maquillaje, era precioso.





—Sabes —dijo Fabian, y sus labios se curvaron en la sonrisa juguetona y seductora que emocionaba y aterrorizaba a Ryan—. De todos los jugadores de hockey que vivieron con nosotros, tú eras mi favorito.

Ryan resopló.

—Fui el mejor de los peores, ¿verdad?

—Oh, sí. De lejos.

—Me gustaba vivir con tu familia. Con... contigo.

—¿De verdad? —Fabián estaba tan cerca de él, que a Ryan le preocupaba que pudiera oír el martilleo de su corazón—. ¿Cuándo vuelves a la ciudad?

—El próximo viernes. Juego un partido el sábado por la noche.

—Hay un micrófono abierto los lunes en el Indigo Café -te lo señalé en nuestro paseo- y pienso tocar ese lunes cuando vuelvas. Quiero trabajar en algunas de estas nuevas canciones.

—¿Me estás invitando?

La sonrisa juguetona regresó.

—Estoy dejando caer casualmente esa información con la esperanza de que vayas. No podría *invitarte* a ver cómo me abro paso a tientas por un material nuevo. Sería una grosería.

Ryan se rió.

—Ahí estaré.

—No me ofenderé si cambias de opinión.

Y entonces Fabian se estiró y besó a Ryan en la mejilla. A Ryan lo pilló tan desprevenido que se quedó tieso, sin apenas darse cuenta de lo que estaba pasando hasta que se acabó.

—Buenas noches, Ryan.





Fabian se dio la vuelta y se alejó tan rápidamente que Ryan sólo pudo murmurar...

—*Buenas noches.* —A su espalda alejándose, mientras rozaba con sus dedos el lugar donde Fabian lo había besado.





Capítulo 10

Hubo dos cosas interesantes en el partido de Ottawa. Una era que el entrenador Cooper había anunciado que Wyatt estaría en las redes porque el portero estrella de los Guardians, Anders Nilsson, necesitaba un descanso y, francamente, Ottawa tenía un equipo terrible. De hecho, el entrenador había descrito las habilidades del equipo de Ottawa utilizando un lenguaje muy vulgar y homófobo en el que Ryan intentaba no pensar demasiado.

La otra cosa interesante es que era la primera vez que Toronto jugaba contra Ottawa desde que la antigua superestrella de Boston, Ilya Rozanov, fichó por ellos en verano.

Apenas se habían cumplido los cinco minutos del primer periodo cuando Rozanov empezó a discutir con Dallas Kent. Ambos jugadores eran conocidos tanto por su palabrería como por su capacidad goleadora, pero ninguno de los dos era muy bueno para terminar lo que empezaba. Ese era el trabajo de Ryan.

Rozanov acababa de empujar a Kent de forma muy evidente durante una interrupción del juego. Los árbitros no lo habían visto, o decidieron ignorarlo. Ryan se acercó a los gritos de las dos superestrellas y apartó a Rozanov de Kent con poco entusiasmo.

Rozanov se giró y sonrió a Ryan como si estuviera encantado de verlo.

—¡Price! Gracias a Dios que estás aquí. Este duende me está molestando.

Ryan apretó los labios. Duende era una descripción divertidamente precisa de Dallas Kent.

—¡Cómete mis huevos, Rozanov! —Kent gruñó.

Rozanov hizo una mueca de asco.

—No, gracias, carajo.

Detrás de él, Ryan oyó a Wyatt ladrar una carcajada. Ryan se giró y le sacudió la cabeza.

—¡Lo siento! —Wyatt levantó su guante gigante—. Lo siento. No debería reírme.





Tanto Rozanov como Kent habían patinado hacia sus bancos, así que Ryan dijo:

—No animes a Rozanov.

—Creo que podría amarlo.

Ryan no tenía ningún problema con Rozanov. Había jugado con él en Boston -de hecho, había ganado la Copa Stanley con él- y aunque no habían sido exactamente amigos, Rozanov siempre había sido bastante amable con él. Era todo lo contrario a Ryan en casi todos los sentidos, llamativo y seguro de sí mismo hasta el punto de ser odioso, pero Ryan lo respetaba.

A pesar de que Rozanov y Kent se enfrentaron durante toda la partida, ésta fue bastante relajante para Ryan. Incluso divertido. Ottawa no contaba con un ejecutor adecuado, por lo que sabía que era poco probable que se metiera en peleas reales. Pasó la mayor parte del partido apartando a los jugadores de Ottawa de los de Toronto después del pitido, y charlando con Wyatt.

Y, curiosamente, también con Rozanov.

—¿Cómo es Toronto? —le preguntó Rozanov durante un descanso del segundo periodo.

—No está mal.

—Sin embargo, es una mierda que tengas que jugar con Kent.

Ryan no respondió a eso.

—¿Qué tal es Ottawa?

—No es tan malo como pensé que sería.

Ryan no creía que Ottawa le conviniera a Rozanov en absoluto. Se sorprendió tanto como los demás cuando Ottawa anunció el fichaje de Rozanov en julio. Ilya Rozanov era ostentoso y escandaloso, con su colección de coches deportivos europeos y su reputación de mujeriego. Ryan habría esperado que fuera a algún lugar como Nueva York o Los Ángeles, o tal vez Florida, ya que un jugador con tanto talento como Rozanov podía elegir con quién firmar. Ottawa fue una elección aparentemente aleatoria y desconcertante.





En el tercer período, sucedió algo increíble: Ryan marcó un gol. Tenía el disco en la línea azul y, al no ver ninguna opción mejor, se limitó a disparar el disco a la red, esperando que alguien consiguiera una oportunidad de rebote. Pero el portero de Ottawa no lo vio, y el disco acabó pasando por encima de su hombro y golpeando el fondo de la red.

—A la puta mierda, Price —chirrió Rozanov cuando Ryan pasó patinando por delante del banquillo de Ottawa—. ¡No sabía que podías hacer eso!

Ryan se mordió el labio, pero no pudo evitar la sonrisa bobalicona que se apoderó de su rostro. Sólo había marcado un puñado de goles durante su carrera en la NHL, así que cada uno de ellos era bastante emocionante. Cuando llegó a su propio banquillo fue recibido por un coro de "*¡Bien hecho, Pricey!*" y "*¡Así se hace, Pricey!*". Sabía, mientras se sentaba en el banquillo, que ahora mismo habría un primer plano de su cara en la emisión televisada. Intentó parecer tranquilo.

El partido terminó con la victoria de Toronto por 5-2, y el equipo sólo tuvo tiempo de ducharse y ponerse los trajes antes de embarcar en un avión hacia Montreal. A Ryan no le gustaban los días que implicaban dos vuelos y un partido, pero probablemente era mejor terminar el vuelo ahora que pasar una noche preocupándose por ello. Además, no entendía por qué los equipos tenían que volar de Ottawa a Montreal. Era un viaje tan corto.

Estaba agotado, mental y físicamente, cuando cayó en la cama de su habitación de hotel en Montreal. A diferencia de Ottawa, Montreal tenía un muy buen equipo, gracias en parte a que su jugador estrella, Shane Hollander, estaba teniendo un comienzo de temporada extraordinario. Ryan tendría que descansar todo lo posible antes del partido de mañana por la noche.

Pero había un mensaje de texto en su teléfono.

De Fabian.

'¡Has marcado un gol!'

Ryan comprobó, y luego volvió a comprobar, *que* el mensaje era de Fabian. Porque no tenía ningún sentido que hubiera visto el partido. Entonces Ryan le respondió:

'¿Has visto el partido?'





Fabián: Estaba en un bar para ver a la banda de un amigo y el juego estaba en marcha.

'¿Y lo viste?'

Fabián: No de cerca. Pero vi una camiseta azul con "Price" en la espalda, así que miré un poco.

Ryan sonrió y contestó con un

'¿Cómo me veía?'

Le gustaría poder retirar la pregunta, pero Fabian ya estaba escribiendo una respuesta. Parecía que su respuesta tardaba una eternidad en aparecer en el teléfono de Ryan.

Fabián: Pequeño, sobre todo. Pero había un primer plano tuyo en el que parecías un poco... intenso. Y sudoroso.

Oh. Ryan no tenía ni idea de qué decir a eso. Pero Fabian añadió: 'Te veías muy bien' con un emoji de cara haciendo un guiño.

Ryan resopló y escribió:

'Si tú lo dices'.

Fabián: Yo lo digo. Y luego te vi marcar ese gol. Puede que sea la primera vez que me emociono con algo de hockey.

Ryan: Me alegra ser el primero.

Oh, Dios. ¿Qué carajo, Ryan? ¿Qué tenía Fabian que hacía que Ryan fuera *juguetón*? Él nunca fue juguetón.

Fabián: ¿Dónde estás ahora?

Ryan: Montreal. Volamos aquí justo después del partido. Tenemos otro juego mañana por la noche.





Fabián: Al menos el vuelo ha terminado.

Ryan: Sí. ¿Dónde estás tú?

Fabián: En casa. Tratando de terminar una canción.

Ryan: Es tarde.

Fabián: Lo sé. Pero no podré dormir hasta que resuelva esto.

Ryan sonrió y deseó poder ver a Fabian ahora mismo. Imaginó que su pelo estaría despeinado porque Fabian se pasaba la mano por él mientras trabajaba. Tal vez llevaría un pijama o algo acogedor.

Ryan: No te quedes despierto hasta muy tarde. Te veré el lunes, ¿sí?

Fabián: Ok, superestrella.

Ryan tomó su té de la misma manera que su madre: pekoe de naranja²¹ con un gran chorro de leche. Por desgracia, su habitación de hotel en Columbus sólo tenía blanqueador de café en polvo, así que el té sabía fatal.

Se sentó en el borde de la cama, mirando a la pared y tratando de procesar todo lo que acababa de discutir en su sesión de Skype con su terapeuta. O, lo que es más importante, lo que *no había discutido* con ella. Como el hecho de que el roce de Fabian con sus delicados dedos sobre los nudillos magullados de Ryan casi había hecho que las rodillas de Ryan se debilitaran. Seguramente tenía más que ver con el tiempo que había pasado desde que Ryan había sido tocado por otro hombre, pero Dios, le había afectado. Y luego había estado ese casto beso que Fabian había presionado en la mejilla de Ryan la semana pasada, que Ryan juraba que todavía podía sentir en su piel.

²¹ Pekoe naranja es un tipo especial de té negro de alta calidad compuesto puramente de los nuevos brotes de esa misma planta. Tiene compuestos con actividad antioxidante.





También podría haber hablado del hecho de que estaba sintiendo un verdadero deseo sexual por primera vez en mucho tiempo. O del hecho de que, por mucho que le gustara imaginarse acostando a Fabian encima de la ropa que estaría desparramada por todo el colchón de su encantador pisito y besando su elegante cuello, Ryan era demasiado inseguro para intentar realmente la intimidad con alguien.

Debería hablar de estas cosas, pero no podía. Era demasiado embarazoso hablar de eso, incluso con una terapeuta profesional. Así que cuando ella le preguntó si quería hablar de algo más, él se limitó a decir: '*No. Creo que eso es todo por hoy*'.

Cobarde.

Fabian no le había enviado ningún mensaje desde su breve conversación en Montreal la otra noche, lo cual no era sorprendente. Francamente, lo sorprendente era que le hubiera enviado un mensaje a Ryan en primer lugar. Que hubiera *visto a Ryan jugar al hockey*.

Ryan revisó su teléfono otra vez, por si acaso.

Había un mensaje, pero era de Wyatt. '*No puedo creer que nuestro día libre sea en Columbus*'.

Ryan: ¿Aburrido?

Wyatt: ¿Sabías que aquí hay un Salón de la Fama del Drenaje?

Ryan sonrió y escribió: '*He oído que las filas son una locura en esta época del año*'.

Wyatt no respondió de inmediato, y Ryan comenzó a preocuparse de que no entendiera su broma.

Wyatt: Tal vez podamos comprar un pase rápido. Saltarnos las filas.

Ryan: ¿Qué estarás haciendo realmente hoy?

Wyatt: Estaba pensando en hacer literalmente cualquier otra cosa. ¿Quieres ir a comer?

Ryan: ¡Sí!





—¡Put a mierda! Mira esto, Pricey.

Wyatt levantó un número aparentemente aleatorio de un cómic que había sacado de una larga caja repleta de cómics. Cuando Ryan no respondió con el nivel de emoción que Wyatt obviamente pensaba que merecía este tesoro, Wyatt explicó:

—He estado buscando esto durante años. Es el único cómic *de Batman* de Norm Breyfogle que no tengo.

—Oh. Genial.

Wyatt besó el envoltorio de plástico del cómic.

—¡Me encanta Columbus!

Ryan se rió y siguió a Wyatt hasta otra caja de cómics. De hecho, había sido una tarde agradable. Wyatt encontró una cervecería muy agradable para que los dos almorzaran, y después del almuerzo (y de un par de cervezas) habían paseado por el centro de Columbus, que no era un mal lugar en absoluto. Luego, Wyatt los había llevado a una tienda de cómics, lo que Ryan sospechaba que había sido su plan desde el principio.

La tarde había sido una buena distracción. Si Wyatt no lo hubiera invitado a salir, Ryan probablemente habría pasado el día en su habitación de hotel, soñando despierto con Fabian. Tenía que dejar de desear cosas imposibles relacionadas con Fabian, como besar su sexy boca. Fabian, estaba seguro, no había querido besarlo ahora más que cuando eran adolescentes. Fabian probablemente tenía un novio. O una fila de hombres hermosos que querían besarlo. O, lo más probable, ambas cosas.

Y Ryan seguía siendo un tonto jugador de hockey. Seguía siendo demasiado grande, demasiado torpe, demasiado aburrido para el brillante, precioso y seguro Fabian.

—Te has enterado de la fiesta, ¿verdad? —preguntó Wyatt mientras inspeccionaba otro cómic embolsado.





—¿Fiesta?

—Sí. La fiesta de cumpleaños de Kent.

Ugh.

—Oh. Creo que he oído a algunos de los chicos hablar de eso. ¿Vas a ir?

—Claro. Fiesta del equipo. Por supuesto que voy a ir. ¿Y tú no?

Estuvo a punto de decir que no, pero recordó la advertencia de su entrenador de que quería que Ryan fuera un jugador de equipo tanto fuera como dentro del hielo.

—¿Cuándo es?

—El próximo viernes en la casa de Kent. La *mansión de Kent*, debería decir.

El próximo viernes. ¿Por qué le parecía un día importante? Ryan lo meditó mientras Wyatt pasaba a examinar los estantes de libros de colores que se alineaban en una de las paredes de la tienda de cómics. Ryan sacó un libro con una portada rosa brillante de la estantería y lo hojeó. La historia parecía muy extraña y confusa, llena de personajes alienígenas de aspecto extraño y cabezas flotantes que gritaban cosas en el espacio exterior. Lo devolvió a su sitio.

—Quizá haya un chico guapo en la fiesta para ti —dijo Wyatt con una sonrisa. Ryan puso los ojos en blanco—. ¿Qué? Nunca se sabe.

—No voy a conocer a alguien en la puta fiesta de cumpleaños de Dallas Kent.

Fiesta de cumpleaños. Sí. El próximo viernes por la noche era cuando Fabian y sus amigos iban a ese club a celebrar el cumpleaños de Tarek. Maldita sea. Realmente era poco probable que Ryan se uniera a ellos en ese club de todos modos. Pero seguro que sonaba más atractivo que la fiesta del maldito Dallas Kent.

—Deberías leer esto —dijo Wyatt. Le entregó a Ryan un grueso libro en el que decía *Daredevil*—. Trata de un triste tipo que sacrifica su cuerpo cada noche para salvar a otros. Te gustaría.





Ryan intentó una mirada amenazante.

—No soy un tipo triste. —mintió.

—¿Sabes qué? La mayoría de los cómics de superhéroes son sobre tipos tristes abnegados, ahora que lo pienso.

—¿Dices que soy un superhéroe?

—Sin duda —Wyatt agarró otro libro de la estantería y lo añadió a una pequeña pila que había construido en el suelo—. Hablando de eso, ¿has pensado más en la idea de visitar el centro comunitario conmigo?

Ryan no lo había pensado en absoluto.

—¿Aún quieres que lo haga?

—Definitivamente. Como dije, los niños te adorarán. Te lo haré saber la próxima vez que vaya, ¿bien?

—Claro. Supongo. Si realmente crees que me quieran ahí.

—Confía en mí, será genial. Te encantarán.

Wyatt levantó la pila de libros del suelo y se la entregó a Ryan con una sonrisa juguetona.

Ryan puso los ojos en blanco y aceptó el pesado montón.

—¿Cómo vas a meter esto en tu maleta?

—Fácil. Tiraré algo de mi ropa a la basura.

Ryan resopló y negó con la cabeza. Llevó los libros al mostrador para que Wyatt pudiera pagarlos.

—Bueno —dijo Wyatt unos minutos después, cuando estaban de pie fuera de la tienda—. Podríamos volver al hotel. O... podríamos ir a ver el *mazo más grande del mundo*.





—¿Qué?

Wyatt miró su teléfono.

—Está fuera del edificio del Tribunal Supremo —Frunció el ceño—. Oh. Ahora sólo es el *segundo* mazo *más grande*. Construyeron uno más grande en Illinois.

—Eso es decepcionante.

—Sí. Al carajo con eso. No voy a cargar con estos libros por Colón sólo para ver el *segundo* mazo *más grande*. O es el más grande o nada. Volvamos.

Parecía que Ryan tendría tiempo para soñar despierto con besar a Fabian después de todo.





CAPÍTULO 11

Cuando Ryan llegó a la cafetería el lunes por la noche, no se veía a Fabián por ninguna parte. Había un pequeño escenario -en realidad, un rincón ligeramente elevado de la sala- que estaba vacío, aparte de un taburete y un soporte de micrófono. Algunos clientes estaban sentados en las mesas, pero la sala estaba en su mayoría silenciosa.

A Ryan no le gustó nada *esta* situación.

Tal vez debería enviar un mensaje de texto a Fabian para confirmar que el micrófono abierto seguía existiendo y que Fabian iba a asistir a él. Tal vez Ryan se había equivocado de lugar. Tal vez debería marcharse y disculparse más tarde si era necesario.

Oh, Dios. Ryan sólo estaba de pie, congelado, en la entrada de la cafetería y ahora la gente lo estaba mirando.

Tomó una decisión y se dirigió a la barra para pedir algo. Podía sentarse y tomar una bebida durante un rato, y si Fabián no aparecía, podía marcharse.

La camarera era una mujer joven con un aspecto mucho más cool de lo que Ryan podría aspirar a ser, pero le sonrió cordialmente cuando se acercó al mostrador.

—¿Estás aquí por el micrófono abierto?

—Uh, sí. Me preocupaba estar en el lugar equivocado tal vez.

—No. No suele haber mucha gente. Los lunes, ¿sabes?

—Bien.

—¿Vas a entrar esta noche?

Por un momento, Ryan pensó que le había reconocido y que le estaba preguntando por un partido de hockey. Luego se dio cuenta de lo que realmente le estaba preguntando.

—¿Yo? Dios, no. No. Estoy aquí para ver a un... amigo.





—Ah. ¿Puedo ofrecerte algo?

Ryan pidió un té y deseó haberse dado cuenta antes de que la cafetería tenía licencia. Hubiera preferido una cerveza. Pero ella ya estaba preparando su orange pekoe, así que no dijo nada.

Encontró una mesa vacía, se sentó y esperó, mirando el vapor que salía de su té como si fuera lo más fascinante del mundo. Entonces recordó que tenía un libro electrónico en su teléfono que podía leer. Gracias a Dios por los libros.

Llevaba una media hora leyendo cómodamente cuando oyó la voz de Fabián detrás de él. Ryan se giró y vio a Fabian y a Vanessa, y a una tercera persona -un joven negro- que Ryan no reconoció.

Fabian lo vio inmediatamente y lo saludó. Parecía haber traído sólo su violín esta noche.

—¡Viniste! —dijo alegremente cuando llegó a la mesa. Se dejó caer en la silla junto a Ryan mientras Vanessa y el otro hombre acercaban sillas de las mesas cercanas para unirse a ellos—. ¿Esperaste mucho? Debería haberte avisado de que esto siempre empieza tarde.

—No pasa nada. Estaba leyendo.

—Oh, bien. ¿Te acuerdas de Vanessa? Y este es Marcus, su compañero de cuarto y uno de nuestros mejores amigos. Marcus, este es Ryan.

Marcus extendió una mano.

—Oh, *me moría por conocerte*.

Ryan le estrechó la mano con cautela y Fabian le dio una palmada en el brazo a Marcus.

—No le hagas caso, Ryan. Sólo intenta avergonzarme.

Ryan trató de no pensar demasiado en lo que eso podría significar. En su lugar, dijo:

—Aquí hay mucho más silencio que en tu espectáculo.





Se dio cuenta de que Fabian iba vestido de forma muy informal: jeans, un jersey negro y apenas un rastro de delineador de ojos. Cuando Fabian se inclinó hacia delante, Ryan pudo ver su clavícula asomando por el amplio cuello del jersey.

—Oh, este lugar está muerto —dijo Fabian despreocupadamente—. Sin embargo, me gusta. Es un buen lugar para probar cosas.

—El local se llenaría si la gente supiera que va a tocar esta noche. —dijo Vanessa.

—Lo que sea —Entonces Fabian sonrió—. Bueno, sí. Probablemente. Pero es una habitación muy pequeña.

—¿Así que juegas para los Guardians? —dijo Marcus.

—Sí. Lo último que he oído es que sí.

Era una broma que funcionaría mejor en los círculos de hockey, pero Marcus sonrió amablemente.

—Jugaste el sábado por la noche. El bar en el que trabajo muestra los partidos a primera hora de la noche. No vi el final. ¿Ganaste?

—Lo hicimos. Fue una buena noche.

—¿Qué estás bebiendo? —preguntó Fabián—. Invito una ronda.

—Um, té.

—No me vas a comprar nada, Fabián —regañó Vanessa—. Siéntate.

—Yo invito —dijo Ryan—. Estaba pensando en comprar una cerveza, y el hockey paga bastante bien, así que...

—Seguro que sí —ronroneó Marcus—. Me gusta tu nuevo amigo, Fabián.

Ryan se puso de pie y Fabián se ofreció a acompañarlo. Ryan lo agradeció porque le preocupaba que se olvidara de los pedidos de todos. Cuando se alejaron de la mesa, Fabian dijo:





—Lo siento por ellos. Están como... demasiado interesados en ti.

—¿De verdad? ¿Por qué?

Y por un momento pareció que Fabián se sonrojaba un poco.

—No lo sé. Supongo que porque saben lo que siento por los jugadores de hockey y probablemente piensen que es divertido que yo... —Sacudió la cabeza—. Sólo están siendo tontos. Eres una curiosidad porque eres nuevo.

—De acuerdo.

Pidieron las bebidas de todos y Ryan pagó. Todos habían pedido una cerveza o un vino, así que no tuvieron que esperar mucho por ellos. Ryan tomó dos jarras de cerveza y estaba a punto de llevarlas a la mesa cuando Fabián le puso una mano en el brazo.

—Espera.

—¿Qué?

—Sólo... antes de reunirnos con esos dos idiotas -a los que quiero- quiero agradecerte por haber venido. Sinceramente.

—No hay problema. Para ser honesto, he estado esperando con ansias.

Ryan contuvo la respiración y esperó la respuesta de Fabian. Había algo en los ojos de Fabian: sorpresa o quizás confusión. Pero luego sonrió y dijo:

—Yo también.

Ryan realmente ya no tenía ni idea de lo que era esto. Parecía casi una cita, pero eso sería ridículo. E imposible. A Ryan le gustaba pasar tiempo con Fabian, y le encantaba verlo actuar, pero alguien tan hermoso y feliz como Fabian no tenía cabida en el miserable mundo de Ryan. Y Fabian solo estaba siendo amable a Ryan al ofrecerse como guía de la escena de Toronto. Eso no significaba que quisiera tener algo con Ryan más allá de eso.

Volvieron a llevar las bebidas a la mesa y apenas se habían vuelto a sentar cuando Vanessa dijo:





—¿Has probado ya ese vibrador, Fabián?

Fabian se esforzó por tragar su vino y luego la miró fijamente.

—¿Qué *te pasa*?

Ella extendió sus manos.

—¿Qué? ¿Ahora somos tímidos con los vibradores? ¿Esto es una cena de la iglesia? Necesito conseguir una reseña de esa cosa en mi sitio.

—Podemos hablar de esto *más tarde*.

Se volvió hacia Ryan.

—Lo siento. ¿Eres un adulto que conoce la existencia de los juguetes sexuales?

—Sí.

—Genial. Fabián, ¿has usado el vibrador?

Sacudió la cabeza lentamente, con los ojos entrecerrados.

—Eres tan inapropiada. No. No lo he usado, ¿okey?

—¡Bueno, úsalo! O encuentra a alguien con quien usarlo.

Después de decir esto, inclinó deliberadamente la cabeza en dirección a Ryan. Ryan miró su cerveza. Marcus se echó a reír.

—Muy bien, basta —refunfuñó Fabián—. Voy a preguntar si puedo entrar primero, y ustedes dos van a ser amables con Ryan.

Fabian se fue y Ryan decidió que podía probar a ser cool.

—¿Revisas los juguetes sexuales, Vanessa?





—¡Sí que lo hago! Pero a veces tengo que subcontratar las de las partes que no tengo. Muchas de las críticas de los invitados son anónimas, así que si alguna vez quieres...

—No, no soy... quiero decir. No sería bueno en eso.

Ella se encogió de hombros.

—La oferta se mantiene. Sólo tienes que decírmelo. Es una buena manera de conseguir juguetes gratis.

—Um. Gracias.

—*Dios mío* —dijo Fabián cuando volvió a la mesa—. ¿Sigues hablando de juguetes sexuales?

—Está bien —dijo Ryan rápidamente—. Le estaba preguntando por su página web.

Fabián miró con desconfianza a Vanesa y luego decidió dejarlo.

—Voy a entrar en un minuto. Raksha dice que sólo hay tres personas apuntadas para esta noche.

El lugar se había llenado un poco desde que Ryan llegó por primera vez, pero seguía siendo una multitud relativamente pequeña, del tipo en el que Fabian podría ver cada rostro individual cuando estuviera en el escenario. Ryan se sintió mal sólo de imaginarlo.

—¡Buena suerte! —dijo Vanessa—. No puedo esperar a escuchar lo que has estado trabajando.

Marcus se volvió hacia Ryan.

—Desapareció totalmente la semana pasada. Eso es lo que hace. Le llega la inspiración y se pone en modo ermitaño.

—No fui un ermitaño —protestó Fabián—. Trabajé dos turnos en la farmacia, fui a ver un espectáculo y hasta compré alimentos.

Marcus le dio un golpe en la mano.





—Ve. Muéstranos los frutos de tu trabajo.

Fabian hizo el ademán de agarrar su estuche de violín y girar dramáticamente hacia el escenario. Ryan lo encontró extrañamente sexy.

Incluso con el escaso público y el mínimo montaje, Fabián tuvo una presencia imponente cuando subió al escenario. Se tomó un momento para prepararse a sí mismo y a su instrumento, conectó su teléfono a una cosa y a otra y luego le indicó al camarero -Raksha- que apagara la música que había estado sonando por los altavoces. Después de que la música se detuviera, hubo una charla, seguida de un momento de silencio casi perfecto cuando Fabian se acercó al micrófono.

Ryan pensó que saludaría al público o presentaría la primera canción, pero en lugar de eso, Fabian empezó a cantar, a capela. La primera nota fue tan fuerte y clara que impactó. Y tal vez ése era el punto; Fabian obviamente sabía cómo captar la atención del público.

Después de una estrofa y un estribillo, una pista de acompañamiento del teléfono de Fabian lo acompañó, y empezó a tocar su violín. No podía cantar y tocar el violín al mismo tiempo, así que alternaba entre la voz y el violín, como una conversación mágica que mantenía con su instrumento. A Ryan no le pareció que su propio corazón latiera ni una sola vez durante toda la canción.

—Wow, ¿verdad? —le susurró Vanessa cuando terminó la canción.

—Sí. —dijo Ryan estúpidamente.

Fabian sonrió al público y volvió a subir el hombro de su jersey, que se había deslizado hasta la mitad de su brazo mientras tocaba. Era tan jodidamente hermoso que Ryan no podía soportarlo. A pesar de lo impresionante que había sido Fabian en el escenario del club en la última actuación, con el muro de sonido que había creado y el espectacular vestuario e iluminación, había algo aún más encantador en este momento. La intimidad de la sala -el reducido público, la cálida iluminación y el atuendo informal de Fabian- hizo que Ryan se sintiera especial, como si fuera uno de los pocos elegidos a los que se les permitía ver actuar a un príncipe.

Por millonésima vez esa semana, Ryan recordó el fugaz roce de los suaves labios de Fabian en su mejilla. Había sido tan casto -nada, en realidad- pero había consumido





absolutamente los pensamientos de Ryan durante días. ¿Era posible que su corazón se aferrara a un ridículo enamoramiento durante trece años? Y si era así, ¿por qué su corazón elegiría a alguien tan inalcanzable? ¿Por qué querría a alguien que era tan incompatible con Ryan?

Pero Fabian, por alguna razón, le dio a Ryan la impresión de que disfrutaba de su compañía. No parecía darse cuenta ni importarle que Ryan estuviera hambriento de la luz que Fabian irradiaba sin esfuerzo. No sabía que, si se acercaba demasiado, Ryan sin duda apagaría esa luz y lo arrastraría a las sombras con él.

Fabian tocó cuatro canciones y luego dio las gracias al público por escucharlas. Los aplausos fueron sorprendentemente entusiastas para un grupo tan pequeño. Un par de minutos más tarde, Fabian se había reincorporado a la mesa, con el estuche del violín en la mano.

—No digan nada —dijo—. No quiero oír ni una palabra.

—¿Hm? —dijo Marcus, fingiendo estar absorto en su teléfono—. Lo siento, no estaba prestando atención. ¿Ya has tocado?

Fabián puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, imbécil.

—Eso fue terrible —dijo Vanessa—. No puedo creer que nos hayas hecho escuchar eso.

—Son unos putos imbéciles.

Miró a Ryan y éste supo que debía decir *algo*, pero el jersey de Fabian se había vuelto a deslizar, dejando al descubierto todo un hombro. Ryan quería hincarle el diente.

—Sin palabras —dijo Fabian, agitando una mano hacia él—. Ryan es mi nuevo favorito.

—*Lo sabemos.* —murmuró Marcus.

—Eso fue realmente... —Ryan comenzó.

Fabián lo interrumpió.





—Increíble. Lo sé. Hablemos de otra cosa. ¿Vas a ir a bailar con nosotros el viernes?

Vanessa se iluminó.

—¡Oh, Dios mío! ¡Sí! ¡Tienes que hacerlo!

—En realidad, no puedo —Miró a Fabian—. Lo siento. Hay una fiesta del equipo, una cosa de cumpleaños. Me enteré hace un par de días. Si no, habría ido.

Fabian parecía realmente decepcionado por esto.

—Oh. Bueno, es una pena. Si la fiesta apesta, asegúrate de pasar por el club. Estaremos ahí hasta que cierre, sospecho.

—Bien. De acuerdo.

Ryan deseaba poder decir que no a la fiesta. No quería ir a la estúpida casa de Dallas Kent. Definitivamente no tenía ningún interés en celebrar el cumpleaños de Kent. Pero había prometido ser un compañero de equipo este año, dentro y fuera del hielo. Saltarse la fiesta del jugador estrella sería una mala jugada.

Probablemente era lo mejor. Ir a un club de baile con Fabian y sus hermosos amigos sería una tortura. Ryan podía imaginar cómo sería la noche: estaría de pie contra una pared, tratando de no ser notado. No estaría bailando, y estaría acalorado e incómodo. La música estaría demasiado alta. Fabian estaría en la pista de baile, apretando su cuerpo ágil contra algún otro hombre guapo. Y entonces empezarían a tocarse, a besarse, y Ryan sería incapaz de apartar la mirada.

Y luego Ryan se iría a casa solo a masturbarse sin éxito.

Bueno, a la mierda con eso. Ryan podía masturbarse sin éxito *sin* la molestia de ver a Fabian seducir a otro hombre en una pista de baile.

Las otras artistas del micro abierto eran mujeres con guitarras, y ambas tenían talento con canciones interesantes y voces fuertes. Pero Ryan estaba ansioso por irse. Si no le preocupara ser maleducado, se habría ido después de la actuación de Fabian. Con cada minuto que pasaba, Ryan se sentía cada vez más abrumado por la sensación de que no pertenecía a





este lugar. Deseaba poder encajar con esta gente brillante y creativa, pero no era así. Era una nube oscura, y ya era hora de que se alejara.

—Me tengo que ir —dijo, después de que el último artista abandonara el escenario.

—Oh —dijo Fabian—. ¿Te vas a casa?

—Sí. Pero gracias por invitarme a venir. Fue genial escucharte de nuevo.

Sin previo aviso, Vanessa apretó una mano en la muñeca de Ryan.

—Espera. ¿Hacia dónde caminas, Ryan?

—Sur.

—¡Oh, bien! Marcus y yo tenemos que ir hacia el norte, así que puedes caminar con Fabian. No nos gusta que camine solo por la noche.

Ryan miró a Fabian, pero éste estaba mirando a Vanessa.

—No tienes que hacerlo, Ryan. —dijo, sin apartar los ojos de la cara de Vanessa.

—No, está bien. Puedo caminar contigo.

—¡Genial! —dijo Vanessa—. Fabián realmente lo aprecia.

Marcus resopló, y Ryan no estaba seguro de a qué se debía eso, pero por ahora podía concentrarse en la noble y completamente no sexual tarea de asegurarse de que Fabian llegara a casa sano y salvo.





CAPÍTULO 12

Diez minutos después, Fabian se despedía de sus amigos en la acera. Los besó a ambos en la mejilla, y Ryan sintió una puñalada de vergüenza por lo mucho que le había afectado ese gesto sin sentido la semana pasada.

—¿Vamos? —le preguntó Fabián, después de que Vanessa y Marcus se hubieran ido.

Ryan casi esperaba que Fabian enlazara sus brazos a él, pero no lo hizo. En su lugar, dijo:

—¿Entonces no fue tan terrible?

—Dios, no. Eso fue increíble. Se me puso la piel de gallina—. Ryan extendió el brazo, como para demostrarlo, antes de darse cuenta de que llevaba un pesado abrigo. Bajó el brazo—. ¿Es raro tocar frente a un público pequeño como ese?

—La verdad es que no. Me gusta lo íntimo que es. No hace tanto tiempo que sólo tocaba en micrófonos abiertos así.

—¿Y lo echas de menos?

Fabián se rió.

—No. He trabajado muy duro para llegar a donde estoy ahora. Tocaba en micrófonos abiertos mientras trabajaba en una tienda de mierda y de vez en cuando tocaba con un cuarteto de cuerda por contrato. Luego empecé a grabar mi música y a ponerla en Internet. Me pidieron que abriera para algunos artistas locales, lo que finalmente me llevó a poder reservar mis propios espectáculos. Ahora estoy en un sello discográfico independiente —Fabián se apresuró a añadir—: Sólo uno pequeño. De tamaño medio, si somos generosos. No gano mucho dinero, pero al menos el sello se encarga de muchas de las cosas tediosas para que yo pueda centrarme en hacer música.

—Eso es genial. ¿Cuál es el siguiente paso?

—El entretiempo de la Super Bowl, obviamente— dijo Fabian con ironía.

Ryan se rió.





Caminaron en silencio durante un rato, y Ryan dijo:

—Me gustan tus amigos.

Fabian resopló, pero Ryan pudo ver que sonreía.

—Vanessa puede ser un poco exagerada a veces. No se disculpa, bueno, por nada. Cuando conoce a alguien nuevo, tiende a ser intensa, como si lo estuviera poniendo a prueba. Es un amor total, realmente. Es la mejor amiga que podrías tener, pero no es tímida sobre quién es o en qué cree.

—No, ya noté eso.

—Así que por eso empezó a hablar de juguetes sexuales desde el principio. No creo que lo hubiera hecho si no estuvieras ahí. Lo cual sé que es un poco jodido, pero su forma de pensar es como...

Fabian parecía buscar sus próximas palabras, así que Ryan ofreció algunas.

—¿Si no puedes soportar el calor, sal de la cocina?

Fabián sonrió.

—Ya. Si no puedes soportar su creencia de que el sexo es algo positivo y natural, entonces sal del grupo.

Ryan consideró esto.

—No pareces tan cómodo como ella para hablar de eso.

—Oh, yo sí. Quiero decir, no, nadie se siente tan cómodo como *ella*, pero con la compañía adecuada no tengo ningún problema. Aunque entiendo que no todo el mundo se siente cómodo hablando de sexo, lo disfrute o no.

—Bien.





—Estoy de acuerdo con ella en que es algo natural. Creo que el sexo es divertido. *Debería* ser divertido de todos modos.

Ryan no podía recordar honestamente la última vez que el sexo había sido divertido para él. Las pocas veces que había tenido sexo en los últimos años, era más o menos un acto de desesperación, especialmente si se trataba de otra persona. Incluso con los hombres con los que había tenido relaciones, el sexo siempre había sido estresante para Ryan. La ansiedad por el rendimiento, sus propios problemas corporales, y el hecho de no saber qué decir, o qué quería su pareja de él, siempre le habían hecho tropezar. Hacerse una paja era más fácil. O, al menos, lo *había* sido antes de empezar a tomar los medicamentos.

Pero Ryan siempre se había aferrado a la creencia de que el sexo *podía* ser divertido, con la pareja adecuada. O si podía dejar de lado algunos de sus complejos. Le gustaba mucho la idea general del sexo.

—Estás callado —observó Fabián—. ¿Estoy siendo tan malo como Vanessa ahora mismo?

—No —se rió Ryan—. Es que me pierdo mucho en mi propia cabeza.

La noche era fría y había un viento enérgico que aullaba por el pasillo que formaban los edificios a ambos lados de la calle. En el aire había un peso amenazante de lluvia inminente, y Ryan esperaba que se mantuviera hasta que ambos estuvieran a salvo en el interior.

—Tú, um... estás... —Ryan se maldijo en silencio por sonar tan estúpido, luego lo intentó de nuevo—. ¿Hay alguien con quien estás...? ¿Ahora?

Fabian le batió sus pestañas.

—Ryan Price. ¿Me estás preguntando si estoy tomado?

—No —dijo Ryan rápidamente—. Sólo tengo curiosidad. Nunca mencionaste a nadie, pero no estoy seguro.

—Actualmente no tengo pareja —Caminaron durante un minuto en silencio, y luego Fabián añadió—: Nunca he sido particularmente bueno para encontrar hombres que me merezcan, como le gusta decir a Vanessa.

A Ryan no le gustaba la idea de que un payaso que no apreciaba a Fabian pudiera tocarlo.





—¿No? —dijo.

—No sé si te has dado cuenta —dijo Fabian con ironía—. Pero me encanta la atención. Y recibo mucha, con una buena dosis de adoración por parte de mis fans. Me doy cuenta de que esto me hace parecer presuntuoso, pero es la verdad. Estoy seguro de que lo comprendes, por ser quien eres.

—Más o menos. Supongo.

Ryan no estaba seguro de que su carrera en la NHL hubiera sido la razón por la que cualquier hombre se sintiera atraído por él. Su estatura y el cuerpo musculoso que le había proporcionado el hockey habían sido definitivamente factores, pero nadie con quien se hubiera enrollado había parecido interesado en absoluto en el hockey. Ryan ni siquiera se había molestado en mencionar su profesión a la mayoría de ellos.

—Correcto, así que no sería difícil para mí encontrar un hombre que amara mi música y estuviera encantado de tener sexo conmigo.

—Claro, fácil. —dijo Ryan secamente.

Fabian le dio un codazo con el hombro.

—Escucha. Sólo digo que *podría* encontrar un buen chico que ya estuviera medio enamorado de mí sólo por verme en el escenario, pero tiendo a gravitar hacia los hombres que no tienen casi ningún interés en mí más allá de las apariencias. Son hombres que suelen estar tan metidos en sus propios objetivos creativos que no les importa nada los de los demás. Sólo quieren follar conmigo y contarme su brillante idea para una instalación artística, o enseñarme su fotografía, o quejarse de que los editores no entienden por qué su libro es tan genial.

El ceño de Ryan se frunció.

—¿Por qué querrías estar con esos tipos?

—¡No lo sé! —Fabián soltó una carcajada aguda y frustrada al decirlo—. Créeme, si lo supiera dejaría de hacerlo.

—*Deberías* parar.





—Sí, gracias, *Vanessa*. ¿Y qué hay de ti?

Ryan se congeló por un segundo y luego se apresuró a alcanzar a Fabian.

—¿Qué hay de mí cómo?

—¿Recibes muchos groupies de hockey?

—Uh, no. El tipo de chicos que me gustan... no suelen ser aficionados al hockey.

Se detuvieron en una intersección, esperando el semáforo, y Fabián se volvió para mirarlo.

—¿Y qué tipo de chicos te gustan?

Tú. Exactamente tú.

—Um.

—Lo siento —Fabian dio un paso atrás y miró a la acera—. No es asunto mío. No te juzgaré, créeme. Tengo amigos que están metidos en casi todo lo que puedas imaginar. Pero no tienes que responderme.

—No. Está bien. No soy tan aventurero. Pero me gustan los hombres que son... lo contrario a mí, básicamente.

Fabián pareció estudiarlo un momento, como si tratara de calcular qué sería lo contrario.

—Entonces, ¿chicos pequeños?

Ryan arrastró los pies con nerviosismo. Nunca había hablado de sus gustos personales en voz alta con nadie. Ni siquiera a sus antiguos compañeros.

—Normalmente, sí. Y otras cosas.

Se encendió la luz del paseo y cruzaron la calle. Cuando llegaron al otro lado, Fabián retomó la conversación justo donde la habían dejado.





—¿Twinks?

—No exactamente, no. Pero está cerca, supongo. La edad no importa. Ni siquiera es un tipo de cuerpo. Se trata más bien de... cómo se presentan.

—Bueno, ahora sí que estoy intrigado.

Ryan no podía creer que estuviera tratando de describir *a* su hombre perfecto.

—Bien. Esto es todo: Me gustan los hombres que miran lo que se *supone* que deben sus comportamientos y dicen 'jódete'. Me gustan los hombres que tienen la confianza de ser ellos mismos, incluso si eso significa que mucha gente los vaya a mirar raro.

Durante un tiempo agonizante, no hubo respuesta. Ryan estaba seguro de que acababa de soltarle un montón de tonterías a Fabian, y éste se preguntaba ahora por qué había permitido que un tipo tan raro le acompañara a casa. No fue hasta que se acercaron a la calle de Fabian que este dijo, en una voz tan baja que Ryan casi no lo oyó por el viento

—Me encanta eso.

—¿Qué?

—Todo lo que acabas de decir. Odio estereotipar, pero escuchar palabras así viniendo de alguien como tú...

—¿Un jugador de hockey grande y tonto?

Fabián negó con la cabeza, pero luego dijo:

—Tal vez. Pero no eres tonto. Ryan, estás muy lejos de ser tonto. Pero ya sabes lo que pienso de los jugadores de hockey. Sobre los deportistas en general. Siempre estaban alrededor, invadiendo mi vida, mientras crecía. Mis padres colocaban a los chicos así, a los hombres así, en pedestales. Era tan obvio lo que querían que fuera, y no había manera de que yo pudiera ser eso. Nunca. En cuanto se dieron cuenta, perdieron el interés en mí.

—Lo había notado. —dijo Ryan.





Fabián le dedicó una sonrisa triste.

—Sé que lo hiciste. Por eso eras diferente. ¿Crees que había otros jugadores de hockey que aparecían en mis recitales?

A Ryan le dio un vuelco el corazón al mencionar el recital de Fabian. No se había imaginado que Fabian recordaba esa noche.

—Sólo tú —continuó Fabián—. Nunca te dije lo mucho que significó para mí.

—No fue nada.

—Definitivamente fue algo para mí. Fue... —Se rió sin humor—. Mi *familia* no podía molestarse en sacar tiempo para verme. Era mi último recital en el Conservatorio, y yo interpretaba una pieza que había *compuesto*, y ni siquiera eso podía competir con un maldito partido de hockey. No te ofendas.

—No lo hago.

—Cuando te vi allí, en el fondo de esa habitación. Significó todo para mí.

Habían llegado al edificio de apartamentos de Fabian, lo cual era incómodo porque estaban en medio de un gran momento. Estaban frente a frente al pie de las escaleras que conducían a la puerta principal, y Ryan no tenía idea de qué decir a continuación.

Afortunadamente, Fabián habló primero.

—Sé que probablemente fui grosero contigo cuando vivíamos juntos.

—No lo fuiste.

No era del todo cierto. Fabian se había mostrado descaradamente desinteresado por Ryan, ignorándolo casi siempre y, cuando se veía obligado a reconocerlo, sus palabras habían sido cortantes y despectivas. Pero con el tiempo se había descongelado un poco, y habían podido forjar una especie de amistad tranquila y frágil.

—Lo era. Esperaba que fueras como los demás, así que ni siquiera te di una oportunidad.





—Al principio, tal vez —Ryan le dedicó una tímida sonrisa—. Pero creo que te he ganado, ¿verdad?

Fabian le sonrió, con la misma timidez, y a Ryan se le cortó la respiración.

Entonces empezó a llover. Unas gotas heladas que estaban a punto de ser bolitas de hielo picaron la cara de Ryan, y Fabian se alejó.

—¡Entra! —gritó mientras subía corriendo las escaleras. Tanteó la cerradura—. ¡Al carajo con esta estúpida puerta de mierda! Ya está.

La abrió de un empujón y Ryan le siguió.

Cuando estuvieron dentro del pequeño apartamento, Fabian colgó su abrigo en un gancho junto a la puerta e hizo un gesto para tomar el de Ryan.

—Puedes quedarte hasta que deje de llover.

—Puede que llueva toda la noche —señaló Ryan, pero le entregó a Fabian su abrigo.

Fabian ignoró su pronóstico meteorológico y se dirigió a la nevera del bar que estaba escondida en una esquina, junto a una placa de dos fuegos y un fregadero. Abrió la nevera y sacó una botella de vino.

—Todavía no he abierto esta —dijo alegremente—. Vamos a calentarla. Y, por favor, ponte cómodo. Puedes sentarte en la cama, o... bueno, sólo en la cama, supongo.

Ryan observó que la silla del escritorio, el único otro lugar para sentarse en la habitación, estaba llena de ropa desechada. Se sentó en el extremo de la cama, con las manos en el regazo y la espalda recta. Debería decir que no al vino. Y a la cama. Y a estar aquí. En cambio, no dijo nada y se tomó un momento para estudiar la casa de Fabian. El escritorio desordenado tenía lo que parecían tres velas de oración católica, pero cuando Ryan se inclinó hacia delante pudo ver que las mujeres que había en ellas no eran la Virgen María, sino Dolly Parton, RuPaul y Beyoncé.

Fabian le entregó a Ryan una copa que tenía la frase *Mom's Time to Wine*²².

²² El tiempo de mamá para el vino





—Es el segundo pinot grigio²³ más barato que tenían —dijo, antes de sentarse cerca de la cabecera de la cama, apoyando la espalda en las almohadas. En su propia copa de vino decía *Novia*.

Ryan tomó un sorbo de vino, porque no sabía qué más hacer.

—Está bueno —dijo—. El vino, quiero decir.

Podría estar terrible. Podría ser ácido de batería real²⁴. El cerebro de Ryan estaba en un millón de pedazos ahora mismo. ¿Por qué estaba aquí? ¿Por qué estaban los dos en la cama de Fabian? ¿Estaba Fabian tratando de *seducirlo*? ¿Quería Ryan que lo hiciera?

Fabian golpeó un pie con un calcetín contra el muslo de Ryan.

—No tienes que sentarte ahí de espaldas a mí, sabes. Relájate.

Ryan dejó la copa sobre el escritorio y se quitó las botas. Luego se estiró cuidadosamente en la cama, apoyándose en un codo. Mantuvo la mayor distancia posible entre sus cuerpos, preocupado de que la más mínima invitación pudiera asustar al pobre Fabian, que sólo estaba siendo amable.

—Entonces —dijo Fabián despreocupadamente—. ¿Qué tal el hockey?

Ryan soltó una carcajada.

—El hockey está bien.

—¿Lo está?

Ryan frunció el ceño.

—Claro. No sé. Supongo que ha sido un poco... cansador. Últimamente.

Fabián trazó la palabra *Novia* con la punta del dedo.

²³ El Pinot Grigio es un tipo de vino blanco, con la característica de que la coloración de la piel de la uva con que es elaborado es más oscura que otros tipos de uvas blancas.

²⁴ Ácido de batería real es un coctel alcohólico que se elabora tradicionalmente con 4 bebidas (salsa tabasco, chatreuse, tequila y Bacardi).





—¿Alguna vez has pensado en dejarlo? O en retirarte. Como sea que lo digas.

—A veces. Sólo tengo treinta y un años, pero...

—¿Pero?

—Mi corazón ya no está en esto.

—¿Entonces por qué lo sigues haciendo?

Ryan se movió en la cama, doblando las rodillas y acercándolas a su cuerpo.

—Porque sé lo afortunado que soy. Sé que muchos hombres matarían por tener un puesto en un equipo de la NHL. Tirarlo a la basura sería... una falta de respeto.

Por un momento, Fabián no dijo nada, y luego dijo:

—¿Sabías que, después de graduarme, hice una audición para la Sinfónica de Toronto?

—No. Pero siempre me imaginé que ahí es donde terminarías. Me sorprendió, para ser honesto, saber que no estabas tocando con ellos.

—Siempre fue mi sueño. Así que me presenté a la prueba. Y... me ofrecieron una plaza.

—Espera. ¿Fuiste miembro de la Sinfónica de Toronto?

—Mhm. Durante dos meses enteros.

—¿Y qué pasó?

—Lo odié —dijo Fabian simplemente—. Me di cuenta, muy rápidamente, de que no era lo que quería hacer, musicalmente. Simplemente no... encajaba.

—Oh.





—Ahora me doy cuenta de que podría haberme quedado y hacer mi propia música aparte. Pero consumía todo mi tiempo, ser parte de algo tan grande. Tan importante. Son las grandes ligas, ¿no?

—Gracias por simplificarlo para mí. —dijo Ryan secamente.

Fabián sonrió.

—De todos modos. Lo dejé. No fue una decisión fácil, y sabía que estaba quemando un puente muy importante al hacerlo, pero nunca me he arrepentido. Ni siquiera cuando estoy reponiendo bálsamo labial en la farmacia, o cuando me estoy muriendo de frío en este apartamento de mierda con corrientes de aire. Porque esto —agitó una mano—, es todo mío. Prefiero luchar por hacer lo que me gusta que dedicarme a algo que odio.

Esto era mucho para que Ryan lo asimilara.

—Así que, sí. Quizás fue absurdo tirar un trabajo por el que tantos músicos matarían, pero ¿no sería más egoísta de mi parte quedarme? Pensé que debía dejar que otro tuviera ese puesto —Se encogió de hombros—. Eso es lo que me digo a mí mismo de todos modos.

—Eso tiene mucho sentido. —dijo Ryan lentamente.

—Y lo otro —Fabian se incorporó y apuntó su copa de vino en dirección a Ryan—, es que alguien más podría *querer* ese puesto en la sinfónica, o un puesto en un equipo de la NHL, pero ¿adivina qué? No lo consiguieron. Y no lo consiguieron porque no son lo suficientemente buenos. *Nosotros lo somos*. Pero ser lo suficientemente bueno no nos obliga a aceptar esos trabajos. Está bien usar tu talento para crear felicidad en lugar de riqueza. También está bien si no usas tu talento en absoluto. Que se joda quien diga lo contrario.

Ryan le sonrió.

—Deberías ser terapeuta. O un orador motivacional.

Fabian resopló y dejó su copa de vino en la mesita de noche.

—No, gracias. Mi sabiduría es para mí, y para unas pocas personas selectas que me importan. Lo mismo que mis habilidades de maquillaje.





A Ryan le gustaba que Fabián lo incluyera entre las pocas personas selectas que le importaban, aunque fuera sin querer.

—¿No compartes tus habilidades de maquillaje?

Fabian se dejó caer sobre un codo, su cara repentinamente muy cerca de la de Ryan.

—Los compartiría *contigo*.

—¿Conmigo? —espetó Ryan—. Me vería ridículo con maquillaje.

Fabián negó con la cabeza.

—No cuando *haya* terminado contigo.

Su mirada se dirigió a la boca de Ryan, y éste se preguntó si estaba tratando de decidir qué tono de lápiz labial le quedaría mejor. Esperaba que así fuera, porque no podía pensar en la otra razón por la que Fabian podría estar estudiando sus labios.

—No me vería como tú. —dijo Ryan con voz ronca.

—¿Te has sentido alguna vez hermoso, Ryan?

¿Estaba la cara de Fabian aún más cerca ahora?

—No —Ryan se rió como si la pregunta fuera ridícula—. Por supuesto que no. Mírame.

—Te estoy mirando —Fabian alargó la mano y colocó un mechón de pelo de Ryan detrás de su oreja—. ¿No crees que eres hermoso?

—Yo...

Ryan sólo podía imaginar el aspecto que debían tener los dos, uno al lado del otro, en este momento. La gran diferencia entre la asombrosa belleza de Fabian y el viejo y curtido cuerpo de Ryan.

Fabian le acariciaba el pelo con total libertad, las yemas de sus dedos se deslizaban por el cuero cabelludo de Ryan y luego bajaban por su mejilla hasta la barba. Ryan no estaba seguro





de cuándo había cerrado los ojos, pero cuando los abrió, Fabian lo miraba como si fuera algo precioso.

—Cuéntame otra vez —dijo Fabian en voz muy baja—. Sobre los hombres que te gustan.

Oh, Dios.

—Ya me debería ir.

—Está lloviendo a cántaros ahí fuera. ¿No lo oyes?

No. No puedo oír nada por encima de la sangre que golpea en mis oídos.

—Quédate. Cuéntame. Por favor.

Ryan se estremeció cuando los dedos de Fabian recorrieron sus labios. No había duda de hacia dónde iba esto ahora, y sabía que debía detenerlo, pero en lugar de eso le dijo a Fabian lo que quería saber.

—Hombres hermosos y seguros de sí mismos. Hombres que van en contra de todo lo que nos enseñan sobre la masculinidad en los vestuarios. Hombres que no tienen miedo de ser ellos mismos —Tragó saliva, y deseó poder detenerse—. Hombres que no tienen miedo de abandonar el trabajo de sus sueños si les hace sentirse miserables.

Esa parecía ser toda la invitación que Fabian necesitaba. Se inclinó y rozó sus labios contra los de Ryan, un beso dulce y suave que Ryan estaba demasiado aturdido para devolver. Por un segundo, al menos, y luego le devolvió el beso a Fabian. Sus labios eran tan suaves y encantadores, y Ryan se permitió un momento para saborearlos antes de obligarse a parar.

Cuando se retiró, Ryan mantuvo los ojos cerrados y dijo:

—Por favor, no.

—¿No quieres?

El escepticismo era fuerte en la voz de Fabian.

—Lo quiero. Yo... *Sabes que sí.* Pero tú no quieres esto. Confía en mí.





Abrió los ojos y vio la expresión de ofendida de Fabian.

—Si no quisiera esto, no lo estaría haciendo.

Ryan negó con la cabeza.

—Yo no...

—A menos que el resto de la frase sea "*estoy interesado en ti*", entonces no quiero escucharla. Quiero besarte, Ryan Price. Quería besarte *antes*, y quiero besarte ahora. ¿Puedo?

Ryan se quedó con la boca abierta.

—¿Querías besarme *antes*? ¿Como cuando éramos adolescentes?

—Pareces sorprendido.

—Sí, estoy sorprendido.

Fabian se tumbó de espaldas y se cubrió los ojos con un brazo.

—Ryan. Tuve un enorme enamoramiento adolescente por ti, ¿bien? Prefiero no hablar de eso, porque es embarazoso, pero sí. Quería besar tu adorable boca cuando tenía diecisiete años. Si hubiera pensado que había una mínima posibilidad de que te gustara, lo habría hecho.

Ryan se sentó.

—¿Qué?

—No pensé que fueras gay, Ryan. Por supuesto que no lo pensé.

—Te habría besado.

—Bueno, sí. *Ahora* me doy cuenta.

—Quería besarte. ¿Recuerdas...?





Fabian levantó el brazo lo suficiente para asomarse por debajo de él.

—El ferry. Sí. He repetido ese momento varias veces a lo largo de los años. Así que fue real, ¿no?

Ryan asintió.

—Fue real.

Fabián volvió a cubrirse los ojos.

—Maldita sea. Ese habría sido un primer beso infernal.

Ryan quería entrar en el lago Ontario. Podría *haberlo besado*. Habría sido la primera vez que Ryan besaba a un chico. En cambio, había sido a un tipo que había conocido por Internet cuando su equipo juvenil había viajado a Victoriaville²⁵ la temporada siguiente.

—Bueno, no tiene sentido llorar por eso ahora —dijo Fabian. Se bajó de la cama, se puso de pie y tomó la botella de vino—. Pero sigo sin ver por qué no podemos recuperar un poco el tiempo perdido ahora mismo.

Salpicó más vino en el vaso de Ryan, a pesar de que éste apenas había bebido, y se lo entregó. Ryan bebió un gran trago.

—Tal vez esto no sea obvio —dijo Ryan después de tragar—. Pero soy un puto desastre.

Fabián puso los ojos en blanco.

—Dios, ¿quién no lo es?

Ryan negó con la cabeza. Se debatía entre descargar toda su lista de defectos sobre Fabian ahora mismo, o callarse la boca y besar a Fabian hasta el olvido.

O irse. Que es exactamente lo que iba a hacer. Ahora mismo.

Se puso de pie y dejó su copa de vino sobre el escritorio.

²⁵ Victoriaville es una ciudad de la provincia de Quebec, Canadá.





—Me voy a ir.

—Sigue lloviendo.

¿Estaba Fabián *haciendo pucheros*?

—Soy impermeable.

Fabián se metió en su espacio, apiñándolo contra el escritorio.

—No lo entiendo.

Ryan cerró los ojos, porque no podía decir lo que necesitaba si todos los sentidos estaban llenos de Fabian.

—No soy bueno para ti. Pero es muy amable de tu parte...

—No lo hagas. No eres un maldito caso de caridad, Ryan. Te quiero. ¿Ya olvidaste la parte de querer besarte desde que tenía diecisiete años?

—Eso fue sólo por las hormonas de la adolescencia. No es... No puedo. No puedo hacer esto contigo. Lo siento.

No podía. Si llevaba esto más lejos con Fabian, nunca se lo perdonaría. Más que eso, Ryan nunca se recuperaría de eso. Le entusiasmaba ser amigo de Fabian, pero lo dejaría todo antes de arriesgarse a asfixiarlo. Quería demasiado a Fabian como para tener sólo sexo casual con él. De todos modos, no le gustaba mucho el sexo casual, pero no podía tener una aventura de una noche con Fabian Salah. Ryan sabía que había mucha gente que estaría encantada de tontear con un amigo atractivo mientras esperaba que pasara una tormenta, pero él no era uno de ellos. Tener sexo con Fabian -incluso volver a besar a Fabian- significaría demasiado para Ryan. Mucho más que para Fabian.

—¿Puedes pasarme mi abrigo?

—Por supuesto —dijo Fabián. Su voz era cortante y enfadada. Se apartó de Ryan y agarró su abrigo del gancho junto a la puerta. Se lo lanzó—. Toma.

—Lo siento. —dijo Ryan de nuevo. No sabía qué más decir.





Fabian levantó una mano.

—Lo entiendo. Me siento como un idiota, pero lo entiendo.

—No eres...

Oh Dios, había lágrimas en los ojos de Fabian.

—Adiós, Ryan.

Ryan quería abrazarlo. Quería besarle el pelo y decirle lo mucho que deseaba poder *hacer esto* como una persona normal. Quería contarle *todo*, y abrazarlo hasta que la lluvia dejara de caer y más allá.

Toda esta noche no debería haber ocurrido. Lo más amable que podía hacer era irse.

Así que se fue.





Capítulo 13

Maldita sea.

Maldita puta mierda.

Estúpidos jugadores de hockey y sus estúpidas *mierdas*.

Cuanto más repasaba Fabian los acontecimientos de la noche anterior en su cabeza, más difícil le resultaba creer lo que había sucedido. Nada tenía sentido. No es que Fabian se lanzara básicamente sobre un jugador de hockey. Ni que Ryan se sintiera tan abiertamente atraído por él, y que lo besara tan dulce y tiernamente como Fabian siempre había imaginado, y luego... no. Era como si un interruptor se hubiera activado dentro de Ryan y nadie más podría haberlo hecho aparte de Fabian; él había sido el único que estaba ahí.

¿Qué fue lo que hizo?

Nada. Eso es lo que se decía a sí mismo. No había hecho nada, excepto ser abierto y honesto sobre sus sentimientos por Ryan. Incluso le había contado el flechazo adolescente que había tenido con él, por el amor de Dios, lo que ya habría sido bastante embarazoso sin que Ryan lo rechazara de plano.

No. Si hubiera sido un rechazo rotundo, Fabian podría haberlo entendido. Si Fabián se hubiera inclinado para darle un beso, y Ryan se hubiera apartado y le hubiera dicho que simplemente no estaba interesado. Si Ryan no hubiera dicho palabras tan hermosas sobre el valor de Fabian...

No quieres esto. Confía en mí.

Oh, jódete, Ryan Price.

Fabian no podía trabajar así en su música. Su cabeza estaba en todas partes. Envío un mensaje a Vanessa. '¿Estás en el trabajo?'

Vanessa: No hasta dentro de una hora.

Fabián: ¿Café?





Vanessa: Uh-oh.

Fabián: Sí. ¿Nos vemos en diez?

Vanessa: Ok

Fabián tenía *estados de ánimo*. Podía admitirlo. Y Vanessa sabía que si Fabián pedía una reunión de emergencia para tomar un café, probablemente iba a estar agitado y desagradable. Pero ella también era la única persona que era buena para hablar con él sobre esos estados de ánimo.

Nueve minutos después estaba en la cola de un Starbucks que estaba a medio camino entre su apartamento y el trabajo de Vanessa. Pidió un café para él y un café con leche para Vanessa. Ella entró justo cuando él los llevaba a una mesa.

—¿Problemas en la ciudad del hockey? —preguntó.

Gimió mientras se dejaba caer en una de las sillas.

—¿Qué me *pasa*?

—Depende de lo que estemos hablando. ¿Qué pasó?

Fabián le dio la versión más detallada y esperó a que se riera de él. Sería comprensible; esta situación era absurda.

Pero no se rió.

—Me pregunto... —dijo. Pero no terminó la frase, sino que se llevó los dedos a los labios y miró fijamente a Fabian.

—¿Te preguntas qué?

—Bueno, quiero decir, no lo conozco, por supuesto, pero ¿crees que podría estar lidiando con algún tipo de trauma, tal vez?

—¿Trauma? —Fabián realmente no tenía ni idea—. No lo sé. Creo que podría tener algunos problemas de autoestima. O, como, problemas de ansiedad. No habla mucho, así que es difícil de decir.





—Ahora me siento mal por hablar de juguetes sexuales anoche. Carajo, fue muy insensible por mi parte.

Fabián frunció el ceño, recordando algo.

—No, no creo que eso le molestara. Tal vez le sorprendió, pero hablamos un poco más de esas cosas cuando íbamos a mi casa. Y me dijo antes que le gusta el sexo.

—Oh. Bueno, eso es bueno, entonces. Así que le gusta el sexo, le gustas, pero no le gusta el sexo contigo.

—Sí. Gracias por resumirlo.

Tomó un sorbo de café con leche, con la cara contraída por la concentración.

—Está asustado. —decidió.

—¿Asustado? ¿De qué? ¿De mí?

—No lo sé, pero es lo único que tiene sentido. Le gustas y no quiere arruinar las cosas.

De acuerdo, eso tenía mucho sentido. Cuanto más pensaba Fabian en eso, más obvio resultaba.

—No lo habría presionado para que hiciera algo con lo que no se sintiera cómodo.

—Lo sé. Pero él no *lo sabe*. Quizá no se sienta cómodo con *nada*.

Fabián lo consideró.

—Entonces, ¿qué debo hacer? ¿Olvidarme de él? Quiero decir, era estúpido de todos modos, ¿no?

Ella se cruzó de brazos.

—¿Quieres que te diga que es estúpido que te guste?





—Sí, por favor.

—Fabián, ese tipo es un puto encanto. Es lo opuesto a todos esos tontos con los que normalmente te acuestas.

—Sí, pero...

—Deberías haberlo visto cuando estabas en el escenario anoche. ¡Ojos de corazón! Estaba *embelesado*. Apuesto a que ha estado saliendo de su zona de confort sólo para poder pasar tiempo contigo.

¿Qué? ¿En serio?

—Sólo hemos salido como tres veces.

Levantó las manos.

—Mira, de nuevo, no lo conozco. Pero si tuviera que adivinar, diría que salir con alguien tres veces es una gran mierda para ese tipo.

Fabián cruzó los brazos sobre la mesa y enterró la cara en ellos.

—Soy un maldito imbécil.

—No, eres un ser humano. Uno muy bueno. Y Ryan también lo es.

—¿Qué hago ahora? Debería dejarlo en paz, ¿no? ¿Para siempre?

—¿Eso te haría feliz?

Fabian ni siquiera tuvo que pensarlo.

—No.

—Entonces acércate a él. Tranquilízate y no seas tan duro contigo mismo. Probablemente él también esté obsesionado con todo lo que cree que hizo mal anoche. Confía en mí, he pasado por eso. *Sabes* que lo he hecho.





Eso era cierto. En más de una ocasión se habían invertido sus papeles en este tipo de conversaciones.

—Entonces, ¿qué le debo decir?

Vanessa negó con la cabeza y tomó su bolso del respaldo de la silla.

—Uh-uh. No me pagan lo suficiente para eso. Si no puedes empezar una conversación básica con el tipo, estás condenado de todos modos.

—Te he comprado un café con leche. —señaló Fabián sin mucha fuerza.

—¡Adiós! Te quiero. Envíame un mensaje más tarde. Cuéntame cómo va.

Se marchó antes de que él pudiera dedicarle más tiempo, y Fabian sacó su teléfono. Se quedó mirando el nombre de Ryan en sus contactos durante mucho tiempo.

¿Qué quería exactamente Fabian? Había pasado felizmente más de trece años sin tener a Ryan Price en su vida, y podía volver a ser feliz sin él. Estas dos últimas semanas podrían ser sólo un incómodo bache en el camino, y Fabian podría acabar con él ahora mismo borrando la información de contacto de Ryan. Porque, ¿qué esperaba honestamente que sucediera? ¿Que él y Ryan empezaran a *salir*? ¿Convertirse en el novio de un jugador de la NHL?

La idea le hizo querer soltar una carcajada en medio del Starbucks. A sus padres *les encantaría*.

Mierda. Sus padres.

¿Qué pensarían si Fabián empezara a salir no sólo con un jugador de hockey, sino con uno que hubiera vivido con ellos? Estaba seguro de que se escandalizarían de que Ryan fuera gay, por ejemplo. Eso, definitivamente, no tendría cabida en sus cerebros. Por otro lado, podrían pensar que él y Fabian habían tonteado cuando eran niños, bajo su techo. Tal vez pensarían que Fabian había estado seduciendo en secreto a todos sus preciados jugadores de hockey internos.

Asqueroso. Como si fuera posible.

O tal vez *les gustaría que* su hijo saliera con un jugador de hockey. Tal vez podrían entenderlo por fin si todos compartieran un interés común. De alguna manera.





Vaya. Fabian se *estaba* adelantando a los acontecimientos. Tendría primero que ver si Ryan quería volver a hablar con él, y no preocuparse por llevar a Ryan a casa de mamá y papá.

Bien. Podía admitir que *realmente no quería* borrar la información de Ryan. La idea de no volver a hablar con él era sorprendentemente dolorosa. Incluso si Ryan nunca quisiera nada más allá de la amistad, Fabian lo aceptaría. Probablemente ese sería el mejor acuerdo para ellos de todos modos.

Después de un tiempo absurdamente largo, Fabián tecleó 'Hola' y pulsó "Enviar".

Bueno, ya estaba hecho. Perfecto. *Hola*. Completamente amigable y no amenazante.

El partido del martes por la noche había parecido más largo de lo normal, y probablemente se debía a que Ryan apenas había dormido la noche anterior. No había podido dejar de repasar todo lo que había sucedido entre él y Fabian.

No podía dejar de sentir los labios de Fabián sobre los suyos.

Había tomado la decisión correcta, irse. Eso era lo que había determinado después de una noche de agonía. Fabián se merecía algo mucho mejor que él. No podía explicar por qué los dos tenían una conexión tan fácil y natural, pero no importaba. Hasta donde él podía decir, Fabian tenía una conexión fácil y natural con todos, así que en realidad era sólo Ryan quien se beneficiaba aquí.

Le dio vueltas a estos pensamientos mientras tomaba una ducha innecesariamente larga en los vestuarios después del partido. La mayoría de sus compañeros de equipo habían estado hablando con entusiasmo sobre la próxima fiesta de Kent, y Ryan no había querido escuchar nada de eso. Estaba más tentado que nunca a quedarse en casa el viernes por la noche.

Al menos ya no tenía que sentirse mal por no haber ido a bailar con Fabian esa noche. Ryan había hecho un excelente trabajo destruyendo cualquier posibilidad de que Fabian aún quisiera que eso sucediera. Volvió la vida de siempre para Ryan: hockey, terapia, lectura y, cuando se sentía amoroso, *porno*.





Se puso una toalla alrededor de la cintura y salió de la ducha. La primera persona que vio fue Anders Nilsson, que iba elegantemente vestido como siempre. Esta noche llevaba unos elegantes pantalones oscuros, una camisa abotonada de color cobalto y una impecable gabardina marrón. ¿La gente *plancha* sus abrigos? Ryan no estaba seguro, pero no pudo ver ni una sola arruga o defecto en el traje de Nilsson.

Al igual que Ryan, Nilsson tenía una barba completa y llevaba el pelo un poco largo. A diferencia de Ryan, su pelo y su barba eran pulcros y estaban a la moda, lo que le hacía parecer más un suave modelo de moda europeo, y menos un hombre que había estado perdido en el mar durante un mes.

—¿Qué?

Ryan parpadeó. Había estado *mirando* a Anders. Y ahora Anders lo miraba con irritación, y posiblemente con asco.

—Lo siento. Mi mente estaba divagando, —murmuró Ryan.

Ryan se apresuró a ir a su puesto y comenzó a vestirse. Se preguntó dónde se había cortado el pelo Nilsson. ¿Debería preguntar? La situación del cabello y la barba de Ryan estaba definitivamente fuera de control; no podía recordar la última vez que había hecho algo más que recortar su barba en casa.

No era el tipo adecuado para Fabian, pero, carajo, tal vez podría ser el tipo adecuado para *alguien*. No podía precisar el momento en el que había renunciado por completo a sí mismo, pero echaba de menos pensar que podría ser alguien con quien valiera la pena hablar. Digno de ser tocado.

Ryan tomó la decisión de buscar peluquerías en su barrio. Tal vez podría conseguir una cita para mañana. Estaba seguro de que todo tenía que ver con el hecho de que Fabian lo hubiera estudiado tan de cerca la noche anterior, pero de repente se sentía tan avergonzado por su aspecto que necesitaba hacer algo al respecto inmediatamente.

Cuando se puso el abrigo, sacó el teléfono del bolsillo. Lo había tenido apagado todo el día, porque no había querido hablar con nadie, y no había querido caer en la tentación de enviarle un mensaje a Fabián. Pero ahora quería buscar peluquerías en Google. Sin embargo, cuando encendió el teléfono, vio una notificación de mensaje de texto. De Fabián.





'Hola'.

—Hey Pricey —Wyatt se deslizó en el asiento junto a él—. ¿Qué vas a hacer el jueves?

—¿Jugar un partido de hockey?

—Lo sé. Antes de eso, quiero decir.

—Uh —Ryan volvió a mirar su teléfono. *Hola*—. No lo sé todavía.

—Ven al centro conmigo. Vamos a jugar al hockey sobre césped. Sólo durante una o dos horas por la tarde, como después del colegio. Saldremos antes de tener que estar en el estadio.

Ryan podía oír a Colleen gritando en su cabeza. *Di que sí*. Podía imaginar la sonrisa de aprobación de su terapeuta.

—Claro. De acuerdo.

—¡Grandioso! Te recogeré a la una. Te van a encantar estos chicos.

A Ryan le gustaban los niños. Todavía no estaba seguro de por qué los niños querían pasar tiempo con *él*, pero ciertamente estaba dispuesto a ayudar a una buena causa de cualquier manera que pudiera.

Wyatt le dio un amistoso golpe en el brazo y se fue. Ryan volvió a prestar atención a su teléfono. Se dio cuenta de que el mensaje de Fabian había sido enviado hacía horas. Oh, Dios, probablemente pensó que Ryan lo estaba ignorando.

Finalmente, Ryan respondió 'Hola'.

Esperó un minuto. Al no recibir respuesta, Ryan volvió a su plan original de buscar barberías en el Village. Si iba a pasar el rato con niños, lo menos que podía hacer era parecer un poco menos aterrador.





Hablar con Vanessa y enviar un mensaje a Ryan había despejado la mente de Fabian lo suficiente como para poder dedicarse a la música durante el resto del día, y hasta bien entrada la noche. Le molestaba que sus amigos lo acusaran de entrar en modo ermitaño cuando trabajaba en su música a veces, pero definitivamente era habitual que perdiera muchas horas cuando estaba en la zona.

Esta vez, cuando por fin se despertó, el estómago de Fabián gruñía con furia. Agarró el teléfono y se sorprendió al ver que eran casi las nueve de la noche. No hubo respuesta de Ryan.

Preparó unos tortellini con salsa marinera de bote para su cena. Sus ojos no dejaban de mirar su teléfono, esperando una respuesta. No llegó ninguna.

No fue hasta la medianoche, cuando Fabián se acomodó en su cama con grandes planes de desplazarse por Instagram durante un rato, que vio la respuesta de Ryan.

'Hola'.

Se había enviado hace más de una hora. Oops.

Fabián: ¡Hola!

De acuerdo, no estaba avanzando exactamente la trama, pero necesitaba hacer una conexión real. Finalmente consiguió una un momento después cuando Ryan escribió: 'Lo siento. Tuve mi teléfono apagado todo el día. Luego un juego por la noche'.

Juego. Sí. Ese es el tipo de cosas que Fabian podría haber buscado.

Fabian: ¿Ganaste?

Ryan: No.

Fabián: La próxima vez.

Ryan: Sí.

Fabian esperó a que aparecieran puntos, pero parecía que Ryan había terminado de hablar. Entonces Fabian escribió, 'Sigo pensando en lo de anoche'.

Se encogió. ¿Era eso tal vez *demasiado* honesto?





Pero Ryan respondió: 'Yo también'.

Fabian exhaló. *Gracias a Dios*. 'No me gusta como dejamos las cosas'.

Ryan: A mí tampoco.

Fabián sonrió. '¿Podemos reunirnos algún día? Mañana trabajo por la noche'.

Ryan: Tengo un partido la noche siguiente. También estoy ocupado ambos días.

Fabián: Y la fiesta es el viernes, ¿no?

Ryan: Sí. ¿La tuya también?

Fabian no había esperado *realmente* que Ryan saliera a bailar con ellos el viernes por la noche, pero odiaba saber que definitivamente no lo haría. Le encantaría ver cómo era Ryan cuando se soltara un poco.

Fabián: Sí. ¿Qué tal el sábado?

Ryan: De acuerdo.

Fabian: Sábado por la tarde. Estaré con resaca.

Ryan: haha ok.

Fabian: ¿Has marcado algún gol esta noche?

Ryan: No. Eso sólo ocurre cuando estás mirando.

Añadió un emoji de cara de guiño, que a Fabian le pareció encantador. Le gustaba el Ryan coqueto y quería ver mucho más de él.

Fabián: Solo estás intentando que vea el hockey. No va a funcionar.

Ryan: Lo sé.





Fabián: Buenas noches, Ryan Price.

Ryan: Buenas noches.





Capítulo 14

—Mierda. ¿Quién carajos eres tú?

Wyatt hizo un alarde de quitarse los lentes de sol mientras Ryan subía al asiento del pasajero de su Range Rover.

—No hay ninguna posibilidad de que no vayas a hacer una gran cosa de esto, ¿verdad? —refunfuñó Ryan.

—¿Qué? ¿Sobre el hecho de que de repente pareces el Capitán América con barba en lugar de, por ejemplo, el padre de *Cómo entrenar a tu dragón*?

Ryan puso los ojos en blanco, pero en secreto agradeció el ridículo cumplido.

—Me he recortado un poco.

—Eso no es un pequeño recorte. Eso es como un cambio de imagen de reality show completo. ¡Podrías haberme advertido!

—Es sólo un corte de pelo. Déjalo.

Wyatt parecía tener algo más que decir, pero se limitó a volver a ponerse los lentes de sol y a apartarse de la acera. Ryan miró furtivamente su reflejo en el espejo lateral y tuvo que admitirlo: se veía bien. El estilista, Guillaume, le había hablado extensamente de la importancia del producto. El chico de pueblo que había en Ryan sospechó que Guillaume intentaba venderle un montón de cosas caras que no necesitaba, pero la parte de él que quería quizá presentarse como un hombre sofisticado y metropolitano con estilo decidió seguir los consejos del estilista. Todos ellos.

Y así, Ryan había gastado más de lo que había gastado en su vida en un corte de pelo, y había salido de la peluquería con una bolsa llena de productos para el pelo y la barba. Incluso le habían convencido para que comprara un cepillo nuevo (de precio absurdo) porque, al parecer, había una diferencia entre los cepillos. A Guillaume *no le* gustó que Ryan le dijera que solía comprar cepillos en la tienda de dólar.





Así que ahora Ryan tenía una barba ordenada y ligeramente aceitada que olía a avellana, y un pelo que no era lo suficientemente largo como para atarlo. Además, el pelo tenía una crema extravagante que hacía que pareciese cuidadosamente peinado en lugar de estar tirado sobre la cabeza.

No pudo evitar preguntarse qué pensaría Fabián.

—No puedes dejar de mirarte. —se burló Wyatt.

Ryan apartó la mirada del espejo.

—Es raro, eso es todo. Todavía no me he acostumbrado.

—¿Tienes un hombre al que puedas invitar a la fiesta de Kent mañana por la noche?

Ryan casi se atragantó.

—¿Invitarías a un hombre a la fiesta de Kent? ¿Si fueras yo?

Wyatt sonrió.

—¿Si hace que Kent se sienta incómodo? Joder, sí, lo haría.

—Sin embargo, eso no sería justo para tu cita. —señaló Ryan.

Él *nunca* utilizaría a alguien así. Y aunque tuviera un novio, no lo sometería a la fiesta de cumpleaños de Dallas Kent.

—Iré solo. Y me saldré de ahí lo antes posible.

—¡Ese es el espíritu!

Cuando llegaron al centro comunitario, Wyatt sacó una bolsa de lona de su maletero y la llevó al edificio.

—El botín de los Guardians. —explicó.





Los recibió una mujer agotada y de aspecto agradecido, de la mitad de la altura de Ryan, con lentes y pelo castaño canoso.

—Hola, Anne —dijo Wyatt alegremente—. ¿Te están dando un infierno?

—Me alegro de que esten aquí —Se volvió hacia Ryan y le tendió la mano—. Encantada de conocerte. Soy Anne.

—¿Con una *E*?

Ryan no pudo evitar preguntar. Quizá había leído demasiadas veces *Ana de las Tejas Verdes*.

—¡Con una *E*! ¡Así es! —Ella le sonrió.

—Soy Ryan. —Le soltó la mano y esperó instrucciones.

—Tengo que hacer algunas llamadas, pero ya sabes dónde ir, Wyatt. Hoy está todo lleno, así que buena suerte.

—Está bien, he traído refuerzos —bromeó Wyatt, asintiendo a Ryan—. Vamos a conocer a los niños.

Wyatt condujo a Ryan a un gran gimnasio, que parecía ocupar la mayor parte del edificio. Había algunas redes de baloncesto de aspecto tosco en cada extremo, un par de redes de hockey en cada extremo del lado corto de la sala. También había unos quince niños en la sala, corriendo en todas direcciones y gritando. Un par de chicos estaban pateando pelotas de goma tan fuerte como podían sin prestar atención a dónde iban, o a quién o qué iban a golpear. Era un caos.

—¡Hey! —Wyatt gritó—. Hay celebridades en la sala, ¡así que estén atentos!

Una niña que parecía tener unos doce años arrugó la cara.

—¿Celebridades?

Wyatt fingió estar ofendido, lo que la hizo reír.

—¿Quién puede decirme quién es este tipo? —preguntó.





—Es Ryan Price. —dijo tímidamente otra chica.

Wyatt la señaló.

—Sabía *que* lo entenderías, Nicole. Así es, este es Ryan Price. Juega para los Guardians conmigo.

—Él no juega *contigo* —dijo con una sonrisa uno de los chicos que había estado dando patadas a los balones esquivos—. *Él* juega y *tú* te sientas en el banquillo.

Ryan se rió. Estos chicos ya le caían bien.

—Ajá —dijo Wyatt con rotundidad—. Bueno, prepárate para hoy, Xander. No voy a ser fácil para ti.

Wyatt los dividió rápidamente en dos equipos aparentemente aleatorios y pidió a una de las chicas mayores que sacara el equipo de hockey sobre césped de un almacén. El equipo consistía en un puñado de palos, un par de pelotas de goma blanda y un equipo de portero de hockey sobre césped sorprendentemente bonito. Ryan sospechaba que Wyatt era el responsable de esa donación.

Wyatt se puso uno de los conjuntos, y la chica que había traído el equipo se puso el otro. Ryan agarró uno de los palos, que eran demasiado cortos para él. Se dio cuenta de que no había guantes. Deberían tener guantes. Tal vez podría comprar un montón de guantes y donarlos.

—¿En qué equipo estoy? —preguntó Ryan.

—El equipo en el que no esté Xander. —dijo Wyatt en voz alta. Xander abucheó.

Jugaron durante una hora, y a Ryan le encantó cada segundo. Le hizo recordar cuando era un niño y jugaba al hockey durante horas con los otros niños de Ross Harbour en la pista de patinaje que había hecho su padre. En ese tiempo le gustaba mucho el juego, y la fuerza de lo mucho que había cambiado golpeó a Ryan con fuerza mientras bromeaba con estos niños.

También fue agradable ser el mejor jugador del partido para variar.

Ryan cambió de equipo varias veces, porque era justo. Se divertía pegando tiros a Wyatt, que le ganaba la mayoría de las veces. En cualquier caso, ambos se reían mucho.





Cuando llegó la hora de irse, Anne se acercó para ayudar a Wyatt a distribuir la mercancía de los Guardians que había traído. La mayoría eran gorras y discos, que Ryan y Wyatt dedicaron a firmar.

—Muchas gracias por venir —dijo Anne a Ryan mientras firmaba el último de los discos—. A los niños les encanta que los visiten.

—Me divertí —dijo Ryan—. Estaré encantado de volver. Y si hay algo que necesites...

Se rió. —*Lo necesitamos todo*. Pero si quieres difundir cómo donarnos, siempre te lo agradeceré.

—¿Estás listo para irnos? —preguntó Wyatt. Llevaba en la mano la bolsa de lona vacía y hecha un ovillo.

—Sí. De acuerdo.

—¿Crees que podría ir contigo la próxima vez? —preguntó Ryan cuando salían del aparcamiento.

Wyatt parecía encantado.

—¡Absolutamente! ¿Así que te han gustado los niños? Son geniales, ¿verdad?

Ryan sonrió.

—Me han gustado.

La casa de Dallas Kent era exactamente lo que Ryan esperaba que fuera: enorme, ostentosa y estúpida. Definitivamente reflejaba la personalidad de su dueño.





Ryan había conducido a regañadientes hasta Kleinburg²⁶ para asistir a la fiesta de cumpleaños de Kent, con la esperanza de que se tratara de un evento relajado en el que sólo participaran sus compañeros de equipo y sus parejas. Se sintió consternado al comprobar que, a pesar del ridículo tamaño de la mansión de Kent, estaba incómodamente abarrotada de gente. La mayoría de la gente eran mujeres jóvenes que Ryan no reconocía. De hecho, no vio a muchas de las esposas y novias de sus compañeros de equipo presentes.

—Kent vive aquí solo, ¿no? —preguntó Ryan. Pasó distraídamente el dedo por las teclas de un piano de cola que, por alguna razón, tenía Kent.

—Bueno —dijo Wyatt—. No creo que pase muchas noches aquí *solo*.

Asqueroso.

Ryan no iba a fingir que tenía el mejor ojo para el diseño y la decoración, pero la casa de Kent parecía haber sido decorada por un equipo de chicos de fraternidad a los que se les había dado un millón de dólares a cada uno y se les había dicho que lo gastaran en "cosas de ricos". El resultado era un horrible desorden de televisores gigantes, estatuas y fuentes de mármol, fotografías enmarcadas en blanco y negro de "buen gusto" de mujeres desnudas, sofás de cuero y, sí, un piano de cola. Ryan sólo había visto unas pocas habitaciones, pero por lo que pudo ver, todas las lámparas eran candelabros.

—Supongo que el sótano es el verdadero lugar de la fiesta —dijo Wyatt—. Allí abajo han tenido lugar legendarios partidos de beer pong²⁷. He oído las historias.

—Genial —Ryan tomó un sorbo de su cerveza—. ¿Algunas de estas chicas no te parecen un poco jóvenes?

—Todo el mundo me parece un poco joven estos días. Pero sí.

—¿De dónde vienen?

²⁶ Kleinburg es un pueblo no incorporado en la ciudad de Vaughan , Ontario , Canadá.

²⁷ El Beer pong es un juego de origen norteamericano. La regla del Beer Pong es sencilla: los jugadores deben encestar la pelota de ping-pong en el vaso del oponente, el cual está lleno de cerveza. Si atinan el tiro, el oponente debe beber el líquido de dicho vaso y retirarlo de la mesa. El equipo ganador es el que encesta en todos los vasos del oponente.





Wyatt se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Kent siempre se las arregla para rodearse de mujeres. El tipo está obsesionado.

Wyatt lo dijo a la ligera, pero Ryan había notado que Kent parecía tener una fijación malsana con las mujeres. Y en lo que podía conseguir que hicieran esas mujeres. Ryan había jugado con muchos tipos que hablaban de las mujeres de manera que le ponían la piel de gallina, pero Kent era muy posiblemente el peor de ellos.

—Parece que estás esperando que el hombre de tus sueños aparezca en esta fiesta. —dijo Wyatt con una sonrisa.

—¿Qué?

—Te ves con estilo. La ropa ajustada y sexy, quiero decir. Te queda bien.

—Como sea. —dijo Ryan, pero sintió que sus mejillas se calentaban.

La verdad es que se había esforzado bastante en su aspecto esta noche. Había usado su producto para el cabello y se había untado aceite en la barba, según las instrucciones de Guillaume. Y se había puesto un conjunto que había comprado con la intención de llevarlo a un club gay la próxima vez que se decidiera a ir a uno: unos jeans de color carbón que tenían algo de elasticidad en la tela, de modo que abrazaban el importante bulto de sus muslos y su culo, y una camisa negra de manga corta abotonada que se tensaba alrededor de sus bíceps y a través de sus pectorales. El conjunto era mucho más revelador que las camisas sueltas y los vaqueros de corte recto que llevaba normalmente.

Ryan no estaba seguro de qué le había llevado a vestirse fuera de su zona de confort esta noche. Sus compañeros de equipo lo habían molestado un poco por su cambio de imagen cuando lo vieron por primera vez antes del partido de anoche. Ahora volvían a ignorarlo casi por completo.

—Houde acaba de enviarme un mensaje —Wyatt levantó su teléfono—. Hay una partida de póker que empieza abajo. ¿Quieres participar?

—No, gracias. Me voy a quedar aquí arriba, creo.





—Por el amor de Dios. Esto es como la fiesta de Halloween de nuevo. ¡Ni siquiera te pusiste un disfraz para eso!

—Llevé un disfraz —protestó Ryan—. Fui un vaquero.

—Sí, pero cuando todo tu disfraz es un sombrero, y luego dejas ese sombrero en una silla toda la noche, no es un disfraz —Wyatt le dio una palmada en el hombro—. No te diviertas demasiado, Pricey.

Se abrió paso entre la multitud hacia la puerta que conducía al sótano. Ryan vio un asiento vacío y se dirigió rápidamente a sentarse. No llevaba ni un minuto sentado cuando una joven se dejó caer en el asiento de al lado.

—Hola.

La mujer era muy bonita. Tenía el pelo rubio ondulado y enormes ojos azules, y Ryan no tenía ni idea de quién era.

—Hola. —respondió. No se le ocurrió nada más que decir, así que tomó un sorbo de cerveza y miró hacia otro lado.

Ella se quedó sentada, sin hablar, y él se preguntó si esperaba que él coqueteara con ella o algo así. Había elegido al tipo equivocado. Gay o no, Ryan no podía coquetear con nadie.

Al final, la mujer, que estaba seguro de que era perfectamente amable, se dio por vencida y se marchó. Ryan se encogió interiormente por lo maleducado que debía parecer. Deseó poder llevar un cartel que dijera "*Lo siento. Se me da fatal socializar. Por favor, no te lo tomes como algo personal*".

De hecho, ¿por qué estaba Ryan aquí? No quería beber más. No quería entablar conversación con la gente. No quería desviar suavemente a las pobres mujeres que intentaban coquetear con él. No quería jugar al póker, y definitivamente no quería ver el legendario sótano de fiestas de Dallas Kent.

Quería bailar con Fabian. Quería celebrar el cumpleaños de Tarek, a quien Ryan apenas conocía. Pero *quería* conocerlo. Quería conocer a todos los amigos de Fabian.





Miró su teléfono. Eran casi las once y media. Probablemente Ryan tardaría una hora en conducir de vuelta al Village, lo que probablemente le dejaría mucho tiempo para pasar el rato en el club con personas cuya compañía realmente disfrutaba. En un lugar donde pudiera ser *él mismo*.

O, mejor aún, ser quien *quería* ser.





Capítulo 15

Fabián no tenía ganas de bailar.

Llevaba semanas esperando esta noche, y ahora que estaba en medio de una discoteca ruidosa y palpitante, repleta de gente guapa, se *aburría*.

Él y sus amigos llevaban más de dos horas en Force. Marcus y Tarek hacía tiempo que se habían ido, perdidos entre la multitud de cuerpos en la pista de baile. Vanessa había estado pasando el rato con Fabian en la mesa alta que él había conseguido, pero había ido al baño hacía un rato y no había vuelto. Fabián no estaba preocupado por ella; era el clásico comportamiento de Vanessa. Lo más probable es que se haya encontrado con alguien conocido. O con quince personas que conocía. Vanessa conocía a todo el mundo.

Fabian utilizó su pajita para pinchar los cubitos de hielo casi derretidos que quedaban en su vaso de gin-tonic. Ya había rechazado amablemente a tres hombres diferentes que se le habían acercado. No le sorprendió: estaba solo y tenía un aspecto jodidamente fantástico. Llevaba una camiseta blanca de encaje, que había metido sin apretar dentro de sus jeans negros, de modo que sobresalía ligeramente de su esbelto torso. Se había gastado el kit de maquillaje Moonchild Glow de Anastasia Beverly Hills, y ahora su cara era una obra maestra de lavanda, rosa y plata metálicos.

Pero, ¿para quién era todo esto? ¿Podría admitirse a sí mismo que sólo había una persona con la que realmente quería bailar? Que lo admirara. Que lo tocara.

Oh, Fabián. ¿Qué te has hecho?

Pensó en pedir otra copa, pero no le apetecía. Quería irse. ¿Sería descortés si se fuera? Por supuesto, enviaría un mensaje de texto a sus amigos. Podría decir que le dolía la cabeza o algo así. No es que fuera *temprano*; era casi la una.

En su visión periférica, Fabián vio que alguien se acercaba a la mesa. Se giró, con la boca ya formando el principio de su despido de disculpa, cuando vio de quién se trataba.

—Ryan.

—Hola. Genial. Estás aquí.





Fabian parpadeó, atónito.

—Tú también —*Dios, se veía increíble*—. Te has cortado el pelo.

—Sí —Ryan se pasó una mano por encima, nervioso—. Me arreglé un poco.

—Oh.

Fabian sabía que debía decir algo más, pero su cerebro estaba congelado. Su mirada recorrió un circuito desde el nuevo y elegante corte de pelo y la recortada barba de Ryan, hasta el cuello abierto de su camisa, y luego a la tela que se ceñía a su pecho y brazos. Debajo estaba la tela vaquera que luchaba por contener los enormes muslos de Ryan. Fabian nunca había visto unos jeans tan ajustados en él, y estaba como hipnotizado por el bulto de su paquete.

Cuando su mirada se dirigió de nuevo al rostro de Ryan, pudo ver lo mucho que éste apreciaba también el atuendo de Fabian.

—No pensé que fueras a venir. —dijo finalmente Fabián.

—¿Qué?

Se inclinó, y Ryan se agachó hasta que su oreja se encontró con los labios de Fabian.

—No pensé que fueras a venir.

—Oh —Se levantó de nuevo—. Cambié de opinión.

Fabian sonrió, sin poder ocultar su alegría. Quería saber qué era exactamente lo que había hecho cambiar de opinión a Ryan, pero había demasiado ruido en el club para mantener esa conversación. Y además, había cosas mejores que podrían estar haciendo ahora mismo.

—¿Te gustaría bailar?

Ryan le sonrió y asintió. —Sí. Vamos.

Fabian tomó la mano de Ryan, luego se dio la vuelta y lo condujo a la pista de baile. No recordaba haberse sentido tan mareado en su vida.





La pista estaba abarrotada y Ryan tenía un tamaño considerable, así que se mantuvieron cerca de un lado en lugar de intentar empujar hacia el centro. Fabian tampoco estaba seguro de qué cómodo que se sentía Ryan con la gente presionando contra él. Cuando encontró un lugar razonablemente espacioso en el suelo, se giró y le dedicó a Ryan una sonrisa tranquilizadora.

Ryan le devolvió la sonrisa, pero seguía sin saber qué hacer a continuación. Fabian supuso que sería él quien dirigiera este baile, así que dejó que su cuerpo encontrara el ritmo del machacante remix de Robyn. Ryan trató de moverse con él, y se sintió definitivamente incómodo. Sus ojos se movían de un lado a otro, como si buscara gente que lo juzgara.

Fabian se levantó y puso una mano en el lado de su cara, dirigiendo su mirada hacia abajo. Era demasiado fuerte para hablar, así que se limitó a señalar su propia cara. *Concéntrate en mí.*

Ryan asintió levemente, y Fabian dejó que su mano se deslizara desde su mejilla, bajando por el lado de su cuello, hasta llegar a su pecho. Finalmente se posó en la cadera de Ryan, y Fabian se acercó hasta que la hebilla del cinturón de Ryan chocó contra las costillas de Fabian. Cuando estuvo seguro de que tenía toda la atención de Ryan, Fabian cerró los ojos y se dejó llevar.

Bailar siempre había sido algo natural para él. La música le hablaba claramente y su cuerpo sabía exactamente cómo responder. Giró las caderas seductoramente y levantó el brazo libre por encima de la cabeza, dejando que sus dedos jugaran con la música. Ryan estaba rígido contra él, así que Fabian se apartó un poco para darle una mejor visión.

Cuando volvió a abrir los ojos, Ryan tenía una amplia y encantada sonrisa en la cara. No estaba *bailando* exactamente, pero su cuerpo se movía un poco. Fabian puso una mano en el cuello de Ryan y lo bajó para que Fabian pudiera hablarle al oído.

—¿Te estás riendo de mí?

Ryan negó con la cabeza, luego la inclinó para poder responder.

—No. Es que me encanta verte bailar.

Su aliento hizo cosquillas en la oreja de Fabian cuando habló, y un cosquilleo recorrió el cuerpo de Fabian. Colocó un brazo perezosamente sobre el hombro de Ryan y volvió a poner la otra mano en la cadera de éste. Ryan iba a bailar *con* él, maldita sea.





A mitad de la siguiente canción, Ryan se había relajado lo suficiente como para seguir el movimiento de las caderas de Fabian mientras se sumergían y molían. Fabian intentaba activamente no bajarlo hacia él, pero era un desafío porque sus muslos en forma de tronco de árbol estaban justo *ahí* y los botones de su camisa parecían que iban a abrirse en cualquier momento.

Inspirado por ese pensamiento, Fabian arrastró un dedo hasta el botón superior abrochado y lo abrió con destreza. Miró la cara de Ryan para ver su reacción. Sus labios estaban entreabiertos, posiblemente en estado de shock, pero sus ojos eran puro deseo. Dio un asentimiento apenas perceptible, y Fabian abrió el siguiente botón. Luego el siguiente.

Llevaba una camiseta negra sin mangas debajo de la camisa, lo que no sorprendió a Fabian, pero sí se sintió algo decepcionado. Aunque la camiseta no disimulaba en absoluto el hecho de que Ryan era *un hombre fuerte*. Sus pectorales eran enormes y definidos, e incluso a través de la tela Fabian podía ver que había una cantidad considerable de pelo en el pecho que los cubría.

Las gigantescas manos de Ryan agarraron a Fabian alrededor de su caja torácica, manteniéndolo en su sitio hasta que abrió todos los botones. Cuando terminó, Fabian rodeó los hombros de Ryan con sus brazos y empujó la camisa abierta de Ryan hasta que las mangas se deslizaron por sus hombros y le inmovilizó los brazos a los lados.

Fabian se inclinó y presionó su boca -abierta y húmeda y hambrienta- contra el pectoral izquierdo de Ryan. Se dio cuenta, después de haber dejado una mancha de humedad en la camiseta de Ryan, que esto podría ser un poco atrevido.

A Ryan no parecía importarle. Miraba a Fabian con una intensidad que hacía que Fabian quisiera arrodillarse en medio de la multitud. El bulto en los jeans de Ryan había crecido significativamente, y estaba empujando el estómago de Fabian cada vez que Ryan movía sus caderas en su dirección.

Fabian lo miró fijamente, tratando de igualar la intensidad de Ryan. Luego se inclinó de nuevo y apretó otro beso con la boca abierta en el pico distintivo del pezón izquierdo de Ryan.

La cabeza de Ryan cayó hacia atrás, y su pulgar rozó el piercing del pezón de Fabian. Fabian aspiró y mordió suavemente el pecho de Ryan. Casi no cedía bajo sus dientes.





Fabian quería ver mucho más de este ridículo cuerpo, pero por ahora podían divertirse. Como si hubiera leído su mente, el DJ hizo una transición a un remix de "Get Me Bodied"²⁸ de Beyoncé. Fabian saltó de emoción, lo que hizo reír a Ryan. Se quitó por completo la camisa abotonada, haciéndola bola en su puño cuando finalmente se soltó y empezó a bailar de verdad.

Era muy *bueno en eso*. Fabian no debería haberse sorprendido, después de todo Ryan era un atleta, pero era maravilloso verlo. Sus ojos brillaban con una alegría descarada al ver a Fabian sumergirse y girar en movimientos ridículos y exagerados que estaban diseñados para divertirlo.

Cuando Ryan sincronizó los primeros versos del estribillo, con un movimiento exagerado de limpiarse el sudor de la frente con su camisa desechada durante la línea *A little sweat ain't never hurt nobody* (*Un poco de sudor no hace daño a nadie*), Fabian gritó de risa. Ryan le devolvió la sonrisa, y Fabian lo deseó tan desesperadamente en ese momento.

Un brazo cruzó a Fabian por detrás, y una voz familiar dijo:

—Ustedes dos se ven muy calientes juntos.

Fabian giró la cabeza para encontrar la cara de Marcus justo al lado de la suya. Sonrió y besó la mejilla de Marcus.

—¿Dónde está Tarek?

—Unos encantadores caballeros le están comprando chupitos de cumpleaños.

—Uh-oh.

—Mm. Vanessa y yo encontramos una mesa ahí —Marcus señaló una mesa con sillas reales cerca de la parte alta en la que Fabian había estado de pie—. Vengan a buscarnos, si no están muy ocupados.

Se fue con una descarada mirada de soslayo a Ryan.

Fabian y Ryan permanecieron en la pista de baile durante un par de canciones más, y luego Fabian lo arrastró hacia la mesa de Vanessa y Marcus. En cuanto Vanessa vio a Ryan, se tapó la boca con las manos.

²⁸ <https://youtu.be/WNCC7tlcChY>





—Te acuerdas de Ryan. —dijo Fabian con indiferencia cuando se sentaron en los dos asientos restantes.

—¡Oh, *Dios mío!* ¡Te ves tan *bien!* ¡Y estás aquí! Pensé que estabas en otra fiesta.

—Me fui temprano —dijo Ryan simplemente.

—Buena elección.

—¿Me está sudando el maquillaje de la cara? —preguntó Fabián—. Probablemente sea un desastre, ¿verdad?

Marcus negó con la cabeza.

—Estás impecable como siempre. Deja de pescar²⁹.

—Tienes buen aspecto. —confirmó Ryan.

Llevaba esa adorable sonrisa tímida que a Fabian le encantaba. Fabian se alegró de que llevara maquillaje porque estaba seguro de que se estaba sonrojando.

—Son tan jodidamente lindos los dos —dijo Vanessa—. ¡Oh! ¡Aquí está el chico del cumpleaños!

Tarek se acercó, e incluso desde la distancia Fabian pudo darse cuenta de que estaba bastante achispado. Su camiseta ajustada se le había amontonado bajo las costillas, dejando al descubierto su estómago, su pelo parecía haber sido despeinado por alguien, y Fabián trató de recordar si Tarek había llevado antes sus lentes. Esperaba que no, porque ya no los llevaba ahora.

—Heyyyyy —dijo Tarek cuando llegó a ellos. Se desplomó sobre el respaldo de la silla de Marcus, dejando caer los brazos alrededor de sus hombros—. Tener treinta años es increíble.

—Claro que sí. —dijo Vanessa.

²⁹ Está relacionada a la frase original 'Stop fishing for compliments' (Deja de pescar cumplidos) Esta frase generalmente se aplica a personas que pretenden ser modestos, pero es realidad están buscando que los elogien.





—Oh, hola, es ese tipo —dijo Tarek, señalando a Ryan—. ¿Están juntos ahora?

Fabián puso una cara que intentaba decir en silencio *Cállate la boca, idiota descuidado*, pero no pareció funcionar porque Tarek siguió hablando.

—Estoy tan feliz por ustedes. Fabián está como obsesionado contigo. ¿Cuál era tu nombre?

—Uh, Ryan.

—Ryan. Sí, claro. Bien por ti, hombre.

Oh, Dios. Esto era un desastre. Fabian se inclinó hacia Ryan.

—Lo siento mucho por él.

Ryan hizo un gesto de rechazo.

—Está bien. Está borracho —Se cubrió la boca con el dorso de la mano y bostezó—. Debe ser tarde. —dijo, parpadeando.

—Mm.

—Podría, um, acompañarte a casa. ¿Si te vas pronto?

—*Podrías* —aceptó Fabián—. O...

Ryan se inclinó más cerca.

—¿O?

—Podría yo *acompañarte* a casa. Creo que tu casa está más cerca, ¿no?

Mantuvo su mirada fija en la de Ryan, asegurándose de que entendiera el mensaje.

—Sí —dijo Ryan—. Lo está. Vamos.

Ambos se pusieron de pie, y Vanessa, por supuesto, tuvo algo que decir al respecto.





—¿Se van? ¿Los dos? ¿Juntos?

Fabian entrecerró los ojos hacia ella.

—Sí. Muy bien...

Marcus se unió.

—Espera. ¿Se van los dos a la vez? Eso es raro.

—Te juro por Dios, Marcus...

Fabian esperaba un comentario de Tarek, pero éste se había acercado a un hombre sin camisa con un gigantesco tatuaje en la espalda. El hombre parecía tener toda su atención.

Fabian se despidió de sus terribles amigos con un abrazo y salió del club lo más rápido posible. Después de haber recuperado sus chaquetas del guardarropa, Ryan y Fabian se quedaron juntos en la acera. Fabian no estaba seguro de Ryan, pero de repente se sintió abrumado por lo que aparentemente habían planeado.

—¿Dónde fue la fiesta en la que estuviste? —preguntó, queriendo aliviar parte de la tensión.

—Kleinburg.

—Mierda. Eso está lejos. Y rico.

Ryan se rió.

—Sí. Conduje hasta aquí tan rápido como pude, aparqué en mi garaje y básicamente troté hasta el club.

—Impaciente. —se burló Fabián.

—Lo estaba. —dijo Ryan, y no estaba bromeando en absoluto. La seriedad de su voz hizo que el corazón de Fabian tartamudeara.





—Bueno, entonces —dijo sin aliento—, hagamos que valga la pena todo ese esfuerzo.

Una vez más, Fabian se debatía entre querer preguntar qué había hecho que Ryan cambiara de opinión acerca de participar en una diversión sexy, y querer guardarse sus preguntas para no destruir inadvertidamente la posibilidad de una diversión sexy.

Caminaron en silencio por un minuto y luego Ryan puso una mano en el hombro de Fabian y lo hizo girar suavemente. Fabian ni siquiera tuvo tiempo de sorprenderse cuando Ryan juntó sus bocas.

No era nada parecido al tímido beso que habían compartido en la cama de Fabian el lunes por la noche. Este era hambriento y posesivo. Ryan lo estaba *devorando*, y Fabian trató de devolverlo pero sus rodillas se estaban debilitando y realmente no necesitaba *aumentar* su diferencia de altura. Tal como estaba, las rodillas de Ryan estaban tan dobladas que bien podría estar arrodillado en la acera.

Jesús, estaban en la acera. A lo lejos, Fabian podía oír silbidos y a la gente que gritaban cosas con insistencia, pero no le importaba. No le importaba nada más que la cálida y maravillosa boca de Ryan en la suya.

—Lo siento —dijo Ryan cuando se separaron—. He querido hacerlo desde que te vi esta noche.

Fabian corría el riesgo de desmayarse. Desmayarse de verdad. Las preguntas podrían hacerse más tarde. Definitivamente era el momento de la diversión sexy.

—Está bien —dijo él con voz ronca—. He querido hacer muchas cosas desde que te vi por primera vez.

—¿Ah sí?

Fabian chupó ligeramente su propio labio inferior, saboreando el persistente sabor del beso de Ryan.

—Mm. Sí. Llévame a casa, Ryan Price.





Capítulo 16

Ryan abrió la puerta de su apartamento.

—Realmente no he hecho mucho con el lugar.

Los nervios habían vuelto a aparecer durante el paseo, una vez que se había quitado de encima la necesidad imperiosa de besar a Fabián. Ahora que habían llegado a casa, no tenía ni idea de qué hacer a continuación.

—Wow —dijo Fabián, pasando por delante de él hacia la sala de estar—. Nunca he estado en uno de estos edificios.

—No pude permitirme una unidad que diera a la Torre CN³⁰, pero sigo teniendo una buena vista, creo.

Fabian resopló. —Mi apartamento tiene vistas a un callejón donde a los mapaches les gusta follar. Hay una razón por la que mantengo mis cortinas cerradas.

Ryan se rió, pero le preocupaba que su apartamento incomodara a Fabian. Comparado con la estúpida mansión de Dallas Kent no parecía excesivamente ostentoso, pero aun así le había costado bastante.

Fabian se quitó el abrigo y lo colocó sobre el respaldo del sofá de Ryan. Ryan se sintió extrañamente conmovido por la facilidad con que Fabian lo hizo, como si estuviera en su propia casa.

Ryan colgó su propio abrigo en el armario y se quitó los zapatos. Fabian se dio cuenta de que lo hacía y pareció avergonzado.

—Mierda. Lo siento. Soy un jodido maleducado. Agarró su abrigo del sofá y Ryan se lo quitó.

—No te preocupes por eso. ¿Puedo ofrecerte algo?

³⁰ La CN Tower o Canadian National Tower, también conocida en español como la Torre CN, es una torre de radiodifusión autoportante, la más alta de América, con una altura de 553,3 metros y 147 pisos.





—No. ¿Por qué no nos relajamos?

Fabian se dirigió al sofá, se dejó caer en él y luego acarició el cojín que tenía al lado.

Ryan se había vuelto a poner la camisa abotonada antes de salir del club, pero Fabian sólo llevaba la camiseta blanca de encaje que había distraído a Ryan toda la noche. Sin mangas, Ryan pudo ver la definición muscular de los brazos de Fabian, y pudo deleitarse con las suaves curvas de sus hombros. El piercing en el pezón por el que Ryan había sentido curiosidad durante semanas era claramente visible a través de la delicada tela de la camiseta.

—Estás mirándome. —dijo Fabián.

—Probablemente.

—Puedes ver mejor por aquí.

Ryan no estaba seguro de hasta dónde se sentiría cómodo esta noche, pero decidió que intentaría dejar que su cuerpo, y Fabian, lo guiaran. Su cerebro tendía a arruinar todo.

Se sentó en el centro del sofá, y Fabian se subió inmediatamente a su regazo y se sentó a horcajadas sobre él. Ryan apoyó una mano en el lado de la cabeza de Fabian y dejó que sus dedos se deslizaran por su sedoso y oscuro cabello.

—Mm. Juega con mi pelo y te dejaré hacer *cualquier cosa*. —ronroneó Fabián.

—Cualquier cosa, ¿eh? ¿Cómo qué?

—¿Puedes... besarme?

A Ryan no le hizo falta que le preguntaran dos veces. Hacía demasiado tiempo que Ryan no besaba a *nadie*, pero no habría importado si se hubiera besado con cinco hombres esa mañana, éste era *Fabian*. Eran los dientes de Fabian los que mordían el labio inferior de Ryan; la lengua de Fabian la que se deslizaba sobre la suya; los dulces suspiros de Fabian que Ryan se tragaba.

Sin siquiera darse cuenta de lo que estaba haciendo, Ryan guió a Fabian hacia los cojines del sofá y lo cubrió. Fabian le sonrió desde su nueva posición debajo de él, y Ryan volvió a tomar su boca.





Ryan sabía que esto era egoísta. Probablemente era la cosa más egoísta que había hecho nunca, y sabía que se sentiría mal por ello más tarde. Pero eso era más tarde. Ahora mismo, finalmente estaba besando a Fabian Salah. Besándolo *de verdad*. Por fin estaba haciendo que Fabian se retorciera bajo él besando la sensible piel bajo su suave y afilada mandíbula. Dios, su cuello. Ryan quería conocer cada centímetro de su cuello, y sus hombros, y su clavícula.

Fabian se arqueó para que su erección presionara el muslo de Ryan.

—¿Qué quieres? ¿Qué te gusta? Estoy dispuesto a todo.

Ryan se quedó helado, con su cara rondando por encima de la de Fabian. De repente recordó lo mal que se le daba el sexo. Besar estaba bien, pero cualquier cosa más allá de eso dejaría definitivamente a Fabian decepcionado.

—Podríamos... ¿besarnos?

Fabián parecía confundido.

—*Podríamos*. ¿Es todo lo que quieres?

—Por ahora. ¿Tal vez?

Fabian acarició sus dedos suavemente sobre la barba de Ryan.

—Me parece bien. Pero, ¿pasa algo?

—No. No, es que... —Ryan suspiró y se sentó. Su cerebro había aparecido para destruirlo todo, como siempre—. Necesito que sepas, antes de que hagamos algo, que no soy... normal con estas cosas.

—¿Normal? ¿Quién quiere normalidad? —bromeó Fabián.

Ryan se pasó una mano por su propio pelo. No tenía ni idea de cómo explicar nada de esto, así que simplemente empezó a hablar.

—Hablo en serio. Soy ansioso. Como, *clínicamente ansioso*.





—Mucha gente es ansiosa.

—De acuerdo, sí. Pero también soy terrible hablando con la gente. Me gano la vida golpeando a la gente y... cuando estoy en el momento -peleando con alguien, quiero decir- es el único momento en que mi cabeza está clara. Es como... fácil. Es tan jodido que esté *relajado cuando* estoy golpeando a alguien, pero soy un montón de nervios cada vez que tengo que pedir algo en un restaurante —Ryan estaba balbuceando ahora, pero necesitaba hacer entender a Fabian—. No estoy bien. Veo a un terapeuta, tomo medicación. Y soy terrible en el sexo. Así que si a eso nos lleva esto...

Fabian se colocó entre las piernas de Ryan. Puso sus manos en los hombros de Ryan, ordenando su atención.

—¿Te resulta difícil hablar conmigo?

Ryan le respondió con sinceridad.

—No.

—¿Quieres saber lo que pienso de ti?

Ryan no estaba seguro. Cuando no respondió, Fabian continuó.

—Creo que eres muy sexy. Y eres jodidamente dulce. Y no creo que te ganes la vida golpeando a la gente. Creo que te ganas la vida *protegiendo a la gente*. Porque eso es lo que haces, Ryan. Tienes un corazón gigante en ese pecho gigante y... —Se inclinó, rozando sus labios contra la oreja de Ryan—. Yo. No. Tengo miedo de ti.

La fuerza de las palabras de Fabian hizo que Ryan jadeara, y entonces, antes de que pudiera detenerse, agarró la parte delantera de la camisa de Fabian y tiró de él hacia delante hasta que Fabian estuvo de nuevo en su regazo. Se besaron salvajemente, y esta vez fue Ryan quien terminó de espaldas con Fabian cayendo encima de él. Fabian se sentó a horcajadas sobre la cintura de Ryan, y éste rodeó con sus manos sus delgados y fuertes bíceps. El pene de Ryan, que había estado medio duro desde que salió del club, estaba dolorosamente rígido ahora, y podía sentir la excitación de Fabian clavándose en su pierna.





—Podemos simplemente besarnos —dijo Fabián sin aliento—. Pero si eso es lo que quieres, entonces tengo que cambiar de posición. Porque si seguimos así, definitivamente me voy a retorcer en tu muslo hasta hacer un desastre.

Señor Jesús.

—Eso estaría bien. Si quieres. No me importa.

Fabian parecía divertido.

—Bueno, trato de apuntar un poco más alto con mis parejas sexuales que hacer cosas que *no les importan*.

Ryan ya estaba jodiendo esto.

—Lo siento. Soy yo. Como dije, no soy bueno en el sexo.

Cerró los ojos y esperó a que Fabian se excusara educadamente para irse.

—No tengo ni idea de lo que significa —dijo Fabian. Se apartó de Ryan y se arrodilló entre sus piernas sobre los cojines del sofá—. ¿Te aseguras de tener el consentimiento de tu pareja?

—Sí.

—¿Estás seguro? ¿Usas protección?

—Siempre.

—¿Te importa el placer de tu pareja?

—Por supuesto.

—Bien entonces —Fabian apoyó una mano en el estómago de Ryan y le sonrió—. No veo ningún problema.

Ryan negó con la cabeza.

Fabián suspiró.





—Bien. Cuéntame el problema. Oigámoslo.

De todos modos, el ambiente ya estaba efectivamente muerto, así que Ryan decidió arriesgarlo todo.

—Necesito... instrucciones.

Los ojos de Fabián se abrieron de par en par.

—Como... ¿dominación?

—¡No! No. No es eso lo que quiero decir. Sólo necesito un montón de... —Le tomó un momento, pero Ryan encontró la palabra correcta—. Tranquilidad. Que lo que estoy haciendo es bueno. Porque si no, me paso todo el tiempo preocupándome de que lo estoy haciendo todo mal.

Fabian pareció considerarlo.

—Bueno, eso es ciertamente factible. ¿Eso es todo?

—No. Yo también... tengo problemas con mi cuerpo. No me gusta que la gente me mire demasiado de cerca.

—¿Desnudo, quieres decir?

—Sexualmente, supongo. Como, estoy desnudo todo el tiempo en el vestuario y esas cosas y no pasa nada. Se trata más de... ser valorado. Ser comparado con otras personas.

Fabián frunció el ceño.

—No piensas muy bien de ti mismo, ¿verdad?

Ryan apartó la mirada, avergonzado.

—La verdad es que no. No.





—Digamos que dejamos las luces apagadas y te doy muchos refuerzos positivos. ¿Eso facilitaría las cosas?

Ryan apreciaba realmente lo complaciente que estaba siendo Fabián, y deseaba poder decir simplemente que sí. Que fuera suficiente. Pero...

—No puedo... Quiero decir, normalmente no me corro. Incluso si se siente bien y me gusta lo que está sucediendo. Es un efecto secundario de las medicinas que tomo, pero también soy sólo... yo. A veces me quedo atrapado en mi cabeza —Exhaló un suspiro—. Así que, sí. El sexo conmigo probablemente no vale la pena.

Se armó de valor y volvió a mirar a Fabián, y se sorprendió al ver que sonreía con cariño.

—No tenemos que hacer nada, si no quieres. Pero me gustaría hacerte sentir bien. No tiene por qué implicar orgasmos. Incluso podemos dejarnos la ropa puesta —Buscó la mano de Ryan y se la llevó a los labios. Besó sus nudillos y dijo—: Me gusta cómo me miras. Y la forma en que me tocas y me besas.

—Me gusta tocarte. Y besarte.

—Entonces podríamos empezar por ahí, y ver qué pasa. Sin presión —Le dio la vuelta a la mano de Ryan, y comenzó a masajearla suavemente—. Pero debo advertirte... Yo tengo el problema contrario. En la cama, quiero decir.

Ryan frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Como si *no tuvieras ningún* problema con tu cuerpo?

Fabián se rió. —Creo que ambos sabemos que no. Pero no me refiero a eso. Suelo tener un orgasmo demasiado rápido. Así que no puedo garantizar que no ocurra si tonteamos del todo.

—Oh.

—Tengo formas de... evitarlo. Y la buena noticia es que normalmente puedo venir al menos dos veces. Así que no se *acaba* después de la primera vez. Pero sólo quería advertirte. Incluso si sólo nos estamos besando, podría explotar.

Ryan parpadeó.





—No hacemos una buena pareja.

—No, en absoluto. ¿Quieres que nos liemos?

—Sí. ¿Dormitorio?

—Sí, por favor.

Fabian cayó encima del enorme cuerpo de Ryan y lo besó. Fue difícil hacerlo porque se estaba riendo. Y quizás Ryan también se reía. Se sentía bien ventilar toda su ropa sucia sexual antes de empezar a jugar. Era refrescante ser tan honesto con un nuevo compañero.

Ryan acababa de confiar a Fabian un montón de cosas personales, y Fabian no se lo tomaba a la ligera. Estaba decidido a hacer esto lo mejor posible para Ryan, quien, al parecer, no había tenido mucha experiencia sexual positiva.

Al diablo con eso. Fabian resultaba ser bastante bueno en el sexo. Al menos, asumió que lo era. No tenía ninguna razón para creer lo contrario.

Y Ryan, a pesar de todas sus advertencias en contra, besaba muy bien. Tal vez había demasiada barba en el camino, incluso con el recorte, pero su boca era celestial. Cálida, suave y acogedora. Fabian apretó las caderas de Ryan con sus rodillas y se lanzó.

Ryan tenía sus enormes manos en la espalda de Fabian, pero las mantenía encima de su camisa. Fabian quería arrancar la camisa. Quería que cada trozo de tela entre ellos desapareciera, pero más que eso, quería respetar los límites de Ryan. Así que enhebró los dedos de una mano en el grueso cabello de Ryan y plantó la otra en el colchón. Dejó que Ryan marcara el ritmo.

Sin embargo, podía sentir la erección de Ryan. Era... difícil de ignorar. No le gustaba pensar en sí mismo como alguien que se preocupaba por el tamaño, pero el bulto en los jeans de Ryan era ciertamente intrigante. Y alentador. Ryan no podía estar *del todo* incómodo ahora mismo.

—Eres un besador fantástico —murmuró Fabián, recordando que se suponía que estaba proporcionando un refuerzo positivo.





—Gracias.

—Puedes tocarme, si quieres. Debajo de la camiseta —Le pellizcó el lóbulo de la oreja a Ryan y le susurró—: Te dejaré llegar a la segunda base.

Ryan se rió y liberó suavemente el dobladillo de la camisa de Fabian de sus pantalones. Deslizó las manos por debajo de la camisa, agarró la cintura de Fabian y enroscó los pulgares para apoyarlos en su estómago. Las manos de Ryan eran tan grandes en la delgada estructura de Fabian que las yemas de sus dedos casi se encontraron en la columna vertebral de Fabian. Fabian quería esas manos en todas partes. Se retorció, tratando de animar a Ryan a explorar, y su culo rozó la erección de Ryan.

—Lo siento —dijo Fabián—. ¿Quieres que me mueva a otro lugar? Es un poco difícil evitar esa cosa —Luego añadió rápidamente—: No es que quiera evitarlo. Pero tú quieres que lo haga, ¿no?

—Yo, um...

—Cualquier cosa que quieras. Solo dime.

—¿Podrías hacer eso de nuevo?

Fabian pudo notar que las palabras le habían costado algo a Ryan, así que no bromeó con él.

—Con mucho gusto.

Giró sus caderas, más lentamente esta vez, mientras le daba a Ryan su mejor intento de baile erótico. Su culo acarició la considerable longitud del pene de Ryan, y éste se estremeció bajo él.

—Oh, Dios.

—¿Te gusta?

—Sí. *Mierda*. Sigue adelante.





Animado, Fabián se sentó más erguido y mantuvo sus caderas moviéndose en un patrón lento y de meneo mientras se quitaba la camisa por encima de la cabeza.

—Oh —Ryan respiró—. Wow.

—Tócame —susurró Fabián—. Por favor.

Las manos de Ryan se deslizaron por sus costados y por su pecho, deteniéndose para frotar suavemente su piercing en el pezón. Esta noche se había puesto uno de los más adornados: un clicker de filigrana de plata con piedras de color azul oscuro. Cuando Ryan le pasó el pulgar por encima, Fabian perdió el ritmo.

—Mierda —dijo, y luego se rió—. Uno pensaría que ya me acostumbraría a eso.

—Me gusta esto —dijo Ryan. Su voz era un estruendo bajo que iba directo a las bolas de Fabian—. Te queda bien.

—Tómalo. —jadeó Fabián.

—Ven aquí. Quiero besarte.

Fabian se inclinó hacia delante, deslizando sus manos bajo el dobladillo de la camiseta de Ryan mientras acercaba sus labios. Ryan sostuvo la parte posterior de la cabeza de Fabian mientras lo besaba, su pulgar acariciando el lado de su garganta. Fabian adoraba sus manos. Quería que esos dedos largos y gruesos rodearan su pene. Los quería dentro de él.

—¿Puedo quitarte esto? —preguntó Fabian, tirando de la camisa de Ryan.

—Sí. Bien. Déjame...

Hizo un crujido y rápidamente se quitó la camisa y la camiseta, luego se recostó en el colchón.

—Mírate. Precioso.

El vientre de Ryan era plano -no un paquete de seis, pero definitivamente tonificado- con un rastro de pelo rojo oscuro que bajaba desde su ombligo. Sus pectorales eran *espectaculares*,





enormes y macizos y cubiertos de más vello rojo. No tenía tatuajes ni piercings visibles, pero sí varios moretones y cicatrices.

Fabian ni siquiera se dio cuenta de que había estado alisando distraídamente las palmas de las manos sobre el torso de Ryan hasta que éste lo detuvo llevándose suavemente una de sus manos a la boca y besando el interior de su muñeca.

—¿Quieres que me detenga? —preguntó Fabián.

—No. En realidad estoy jodidamente excitado ahora mismo.

Fabian retorció su culo contra la erección de Ryan.

—Me he dado cuenta —Se inclinó susurrando al oído de Ryan—. Entonces, ¿él quiere salir a jugar?

Ryan soltó una carcajada.

—Creo que sí.

—Bien. Porque conozco a alguien que se muere por conocerlo.

—Eres ridículo.

Fabian le guiñó un ojo y se deslizó por el cuerpo de Ryan para poder abrir el botón de sus pantalones.

—Dime si quieres parar. Cuando quieras, ¿está bien?

—Bien. Sigue adelante.

Fabian bajó lentamente la cremallera de Ryan y abrió la bragueta de sus jeans para enmarcar el apetitoso bulto de sus calzoncillos. Manteniendo el contacto visual con Ryan todo el tiempo, Fabian puso la palma de la mano sobre él.

—Putra mierda, eres enorme. ¿Puedo sacarlo?

—Sí. Aunque se ve raro. —advirtió Ryan.





—¿Raro?

Bien, ahora Fabian *tenía* que verlo. Tiró con cuidado de la cintura de los calzoncillos de Ryan hasta los muslos, y la erección de Ryan golpeó contra su estómago, enorme y sólida.

No había absolutamente nada, por lo que Fabián podía decir, raro en ella. Era una bestia, larga, gruesa y sin circuncidar. La cabeza era de un rojo furioso, y sus pelotas eran jodidamente enormes, pero nada de eso era algo que Fabian llamara raro. *Glorioso* era una palabra mejor.

—Sí —Ryan suspiró—. Como dije...

—¡No! ¡*Lo amo*! —Para demostrarlo, Fabián bajó la cabeza y besó la parte inferior de su eje—. Hay tantas cosas que quiero hacerte.

—No tienes que...

Fabian levantó una mano.

—Ryan. Estoy hablando con mi nuevo amigo. Cállate.

Ryan se rió, lo que hizo que Fabián se sintiera un poco orgulloso.

—Lo siento. Continúa.

—¿Qué tal si nos quitamos estos pantalones hasta el final? —Fabian sugirió.

—Sí. Yo lo haré. Están apretados.

Fabian se apartó de él para que Ryan pudiera sentarse y quitarse los pantalones, la ropa interior y los calcetines. Se dio cuenta, cuando Ryan estaba completamente desnudo, de que empezaba a sentirse incómodo de nuevo. Sus manos se flexionaban contra el edredón y no podía establecer contacto visual con Fabian.

—¿Te importa si me uno a ti? —preguntó Fabian—. Estoy un poco preocupado por romper estos pantalones, para ser honesto. La situación se está volviendo terrible.

—Lo siento. Sí. Por favor.





Fabian se levantó y se quitó el resto de la ropa. Su rígida longitud salió con avidez de su ropa interior en cuanto empezó a quitársela. Le dio un par de caricias como recompensa por haber sido tan paciente.

—Oh, Wow. ¿Puedo hacer eso? ¿Para ti, quiero decir? —preguntó Ryan.

—Por supuesto.

Fabian se colocó entre los muslos abiertos de Ryan y se apoyó con una mano en el hombro musculoso de éste. Hundió los dedos de su otra mano en el pelo de Ryan.

La mano de Ryan estaba seca, pero era jodidamente grande y cálida. Fabian gimió al contacto, y gimió más cuando Ryan lo acarició. Dios, él había querido esto. Exactamente esto: Ryan Price desnudo con su mano en el pene de Fabian. Era perfecto.

—Eres tan jodidamente sexy —murmuró Ryan—. Me encanta tu cuerpo.

Fabian sólo pudo gemir felizmente en respuesta. Lo decía en serio cuando le había dicho a Ryan que le encantaba la atención. Era adicto a la adoración y los elogios. Recientemente había abandonado todas las redes sociales, porque era adicto a ver cuántos likes recibía cada una de sus publicaciones. Ahora su discográfica gestionaba su cuenta de Instagram por él.

Rara vez recibía la adoración que ansiaba de los hombres con los que se relacionaba. No así. No con el asombro que veía ahora en los ojos de Ryan, o la forma reverente en que lo tocaba.

Los dedos de Fabian se curvaron contra la elegante alfombra del dormitorio de Ryan cuando éste le acarició la raja con la yema del pulgar. Entonces Ryan se inclinó y le lamió el piercing del pezón, y Fabian estuvo a punto de perder la cabeza.

—¡Joder! Mierda. Para. Sólo un segundo, para.

Ryan lo soltó inmediatamente y lo miró con preocupación.

—¿Estás bien?

—Sí —Se rió—. No estaba bromeando antes. Sobre mi pequeño problema.





La expresión de Ryan era de perplejidad, y entonces comprendió.

—No es un problema. Me gustaría hacer que te corrieras ahora. ¿Puedo?

Fabián asintió, con la cabeza nublada por la lujuria.

—Está bien. Sí. Hazlo. Luego podemos tomarnos nuestro tiempo.

Ryan volvió a rodearlo con sus dedos y el pene de Fabian se agitó con excitación. Esto no tomaría mucho tiempo en absoluto. La otra mano de Ryan ahuecó y acarició suavemente las bolas de Fabian mientras acariciaba esta vez, y los ojos de Fabian se pusieron en blanco.

—Mierda. Sí. Así. Así, sin más. Voy a...

Como de costumbre, su orgasmo detonó antes de que pudiera balbucear una advertencia. Pero no podía enfadarse por ello. Carajo, se sentía bien.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio que su liberación había aterrizado en el pecho de Ryan, y se aferraba a su vello pectoral.

—Uy. —dijo.

Ryan se quedó con la boca abierta en una expresión de puro asombro.

—Te dije... —Fabian comenzó, pero Ryan le cortó.

—Tu cara fue tan hermosa cuando hiciste eso. Dios santo.

Fabian se arrastró y se desplomó en el regazo de Ryan.

—Gracias.

Apoyó la cabeza en el hombro de Ryan y cerró los ojos. Ryan empezó a acariciarle el pelo, y Fabian se sintió de repente peligrosamente cómodo.

—Tienes sueño. —observó Ryan.



—No. —murmuró Fabián, pero arruinó su argumento al bostezar.

Ryan se rió, luego lo rodeó con sus brazos y se puso de pie, cargando a Fabian como a un niño y apoyándolo suavemente en la cama con la cabeza sobre una almohada.

—Son las tres de la mañana. Podemos dar por terminada la noche.

—Pero iba a enseñarte mi truco —protestó Fabián. La almohada era un equilibrio perfecto de suavidad y firmeza. Volvió a cerrar los ojos.

—Puede esperar. Vuelvo enseguida.

A lo lejos, Fabian oyó a Ryan en el baño, dejando correr el agua y, presumiblemente, lavando el semen de su pelo del pecho. Probablemente cepillándose los dientes. Tal vez mojando su erección en agua fría. Una puñalada de culpabilidad hizo que Fabian abriera los ojos.

—¿Y tú? —preguntó cuando Ryan volvió del baño con un paño húmedo.

—¿Qué quieres decir?

Ryan pasó suavemente el paño caliente por el torso de Fabian, que se había puesto pegajoso cuando se había apretado contra el desordenado pecho de Ryan.

—Quiero decir que tú me has hecho venir y yo ni siquiera he intentado liberarte a ti.

Notó, mientras Ryan se ponía de pie y arrojaba el paño en un cesto de ropa sucia, que la erección del otro hombre había decaído casi por completo.

—Está bien. Probablemente estoy demasiado cansado de todos modos —Ryan abrió un cajón de la cómoda y sacó un par de calzoncillos limpios—. Como dije, incluso en los mejores momentos es una tarea.

—No es una tarea —argumentó Fabián, pero le salió una palabra confusa mientras volvía a cerrar los ojos.

Ryan se metió en la cama a su lado, y Fabián se acercó inmediatamente para ser la cuchara pequeña.





—Estás muy calentito. —murmuró feliz.

Ryan le besó la parte superior de la cabeza.

—Buenas noches. Y gracias.

—Cuando quieras.

El último pensamiento de Fabián antes de quedarse dormido fue que sabía que lo decía en serio.





Capítulo 17

Despertar con los brazos llenos de Fabian fue tan maravilloso como Ryan siempre había imaginado.

Ryan se despertó primero, y pasó un largo rato acostado lo más quieto posible, respirando el aroma de Fabián. No quería molestarlo, porque le preocupaba que, cuando Fabian se despertara y se diera cuenta de dónde estaba, todo se acabara. Fabian estaba relajado con el sexo y la interacción humana básica de una manera que Ryan nunca podría estar. Sabía que la noche anterior no había significado tanto para Fabian como para él. Había sido una curiosidad para Fabian; una con la que el otro hombre había estado intrigado por mucho tiempo, seguro, pero Ryan estaba seguro de que la picazón había sido rascada y Fabian seguiría adelante.

Finalmente, cuando no pudo resistirse más, acarició el pelo de Fabián y luego le besó la sien. Fabian se retorció entre sus brazos y suspiró. Ryan pudo ver cómo sus labios se curvaban en una sonrisa somnolienta.

—Esta cama es la mejor.

Ryan creía que nunca había apreciado del todo lo buena que era su cama hasta anoche. Había dormido mejor que en mucho tiempo. Apretó su brazo alrededor de Fabian, acercándolo.

—¿Alguna vez me dejarás ir? —Fabián se burló.

—No.

Fabián soltó una risita.

—¡Tengo que ir al baño!

Con un suspiro exagerado, Ryan lo soltó y Fabian se escurrió de entre las sábanas. Todavía estaba desnudo y tenía un aspecto impresionante bajo la luz matinal que entraba por las ventanas que Ryan había olvidado correr las cortinas. Se escabulló hacia el baño, y un minuto después gritó:

—¡Mierda! Mi maquillaje.





Asomó la cabeza fuera del baño y Ryan pudo ver lo mal que se le había corrido el maquillaje.

—¿Supongo que no tienes ningún desmaquillante? Preferiblemente sin sulfato.

Ryan se rió. —No. Lo siento.

—Bueno, entonces sólo un limpiador facial. Algo suave.

—Hay una barra de jabón en la ducha.

Fabián parpadeó.

—Lo siento. ¿Te lavas la cara con *qué*?

—Jabón. ¿Por qué?

Le pareció que Fabian murmuró algo así como "Esto es una pesadilla" mientras se retiraba al baño. Un momento después, Ryan oyó el grifo del lavabo abierto. Pareció tardar mucho, pero finalmente Fabian salió del baño, con la cara desmaquillada y el flequillo húmedo. Corrió hacia la cama, con su pene balanceándose mientras corría, lo que hizo reír a Ryan.

—¡Frío! —se quejó Fabián mientras se metía bajo las sábanas y se acurrucaba con Ryan—. No puedo creer que me haya dormido con el *maquillaje puesto*. Dios, mi piel va a ser un desastre.

Ryan le dio la vuelta para que estuvieran cara a cara.

—A mí me parece bien.

Le encantaba el aspecto de Fabian maquillado, pero también era un gran fan de esta versión del hombre: sin adornos y con aspecto de niño, incluso a los treinta y un años.

—¿Qué tienes en tu agenda hoy? —preguntó Fabián.

—Nada.





—Tengo que trabajar a las cuatro. En la farmacia.

—¿Pero estás libre hasta entonces?

Fabián sonrió. —Soy todo tuyo.

Dios, ojalá. Pero por ahora, lo era. Estaba en los brazos de Ryan, en la cama de Ryan, así que Ryan lo besó. Se dio cuenta, después de que habían empezado, que todavía no se había lavado los dientes. Fabian sabía como si hubiera tomado prestada un poco de la pasta de dientes de Ryan para un enjuague rápido. Rompió el beso.

—Lo siento. Debo estar asqueroso.

—Difícilmente.

—Voy a tomar una ducha. No sé si quieres, ya sabes, hacer cosas sexuales. Pero no puedo si no me limpio un poco.

Fabian le besó la mejilla.

—Será mejor que te limpies entonces, porque realmente me gustaría mucho hacer cosas sexuales.

A Ryan le gustaba cómo sonaba eso, y al pene de Ryan le gustaba *mucho* cómo sonaba eso. Era agradable estar en la misma página por una vez.

—A mí también me vendría bien un enjuague —dijo Fabián despreocupadamente—. Me he dado cuenta de que tu ducha es bastante grande. Probablemente haya espacio para dos, incluso.

—Ocupo mucho espacio.

—Estoy seguro de que podría encajar en *algún sitio*.

Ryan se sonrojó. Fabian era tan sexy sin esfuerzo. ¿Cómo lo hacía? El mejor intento de Ryan de hablar sucio fue balbucear sugerencias de "cosas sexuales".





Ryan puso en marcha la ducha y se tomó un momento para lavarse los dientes antes de unirse a Fabian bajo el chorro. Ya se había sentido cautivado por el cuerpo de Fabian, pero verlo mojado, con el agua cayendo por las suaves y delgadas líneas de su cuerpo, era otra cosa. Era tan cautivador que a Ryan no le sobraba energía cerebral para sentirse cohibido por su propio cuerpo.

—Si no estás muy ocupado —dijo Fabián, con una sonrisa que daba a entender que era muy consciente de lo mucho que Ryan estaba disfrutando de la vista—. ¿Te importaría pasarme el shampoo?

—Oh, claro.

Fabian frunció el ceño ante el frasco de Head & Shoulders que le entregó Ryan. Con un fuerte suspiro, exprimió un poco y le devolvió el frasco a Ryan.

—¿Puedo? —preguntó Ryan, con sus manos sobre el cuero cabelludo de Fabian.

Era posible que Fabian tuviera un método de enjabonado muy específico, pero Ryan esperaba que su amor por que jugaran con su pelo ganara.

Fabian asintió y cerró los ojos. Ryan hundió sus dedos, tratando de masajear el cuero cabelludo de Fabian tanto como de limpiar su cabello. Fabian se giró y se apoyó en el pecho de Ryan.

—Dios, eso se siente increíble —gimió—. Tus manos son tan fuertes.

Se sentía bien usar sus fuertes manos para cuidar a alguien, para variar. Todavía no estaba seguro de cómo había tenido la suerte de tener a Fabian así, pero iba a exprimirlo al máximo.

Observó cómo Fabian se enjuagaba la espuma del pelo y se avergonzó de la rapidez con la que reaccionó su pene. El pene de Fabian se había encogido un poco desde que entraron en la ducha, pero Ryan estaba como un mástil duro.

—Tu turno —dijo Fabian y se deslizó junto a él para que Ryan pudiera ocupar su lugar bajo el rociador—. Me ofrecería a devolverte el favor, pero me temo que no llego.



—Está bien —Ryan agarró el shampoo. Se enjabonó y enjuagó rápidamente, y cuando abrió los ojos, encontró a Fabian arrodillado frente a él—. ¿Qué...?

—Encontré un lugar al que sí puedo llegar —dijo con una sonrisa malvada—. ¿Puedo?

Ryan no se permitió pensarlo demasiado. No podía pensar de todos modos, no con la forma en que su palpitante erección le gritaba que dijera que sí. Asintió, y Fabian se inclinó hacia él.

—Oh, mierda. —jadeó Ryan cuando Fabian le chupó la cabeza del pene en la boca. Hacía mucho tiempo que nadie le hacía esto. Desde que fue capaz de dejar que alguien lo hiciera.

Fabian, al parecer, era un experto. No estaba metiendo a Ryan hasta el fondo -Ryan nunca esperaría que lo hiciera-, pero sabía exactamente dónde centrar su atención. Mantenía sus mejillas huecas y su lengua dedicada, era jodidamente increíble.

Ryan extendió un brazo para apoyarse en la pared. Fabian rodeó con una mano la base del pene de Ryan y empezó a acariciarlo, dejando que su puño cubriera la zona que su boca no podía alcanzar. Su otra mano se deslizó por el muslo de Ryan, y luego viajó hasta los huevos de Ryan.

Ryan no era de los que hablan sucio. En absoluto. Pero si *pudiera* hablar ahora mismo, le gustaría decir algo alentador como *Mierda, sí. Juega con mis pelotas. Haz que me corra en tu bonita cara. Por favor, haz que me corra. Necesito correrme.*

Pero Ryan permaneció en silencio, aparte de los gruñidos y gemidos involuntarios y alguna que otra palabrota. Fabian lo miró a través de sus largas y hermosas pestañas, y luego se inclinó para darle un par de caricias a su propia erección. A Ryan le encantaba lo duro que se había puesto Fabian al hacer esto para él.

Ryan se sentía bien. Se sentía tan bien que pensó que podría correrse. No estaba al borde, pero lo veía en el horizonte. La posibilidad lo excitó y enhebró sus dedos en el cabello húmedo de Fabian, tratando de animarlo sin lastimarlo ni forzarlo. Y sin hablar.

Fabian movió la cabeza y lo chupó con fuerza y rapidez. Hizo rodar las bolas de Ryan en su palma y zumbó alrededor de su eje. Dios, el orgasmo de Ryan estaba *ahí*. Podía hacerlo.





Debió de empujar sin quererlo, porque de repente Fabián estaba balbuceando y tosiendo. Se apartó y levantó un dedo.

—Lo siento. Dame un segundo.

—Jesús, ¿te he hecho daño? —preguntó Ryan—. No era mi intención. Lo siento. Yo...

—Está bien. Sólo que no lo esperaba —Fabián se rió—. Eres *muy* grande. No estoy acostumbrado a eso.

Ryan cerró el agua y se agachó junto a él. El orgasmo era definitivamente una causa perdida ahora.

—Lo siento mucho.

—¡No lo hagas! Como dije, estoy bien. Ahora, ¿dónde estábamos?

Ryan le puso una mano en el hombro.

—Está bien. —Se puso de pie y le ofreció la mano a Fabian.

Fabian lo miró fijamente, con la confusión clara en su rostro, luego tomó su mano y se dejó arrastrar hasta ponerse de pie.

Salieron de la ducha y Ryan buscó rápidamente una toalla para Fabian. Mientras se secaban, Fabian preguntó:

—¿Se sintió bien? Parecía que estabas disfrutando.

—Lo estaba. Mucho. Fue realmente bueno —Ryan apartó la mirada—. Demasiado bueno, tal vez. Me dejé llevar.

—No me importa volver a intentarlo. —dijo Fabian con suavidad.

Ryan agradeció de verdad la oferta, pero no pudo aceptarla.

—Gracias, pero estoy bien. De verdad.





—¿O podríamos simplemente... besarnos? ¿Revolcarnos en esa increíble cama tuya?

Ryan sonrió.

—Suenas como un plan.

Maldita sea. Fabian había conseguido que Ryan estuviera tan cerca. Había estado seguro de ello.

El fracaso nunca había sido algo que Fabian pudiera aceptar fácilmente. Sabía que no debía ver el orgasmo de Ryan como un reto, sobre todo después de que Ryan le hubiera explicado por qué el sexo le resultaba difícil, pero no podía evitarlo. Él realmente, *realmente* quería hacer que Ryan se corriera.

Tampoco le importaría correrse él mismo. Aquella mamada le había excitado mucho, y ni siquiera su casi muerte de asfixia por un pene monstruoso había disminuido mucho su excitación.

Se acomodó coquetamente encima de las desordenadas sábanas de Ryan, con las piernas extendidas y cruzadas por los tobillos, y un brazo colgado perezosamente sobre la cabeza.

—Oh. —dijo Ryan.

Se paró en el extremo de la cama, con los nudillos blancos de agarrar la toalla que había envuelto alrededor de su cintura. Sus ojos recorrieron el cuerpo de Fabian, y Fabian lo absorbió. Quería toda la atención de Ryan.

Fabian bajó la mano y jugó suavemente con su propia erección.

—Apuesto —dijo lentamente—, a que has imaginado algunas cosas que te gustaría hacer conmigo.





La nuez de Adán de Ryan se balanceó.

—Sí —dijo. Fue apenas un susurro, pero Fabian lo oyó alto y claro.

—¿Por qué no vienes aquí y me hablas de eso?

Ryan se quedó con la boca abierta por un momento, como si su cerebro hubiera sufrido un cortocircuito, y luego dijo:

—No sé si puedo. Decirte, quiero decir.

—Entonces muéstrame.

Ryan dejó caer la toalla y se arrastró hasta la cama, cubriendo el cuerpo de Fabian con el suyo. Besó a Fabian, duro y profundo y posesivo, y la sangre de Fabian cantó. *Sí, por favor. Reclámame. Atesórame.*

—Dime si hago algo mal. —dijo Ryan, y luego besó y chupó el cuello de Fabian.

Fabian inclinó la cabeza hacia atrás con avidez. Le encantaba que le besaran el cuello.

—Joder, esto es lo contrario de malo —dijo Fabian—. Me encanta cómo se siente tu barba contra mi piel.

Ryan gruñó en respuesta, que era probablemente lo máximo que Fabian iba a conseguir de él. Le encantaría que Ryan le murmurara cosas sucias. Dios, ¿cómo sería eso? Intentó imaginarse al dulce y tímido Ryan diciendo guarradas con su suave acento de la costa sur. La idea hizo que el pene de Fabian se retorciera en su mano.

Menos mal que Fabián era lo suficientemente hablador para los dos.

—Quiero tu pene en mi boca otra vez. Cuando quieras. Invitación abierta. Nunca había tenido uno tan grande. Quiero trabajar hasta la garganta profunda. Apuesto a que puedo hacerlo.

Posiblemente estaba diciendo una mierda total, pero realmente quería intentar llevar a Ryan hasta la raíz.





—¿Eso crees? —dijo Ryan, y luego capturó el piercing del pezón de Fabian entre sus dientes. Tiró con la suficiente fuerza como para que una dulce sacudida de dolor y placer recorriera el cuerpo de Fabian hasta los dedos de los pies. El gritó y Ryan se rió.

—Estás obsesionado con esa cosa. —dijo Fabián.

—Nunca he visto uno de cerca.

—Bueno, me esfuerzo por ser educativo.

Ryan jugó con la joya con su lengua durante otro minuto mientras Fabian se retorció en la cama. No quería presionarlo, pero a Fabián no le importaría que alguna parte de Ryan hiciera contacto con su muy necesitado pene. Pronto. Levantó las caderas para que su erección chocara ligeramente contra el pecho de Ryan, esperando que éste captara la indirecta.

Puede que lo entendiera, o puede que fuera una coincidencia que Ryan *finalmente* empezara a seguir los besos por el estómago de Fabian, deteniéndose cuando llegó a su pene.

—¿Puedo...?

—¡Sí! —Fabian prácticamente gritó. Se tapó la boca con una mano, avergonzado—. Quiero decir, sí. Puedes hacerlo. Por favor.

—Ha pasado un tiempo, así que si no...

—Ry-annnn. —gimió Fabián.

El ceño de Ryan se frunció mientras miraba la dura y chorreante longitud de Fabian, como si estuviera intentando averiguar cómo acercarse a ella. Luego, afortunadamente, se lanzó, rodeando la cabeza con sus labios y deslizándose hacia abajo.

—Oh, Puta, sí. Mierda, Ryan. Así de fácil.

La verdad era que no hacía falta casi nada para que Fabian se corriera, pero aun así podía apreciar la técnica de Ryan. No era pretenciosa, ni siquiera practicada, pero era tan ardiente que Fabian no podía evitar sentirse encantado.

Además, la barba de Ryan le hacía cosquillas en las pelotas, lo que era bastante excelente.





Después de lo que no pudieron ser más de tres minutos, Fabián advirtió:

—Si no quieres que te dispare en la boca, será mejor que te apartes.

Ryan se apartó, pero luego dijo:

—¿Qué?

Y entonces Fabian eyaculó sobre toda su cara de confusión.

—Lo siento muchísimo. Oh, Dios mío —Fabian sabía que su risa vertiginosa no le hacía parecer muy arrepentido—. Estaba tratando de advertirte.

Ryan se pasó una mano por la barba, eliminando la mayor parte del desorden, y luego sonrió.

—¿Estuvo bien, entonces?

—Eso fue perfecto.

Fabian se cubrió la cara con la almohada y gimió. Ryan apartó la almohada.

—Está bien. Me gustó ver eso. Sólo me sorprendió —Se puso de pie y comenzó a caminar hacia el baño—. Vuelvo enseguida.

¿Estaba yendo bien? Fabian no estaba seguro. Ciertamente le gustó mucho despertar con Ryan, y tenía la impresión de que éste se lo estaba pasando razonablemente bien, pero no tenía ni idea de lo que pasaría después de salir del apartamento de Ryan.

—¿Qué tal si vuelvo a intentar que te corras? —sugirió Fabian cuando Ryan volvió al dormitorio.

La sonrisa de Ryan se apagó.

—En realidad tengo mucha hambre. ¿Tú no?

Fabian lo miró con recelo.





—Podría comer, supongo.

—Tengo cosas. Puedo hacer el desayuno. O podemos ir a algún sitio, si lo prefieres.

Fabián se sentó.

—Me temo que no tengo nada que ponerme para ir a un restaurante. —Señaló su pequeña pila de ropa de club asquerosa y sudada en el suelo.

—Podría lavar tu ropa por ti, así al menos no tienes que ponerte ropa sucia para caminar a casa después.

Eso tenía mucho sentido, así que Fabian aceptó. La ropa interior limpia era demasiado tentadora para dejarla pasar. Ryan rebuscó en su armario y sacó algo.

—Sé que esto no es realmente tu estilo, pero compré esto para Colleen y ella está más cerca de tu talla que yo —Le entregó a Fabian una pequeña pila de ropa de los Toronto Guardians. Parecía ser una sudadera con capucha y unos pantalones de pijama—. Sólo hasta que tu ropa esté limpia.

El horror que sintió Fabian debió quedar claro en su rostro, porque Ryan se rió y dijo:

—Prometo que no sacaré fotos.

Fabian sacudió la cabeza, disgustado consigo mismo.

—Estoy siendo un snob. Lo siento. Gracias por la ropa, parece muy... suave.

—Si te gustan, puedes quedarte con ellos. ¿Te gustan los huevos?

—Si están revueltos, sí me gustan.

Ryan le besó la mejilla.

—Huevos revueltos. Enseguida.





Ryan no estaba en absoluto preparado para lo que le haría ver a Fabian con la ropa oficial del equipo.

Salió del dormitorio cuando Ryan estaba removiendo huevos en la estufa, con sus pies delgados y descalzos asomando por la parte inferior de los pantalones de pijama de franela de los Guardians. Había un claro malestar en que Fabian llevara ropa de hockey, pero el corazón de Ryan se agitó de todos modos. *Le gustaba* ver a Fabian con sus colores. En su casa.

—¿Cómo me veo? —preguntó Fabián con sorna.

—Confortable.

Fabian metió las manos en el bolsillo de la sudadera.

—Son bastante acogedores. No puedo mentir.

Ryan se mordió el labio y se volvió hacia los huevos.

—¿Qué? —preguntó Fabián—. Sé que luzco estúpido, pero...

—No. Yo, ah —La cara de Ryan se calentó—. Estoy un poco excitado por verte con esa ropa. Sé que es horrible.

Fabian sonrió y se acercó a él, luego le rodeó la cintura con los brazos.

—Bueno, en ese caso, *vamos equipo vamos*.

Ryan se rió.

—Toma asiento —Señaló con la espátula los taburetes altos que se alineaban en el mostrador del desayuno—. ¿Quieres tostadas con tus huevos?

Fabian se subió a uno de los taburetes.





—Eso sería maravilloso.

—¿Café? ¿Té? Soy principalmente un bebedor de té, pero me gusta el café por la mañana.

—Me encanta el té, pero sí. Café, por favor. ¿Quieres que lo prepare?

—No. Sólo siéntate —Y antes de que pudiera contenerse, añadió—: Si te pones más cerca me distraeré y quemaré los huevos.

Fabian se rió de eso. A Ryan le encantaba el sonido de la risa musical de Fabian. Realmente no podía creer que Fabian estuviera aquí, en su cocina, después de una noche y una mañana increíbles de explorar los cuerpos del otro. No importaba que sólo hubieran tonteado un poco, o que Ryan no se hubiera corrido: había sido absolutamente lo mejor que le había pasado en la vida. Y eso que ya era un campeón de la Copa Stanley.

Cuando los huevos estuvieron hechos y las tostadas saltaron, Ryan repartió todo entre dos platos y los puso sobre la encimera. Les sirvió un café a cada uno, y esperó que Fabian no tomara crema en el suyo porque Ryan aún no había comprado. Pero si a Fabian le gustaba la crema, Ryan llenaría su nevera con ella.

—¿Tomas algo en tu café?

—No. El negro es perfecto —dijo Fabián alegremente. Agitó la nariz sobre la taza humeante—. Esto huele divino.

Ryan se rió.

—Es sólo Folgers³¹.

—¿Folgers de marca real? ¿No las imitaciones genéricas? Okey, ricachón.

Ryan se situó en el mostrador justo enfrente de Fabian.

³¹ El café Folgers es una de las marcas de café más vendidas en los Estados Unidos. Es conocido por su café molido y comenzó la revolución del café molido en los Estados Unidos. Fue comprada por Procter and Gamble en 1963 y desde entonces Folgers ha reinado como el claro líder de las marcas de café durante décadas en los EE. UU.





—Espera a ver la marca de jabón que uso para limpiar después.

—Para. Me estás malcriando.

Ryan sonrió, luego se inclinó sobre el mostrador y lo besó.

—Ahora estás a una mejor altura para besar.

Fabian le devolvió la sonrisa y apartó su plato.

—De repente estoy lleno.

—No has tocado tu comida. Come.

Fabian puso los ojos en blanco mientras recogía su plato.

—*Bien.*

Mientras comían, Ryan se maravilló de lo cómodo que se sentía en la compañía de Fabian. Incluso cuando eran adolescentes, y a pesar de la aterradora atracción que siempre había sentido por él, Ryan se había sentido a menudo a gusto con él. Sabía que no había sido fácil para Fabian ver más allá de sus prejuicios hacia los jugadores de hockey, un prejuicio que Ryan podía entender completamente porque había escuchado innumerables insultos homofóbicos durante su carrera de hockey. Había visto la forma en que los jugadores de hockey del instituto trataban a los chicos que eran como Fabian. Pero Fabian *había visto a* Ryan, incluso entonces. No solo como un deportista más, ni una amenaza, sino una persona con la que valía la pena compartir pequeñas partes de sí mismo.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Fabián, porque probablemente Ryan lo estaba mirando con una expresión soñadora en su rostro.

—Nada. —Ryan se metió en la boca los últimos huevos.

—No lo creo ni por un segundo.

—Estaba pensando en antes. Cuando éramos jóvenes.





—*Todavía* soy joven. Pero si te refieres a cuando éramos adolescentes, yo también he pensado mucho en eso últimamente.

—Supongo que nuestras cartas están sobre la mesa ahora, así que te lo diré: Estaba obsesionado contigo en aquel entonces.

Fabian apoyó la barbilla en la palma de la mano y sonrió.

—¿Obsesionado?

—Algo así. Sólo pensaba que eras tan... hermoso.

Fabian agitó una mano.

—Era un adolescente flaco y torpe que se esforzaba demasiado por ser vanguardista.

—No. Eras increíble. *Sigues* siendo increíble.

Fabian se pavoneó un poco y luego dijo:

—Bueno, entonces, Ryan Price, déjame decirte lo que pienso de ti.

—Oh, eso no...

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? Acababas de llegar a nuestra casa y mamá me llamó al salón para presentarme al último jugador de hockey que iba a invadir mi vida.

—Recuerdo que no me diste la mano.

—Mis uñas estaban recién pintadas.

Ryan se iluminó.

—¿Fue esa la razón?

Fabián se encogió de hombros.





—Sí. Quiero decir, no puedo prometer que hubiera sido más amable incluso si no hubiera sido el caso, pero honestamente *estaba* preocupado por mis uñas.

Ryan se rió.

—Pensé que me odiabas.

—Lo hice. Es decir, no te conocía, pero supuse que serías un idiota. Los otros lo eran. Y eras tan alto y mis padres te miraban como si fueras un dios. Como si fueras el hijo que siempre habían querido.

El corazón de Ryan se apretó.

—No, ellos...

—Está bien. Casi no lo han ocultado. Así que estaba preparado para odiarte, pero entonces hablaste y tu voz era tan suave. Y tenías esa adorable sonrisa tímida. Sí, esa.

Ryan se sonrojó, pero no pudo evitar sonreír más.

—Nunca había visto a nadie que se pareciera a ti.

—¿Un libanés? —se burló Fabián.

—*No*. Me refiero a todo lo sofisticado y glamoroso.

Fabián soltó una carcajada.

—¿*Glamoroso*? Oh, Dios mío, realmente estabas resguardado.

—Sólo... parecías alguien de Panic! At The Disco o algo así.

A Ryan le preocupaba que Fabián fuera a caerse del taburete.

—¡Para! Santo Dios —jadeó—. Era un maldito nerd de la banda que llevaba esmalte de uñas barato.

—Tenías un bonito pelo.





—Bueno —dijo Fabian cuando dejó de reírse—, *te* parecías a Archie Andrews. Pero no me miraste con asco, y no pude evitar encontrar eso... intrigante.

—Creo que lo último que pude sentir al mirarte fue asco.

—Es una pena que nunca me lo hayas dicho.

Ryan llevó los platos de ambos al fregadero.

—Todavía me estaba tratando de entender a mí mismo.

—¿Así que nunca habías besado a nadie antes?

—Una chica. En Ross Harbour. Estábamos en una fiesta y me pareció algo que debía hacer. Yo era el jugador estrella de hockey, así que recibía mucha atención de las chicas en ese entonces.

—¿Había chicos a los que hubieras preferido besar?

—En realidad no. No hasta que...

Ryan se detuvo. Incluso después de todo lo que habían admitido, esto parecía demasiado.

Fabian se acercó a su lado en el fregadero. Apoyó una mano en el brazo de Ryan.

—¿No hasta qué?

Ryan se mordió el labio y luego dijo:

—No hasta que te conocí.

Cuando Fabian no respondió, Ryan miró por casualidad hacia él. Se sorprendió al ver lágrimas en los ojos de Fabian.

—Oh, Dios. ¿Estás bien?





Fabian asintió, con los labios apretados.

—Lo siento si...

—No. Lloro fácilmente —dijo Fabián—. Eso fue muy dulce. No lo sabía —Exhaló con fuerza—. Nunca había besado a nadie cuando te conocí. Ya te lo he dicho, supongo. Pero me había enamorado de amigos que... no me podían corresponder. Y eso hacía difícil seguir siendo amigo de algunos de ellos. Pero nunca esperé tener ese tipo de sentimientos por un jugador de hockey. Por el *enemigo* —Puso los ojos en blanco—. Fui un imbécil prejuicioso.

—Lo entiendo. Créeme. Nunca he encajado con mis compañeros de equipo.

—Admito que, incluso ahora, me sorprende que yo... —Suspiró y miró al suelo.

Ryan podría adivinar el resto de la frase. Me sorprende que me *atraiga alguien como tú*. No se ofendió porque tampoco podía creerlo.

—Tu ropa debe estar lista para ir a la secadora —dijo Ryan—. ¿*Pueden ir a la secadora?*

Fabian se rió, y luego sorbió su nariz.

—Mi ropa es muy barata. Pueden ir a la secadora.

Una vez solucionado esto, Ryan sugirió que tomaran más café en el salón. Fabian se acurrucó en un extremo del sofá, con las piernas vestidas de franela recogidas bajo él. Ryan se sentó en el otro extremo, pero se volvió hacia él.

—Siento lo de tus padres —dijo.

Era algo que había querido decir cuando eran adolescentes.

Fabián trazó uno de los logotipos de los Guardians en sus pantalones con la punta del dedo.

—¿Sentir qué? No es su culpa que no hayan conseguido el hijo que querían.

—La culpa es de ellos —Ryan consideró lo que acababa de decir, luego se corrigió—. No quiero decir... Sólo intento decir que son estúpidos por no apreciarte como eres.





—Bueno, como me gusta decir, ellos se lo pierden. Pero nunca se siente bien ser tan decepcionante que tus padres tengan que adoptar hijos de sustitución. *Que sean mejores* — Fabian resopló—. Año tras año me presentaban alguna versión de su hijo ideal. Mis padres *estallaban* de orgullo cada vez que sus grandes pupilos marcaban un gol o eran entrevistados en la televisión. No podía esperar competir con eso.

—Lo siento. —dijo Ryan.

—¿Por qué?

—Por ser parte del problema.

Fabian se arrastró por el sofá, luego puso una mano a cada lado de la cara de Ryan y lo obligó a sostenerle la mirada.

—*No tiene nada que ver contigo. Eres maravilloso.*

Ryan se perdió por un momento en los oscuros y hermosos ojos de Fabian. Se repuso cuando Fabian lo soltó con una carcajada.

—Dios, escúchame. Tengo treinta y un años. ¿Por qué sigo quejándome de mis padres? Me va muy bien, ellos parecen ser felices, todo ha salido bien.

Ryan quiso discutir, pero decidió en su lugar tirar de Fabian hacia su regazo y besarlo.

—¿Cuánto falta para que la secadora esté lista? —dijo Fabian sin aliento cuando Ryan finalmente rompió su beso.

—¿Treinta minutos, tal vez?

—Tengo una idea para pasar el tiempo.

—¿Oh?

—Mm. Y lo bueno es que implica que me despojes de toda esta suave tela.





Capítulo 18

—Hay algo diferente en Fabián. —reflexionó Marcus.

—Hmm, ¿un nuevo corte de pelo? —Tarek sugirió.

—No. ¡Oh! ¡Lo sé! Acaba de tener un maratón de sexo alucinante con un jugador de la NHL.

Fabian le sacó la lengua a Marcus.

—*No* lo hice. Hemos hablado más que nada. ¿Hay más café?

—Prepararé un poco —ofreció Tarek—. Pero luego quiero escuchar *todo*.

—No *solo hablaron*, ¿verdad, Fabe? —preguntó Vanessa—. Eso sería trágico.

Fabián no pudo evitar la sonrisa que se dibujó en sus labios, lo que hizo gritar de emoción a Vanessa.

—¡Te lo has tirado totalmente! ¿Fue increíble?

—En realidad *no lo hice*. Técnicamente. Depende de cómo definas esas cosas.

Vanessa dejó su plato de waffles sobre la mesa de café y se sentó de nuevo en su sillón.

—Sabes que no creo que el sexo sólo cuente si hay penetración.

—Así que no estamos siendo sutiles, supongo. —murmuró Marcus.

—Entonces, según tu definición —dijo Fabián—, sí. Tuvimos sexo. Pero...

—¡Espera! ¡Espérame! —dijo Tarek, volviendo a toda prisa de la cocina para unirse a Marcus y Fabian en el futón—. La tetera está hirviendo. Escúpelo.

—Bien, entonces, él es algo ansioso con el sexo. Tiene algunas... dificultades... para terminarlo.





—Parece un buen reto. —bromeó Marcus.

Fabián entrecerró los ojos, aunque había pensado exactamente lo mismo.

—*No es un reto* —regañó Vanessa—. Mucha gente tiene dificultades con los orgasmos, por muchas razones diferentes. El sexo no tiene que ser sólo para correrse, ya sabes.

—Así es —aceptó Fabián con un tono soñador—. Lo pasamos muy bien. Fue... muy dulce. Es un besador increíble. Y tan fuerte y sexy —Suspiró—. Estoy flechado.

Vanessa dio una palmada.

—¡Lo amo!

—Pensé que lo traerías al brunch. —dijo Tarek.

—Lo consideraré, pero tenía una práctica o algo así esta mañana, y además. Quería hablar de él con ustedes.

—¿Así que ahora son pareja? —preguntó Marcus—. ¿Realmente estás saliendo con un jugador de la NHL?

La sonrisa de Fabián se desvaneció.

—No lo sé exactamente.

—¿No han hablado de eso? —preguntó Vanessa.

—No. Pero vamos a vernos mañana por la noche antes de que se vaya de viaje.

—¿Viaje por carretera? Boo.

—Sí, es una mierda, pero... —Fabián se encogió de hombros—. Estaré ocupado. Tengo un álbum que terminar, un lanzamiento que reservar y una mini-gira que planear.

—¿Cuándo vas de gira? —preguntó Vanessa.





—Hay un festival de música en pleno invierno en Kingston³² al que me han invitado a tocar. Pensé en hacer una pequeña gira en torno a él. Podría tomar los trenes en lugar de conducir yo mismo por Ontario en febrero.

—No puedes ir *solo*. —dijo ella.

—¡Puedo tener cuidado!

—Fabián —advirtió Tarek—, al menos busca otro músico con el que puedas hacer la gira.

Fabián quería discutir, pero sabía que sus amigos tenían razón al preocuparse.

—Preguntaré por ahí —prometió—. Quizá mi discográfica quiera emparejarme con alguien.

—Tal vez *Ryan* quiera ser tu asistente. —dijo Marcus.

—Excepto que estará jugando *al hockey* en febrero. Porque ese es su *trabajo*.

Marcus levantó las manos.

—¿Cómo carajos se supone que voy a saber cuándo es la temporada de hockey?

Fabian quería poner los ojos en blanco, pero no podía odiar lo mucho que lo querían sus amigos. O lo mucho que confiaron inmediatamente en Ryan. A pesar de su tamaño, su trabajo y el hecho de que aparentemente no tenía nada en común con ellos, los amigos de Fabian lo habían aceptado.

—Gracias —dijo Fabián—. Lo traeré a almorzar pronto. Si es que quiere venir, claro.

Si realmente estamos saliendo, o lo que sea.

—Maravilloso —dijo Tarek—. ¿Ahora podemos hablar literalmente de alguien que no sea Fabián para variar?

³² Kingston es una ciudad histórica de Ontario, Canadá





Cuando Ryan llegó a las instalaciones de entrenamiento el domingo, se sorprendió al encontrar a la mayoría de sus compañeros reunidos alrededor de la televisión en la sala de estar.

—¿Qué está pasando? —le preguntó a Wyatt.

—Shane Hollander e Ilya Rozanov están dando una conferencia de prensa. Acaban de anunciar esta nueva cosa de caridad que están empezando.

—¿Qué, *juntos*?

Wyatt se rió.

—Una locura, ¿verdad? Supongo que cualquiera puede dejar de lado sus diferencias si esos dos pueden.

Hollander y Rozanov eran famosos por ser rivales acérrimos y lo habían sido durante años. Eran dos de las mayores estrellas de la liga -Hollander en Montreal y Rozanov en Boston antes de fichar por Ottawa en verano- y, por lo que Ryan o cualquier otra persona sabía, no eran amigos fuera del hielo.

—Supongo que son amigos o algo así —dijo Wyatt—. Eso es lo que dijo Hollander hoy de todos modos. Eso va a explotar algunas mentes.

—Sí.

Observaron cómo Rozanov compartía unas sentidas palabras sobre la pérdida de la batalla de su madre contra la depresión.

—Dios, no sabía que su madre se había suicidado. —dijo Wyatt sin rodeos.

—Creo que nadie lo sabía.

Ryan había jugado con él durante toda una temporada y no tenía ni idea.





—Excepto Hollander, supongo. Me pregunto cuánto tiempo han sido amigos.

Ryan no podía ni empezar a adivinar. ¿Cuándo habrían pasado tiempo juntos fuera del hielo?

En realidad, no era asunto suyo, así que dejó de intentar averiguarlo. Además, estaba demasiado ocupado flotando en los recuerdos de las últimas veinticuatro horas. Su cerebro era básicamente inútil. Ni siquiera tenía la capacidad mental para entrar en pánico por tener que subir a un avión el martes.

—Probablemente estén cogiendo. —se burló Troy Barrett, lo que hizo reír al grupo que le rodeaba.

—Qué asco —dijo Dallas Kent—. Rozanov nunca lo haría. Pero apuesto a que Hollander es un maldito homo.

Eso inició un debate sobre la sexualidad de Shane Hollander del que Ryan se alejó. Podía recordarles que él era un "maldito homo", pero no tenía energía.

Wyatt lo encontró en el vestuario.

—Les dije a esos tipos que crecieran de una puta vez —dijo—. Sólo para que lo sepas.

—No tenías que hacer eso.

—Sí, tenía que hacerlo. No voy a aguantar esa mierda y tú tampoco deberías.

Ryan lo sabía. Debería hacer lo que pudiera para acabar con ese tipo de tonterías, pero había pasado tantos años tratando de escapar de la atención de todo el mundo, de no causar problemas, que la idea de enfrentarse a sus compañeros le intimidaba. Lo cual era ridículo porque su *trabajo* era luchar. Pero había una gran diferencia entre soltar los guantes e intercambiar golpes en el hielo -que rara vez era personal- y enfrentarse a tu compañero de equipo en el vestuario.

Debería decir algo. Diría algo. Esperó hasta que todos estuvieran en el vestuario, entonces se tragó los nervios y dijo:





—Hey, Kent.

La sala se *quedó en silencio*. Fue extraño. Ryan supuso que eso es lo que pasa cuando alguien que no habla mucho finalmente usa su voz.

—¿Qué? —preguntó Kent.

Ryan se dio cuenta de que intentaba no parecer nervioso. Ryan había visto *esa mirada en la cara* de muchos chicos en el hielo.

Echó los hombros hacia atrás y levantó la barbilla para mostrar cada centímetro de su altura.

—Para que lo sepas, soy gay.

Por un momento, nadie dijo nada. Ryan creía que nadie en la habitación ni siquiera *respiraba*. Y entonces Kent dijo:

—Está bien.

—Tenlo en cuenta —dijo Ryan.

A juzgar por la forma en que Kent abrió los ojos, no se había perdido la amenaza en el tono de Ryan. No es que Ryan fuera a golpear a un compañero de equipo, pero Kent no lo sabía.

Kent levantó las manos.

—Lo que sea, hombre. Eso es asunto tuyo. No tengo ningún problema contigo.

—Pero yo sí tengo un problema con que digas mierda homofóbica sobre *cualquier persona*. No quiero volver a oírlo.

Ryan se sintió extrañamente tranquilo. Casi como lo hacía cuando se peleaba durante un partido.

Alguien detrás de Ryan susurró: "*Mierda*".





Kent miró alrededor de la habitación en busca de apoyo, pero todos miraron hacia otro lado.

—Claro, está bien. Tendré cuidado con lo que digo, ¿de acuerdo? —dijo finalmente.

—Me alegro de oírlo.

Ryan le dirigió una última mirada dura, luego se dio la vuelta y volvió a sentarse en su puesto. El resto del equipo volvió a lo que había estado haciendo antes, y la sala se llenó de charlas.

Wyatt le dio un codazo a Ryan.

—Ojalá tuviera un vídeo de eso.

—Debería haber hecho eso hace mucho tiempo.

El corazón de Ryan estaba acelerado ahora, pero se sentía bien. Era más como adrenalina y menos como miedo o pánico.

—Esa mierda no va a continuar por mucho tiempo en esta liga. No cuando una de las mayores estrellas del juego está fuera.

Es cierto que el hecho de que Scott Hunter saliera del armario la misma temporada en la que había ganado la Copa Stanley, el Trofeo Conn Smythe al MVP³³ de los playoffs y el Trofeo Hart al MVP³⁴ de la temporada regular había quitado mucha fuerza al argumento de que el hockey era un deporte sólo para hombres heterosexuales. Pero, obviamente, aún quedaba trabajo por hacer.

Era el momento de que Ryan diera un paso adelante y se encargara de hacer su parte.

³³ El trofeo Conn Smythe se otorga anualmente al jugador más valioso (MVP) durante los playoffs de la Copa Stanley de la Liga Nacional de Hockey (NHL). El ganador es elegido por votación entre los miembros de la *Asociación de Periodistas de Hockey Profesional*, y debe necesariamente un jugador perteneciente al equipo vencedor.

³⁴ El Trofeo Memorial Hart (o simplemente **Trofeo Hart**) se entrega anualmente al jugador de hockey sobre hielo que es considerado "el más valioso para su equipo" en la NHL durante la temporada regular. La votación se realiza entre los miembros de la Asociación de Periodistas de Hockey Profesional.





Capítulo 19

—Wow.

Ryan miró con asombro el apartamento de Fabian. No sólo estaba más ordenado de lo que Ryan había visto nunca, sino que parecía una especie de guarida sexual de fantasía. La habitación estaba iluminada con una combinación de lámparas tenues, velas y luces blancas de hadas, que hacían que las paredes rojas parecieran más sensuales. Las velas debían estar perfumadas, porque un embriagador aroma dulce y picante llenaba el pequeño espacio.

Además, había juguetes sexuales en la cama.

Y por si fuera poco, Fabian llevaba un mono negro sin mangas, con las piernas acampanadas y un escote en V, así como un maquillaje de ojos negros ahumados y un labial rojo oscuro.

Ni siquiera las fantasías sexuales *más salvajes* de Ryan eran tan buenas.

—Por si no te queda claro lo que quiero esta noche —dijo Fabian, acercándose para rodear el cuello de Ryan con sus brazos—, he pensado en explicarlo mejor.

Tiró de Ryan hacia abajo para darle un beso. Ryan se preocupó por arruinar su lápiz labial, pero luego dejó de preocuparse porque la boca de Fabian estaba caliente y urgente en la suya.

—Mm —murmuró Fabián felizmente cuando se apartó—. He estado esperando eso.

Milagrosamente, el lápiz de labios de Fabian no se había estropeado. Debía ser una especie de lápiz de labios invencible. Eran buenas noticias porque Ryan esperaba besarse mucho más esta noche.

—Estás increíble. —dijo.

—¿Te gusta? —Fabián lo soltó y dio una pequeña vuelta—. Me lo hizo un amigo. Me temo que tendrá que salir para lo que tengo planeado.

—Me parece bien. Pero, ¿puedo besarte un poco más primero?





—Oh, sí.

Esta vez Ryan levantó a Fabian y éste rodeó la cintura de Ryan con sus piernas. Ryan lo aprisionó contra la pared y lo besó como lo había deseado durante días. Bajó la cabeza para poder trabajar en el hermoso cuello de Fabian, lo que hizo que éste jadeara y se retorciera en sus brazos.

—Dios, eres tan bueno en esto —jadeó Fabian—. Te eché de menos.

Ryan se rió.

—Sólo han pasado un par de días.

—Tú también me extrañaste. Admítelo.

Ryan le lamió la manzana de Adán.

—Te extrañé.

Fabián suspiró feliz y dijo:

—Estoy muy emocionado por jugar contigo.

A Ryan le encantaba la forma en que Fabian se refería al sexo. *Jugar*. Eso es lo que era. Sólo diversión y juegos. Nada de lo que preocuparse.

Cuando Ryan dejó que Fabian volviera a poner los pies en el suelo, Ryan pudo ver el contorno muy prominente de la erección de Fabian presionando contra la tela ajustada de su mono. El cabello de Fabian estaba despeinado pero su maquillaje permanecía impecable, y Ryan nunca había visto nada más sexy en su vida.

—¿Seguro que tienes que quitarte esto? —preguntó Ryan, pasando un dedo por la V del escote.

—Creo que te gustará lo que hay debajo.

Fabian se giró para que Ryan pudiera bajarle la cremallera.





—Tengo un poco de vino, si quieres. —ofreció Fabian.

—No tengo sed.

Ryan pellizcó la estrecha lengüeta de la cremallera entre sus gruesos dedos y la bajó lentamente, fascinado por la revelación de la piel de Fabian a medida que avanzaba. Esperaba que Fabian estuviera desnudo por debajo, pero cuando la tela se deslizó por los hombros de Fabian y se acumuló a sus pies, Ryan pudo ver que llevaba...

—Put a mierda.

Fabian miró por encima del hombro.

—Fue un riesgo, lo sé. Pero pensé que te gustaría.

—Sí. —Ryan tragó con fuerza—. Me gusta.

Nunca había visto a un hombre con ropa interior de encaje en persona. Bragas, Ryan supuso que era la mejor palabra. Era caliente como la mierda.

Alisó la palma de la mano sobre el delicado encaje negro que se extendía sobre los perfectos globos del culo de Fabián. Sin siquiera pensarlo, pasó el pulgar por la costura que se hundía en la raja de Fabián, y éste gimió en aprobación.

—Me encanta llevar encaje. —dijo Fabian.

Se echó hacia atrás y cubrió las manos de Ryan con las suyas, guiándolo. Ryan se acercó para que el bulto de sus pantalones presionara el culo de Fabian.

—No me importaría que lo llevaras todo el tiempo. —gruñó Ryan.

Fabián inclinó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué tal si te quitas la camiseta? Quiero ver ese precioso pecho.

Ryan dio un paso atrás para poder quitarse la camiseta. Fabian se volvió hacia él, y ahora Ryan podía ver la erección de Fabian tensándose contra el encaje.





—Oh, carajo —dijo Ryan. Se agarró a sí mismo a través de sus jeans mientras una poderosa sacudida de excitación lo atravesaba.

Los labios de Fabian se curvaron en una sonrisa diabólica mientras tocaba su brillante piercing en forma de corazón en el pezón.

—¿Qué quieres, Ryan? Tenemos toda la noche.

Ryan se puso de rodillas. Se sintió abrumado por el deseo de meter su boca en el encaje que estaba apretado contra la erección de Fabian. Empezó por acariciarlo ahí, y luego frotó su cara y su barba contra el duro pene mientras Fabian gemía.

—Dios, *sí que* te encanta.

Ryan abrió la boca y la apretó contra el eje rígido de Fabian. Se sintió *salvaje* de lujuria. Una parte de él deseaba que sus compañeros de equipo pudieran verlo ahora, de rodillas ante un hombre que llevaba ropa interior de encaje y maquillaje. Nunca lo entenderían. Esto no era para que lo entendieran. Esto no tenía nada que ver con ellos, y Ryan no podía estar más feliz por eso.

Lamió y besó hasta que Fabián jadeó:

—Para. *Mierda*. No quiero correrme todavía.

A Ryan le gustaba la idea de que Fabian se corriera mientras aún llevaba la ropa interior, pero obedeció y se echó hacia atrás. Fabian acarició la mejilla de Ryan con el dorso de su mano.

—Eres demasiado bueno para ser verdad, Ryan Price.

Ryan giró la cabeza y atrapó el pulgar de Fabian entre los dientes. Su mente estaba maravillosamente concentrada ahora mismo. No estaba nervioso ni inseguro de sí mismo. Quería hacer sentir bien a Fabian. Quería *follar*.

—Puedo decir que los jeans y la ausencia de camisa te sientan *muy* bien.

Fabian casi sonaba borracho, pero Ryan dudaba que hubiera tomado una gota de alcohol. Sonrió y se puso de pie para que Fabian pudiera verlo bien.



—Oh, sí —ronroneó Fabian. Dio un paso adelante y pasó sus manos por el pecho de Ryan—. Me encanta todo este pelo.

—¿Sí? Pensé en depilarlo.

—No te atrevas —Fabian apoyó sus dedos en la hebilla del cinturón de Ryan—. ¿Puedo?

Ryan asintió. No podía negarle nada a Fabian en ese momento. No cuando lo miraba a través de esas largas pestañas, con los párpados brillando con sombra negra. Ryan bajó la cabeza para besar a Fabian de nuevo. Le gustaba que Fabian le hiciera sentirse atractivo. Le hacía sentirse... sexy.

Fabian abrió el cinturón de Ryan mientras se besaban y luego abrió los dos botones superiores de la bragueta de Ryan. Se apartó para admirar su trabajo mientras Ryan jadeaba, incapaz de sentirse siquiera un poco cohibido.

—Permíteme memorizar esto —dijo Fabian—. Porque te ves absolutamente perfecto en este momento.

Ryan se rió, y entonces pudo flexionar un poco sus músculos abdominales.

—Uf. Bien —dijo Fabián—. Vamos a divertirnos.

Fabian se acercó a la cama y se tumbó de lado. Ryan permaneció de pie al final de la cama porque no se cansaba de ver la imagen de Fabian tumbado en una oferta decadente. Era la imagen misma del hedonismo, y Ryan aún no podía creer que algo de esto le estuviera sucediendo realmente.

—Así que —dijo Fabian, sus dedos caminando juguetonamente por el colchón hacia el gran consolador púrpura—, este es el que prometí revisar.

—¿Deberíamos, eh, empezar con eso, entonces?

Fabián lo levantó y le dio la vuelta.

—Es muy *grande*. ¿Tal vez podrías prepararme para ello?





Oh, diablos, sí. Ryan estaba definitivamente interesado en eso. Quería tener a Fabian todo suelto y abierto y rogando ser llenado con esa cosa. Y luego quizás con el pene de Ryan.

—Y no necesariamente tengo que estar *yo* en el extremo receptor —dijo Fabián—. Me encanta todo.

Oh. Ryan siempre había sido el activo, en el pasado. Probablemente era por su tamaño, pero sus compañeros siempre habían querido que se los follara.

—Sólo si quieres —dijo rápidamente Fabián—. Soy feliz de cualquier manera. O podemos hacer las dos cosas. Como dije, tenemos toda la noche.

Ryan decidió intentar decir lo que quería, sin preocuparse por lo embarazoso que pudiera sonar.

—Quiero verte con ese consolador dentro de ti. Quiero ver cómo lo tomas.

Los ojos de Fabian se abrieron de par en par.

—Dios mío, Ryan. Ven aquí y cuéntame más de tus buenas ideas.

Ryan se quitó los pantalones y los calcetines, pero se dejó los calzoncillos puestos, y luego cubrió el cuerpo de Fabian con el suyo propio, besándolo hambrientamente. Hizo girar sus caderas para que su propia erección chocara con la de Fabian, haciéndole saber a éste lo excitado que estaba.

—Oh, Dios —jadeó Fabian—. Dime lo que quieres hacerme. Dímelo.

A Ryan no se le ocurrían palabras, así que siguió besándolo por todas partes. Por el cuello, por el pecho hasta el piercing del pezón y luego por el ombligo. Lamió una larga franja a lo largo de la longitud de Fabian, aún atrapada por la ropa interior de encaje, y luego volvió a la boca de Fabian.

Fabian agarró el pene de Ryan por fuera de los calzoncillos y apretó, y Ryan se empujó involuntariamente en su mano.

—Mierda, sí. Tócame.





Fabian metió la mano en los calzoncillos de Ryan y rodeó su circunferencia dura como una roca con sus delgados dedos.

—Sigue hablando. —murmuró Fabian en su oído.

Hablar sucio estaba muy lejos de la zona de confort de Ryan, pero *quería* ser capaz de hacerlo por Fabian. Era una cosa tan pequeña y sencilla, poner en palabras los deseos que llenaban su cabeza. Podía intentarlo. Aquí estaba a salvo.

—Quiero quedarme en esta habitación para siempre y hacer que te corras una y otra vez. Eres tan jodidamente hermoso.

—*Ryan* —gimió Fabian—. Más, por favor.

—Quiero tus labios rojos alrededor de mi pene.

Ryan se sonrojó después de decir eso. No pudo evitarlo. Pero la única reacción de Fabian fue plantar ambas manos en el pecho de Ryan e inclinarlo sobre el colchón.

—Será un placer —dijo, y luego se deslizó por el cuerpo de Ryan y le bajó los calzoncillos hasta los muslos. El gran pene de Ryan repiqueteó contra su estómago, y entonces Fabian rodeó la base con los dedos y se llevó la cabeza a la boca.

—Oh Dios. Carajo.

Si Ryan no se corría esta noche, entonces había una posibilidad muy real de que nunca más alcanzara un orgasmo en su vida. Nunca volvería a estar en una situación tan caliente, estaba seguro de eso.

Observó cómo Fabián se lo chupaba mientras el placer aumentaba pero no amenazaba con llegar al orgasmo. Era perfecto. Quería disfrutar de esta sensación el mayor tiempo posible. Pero también quería ver cuántas veces podía correrse Fabian.

Detuvo a Fabian apoyando una suave mano en su mejilla.

—Eso se sintió increíble. Gracias.

Fabian se apartó con un lametón de despedida y luego besó el interior del muslo de Ryan.





—Ciertamente no me importa hacer eso durante mucho más tiempo, si quieres.

—Quiero probar esto en ti. Ryan giró la cabeza y agarró el consolador.

Era grande y de aspecto complicado. Tenía una parte curva en la parte inferior y una parte elástica en la parte superior. Ryan estudió el juguete, con el ceño fruncido, y Fabian se rió.

—Te hablaré de ello. Será divertido, lo prometo.

Hizo un gesto de alejar con las manos a Ryan.

—Levántate un segundo. Tengo que poner una toalla. Este edredón necesita dos ciclos de secado y no estoy hecho de dinero.

Ryan se puso de pie y decidió que también podía quitarse la ropa interior por completo. Fabian se apresuró a acomodar las cosas como quería en la cama, poniendo una almohada en medio del colchón y colocando un par de toallas encima.

—Lo siento —dijo—. Sé que esto no es nada sexy.

Ryan estaba bastante seguro de que Fabian podía desatascar un desagüe y ser sexy si llevaba ropa interior de encaje y maquillaje.

—No te preocupes. Estoy muy excitado.

Fabian sonrió por encima de su hombro.

—Bien. —Terminó su trabajo y se puso delante de Ryan—. Ahora sí.

Metió los pulgares en la cintura de sus calzoncillos de encaje y los deslizó hacia abajo sobre sus delgadas caderas. Ryan se habría consternado, si no fuera porque sin la ropa interior pudo ver que Fabian llevaba un anillo negro alrededor de la base de su pene y detrás de los huevos.

—Santo infierno —dijo Ryan.

Fabian era como uno de esos regalos que no paras de desenvolver. ¿Qué encontraría Ryan bajo el anillo de pene? ¿Un tatuaje con su propio nombre?





—Ayuda a la resistencia —explicó Fabián. Miró hacia abajo—. También me gusta cómo hace que mis bolas se vean.

—Sí —dijo Ryan con voz ronca—. Se ven bien.

Fabian tomó el bote de lubricante que había estado en el colchón junto al consolador y se lo entregó a Ryan.

—Usa mucho. Tengo más —Se tumbó de espaldas con el culo colocado sobre la almohada—. Empieza con los dedos —le indicó Fabian—. ¿Has hecho esta parte antes?

—Uh, sí. Hace tiempo, pero sí.

Ryan se echó lubricante en los dedos y Fabian abrió las piernas. El delgado y curvado pene de Fabian era como el acero, y sus pelotas parecían a punto de estallar, ahogadas por el anillo de silicona. Ryan no pudo evitar pasar la yema de un dedo sobre ellos.

—Ahh. —Fabian tembló, y sus pelotas se movieron bajo el toque de Ryan.

Dios, estaban tan apretados. Bajó los dedos hasta el agujero de Fabian y empezó a trazar ligeros círculos. Iba a cuidar muy bien de él. Lo adoraría como se merecía, y luego le dejaría tomar lo que quisiera.

Fabián se lo estaba pasando en grande.

—Sólo juega un poco con la punta —sugirió—. Haz que me suelte.

Ryan le acarició suavemente el agujero con la punta lubricada del consolador, sin llegar a empujarlo dentro. Era tan obediente y dulce. Fabian quería hacerle esto a Ryan alguna vez. Quería mostrarle lo increíbles que podían ser los juguetes, lo bien que se sentía tener un vibrador o unos collares dentro de ti. Por ahora tendría que predicar con el ejemplo.





—Creo que el botón superior lo hace vibrar un poco. Enciéndelo. —le indicó Fabian.

Ryan frunció el ceño en la base del vibrador por un momento, y luego presionó el botón correcto. El juguete comenzó a zumbear suavemente contra el agujero de Fabian.

—Mm. Eso es perfecto. Mantenlo así un rato.

Fabián estiró los brazos por encima de la cabeza y suspiró, amando la sensación de absoluta relajación que le invadía. Después de un par de minutos, dijo:

—Ahora podrías probar con un dedo. Con mucho lubricante, ¿sí?

—Sí.

La voz de Ryan sonaba estrangulada, cosa que a Fabian le encantaba. Observó con interés cómo Ryan introducía la punta de uno de sus fuertes y gruesos dedos en su interior.

—Dios, esos dedos. Eso es tan bueno, Ryan. Ábreme.

Ryan hizo rodar la cabeza vibradora del consolador a lo largo de las bolas y el eje de Fabian mientras lo abría. Dios, Fabian ni siquiera había pensado en pedir eso. Gritó su aprobación.

Fabian había estado con amantes que le dirían lo caliente y apretado que estaba su trasero en este momento, pero Ryan sólo parecía ser capaz de mirar con asombro sin palabras. Lo cual era perfectamente encantador a su manera.

—Quiero más —murmuró Fabián—. Dame el juguete. Apágalo primero.

Dejó escapar un largo suspiro mientras Ryan guiaba suavemente la cabeza del consolador hacia el culo de Fabian. Uf. No importaba cuántas veces lo hiciera, ese primer momento de penetración siempre era estimulante.

—¿Está Bien? —preguntó Ryan.

—Divino. Ahora puedes ser creativo. Gíralo, muévelo, vuelve a sacarlo. Tú decides.

Las cejas de Ryan se fruncieron en una expresión de profunda concentración mientras giraba lentamente el juguete y luego sacaba la cabeza.





—¡Oh! Sí. Más profundo esta vez.

Ryan hizo lo que le dijeron, pero primero agarró uno de los muslos de Fabian con la mano y lo empujó cuidadosamente hacia atrás para exponer mejor el agujero de Fabian. Puta mierda, esas manos era tan fuertes.

—Más. Más profundo. —Cuando el consolador estaba completamente dentro, los ojos de Fabian se pusieron en blanco—. Oh Jesús. Eso es bueno. ¿La parte doblada que sobresale está tocando mi perineo?

—Eso es, como, tu suelo pélvico, ¿verdad?

—Sí, cariño.

—Sí. Está ahí.

—Sí. He leído el manual antes de que vinieras. Vibra a cinco velocidades diferentes, y también empuja a tres velocidades diferentes. Así que vamos a empezar por la configuración del vibrador, y luego vamos a llegar a la parte de empujar.

Ryan pulsó el botón de vibración, y un zumbido de muy baja intensidad hizo cosquillas en el culo de Fabian.

—Bien. Sube más. Eso se siente como nada.

—¿Qué tal ahora?

—¿Has pulsado el botón?

—Sí.

—Presiona de nuevo. Se siente igual —Fabian tamborileó con los dedos sobre el colchón, esperando—. ¿Ryan?

—Lo presioné.

Fabian dejó escapar un suspiro exasperado.





—Esto apesta. Aprieta otra vez. Y juro por Dios que si-¡Aaah! —Fabian se arqueó fuera de la cama cuando el juguete de repente traqueteó como una lavadora rota dentro de él—. ¡Apágalo! ¿Qué carajo? ¡Apágalo!

Ryan lo apagó y Fabián pudo ver que intentaba no reírse.

Fabian lo miró con desprecio.

—La próxima vez *te* voy a meter juguetes raros en el culo a tí, Risitas.

—Parece que se pasa de cero a cien en un momento, ¿eh?

Resopló. —Casi me da miedo sugerir esto, pero supongo que deberíamos *probar* la función de empuje.

—¿Seguro?

—Sí. ¡Pero sólo la configuración más baja!

Ryan asintió, todavía mordiéndose el labio para contener la risa, y pulsó el botón inferior.

—¡Ay! ¡La puta carajo! ¡Para! ¡Sácala!

Ryan retiró el juguete tan rápido como pudo sin lastimar a Fabian.

—¿Qué pasó?

—Dios, estaba como *pellizcando* el interior de mi culo. No fue una buena sensación.

Ryan frunció el ceño ante el juguete como si estuviera pensando en darle un puñetazo, lo que hizo reír a Fabian.

—Simplemente tíralo en el fregadero.

Ryan corrió hacia el baño, donde presumiblemente dejó caer el terrible juguete en el lavabo, y volvió a la cama.

—¿Así que no está recibiendo una buena crítica?





Ambos se desternillaron, riendo hasta enredarse en la cama.

—Oh, Dios —resopló Fabian—, se suponía que esta iba a ser una noche tan sexy.

—Sigue siendo sexy —le aseguró Ryan, y besó el pelo de Fabián—. Siento que ese juguete no haya funcionado bien, porque me encantó ver cómo lo tomabas.

—¿Te gustó?

—Mhm.

Ryan los cambió de lugar para que Fabián estuviera de espaldas, con Ryan cubriéndolo, y lo besó sin aliento. El pene de Ryan probablemente había flaqueado un poco durante el desastre del juguete sexual y el ataque de risa que siguió, pero ahora era como el acero. Fabian presionó su propia erección contra el estómago de Ryan, haciéndole saber que todavía estaba muy interesado en más.

—Tengo condones. Si quieres joderme.

Ryan se quedó helado.

—¿Podría?

—No tiene sentido desperdiciar todo ese trabajo de preparación —dijo Fabian con una sonrisa irónica. Luego besó la mejilla de Ryan y susurró—. Me muero por tener ese gran pene dentro de mí. Así que, sí, Ryan. Puedes cogerme. *Por favor, hazlo.*

Ryan gruñó y rodeó con una de sus gigantescas manos la dolorida y palpitante erección de Fabian. Cuando la acarició, Fabian gritó como si se hubiera electrocutado.

—Dios, estás tan duro con esa cosa puesta —dijo Ryan, con un dedo trazando el anillo de silicona que estaba envuelto alrededor del pene y las bolas de Fabian—. ¿Puedo chuparlo?

—Oh, supongo. —dijo Fabian con un suspiro exagerado.

Los labios de Ryan se movieron hacia arriba en una pequeña sonrisa, y luego se deslizó hacia abajo para tomar a Fabian en su boca. Fue celestial, y aún más cuando Ryan le metió dos dedos.





—Oh, Ryan. Sí. Justo así.

Ryan se apartó y dijo:

—Quiero que vengas.

—Definitivamente lo haré. Especialmente si... —Fabian se estremeció cuando Ryan se metió en la boca su apretado saco de bolas—. Oh, me encanta eso. Sigue así.

Fabian puso una mano alrededor de su propia erección y se acarició, amando la triple sensación de tener su culo, bolas, y el pene estimulado.

—Estoy tan cerca. Mierda.

Dios, era vergonzoso lo fácil que se deshacía Fabián, incluso con un anillo para el pene, pero no había nada que hacer al respecto. Todo su cuerpo temblaba por la necesidad de liberarse.

—Hazlo —ordenó Ryan, y luego le dio otra lamida a las bolas de Fabian—. Déjalo salir.

Fabian sólo tuvo tiempo de gemir antes de entrar en erupción. Su descarga brotó de su pene en cintas y aterrizó en su pecho y estómago.

Cuando terminó, cerró los ojos y se hundió en las almohadas.

—Ha sido increíble. —suspiró.

—¿Has terminado? —preguntó Ryan. Estaba arrodillado entre los muslos flácidos de Fabian, sosteniendo su propia erección palpitante—. Está bien si quieres ir a dormir.

—Oh, Dios no —le aseguró Fabián—. *Realmente* quiero a tu pene dentro de mí —Exhaló un suspiro—. Pronto, quiero decir. Dame un segundo.

—No tenemos que hacerlo si...

Fabian se sentó y agarró la cara de Ryan con ambas manos.





—Quiero hacerlo. Posiblemente nunca he querido algo más con tanta fuerza ¿de acuerdo?

Ryan sonrió. —De acuerdo.

Fabian metió un dedo entre el anillo de silicona y su pene reblandecido.

—Pero me lo voy a quitar.

Se lo quitó con cuidado, luego lo llevó al baño para que se uniera al consolador en el lavabo, y se limpió el pecho y el estómago rápidamente.

—¿Estás bien? —preguntó cuando volvió al dormitorio.

—Estoy genial. Joder, eso fue caliente. Ryan se estaba acariciando a sí mismo, lo que a Fabian le gustaba. Realmente esperaba que Ryan pudiera correrse esta noche. Abrió el cajón de la mesita de noche y sacó una tira de condones.

—Entonces —preguntó—, ¿cómo me quieres?

Ryan ni siquiera sabía cómo quería a Fabian. En todos los sentidos a la vez, si era sincero.

—Quiero verte —dijo—. Tal vez... ¿podrías estar encima?

Fabián sonrió.

—*Definitivamente* puedo estar en la cima. Acabas de tomar una decisión muy sabia.

Ryan lo besó, agradecido de que Fabian lo hiciera tan *fácil*. Se acomodó en el colchón y esperó a que Fabian hiciera el siguiente movimiento.

Pero Fabián no se movió de donde estaba arrodillado al final de la cama.





—¿Tienes idea de lo caliente que eres? —preguntó Fabian.

Ryan negó con la cabeza, lo que hizo que Fabian lo fulminara con la mirada.

—Me gustaría *vivir* entre estos muslos. Son espectaculares —Se arrastró por la cama hasta tener la cara entre ellos—. Aquí mismo. Aquí es donde quiero construir un hogar.

Ryan se rió. —Puedes agradecer al hockey por eso.

—Ugh. Supongo que es bueno para algo. ¿El hockey también te da unas bolas enormes y preciosas?

—No —jadeó Ryan cuando Fabián se llevó una de sus bolas a la boca—. Eso es solo parte de mí.

Fabian tarareó su aprobación, lo que hizo gemir a Ryan. Fabian le chupó los huevos y luego el pene durante un rato, y luego se abrió paso a besos hasta la boca de Ryan.

Ryan estaba muy preparado. Estaba zumbando por todas partes, desesperado por liberarse. Estaba *seguro de que* podría hacerlo esta noche.

Fabian sacó la tira de preservativos de algún lugar de la cama y arrancó un paquete. Lo abrió y enarcó una ceja.

—¿Te visto?

Ryan sonrió. —Claro.

Fabian deslizó el condón sobre la cabeza del pene de Ryan y lo hizo rodar por el tronco, luego agarró el lubricante y se puso a trabajar para untarlo.

—¿Cuándo fue la última vez que te corriste? —El tono de Fabian era casual, como si preguntara por el tiempo.

Dios, ¿cuándo fue? Ryan se había corrido con éxito en la ducha una mañana, pero eso parecía hace años.

—No lo sé. ¿Dos semanas? ¿Tal vez un poco más?





Fabian lo miró con simpatía.

—Oh, amor. Veamos qué podemos hacer al respecto.

Ryan sólo asintió. Por favor, sí. Hagamos eso.

Fabian se alineó y se hundió en el pene de Ryan. Ambos gimieron al mismo tiempo mientras Ryan se deslizaba con muy poca resistencia.

—Oh, *me gusta* este juguete —ronroneó Fabian cuando Ryan estaba completamente dentro de él—. Eres tan jodidamente grande. Se siente increíble.

Ryan notó que Fabian estaba casi completamente empalmado de nuevo. Era irreal.

Dejó que Fabián tomara la iniciativa al principio, quedándose lo más quieto posible mientras Fabián se follaba a sí mismo en su pene. No quería hacerle daño, y también disfrutaba mucho viendo a Fabian trabajar sobre él.

Se sentía increíble, pero si iba a correrse, iba a tener que empezar a empujar.

—¿Puedo moverme? ¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, estoy bien. Fóllame.

Ryan lo hizo. Sujetó las caderas de Fabian y lo penetró con fuerza mientras éste echaba la cabeza hacia atrás y gemía. Ryan estaba hipnotizado por su belleza. ¿Cómo podía algo tan impresionante estar encima de él ahora mismo? ¿Cómo podía Ryan estar *dentro de él*?

Oh, mierda. Ryan se estaba acercando maravillosamente.

—¿Puedo... puedo ponerte de espaldas? Creo que eso podría funcionar.

La cara de Fabián se iluminó.

—Claro que sí. Vamos a conseguirlo.





Se cambiaron para que Fabián estuviera de espaldas, y rodeó con sus piernas a Ryan cuando éste volvió a penetrarlo.

—¿Puedes correrte otra vez? —Ryan gruñó.

Fabian empezó a acariciar su propio pene

—Creo que sí. Continúa.

Ryan ajustó su ángulo, esperando ser lo suficientemente hábil como para apuntar a la próstata de Fabian con sus empujones.

—Justo ahí —jadeó Fabián—. Es perfecto, cariño.

Ryan sonrió, satisfecho de sí mismo. ¿Cuándo fue la última vez que había *sonreído* durante el sexo? Fabian se dio cuenta, y le devolvió la sonrisa.

—Bésame —susurró Fabián—. Por favor.

Ryan redujo sus empujones y luego bajó su boca a la de Fabian. Esperaba que Fabian lo recibiera con un beso salvaje y apasionado, pero en cambio fue lento y dulce. Ryan se hundió en él, con la cabeza nublada.

—Tú —respiró Fabián contra sus labios—, eres increíble.

Ryan lo besó de nuevo, tratando de igualar la ternura de Fabian. Tratando de demostrarle lo mucho que todo esto significaba para él. Cuando no pudo aguantar más, comenzó a mover sus caderas, deslizándose dentro y fuera de Fabian en largos y lentos empujes.

—Mm. No pares —murmuró Fabian—. Se siente tan bien.

Ryan no quería parar. Cada embestida le provocaba olas de placer, llevándolo a la liberación. Finalmente, pudo sentir esa presión en la base de su columna vertebral y en sus pelotas que normalmente era tan esquiva.

—Mierda, creo que voy a correrme.

—¿En serio? Vamos. Yo también estoy cerca.





Ryan perdió totalmente el control del ritmo mientras perseguía su orgasmo. Fue *justo ahí*.

—¿Puedes salir? —preguntó Fabián—. Quiero verlo. Lo quiero todo sobre mí.

Oh, *mierda*. Eso fue todo. Ryan se retiró y arrancó el condón justo cuando sintió el primer pulso maravilloso de su liberación. Jadeó de alivio mientras un hilo tras otro de semen cremoso salía de él, cayendo sobre el pecho y el cuello de Fabian. Un segundo después, Fabian gritó, y una impresionante cantidad de semen se unió al de Ryan, teniendo en cuenta que era el segundo orgasmo de Fabian.

—Santo Dios —jadeó Ryan mientras se dejaba caer en la cama junto a Fabian—. Gracias. *Jesús*, lo necesitaba mucho.

Fabián giró la cabeza y le sonrió.

—Sabía que lo resolveríamos. Ha sido encantador ver eso.

Se quedaron en la cama hasta que sus pechos dejaron de agitarse, y luego se turnaron para limpiarse. Cuando Ryan salió del baño, Fabian palmeó el colchón a su lado.

—Ven a acurrucarte.

Fabián se acomodó con la cabeza en el pecho de Ryan, luego tomó la mano de éste y enredó sus dedos.

—Gracias —dijo Ryan—. Por todo lo de esta noche. Nadie ha puesto tanto esfuerzo en...

—¿Seducirte?

Ryan resopló.

—Sí, supongo.

—Quédate conmigo —murmuró Fabián somnoliento—, y quedarás hechizado, molesto y desconcertado.

—¿Molesto? —se burló Ryan, pero se quedó mentalmente con la sugerencia de Fabian de seguir con él.





—Oh, puedo ser muy molesto —dijo Fabian—. Es una justa advertencia.

Ryan lo abrazó más fuerte.

—Tomo nota.

Ryan se dio cuenta, mientras se dormía, de que no había pensado en su vuelo por la mañana ni una sola vez en toda la noche.





Capítulo 20

—¿Estás sonriendo en un avión, Pricey?

Ryan se cubrió la boca con la mano, fingiendo que se alisaba la barba.

—No.

Wyatt le apartó la mano.

—¡Lo estás haciendo! ¿Qué está pasando?

La mirada de Ryan recorrió el avión. Ninguno de sus compañeros parecía prestarles atención mientras esperaban a que el avión despegara.

—Nada. Sólo estoy de buen humor.

Wyatt lo miró con escepticismo.

—¿Qué hiciste anoche?

Ryan sabía que sus mejillas se estaban calentando, pero trató de actuar con frialdad.

—No mucho. Salí con un... amigo.

Maldita sea. Probablemente no debería haber dudado antes de decir amigo.

Wyatt sonrió.

—Mierda. ¿Tuviste suerte, Pricey?

Sí. Realmente una puta suerte. Pero todo lo que dijo fue:

—Tal vez.

—Y te curó el miedo a volar.

Ryan resopló.





—Todavía estoy aterrorizado. No lo dudes.

—No hay nada de qué preocuparse. Vamos a superar este viaje por carretera y te llevaremos a casa sano y salvo con tu nuevo hombre.

Incluso la idea de tener a Fabian para volver a casa hizo que Ryan se sintiera feliz.

—¡Mírate! —dijo Wyatt, dándole un codazo—. ¡Estás brillando! Realmente te gusta este tipo.

Ryan se encogió de hombros, pero seguía sonriendo.

—Me gusta. Me gusta mucho.

Una cantidad absurda, probablemente, dado el poco tiempo que llevaban juntos. Pero Ryan no podía evitar sus sentimientos. Era como si llevara trece años viviendo de forma rutinaria, arrastrándose de ciudad en ciudad. Despertándose solo en habitaciones de hotel y apartamentos apenas amueblados, viendo vídeos de peleas de hockey y tratando de ocultar el hecho de que apenas se sostenía en todo momento.

Ahora era como si las luces se hubieran encendido y el mundo de Ryan estuviera lleno de color y posibilidades. Era aterrador a su manera, pero ahora que había obtenido una muestra de lo que *podía* ser su vida, haría todo lo posible para alejar la oscuridad.

Comprobó su teléfono y vio que había un mensaje de Fabián.

Fabian: ¿Qué harás el domingo por la mañana?

Ryan: Nada. ¿Por qué?

Fabián: Mis amigos se reúnen todos los domingos para el brunch. Sólo somos Vanessa, Marcus, Tarek y yo. ¿Quieres unirme a nosotros?

Ryan: ¿De verdad?

Fabián: Sí. No es elegante. Ponemos cosas en waffles congelados. Y bebemos mimosas baratas de Baby Duck.





Ryan: ¿Tuestan los waffles?

Fabián: ¡Sí! ¡No somos monstruos!

Ryan: Suena bien entonces.

Fabian: La regla es que cada uno tiene que traer una cobertura de waffle.

Ryan: ¿Cómo qué? ¿El jarabe?

Fabián: No. Como algo creativo. Usa tu imaginación.

Ryan frunció el ceño y tecleó 'No estoy seguro de tener buena imaginación'

Fabián: Por supuesto que sí. Anoche estuviste muy creativo.

Este texto iba acompañado de uno de esos emojis con cara de guiño que a Ryan siempre le han parecido tan fascinantes.

—Le estás enviando un mensaje de texto ahora mismo, ¿verdad? —Wyatt se burló.

—¿Qué te hace decir eso?

—Tienes la cara muy roja y una gran sonrisa de bobo.

Ryan leyó la conversación de texto, entusiasmado porque Fabian lo había invitado a salir con sus amigos. Eso tenía que significar algo, ¿no? Sabía que Fabian era generalmente amistoso y social, pero aún así. Esto parecía un paso en la dirección correcta.

Él respondió: 'No puedo esperar a verte de nuevo', lo que esperaba que sonara más romántico que desesperado.

Cuando Fabian respondió: 'Estoy contando los minutos, cariño', Ryan sonrió.

—Caramba —se rió Wyatt—. ¡Espero que le gustes tanto como a ti te gusta él!





Ryan metió su teléfono en el bolsillo del asiento, apoyándolo en su libro de *Ana de las Tejas Verdes*.

—Yo también.

—Quiero que todos se comporten lo mejor posible —Fabian lanzó una dura mirada a cada uno de sus amigos—. Sean buenos con él.

Marcus le puso su mejor cara de inocencia.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—No vamos a asustar a tu grande y fuerte novio. —dijo Tarek.

—No es mi... —Fabian resopló y continuó—. Hablo en serio. Nada de abrumarlo con preguntas. Nada de hablar demasiado de sexo —Le dirigió a Vanessa una mirada particularmente mordaz por eso—. Nada de bromas. Nada de insinuar que estoy enamorado de él. Sólo. Estén. Tranquilos.

Vanessa puso la mano sobre su corazón.

—Prometo que no haré al menos algunas de esas cosas.

El timbre de la planta baja sonó y Fabian se dirigió a la puerta.

—¡Dios mío, está tan emocionado! Me encanta esto. —dijo Marcus.

Fabian lo miró por encima del hombro antes de abrir la puerta y bajar corriendo las escaleras. Por supuesto que estaba emocionado; Ryan había estado fuera desde el martes por la mañana, y sólo había regresado a última hora de la noche. Fabian se moría por volver a verlo. Cuando abrió la puerta que daba a la calle, encontró a Ryan con un abrigo de lana negro, un gorro gris y una sonrisa adorable.





—Hola. —dijo Ryan.

—Hola.

Por un momento, Fabián se quedó mirándolo. Se dio cuenta de que estaban, con Fabian de pie en una escalera por encima de él, a la altura perfecta para besarse. Así que lo besó. Habría saltado a sus brazos, salvo que Ryan llevaba dos grandes bolsas de supermercado, y ambas parecían estar bastante llenas.

—¿Qué diablos es todo esto? —preguntó Fabián.

—No estaba seguro de qué traer, así que compré un montón de cosas —dijo Ryan tímidamente—. Espero que algunas sean buenas.

—Debería haberte explicado que somos extremadamente fáciles de complacer.

Condujo a Ryan por las escaleras y entró en el apartamento. Los tres amigos de Fabian miraban descaradamente a la puerta.

—¿Recuerdas a Tarek, Vanessa y Marcus? Todos ellos viven aquí.

—Hola —dijo Ryan—. Gracias por recibirme.

Fabián oyó a Marcus susurrar: "*Dios, ojalá*³⁵", y entrecerró los ojos hacia él en señal de advertencia.

—Has traído comida —dijo Vanessa, agarrando las bolsas de Ryan. Miró dentro de una—. ¿Esto es *champagne de verdad*?

Todos se reunieron en torno a Vanessa mientras ésta sacaba una botella de Moet³⁶ de una de las bolsas.

—Ryan, ¿qué carajos? —dijo Fabian—. Dije que trajeras, como, Nutella. No un champagne de cien dólares.

³⁵ En el original 'thanks for having me', también se puede interpretar como *gracias por tenerme*. De ahí el susurro soñador de Marcus

³⁶ Champagne francés, considerada una de las marcas de champagne mas prestigiosas del mundo.





—Alguien me lo regaló —dijo Ryan—. Nunca iba a beberlo. Pensé que podría ser apreciado aquí.

—Oh, se agradece —dijo Tarek felizmente—. Voy a poner esto en hielo —Mientras se dirigía a la cocina, gritó—: ¡Adoro a tu novio, Fabián!

Maldita sea. Sus amigos eran una basura.

En general, sin embargo, el brunch fue bastante bien. Ryan mencionó el centro comunitario que había visitado y Tarek se entusiasmó porque conocía el lugar. Mientras los dos hablaban de todas las cosas buenas que hacía el centro y de las mejoras que podría recibir, el corazón de Fabian se hinchó. Desde el momento en que se había dado cuenta de que sus sentimientos por Ryan iban más allá de la curiosidad, se había preocupado por cómo podría encajar en la vida de Fabian. O cómo Fabian podría encajar en la suya. Fabian aún no estaba seguro de esto último, pero al ver a Ryan con sus amigos ahora -incluso infiltrándose en su sagrada tradición del Bargain Brunch- no le quedaban dudas de que Ryan podría encajar perfectamente.

A Fabian no le gustaba pensar demasiado en la *otra* vida de Ryan, o en cómo Fabian podría pertenecer a ella. Tal vez se estaba adelantando demasiado, pero la idea de que le pidiera que fuera a los partidos de hockey, que asistiera a las fiestas del equipo, que estuviera rodeado de otros jugadores de hockey y de aficionados al hockey, no era algo que Fabian pudiera digerir. Le gustaría decir que quería intentarlo, pero en realidad no era así. Lo que quería, y sabía que era terriblemente egoísta por su parte, era que Ryan se alejara del hockey.

Se dijo a sí mismo que no era *sólo* por él que quería que Ryan lo dejara; el hockey no era bueno para Ryan. Fabian no tenía que seguir el deporte para verlo. Pero sugerirle a Ryan que cambiara toda su vida después de haberlo conocido durante unas pocas semanas parecía un poco demasiado, incluso para Fabian.

Fabian decidió en ese momento, mientras Ryan se reía de un chiste que hizo Marcus, que se superaría a sí mismo y se interesaría por la carrera de Ryan. No estaba seguro de hacia dónde se dirigían las cosas entre ellos, pero si su relación consistía enteramente en que Ryan apoyaba y formaba parte de la vida de Fabian y éste no daba nada a cambio, era imposible que durara.





Ryan le dio al play al octavo vídeo consecutivo de Duncan Harvey peleando. Fabian estaba dormido a su lado, tranquilo y hermoso. Era tarde, y Ryan debería estar intentando dormir, pero su cuerpo zumbaba de ansiedad. Así que, en lugar de eso, estaba sentado en su cama en ropa interior, con el portátil en equilibrio sobre los muslos.

Ryan había disfrutado pasando el rato con los amigos de Fabian esa mañana, pero no podía quitarse de encima la certeza de que no pertenecía a ellos. Todos habían estado hablando de música y arte y de cosas que hacían sus amigos, y Ryan no podía contribuir. Y no podía evitar preguntarse, como lo había hecho desde el viernes por la noche, qué era exactamente lo que estaban haciendo él y Fabian. Si esto era sólo sexo para Fabian, Ryan preferiría saberlo ahora porque le ahorraría mucho dolor más tarde.

Y si no era sólo sexo, ¿entonces qué era? ¿Estaban *saliendo* él y Fabian? La idea parecía absurda, y lo era aún más cuando Ryan había intentado no hacer el ridículo en el almuerzo de aquella mañana.

Prepararse para la inevitable pelea con Harvey era al menos algo productivo que Ryan podía hacer para distraerse de todos sus estúpidos y horribles pensamientos. Aunque uno de esos horribles pensamientos era que cosas como que Ryan tuviera que estudiar vídeos de peleas de hockey eran exactamente la razón por la que no merecía a Fabian.

Pero tenía que estudiar, porque la alternativa era recibir una brutal paliza de Harvey. Ryan no perdía muchos combates. Entre su ventaja de tamaño, sus años de experiencia y los fundamentos del boxeo que le había enseñado su padre, Ryan tenía la ventaja en casi todas las peleas en las que había participado.

Aún así. Duncan Harvey era aterrador.

Harvey no luchaba con la habilidad de Ryan. Luchaba como si no tuviera nada que perder, y eso asustó y entristeció a Ryan. Sabía que Harvey había tenido problemas de adicción en el pasado, y que la liga lo había obligado a ir a rehabilitación un par de veces. Ryan no estaba seguro de si Harvey seguía teniendo problemas -realmente no lo conocía bien-, pero no parecía un tipo que hubiera enderezado su vida.

A los fans les encantaba que Ryan y Harvey se pelearan. Había muchos vídeos de los dos enfrentándose, pero Ryan los evitaba. No le gustaba verse a sí mismo luchando. Las pocas veces que había visto un vídeo de uno de sus combates, había sentido algo parecido al vértigo. Era





una sensación extraña, verse a sí mismo haciendo algo que recordaba haber hecho, pero siendo incapaz de creer que realmente lo había hecho. Su aspecto era *aterrador* cuando luchaba, como si su cuerpo hubiera sido poseído temporalmente por un demonio. Pero Ryan sabía que no era así. Cuando soltaba los guantes, sacaba una parte oscura de sí mismo. Era, extrañamente, una de las únicas veces en que se sentía realmente tranquilo.

Pero la preparación para una pelea. La anticipación de la lucha. Eso era diferente.

Vio cómo Duncan Harvey le daba un puñetazo, y Ryan hizo una mueca de dolor cuando su oponente cayó al hielo. Brutal. Sabía que Harvey solía esperar y dejar que sus oponentes dieran unos cuantos golpes inútiles antes de derribarlos rápidamente con un despiadado gancho de derecha. Era como ver a un depredador jugando con su presa, dándole falsas esperanzas.

—¿Qué estás viendo?

La cabeza de Ryan giró tan rápido que casi se hace daño. La cabeza de Fabian seguía acurrucada en la almohada, pero sus ojos estaban abiertos.

—Oh. Uh, nada. Sólo cosas de hockey.

—¿Peleas?

—Tal vez.

Ryan cerró su portátil.

Fabian se levantó sobre un codo.

—¿De verdad hay en Internet vídeos sólo de las peleas de los partidos de hockey? —Se burló—. ¿De qué estoy hablando? Claro que los hay.

—Sí. A veces los veo antes de los partidos. Del tipo con el que espero luchar.

El ceño de Fabián se frunció.

—¿Las peleas están planeadas de antemano?





—No, no, no así. Pero si vamos a jugar contra un equipo con otro ejecutor, es muy probable que tenga que luchar contra él.

—¿Porque ustedes... se odian?

Ryan suspiró y puso el portátil en su mesita de noche.

—No. No tengo ningún problema con Duncan Harvey ni con nadie.

—Entonces, ¿por qué te enfrentas a él?

—Es parte del juego.

Fabian hizo una mueca.

—No entiendo por qué golpearías a alguien sin razón. No voy a pretender ser un experto, pero ¿las peleas de hockey no son algo en caliente?

—Suele ser así. A veces nuestro jugador estrella es atacado de alguna manera, y entonces tengo que luchar contra el tipo que lo hizo. O tal vez tengo que luchar contra el ejecutor de ese equipo. Es como... —Ryan trató de pensar en la palabra—. ¿Es como si fuéramos representantes, tal vez?

La boca de Fabián se torció.

—Son como los caballeros. Luchan en nombre del honor de su rey.

—Supongo. Excepto que mi rey en este momento es un maldito imbécil.

—Los reyes suelen serlo —Fabian apoyó su cabeza en el muslo de Ryan y lo miró—. Así que mañana por la noche, ¿vas a golpear a un hombre con el que no tienes problemas para proteger a un hombre que odias?

Ryan pasó sus dedos por el pelo de Fabian, lo que le hizo suspirar felizmente.

—Haces que suene estúpido.

—Es *muy* estúpido.





Acarició el pelo de Fabian en silencio durante un rato. El movimiento relajante y repetitivo estaba haciendo que Ryan se sintiera somnoliento, lo cual era una sensación bienvenida.

—No me gusta pensar en que te pelees.

Los dedos de Ryan se detuvieron un momento y luego reanudaron sus caricias.

—A mí tampoco.





Capítulo 21

—Hey. Duncan.

Duncan Harvey miró a Ryan desde donde se estiraba en el hielo, cerca de la línea central. *Técnicamente*, Ryan no debía hablar con sus oponentes durante el calentamiento, pero esperaba poder detener una pelea inútil antes de que se produjera.

Duncan escupió en el hielo y dijo:

—¿Qué?

Ryan se dobló por la cintura para estar más cerca de la cara del otro hombre. Duncan tenía notables bolsas bajo los ojos.

—Sólo quería decir que no tenemos que pelear esta noche.

Duncan se movió para estar sobre una rodilla.

—¿De qué mierda estás hablando?

Sus rostros estaban a centímetros de distancia, y Ryan estaba seguro de que estaba llamando la atención de la multitud, así que retrocedió un poco.

—Sólo digo. No tenemos que hacerlo.

—Eso te gustaría, ¿verdad?

Sí, *a* Ryan le gustaría eso. Ese era más o menos su punto. Pero se fue patinando sin responder.

—¿Cómo está tu amigo Duncan? —preguntó Wyatt cuando Ryan se puso en el hielo a su lado para estirar—. ¿Le gusta tu nuevo corte de pelo?

—Creo que quiere luchar.

—Bueno, eso no suena a él.





Ryan gruñó mientras profundizaba en el estiramiento de los isquiotibiales.

—No tiene buen aspecto. Está sudado y el partido ni siquiera ha empezado.

—Preocúpate por ti mismo —El tono de Wyatt era inusualmente serio—. No estoy bromeando, Pricey. Si quiere pelear, térmalo lo más rápido posible. ¿Viste la última pelea, contra como se llame en Calgary?

Ryan *había* visto esa pelea, y también se había dado cuenta de lo salvajes que habían sido los golpes de Harvey. Lo fuerte que había golpeado. Lo dañada que había quedado la cara de su oponente después.

—Sí. Lo ví.

En el segundo periodo, Harvey empujó a Ryan. Hasta ese momento no había pasado nada entre ellos, pero Harvey debió decidir que ya era el momento de que se pelearan.

—Vete a la mierda, Harvey. —dijo Ryan cansado.

Pero Harvey lo empujó de nuevo.

—Vamos, idiota.

Ryan se volvió hacia él. El canto de '*Pay the Price*' ya había comenzado.

—No voy a pelear contigo.

Los ojos de Harvey se desorbitaron. Parecía *feroz*.

—La mierda que no. —Se quitó los guantes y Ryan los vio patinar sobre el hielo—.Vamos.
—gruñó Harvey.

—No.





Harvey intentó agarrar su camiseta, pero Ryan patinó hacia atrás y Harvey terminó agarrando aire y casi perdiendo el equilibrio.

—¡Pelea conmigo, cobarde!

Ryan no quería. Era un *buen* defensor. Podía contribuir a un equipo sin tener que hacer esto.

Y además, Harvey no estaba bien.

Harvey se lanzó contra Ryan, esta vez dando un golpe salvaje. Ryan agarró las dos muñecas de Harvey y le arrancó los brazos a los lados. Harvey perdió el control. Se puso a gritar en la cara de Ryan, exigiendo que soltara los guantes. Ryan se limitó a negar con la cabeza.

Y entonces Harvey le *dio un cabezazo*.

La parte delantera de su casco se estrelló contra la boca y la barbilla de Ryan, y le dolió como a un hijo de puta. Ryan se tambaleó hacia atrás, completamente conmocionado de que Harvey hiciera algo tan sucio, y entonces su boca se llenó de sangre.

El cerebro de Ryan se silenció, y fue todo lo que pudo hacer para evitar golpear a Harvey contra el hielo. Pero no lo hizo. En su lugar, dejó caer las muñecas de Harvey y se alejó patinando. Detrás de él, podía oír los gritos histéricos de Harvey.

—¿A dónde carajo vas? ¡Eres un puto chiste, Price! ¡Vuelve y pelea conmigo, imbécil!

Ryan lo ignoró. Cuando llegó al banquillo, sus compañeros estaban callados. No había palos golpeándose contra los tableros como siempre ocurría después de una pelea, ni palabras de felicitación. Sólo un silencio incómodo y una mirada de desaprobación de su entrenador.

—Ve al vestuario —ladró el entrenador Cooper—. Limpia tu boca. Y quédate ahí hasta el intermedio.

—Sí, entrenador. —murmuró Ryan. Mientras se dirigía al pasillo, esperaba no haber tirado su carrera por la borda.





Fabián se sintió mal.

Pensó que ya era hora de intentar ver uno de los partidos de Ryan. Había quedado con Tarek en un pub del Village que mostraba los partidos de los Guardians en sus televisores de pantalla grande, y había hecho lo posible por seguir la acción. Ryan no se dejaba ver de cerca muy a menudo, así que el partido era bastante aburrido.

Hasta que no lo fue.

Había un jugador casi tan grande como Ryan que no paraba de empujarle. Fabian contuvo la respiración cuando Ryan se giró para mirar al otro hombre, seguro de que iba a tener que ver a su dulce posible novio golpear a alguien. Fabian se tapó la boca con la mano, pero se obligó a mirar la pantalla.

Así que vio lo que pasó después.

—¡Mierda! —dijo Tarek—. No sé una mierda de hockey, pero estoy bastante seguro de que no está permitido hacer eso.

Fabian sabía lo suficiente de hockey como para saber que los golpes de cabeza no eran una parte normal del juego. Sabía lo suficiente sobre el dolor como para saber que Ryan debía estar sufriendo mucho en ese momento. Por un segundo, el rostro de Ryan se transformó en algo que Fabian no reconoció. Era oscuro, intenso y aterrador.

—Oh, Dios mío —dijo Fabian con voz ronca—. Ryan, no lo hagas.

Como si Ryan pudiera oírle, su rostro se suavizó inmediatamente y se alejó patinando mientras el otro hombre era arrastrado fuera del hielo por algunos de los oficiales.

—¿Estás bien? —preguntó Tarek con suavidad.

—No lo sé. ¿Por qué hace esto? ¿Por qué alguien hace esto por un trabajo? ¿Por qué a alguien le gusta *ver esto*?

—No tengo ni idea.





—Es horrible. Él es demasiado bueno para esto.

—No se peleó con él —señaló Tarek—. Se notaba que intentaba convencer al tipo de que no lo hiciera.

Fabian apretó los labios. Los ojos le escocían. Era cierto, Ryan no había luchado contra él. *¿Por qué no había luchado con él?* No por el bien de Fabian, seguramente.

—Vamos —dijo Tarek, cubriendo una de las manos de Fabián con la suya—. Salgamos de aquí, ¿eh? Creo que esta noche hay karaoke en el Lighthouse. Podría ver si Vanessa...

—Gracias —dijo Fabián—. Pero creo que me gustaría ir a casa.

Tarek asintió y se puso de pie.

—Entonces vamos.

Ryan había salido de su apartamento en cuanto recibió el mensaje.

Fabián: Por favor, ven. Sé que es tarde. Sé que dijimos mañana. Pero necesito verte.

Había sido un largo día de mierda, y la boca de Ryan estaba hinchada y dolorida, pero si Fabián quería verlo, Ryan estaría ahí.

Fabián estaba de pie afuera de su edificio cuando llegó Ryan, eso le dio un mal presentimiento.

—¿Qué estás haciendo aquí? No deberías estar...

Pero Fabián le cortó envolviéndole en un feroz abrazo.





Ryan no entendía lo que estaba pasando, así que se limitó a rodear a Fabian con sus brazos y a abrazarlo con fuerza. No fue hasta que escuchó a Fabian inhalar tembloroso que finalmente preguntó:

—¿Qué está mal?

La respuesta de Fabian fue tan apagada que Ryan no pudo distinguirla. Los dedos de Fabian se clavaron en la espalda de Ryan, y éste se estaba asustando. Nunca lo había visto tan alterado.

—Oye —dijo suavemente—, está bien. Estoy aquí. ¿Qué pasa?

Fabián finalmente aflojó su agarre y lo miró con los ojos húmedos.

—He visto el partido —Levantó la mano y rozó con sus dedos muy suavemente el labio partido e hinchado de Ryan—. Vi lo que pasó.

Ryan tragó. Sentía la garganta como papel de lija.

—Ojalá no lo hubieras hecho.

—No peleaste con él.

—No.

—¿Por qué no? ¿No es eso lo que haces?

Ryan acunó la cara de Fabian con una palma.

—No quería —Acarició la mejilla de Fabian con el pulgar—. No creo que quiera seguir luchando.

Fabian cubrió la mano de Ryan con la suya.

—Entonces no lo hagas.

—No sé si tendré opción. El entrenador estaba bastante enfadado conmigo.





Lo que el entrenador Cooper había dicho era que tenía un montón de defensores de cuarta línea decentes que podía llamar desde el equipo de la granja³⁷, y todos ellos eran más jóvenes y más rápidos que Ryan. Si Ryan no quería seguir haciendo su trabajo, podía ser fácilmente reemplazado. Pero Ryan no necesitaba decirle a Fabian nada de eso.

—¿Estás bien? Dios, te debe doler la boca.

—No se siente muy bien, pero no hay nada roto ni nada —Ryan intentó sonreír—. No perdí ningún diente.

Fabian volvió a apretarlo más.

—Eso fue tan jodidamente aterrador. Lo odié. No quiero volver a ver hockey. Lo siento.

—Está bien. No tienes que hacerlo.

A Ryan en realidad no le gustaba la idea de que Fabián lo viera jugar. Y especialmente no le gustaba la idea de que lo viera pelear. Ryan quería cuidar de él, que se cuidaran mutuamente. Fabian lo haría reír y probar cosas nuevas, y Ryan lo haría sentir seguro y querido. Porque esas eran cosas que Ryan podía *hacer*. Sin esfuerzo.

Si Fabian quisiera eso.

—Deberíamos entrar —sugirió Ryan.

Fabian asintió contra su pecho y se apartó con otro resoplido.

Cuando estaban dentro del apartamento, Fabián dijo:

—No puedo ver cómo te haces daño. ¿Cómo lo hacen todas esas esposas del hockey?

—Es difícil. Creo que la temporada es más dura para ellas que para los jugadores, sinceramente.

Fabián sonrió ante eso.

³⁷ Un equipo de la granja es generalmente un equipo o club cuya función es proporcionar experiencia y formación a los jugadores jóvenes, con el acuerdo de que cualquier jugador exitoso puede pasar a un nivel superior en un momento dado, generalmente en asociación con un equipo principal de nivel importante.





—¿Me imaginas sentado con las esposas en los partidos?

No. Por muchas razones, Ryan no podía imaginar eso en absoluto.

—Nunca esperaría que hicieras eso.

—Lo sé. Por supuesto que no. Y —las mejillas de Fabián se colorearon—, no me estoy comparando con *las esposas* de tus compañeros de equipo. No soy tan iluso. Ni siquiera somos... —Fabián se cruzó de brazos, abrazándose con fuerza, y frunció los labios como si quisiera evitar que se le escaparan las palabras—. ¿Te gustaría que...?

Ryan se sentó en el extremo de la cama para que pudieran estar más cerca a la altura de los ojos el uno del otro.

—¿Me gustaría qué?

Fabian buscó las manos de Ryan y las tomó.

—¿Estaría fuera de lugar si te preguntara si puedo ser tu novio?

El corazón de Ryan rebotó emocionado.

—¿Tú quieres ser mi novio?

Fabian miró fijamente sus manos unidas.

—Sé que nuestros horarios son muy agitados, pero sí. Me gustaría explorar esto. Si estás dispuesto.

—Fabián. Mírame —Probablemente fue un error porque Ryan olvidó lo mal que se veía su boca. Notó el estremecimiento de Fabian cuando volvió los ojos hacia arriba. Ryan lo acercó—. Mi vida es un puto desastre, pero lo único que sé con certeza es que me gusta estar contigo. Y me gustaría estar contigo todo lo posible.

Fabian apretó las manos de Ryan y sus labios se curvaron en una adorable sonrisa. Ryan decidió decir el resto.





—Soy *feliz* cuando estoy contigo. Esto probablemente suene ridículo, pero no me he sentido feliz en mucho tiempo. Ni siquiera puedo recordar. Así que... sí. Quiero ser tu novio — Soltó una pequeña risa avergonzada—. No puedo creer que finalmente haya podido decir eso en voz alta después de todos estos años.

Contuvo la respiración y esperó a que Fabian respondiera. Durante un largo momento, Fabian no dijo nada, y a Ryan le preocupó que hubiera sido demasiado intenso. Tal vez lo estaba presionando demasiado.

Entonces Fabián dijo:

—Me gustaría poder besarte ahora mismo.

El corazón de Ryan se disparó.

—A mí también.

Como compromiso, Fabian recuperó una de sus manos de las de Ryan, besó la punta de sus dedos y los presionó suavemente contra los labios de Ryan. Fue uno de los besos más dulces que Ryan había recibido.

Terminaron acurrucados en la cama, enredados bajo las mantas. Ryan pensó que Fabian se había quedado dormido hasta que le oyó decir:

—Siempre ha habido algo en ti. Siempre me he sentido atraído por ti. ¿Es eso raro?

Ryan lo consideró.

—No lo sé. Pero yo siento lo mismo.

—Cuando entraste a la tienda donde trabajo, me sorprendió. Y entonces... —Fabian se giró en los brazos de Ryan para mirarlo—. Tuve esta abrumadora sensación de *alivio*. Como si esto fuera lo que había estado esperando. Esto era lo que me faltaba. Tú.

Ryan se quedó mirando lo que podía ver de Fabian en la oscuridad, completamente sin palabras.

—Lo siento. Probablemente parezca una locura.





—Así es exactamente como me sentí —dijo en voz baja—. Como si finalmente te hubiera encontrado. Ni siquiera sabía que había estado buscando hasta que... te encontré.

Fabian sonrió tan intensamente que Ryan pudo verlo incluso en la oscuridad.

—Entonces más vale que permanezcamos juntos.





Capítulo 22

Ryan gimió cuando una pelota pasó por encima de su pierna y se introdujo en el fondo de la red a su espalda.

—No es tan fácil como parece, ¿verdad? —dijo Wyatt alegremente.

Ryan se levantó con cierto esfuerzo. No estaba acostumbrado a tener unas almohadillas gigantes de portero en las piernas. A su alrededor, los niños se reían y animaban: había sido idea suya que Ryan y Wyatt intercambiaran sus papeles en el partido de hockey sobre césped de hoy. Ryan había encajado un millón de goles.

—Muy bien— refunfuñó Ryan—. Creo que he terminado.

—Eres como el peor portero que he visto. —dijo Xander.

—Sí, bueno.

Fue la mejor respuesta que se le ocurrió a Ryan. En realidad, esperaba ser mejor en la portería. Al fin y al cabo, era un defensa. No era *tan* diferente.

Se quitó el guante y el bloqueador, y luego la máscara. Su pelo estaba vergonzosamente sudado para un partido amistoso de hockey sobre hierba contra un grupo de niños.

—¿Qué hacemos al final del partido, niños? —dijo Wyatt en voz alta.

—¡*Abrazar al portero!* —le gritaron todos los niños.

Y entonces Ryan estuvo a punto de ser derribado por una marea de jóvenes que se abrazaban a cualquier lugar que pudieran alcanzar. Wyatt se sumó al final. Fue ridículo, y a Ryan le encantó cada segundo.

—Muy bien, tenemos que ponernos en marcha —anunció Wyatt cuando Ryan finalmente se había liberado—. Ryan tiene que ponerle hielo a su ego fracturado.

Ryan resopló y negó con la cabeza.





—¿Qué vas a hacer realmente esta noche? —preguntó Wyatt mientras se dirigían a su coche.

—Yo... —Ryan no pudo luchar contra su sonrisa tonta—. Tengo una cita.

Wyatt parecía encantado.

—¿Sí? ¿Con ese mismo tipo?

—Sí —Llegaron al coche y Ryan dijo—: Se llama Fabian.

—Fabian, ¿eh? ¿Qué hace?

—Es un músico.

—¿Qué, como, en una banda?

Ryan negó con la cabeza y abrió la puerta del coche. Cuando ambos estuvieron sentados, dijo:

—Es un músico solista. Su música es muy buena. Se puede comprar en Internet.

Wyatt salió de la plaza de aparcamiento y dijo:

—¿Cómo lo conociste?

Ryan se mordió el labio, inseguro de cómo reaccionaría Wyatt ante esto.

—En realidad era el hijo de la familia con la que me alojé. En Halifax.

—¿Me estas jodiendo? ¿Y acaban de empezar a salir ahora?

—Nos reencontramos en octubre. Aquí en Toronto.

—Eso es genial —Wyatt salió del estacionamiento a la calle—. Todavía hablo con mi familia de acogida de la secundaria. Viví ahí durante cuatro años, así que nos hicimos muy amigos.

—Sólo viví con los Salah una temporada. Luego me cambiaron.





—Jesús, Pricey. ¿Has jugado alguna vez en algún sitio durante más de una temporada?

Ryan soltó una carcajada.

—Un par de lugares.

—¿Y dónde está tu cita?

—Sólo cenar en algún sitio. Tal vez ir a dar un paseo.

—Bueno, espero que el amor pueda mantenerte caliente. Se supone que esta noche hará mucho frío.

A Ryan se le revolvió el estómago. *El amor.*

—Me pondré un gorro.

—¿Vas a llevarle flores? —preguntó Wyatt—. ¿Los chicos hacen eso?

Ryan no había pensado en eso. *¿Debería llevar flores?*

—Podemos hacerlo —dijo—. A los hombres les pueden gustar las flores.

Wyatt pareció considerar esto.

—¿Sabes? Me encantaría recibir flores. ¿Por qué los hombres nunca reciben flores?

—Porque el mundo es estúpido.

—No es broma. Oye, paremos en una floristería y ambos impresionaremos a nuestros amores, ¿eh?

Ryan sonrió.

—De acuerdo





Fabian se sentó con las piernas cruzadas en su cama, mirando fijamente la pantalla de su portátil. El cursor parpadeante en el cuadro de búsqueda de YouTube le retaba a escribir las palabras que se había prometido a sí mismo que no escribiría.

Nada bueno puede salir de esto, se dijo a sí mismo. Luego sacudió la cabeza y tecleó *Ryan Price pelea*.

Dios, había tantos resultados.

Price destruye a Comeau.

Las quince mejores peleas de Ryan Price.

Ryan Price Peleas más devastadoras.

Ryan Price se venga.

Precio contra Harvey... ¡BRUTAL!

Fabián apartó la mirada. No podía hacer clic en ninguno de ellos. No quería conocer esta faceta de Ryan.

Pero *era* un lado de Ryan. Un gran lado. El único lado que la mayoría del mundo conocía, aparentemente. ¿No debería Fabian enfrentarlo?

Respiró entrecortadamente y pulsó el vídeo de *las quince mejores peleas*.

Se abrió con Ryan, que llevaba una camiseta roja -Fabian no estaba seguro de qué equipo era-, rodeando a otro jugador con una camiseta blanca que era varios centímetros más bajo. Ambos jugadores se habían quitado los guantes y el más bajo se estaba quitando el casco. Le hizo un gesto a Ryan para que hiciera lo mismo, y éste le sonrió antes de quitarse el casco y dejarlo caer al hielo. No era una sonrisa cálida, ni la sonrisa dulce y tímida que le gustaba a Fabian. Era una sonrisa fría y burlona que se veía mal en la cara de Ryan.





En el vídeo, Ryan seguía rodeando al otro hombre, esperando y observando, con los puños levantados como los de un boxeador frente a su cara. El otro jugador finalmente se abalanzó sobre él, y Ryan le golpeó con fuerza con tres rápidos puñetazos en el lateral de la cara. El otro hombre se abalanzó con fuerza, pero no consiguió casi nada. Un segundo después, estaba de espaldas, y Ryan estaba encima de él. Entonces llegaron los árbitros y lo interrumpieron.

Pasó al siguiente clip en el que Ryan llevaba una camiseta naranja. Estaba mirando fijamente a su oponente, su cara mostraba una verdadera ira. No hubo ninguna previa antes de esta pelea; Ryan simplemente agarró la parte delantera de la camiseta del otro tipo y empezó a darle puñetazos en la cara. Cuando terminó, la cámara mostró un primer plano de la cara ensangrentada del derrotado, y luego la mano ensangrentada de Ryan mientras patinaba hacia el área de castigo.

Fabian cerró la ventana. No podía ver más de esto.

Pero tenía que hacerlo, ¿no? No podía fingir que esa parte de la vida de Ryan no existía. No podía arrimarse al fuerte cuerpo de Ryan por la noche, y besar sus dulces sonrisas, y estremecerse bajo la caricia de sus enormes manos, sin aceptar que esas manos, y ese cuerpo, también servían para... esto.

No podía estar con un hombre si sólo se permitía ver las mejores partes de él. No sería justo ni para Ryan ni para él mismo. Si se tomaba en serio esta relación -y lo hacía- tenía que ser lo suficientemente valiente como para quitarse los lentes de color de rosa.

Intentó mentalizarse. Podría hacerlo. Tal vez incluso podría tratar de encontrarlo... ¿sexy? Tenía amigos a los que les gustaba mucho la lucha libre profesional y las peleas de MMA. Esto no era diferente, ¿verdad?

Estaba a punto de volver a abrir el navegador y ver otro vídeo cuando su teléfono se iluminó con un texto. Fabián se dio cuenta de que tenía los ojos húmedos cuando intentó leer el mensaje borroso. Se los limpió rápidamente.

Ryan: Hola. Estoy aquí. Temprano. Lo siento.

Comprobó la hora y vio que Ryan había llegado casi una hora antes a su cita. Fabian no estaba preparado en absoluto.

Fabián: ¿Estás fuera?





Ryan: Sí.

Fabian cerró su portátil y se apresuró a salir. Probablemente tenía un aspecto lamentable: sin maquillaje, con los ojos enrojecidos y vestido con unos pantalones de pijama y una camiseta blanca de gran tamaño. Cuando abrió la puerta principal y encontró a Ryan de pie fuera, con un ramo de flores, no le importó. Se llevó una mano a la boca y sintió que las lágrimas frescas le escocían los ojos. *No podía* ser la misma persona que acababa de ver en aquel vídeo.

—Hola —dijo Ryan tímidamente—. Pensé que te gustaría esto.

Fabián se lanzó a sus fuertes brazos, con cuidado de no aplastar las flores.

Ryan se rió.

—¿Me extrañaste?

La respuesta de Fabian fue un lento movimiento de cabeza contra el tejido de lana del abrigo de Ryan. Ryan le besó la parte superior de la cabeza y dijo:

—¿Todo está bien?

—Realmente necesitaba verte. Me alegro de que estés aquí.

—Yo también me alegro de estar aquí.

Fabian dio un paso atrás y agarró las flores: un lujoso ramo de lirios y rosas que, al igual que su apartamento, era una atrevida mezcla de rojos y morados.

—Son preciosas. Gracias. Entra.

Cuando estuvieron dentro del apartamento, Fabián preguntó:

—¿Qué tal estuvo el viaje?

—Nada mal. Hemos ganado los dos partidos.

—Felicidades.





Fabian miró furtivamente las manos de Ryan mientras colgaba su abrigo en un gancho junto a la puerta. No parecían tener ningún moretón reciente. No podía deshacerse de la imagen de lo ensangrentada que había quedado su mano en el vídeo después de haberle dado un puñetazo en la cara a otro hombre.

Cuando Ryan le lanzó una mirada de desconcierto, Fabián se dio cuenta de que había estado de pie, congelado, sosteniendo las flores. Se recuperó.

—Tengo un jarrón en el que puedo ponerlas —Se rió, y pudo oír lo forzado que sonaba—. Me hará ilusión volver a utilizarlo. Hace mucho que nadie me regala flores.

—¿Fabian?

—¿Dónde lo puse? —A Fabián le temblaba la voz. Tragó saliva—. Oh, aquí está.

Levantó la mano y la sacó de un estante sobre su lavabo.

—¿Te pasa algo?

—No. No, estoy bien. Yo... —El jarrón cayó al suelo con un golpe espectacular—. ¡Mierda!

Ryan estaba allí, apartando a Fabian de los cristales rotos.

—Siéntate en la cama. —le indicó.

—Tengo que limpiarlo. Carajo, no puedo creer lo torpe que soy.

—No lo eres —Ryan envolvió una mano suavemente alrededor de la muñeca de Fabian y levantó su mano—. Mira, estás temblando.

—Sólo tengo frío. Siempre hace frío aquí.

—Siéntate —La voz de Ryan era firme y constante. Fabián se sentó—. Voy a limpiar eso. Y luego me dirás qué pasa, ¿de acuerdo?

Fabian no estaba acostumbrado a que Ryan tomara el control de una situación, y el hecho de que Ryan actuara fuera de lo normal no ayudaba en nada a que se sintiera menos transtornado. Observó como Ryan limpiaba el vidrio, esperando por Dios que Ryan no se





cortara porque Fabian no creía poder soportar la visión de la sangre en esas manos ahora mismo.

Cuando se limpió el desorden, Ryan se agachó en el suelo frente a él.

—¿Qué pasa?

Fabián no sabía qué decir. ¿Debía admitir que había estado viendo a propósito los vídeos de las peleas de Ryan? Sabía que a Ryan no le gustaría. Y si se lo decía, y Ryan se enteraba de que la razón de la angustia de Fabian era que estaba horrorizado por lo que había visto, por lo que Ryan hacía regularmente, ¿cómo haría sentir a Ryan? Como un monstruo, probablemente.

Ryan no era un monstruo. No importaba lo que Fabian había sentido cuando había visto esas peleas, lo sabía con certeza.

Así que no se lo dijo. En cambio, se hundió en el suelo, en el regazo de Ryan, y le acarició el cuello.

—Te deseo. —murmuró.

Era cobarde por su parte, pero Fabian necesitaba borrar de su cerebro las imágenes de Ryan luchando. Necesitaba sustituirlas por los besos y los suspiros de Ryan, y por la forma reverente en que Ryan lo tocaba.

—Fabian...

La protesta de Ryan fue cortada cuando Fabian lo besó. Sólo pasó un momento antes de que Ryan le devolviera el beso, y luego Fabian estaba desabrochando el cinturón de Ryan. Ryan aspiró, y de repente Fabian estaba siendo levantado del suelo mientras Ryan se levantaba, todavía sosteniéndolo. Ryan lo colocó suavemente en la cama, y Fabian se echó hacia atrás hasta quedar recostado contra las almohadas, sonriendo a Ryan mientras lo cubría. Ryan seguía pareciendo aprensivo, así que Fabian le ayudó a quitarse la camisa.

—¿Seguro que estás...?

Fabian deslizó sus manos por los lados del amplio torso de Ryan, empujando su camiseta hacia arriba.





—Lo único malo que me pasa es que no me besas.

Era casi la verdad; Fabian se sentía notablemente mejor ahora que tenía el enorme cuerpo de Ryan apretado contra él. Y entonces Ryan solucionó el problema restante besándolo exactamente de la manera en que Fabian quería ser besado -lentamente y con adoración. Fabian suspiró felizmente cuando la tensión abandonó su cuerpo, reemplazada por los maravillosos sentimientos de comodidad y afecto que siempre lo calentaban cuando estaba con Ryan.

Se besaron durante mucho tiempo, intercambiando suaves besos en las mejillas y el cuello del otro y compartiendo profundos y tiernos besos cuando sus bocas volvieron a encontrarse. No se sentía como un juego previo; en lugar de excitarse, Fabián se sentía suelto y pegajoso de felicidad.

Rodó a Ryan sobre su espalda y se acurrucó contra él, apoyando su cabeza en el sólido pecho de Ryan. Ryan le rodeó con un brazo y Fabian no recordaba haberse sentido nunca tan seguro y cómodo.

—¿Hiciste algo divertido hoy? preguntó Ryan.

—He escrito una nueva canción —Fabian se mordió el labio, tratando de decidir cuánto revelar—. Es un poco... más sentimental que mi estilo habitual.

—¿Oh?

—Algo me inspiró a escribir una canción de amor. No puedo imaginar qué.

Durante un largo momento, Ryan guardó silencio. Fabian levantó la cabeza y miró valientemente su rostro. Ryan sonreía al techo.

—Creo que nunca he inspirado a nadie a hacer nada antes.

—No dije que fueras *tú* —se burló Fabian. La sonrisa de Ryan se desvaneció—. ¡Oh, Dios mío! Por *supuesto que eres tú* —Fabian se subió encima de él, tumbado boca abajo con la barbilla apoyada en sus manos cruzadas—. No quiero alarmarte, pero te tengo bastante cariño, Ryan Price.

Ryan sacudió la cabeza. Su cara era de puro asombro.





—Solía escucharte practicar. Estaba en mi habitación en el sótano, y cuando oía tu violín me tumbaba en la cama y escuchaba.

El corazón de Fabián se agitó.

—¿Lo hiciste?

—Sí. Todo el tiempo. Eso... ayudó.

—¿Ayudó?

Ryan suspiró.

—No había sido un gran año para mí. Estuve lejos de casa por primera vez -y Ross Harbour tiene menos de dos mil habitantes, así que incluso el hecho de estar en una ciudad fue un gran cambio- y tu familia fue muy agradable, pero aún así, ya sabes, no era mi hogar.

Fabian nunca había considerado las cosas desde el punto de vista de los jugadores de hockey cuando se vio obligado a convivir con ellos. Desde su perspectiva, el mundo había estado a sus malditos pies, y probablemente veían como su derecho, como jugador de hockey de élite, el apoderarse de la casa de alguien.

—Eso debe haber sido estresante para ti.

—Lo era. Estaba en una nueva escuela, tratando de graduarme mientras también jugaba al hockey y lidiaba con... cosas.

Uf. Fabián era un imbécil por haber asumido que él había sido la única persona que había sufrido en esa casa.

—¿Cosas de hockey, o...?

—Estaba tratando de encajar en mi nuevo equipo, y lo estaba pasando mal. Además, de repente estaba jugando delante de diez mil personas en lugar de unas cincuenta.

—Huy. Sí.

Ryan empezó a acariciar distraídamente el pelo de Fabian.





—Además estaba el tema de ser gay. Ese era otro problema.

Sí. Obviamente, Fabian no había sabido en ese momento que Ryan había estado lidiando con eso, pero ahora que lo sabía...

—Jesús. Eso debió haber apestado.

—Era mucho que ocultar a la vez. El hecho de que me atraían los hombres, que tenía miedo, que añoraba mi casa, que... odiaba luchar. Y a algunos de mis compañeros de equipo — Sus labios se movieron un poco—. No ayudó que también tuviera que ocultar el enamoramiento que tenía por ti.

Dios, ¿por qué los viajes en el tiempo no eran reales? Fabian no quería otra cosa que volver trece años y medio atrás, entrar en la habitación de Ryan y decirle lo mucho que le gustaba. Acostarse en su cama junto a él y tomarle la mano. O tal vez decirle a su yo más joven que hiciera eso. Eso tendría más sentido. Los viajes en el tiempo eran confusos.

Tomó la mano de Ryan ahora, primero rodando fuera del hombre para acostarse a su lado.

—Ojalá no lo hubieras hecho —dijo—. Esconder tu enamoramiento, quiero decir. Podríamos habernos divertido mucho en ese sótano.

Ryan resopló.

—Creo que habría sido bastante incómodo. *Me sentía aun más incómodo de lo que me siento ahora, si puedes imaginarlo.*

—¿De verdad crees que yo habría sido un amante hábil y aventurero a los diecisiete años?

Ryan giró la cabeza y le sonrió.

—Probablemente. No me habría sorprendido.

Fabián se rió y luego lo besó. Decidió, en ese momento, olvidarse del vídeo que había visto. No importaba. Ryan había dicho que iba a dejar de pelear, así que ¿por qué seguir





pensando en eso? El hombre del vídeo no importaba. El hombre que le compraba flores a Fabian y que solía suspirar en secreto por él mientras escuchaba su práctica de violín; ese era el hombre que estaba aquí ahora. Ese era el hombre que importaba.

—¿Qué habrías hecho? —preguntó Fabián—. ¿Si hubiera bajado a tu habitación y me hubiera acercado a ti?

—Probablemente ni siquiera hubiera sabido que eso era lo que estabas haciendo. Nunca me habría permitido creerlo.

Fabian trazó un dedo alrededor del ombligo de Ryan y hasta su pecho.

—Pero si lo hiciera *muy* obvio, digamos.

—¿Cómo qué?

—Bueno... —Fabian se sintió repentinamente mareado imaginando el escenario—. ¿Y si hubiera cerrado la puerta detrás de mí y... me hubiera quitado la camisa?

—Oh, cielos. Definitivamente habría pensado que estaba soñando.

—¿Y si te hubiera dicho que no podía vivir un día más sin decirte lo mucho que te deseaba? ¿Lo mucho que necesitaba tocarte?

Ryan parecía estar considerando seriamente su respuesta.

—Todavía no te habría creído.

—Pasemos a la parte en la que me crees.

Él soltó un suspiro.

—Está bien. Supongo que te habría... ¿besado?

—¿Lo habrías hecho?

Negó con la cabeza.

—No. Habría esperado a que me besaras.





—¿Y cuando lo hiciera?

—Supongo que... ¿Me hubiera gustado?

Fabian apretó los labios para no reírse. Puso el juego de roles en la lista de cosas a trabajar con Ryan.

Cuando se le pasaron las ganas de reír, besó a Ryan y le dijo:

—A mí también me hubiera gustado.

—¿Seguimos con esta cita o nos quedamos en casa?

Fabián se puso en pie y se dirigió al armario.

—Oh, vamos a *salir*. Vamos a vivir nuestro romance, Ryan Price.





Capítulo 23

Durante el resto de diciembre, las cosas fueron más perfectas que nunca para Ryan. El entrenador había estado presionando a Ryan para que luchara más, pero no podía discutir el esfuerzo que Ryan había hecho en la línea azul. Ryan sentía que estaba jugando el mejor hockey de su carrera para Toronto en este momento. Y tal vez eso no era decir *mucho*, pero todavía estaba orgulloso.

Nilsson había estado de baja en los últimos partidos por una pequeña lesión, por lo que Wyatt había asumido las funciones de portero titular, lo que hacía que los partidos fueran más entretenidos para Ryan. Además, Wyatt había estado muy bien, ganando tres de los últimos cuatro partidos, e incluso consiguiendo un empate en el último encuentro. Ryan se había ganado tres asistencias en la última semana. Por primera vez en mucho tiempo, el hockey era *divertido*.

Ryan y Wyatt también habían visitado el centro comunitario un par de veces más juntos, y eso no había hecho más que reforzar el renovado amor de Ryan por el juego. Los niños eran fantásticos, y el centro había apreciado mucho la donación de Ryan de un montón de pares de guantes de hockey nuevos.

El resto de los días y las noches de Ryan estaban llenos de Fabian. Dividían las noches entre el apartamento de Fabian y el de Ryan. Aunque el de Ryan era mucho más grande y nuevo, prefería la familiaridad de la casa de Fabian. Ryan iba a Bargain Brunch siempre que podía, y salía con Fabian y sus amigos para asistir a interesantes actuaciones y charlas y exposiciones de arte. Le encantaba todo aquello, e incluso empezaba a sentirse menos como un intruso cuando salían todos juntos. Se sentía como en casa por primera vez desde que había dejado Ross Harbour cuando era adolescente. El Village de Toronto era otra cosa; a Ryan le resultaba fácil creer, si se mantenía dentro de sus límites, que todo el mundo era gay. Era emocionante.

Casi tan emocionante como su relación con Fabian. Cuando Ryan iba a sus espectáculos, nunca podía creer que se iría a casa con el hombre tan guapo que había en el escenario. El hombre que tenía a todo un club lleno de gente embelesada y enamorada de él, pero que había elegido a Ryan. Era irreal. De hecho, era tan difícil de creer para Ryan, que a menudo era tímido a la hora de acercarse a Fabian cuando bajaba del escenario. Ryan se quedaba a un lado, esperando pacientemente mientras Fabian hablaba y reía con las muchas personas que querían estar con él.





Pero entonces Fabian sonreía a Ryan, le hacía una seña para que se acercara y se ponía de puntillas para darle un beso lento y excitante a la vista de cualquiera que estuviera mirando. Ryan no podía creer la suerte que tenía.

Todavía tenía que subir a los aviones y dejar atrás a Fabián, pero incluso eso era más fácil de soportar cuando tenía un maravilloso novio al que llamar desde la carretera. Su terapeuta había notado el cambio en él, estaba muy animado y entusiasmado.

Pero, por supuesto, algo tenía que ir mal.

—¿Traspasado? —preguntó Ryan miserablemente—. ¿Dónde?

—Ottawa —dijo Wyatt—. Necesitan un portero y les gusta lo que han visto de mí últimamente.

Ryan tragó con fuerza, y se alegró de que estuvieran teniendo esta conversación por teléfono. Estaba vergonzosamente a punto de llorar.

—¿Cuándo te vas?

—Hoy — exhaló con fuerza—. Lo siento, Pricey. Quería llamarte para que te enteraras por mí primero.

—Gracias.

Ryan realmente lo apreció. No podía imaginar lo devastador que habría sido enterarse viendo un titular en internet, o escuchándolo de segunda mano.

—Al menos no estaré muy lejos, ¿verdad?

—Sí —Maldita sea. Wyatt era el primer compañero de equipo que Ryan había tenido y al que podía llamar realmente amigo. Pero—. Esto será bueno para ti. —concedió.

—Lo sé. Estoy entusiasmado con esto. Y Lisa ya tiene una recomendación para un trabajo en un hospital de Ottawa, así que eso también debería funcionar.

—Bien —Ryan se levantó de la cama y empezó a pasearse—. Eso es bueno.





—Te extrañaré mucho, grandote. Seguirás yendo al centro, ¿verdad?

Dios, ¿lo *haría*? A Ryan no le gustaba la idea de ir solo.

—Claro —dijo—. Puedo hacerlo.

—Definitivamente deberías. Esos chicos están locos por ti.

Ryan sonrió ante eso.

—No puedo creer que vayas a Ottawa.

—Lo sé. El enemigo, ¿verdad?

—Podrás jugar con Rozanov. ¿Todavía estás enamorado de él?

Wyatt se rió.

—Tal vez pueda llegar al fondo de esta misteriosa amistad que tiene con Shane Hollander.

—No seas entrometido.

—Nunca —Tengo que terminar de hacer la maleta e ir al aeropuerto. Pero te veré pronto, ¿de acuerdo? Y que tengas una buena Navidad.

—Sí. Tú también. Y... gracias —Ryan se encogió, pero realmente necesitaba decir esto—. Has marcado la diferencia este año. Para mí, quiero decir. Lo siento si es raro que lo diga, pero... gracias.

Hubo un silencio, y luego Wyatt dijo:

—Eres uno de los buenos, Pricey. Recuérdalo.

Se despidieron y Ryan volvió a sentarse en su cama. En todos los años que llevaba jugando, era la primera vez que se enfadaba por el hecho de que alguien fuera traspasado. La idea de estar en ese vestuario, de estar en un *avión*, *sin* Wyatt, era deprimente.





Tres días después, Fabian voló a casa para pasar la Navidad y Ryan se quedó completamente solo. La mañana de Navidad disfrutó de una larga videollamada con sus padres y Colleen. Parecían sorprendentemente alegres a pesar de su ausencia. Ryan se alegró de que no estuvieran molestos por ello, pero no pudo evitar sentir que los había decepcionado tantas veces que ya no les importaba.

Había pensado en volver a casa este año. Realmente lo había hecho. La posibilidad de volar a Halifax con Fabian había sido tentadora, pero Ryan no estaba seguro de querer que Fabian viera cómo era en un avión.

Volver a Ross Harbour también podía ser abrumador, a veces. Era el héroe de su pequeño pueblo, y la atención que recibía cada vez que volvía a casa le incomodaba. Volver a casa durante dos días por Navidad no daría a los habitantes del pueblo mucho tiempo para molestarle, pero aun así. Pasar las fiestas a salvo y solo en su apartamento en lugar de tener que lidiar con aviones y viajes y vecinos demasiado interesados era una opción mucho más atractiva.

Sin embargo, echaba de menos a Fabián.

Le había comprado un regalo, que le daría cuando volviera. No estaba seguro de cómo reaccionaría Fabian, pero cuando Ryan lo había visto en el centro comercial en el que había estado matando el tiempo en Dallas, no había podido resistirse.

Ryan estaba dispuesto a disfrutar de una tranquila tarde de lectura, y luego tal vez encontrar un buen restaurante que estuviera abierto el día de Navidad, cuando se produjo el desastre. Se agachó para recoger un par de calcetines que se le habían caído y se desgarró la espalda por completo.

—Hijo de... —Ryan maldijo, y luego aulló— ¡Putaaaa!

Había pasado por esto suficientes veces como para saber que nada iba a ayudar, excepto la paciencia y la precaución. Cojeó por su apartamento, amontonando las almohadas de su cama en el sofá, y luego hizo una mueca de dolor cuando tuvo que alcanzar la almohadilla térmica que guardaba en el estante superior de su armario. Era un lugar estúpido para guardarla.

Se acomodó en el sofá, con la almohadilla térmica bajo la espalda, y al menos pudo leer como había planeado. Encendió el televisor que finalmente había comprado y puso el canal de





la chimenea³⁸ mientras leía. Había tomado algunos relajantes musculares, y lo hacían sentir un poco somnoliento.

No estaba seguro de cuándo se había quedado dormido, pero se despertó cuando sonó su teléfono. El ruido lo sobresaltó y le hizo gritar de dolor. Buscó a ciegas el teléfono, manteniendo los ojos cerrados contra la agonía que lo atravesaba.

—¿Hola?

—Feliz Navidad. —ronroneó su voz favorita.

—Fabian. Hola.

Ryan podía oír la tensión en su propia voz. Fabian tampoco se lo perdió.

—¿Estás bien?

Ryan exhaló un suspiro cuando lo peor del dolor disminuyó.

—No. Me desgarré la espalda.

—¡Oh, no! ¿Cuándo ocurrió eso?

—Esta tarde. Ha sido una Navidad excelente —dijo con sarcasmo.

—Lo siento. Me gustaría estar ahí para ayudarte.

—Me las arreglaré —Ryan hizo una mueca por lo malhumorado que sonaba y añadió—: Aunque me gustaría que estuvieras aquí. Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos, cariño. He tenido más que suficiente de mi familia.

—¿Cómo están?

—Oh, bien. El marido de Sonia, *Paul*, es un antiguo jugador de hockey, por supuesto. Ahora trabaja en marketing o algo así. Es el peor de todos —Suspiró—. Pero hace feliz a Sonia. Y todo el mundo está entusiasmado con el embarazo.

³⁸ Básicamente se trata de la grabación de una hoguera, el sonido del crepitar del fuego sirve para crear un ambiente tranquilo y relajante.



—¿Cómo fue tu espectáculo?

Fabián se animó.

—¡Fue genial! Hacía mucho tiempo que no tocaba en Halifax, y el público lo agradeció mucho. También fue agradable ver a algunos viejos amigos —Se rió—. Amy se coló con una identificación falsa.

—Todavía no puedo creer que tenga dieciocho años.

—Tienes que verla. Ha preguntado por ti.

Ryan estuvo a punto de sentarse sorprendido, hasta que se acordó de su espalda.

—¿Ella qué? ¿Qué quieres decir? ¿Le hablaste de... nosotros?

—Le dije a mi familia que habíamos vuelto a conectar, y hemos estado saliendo. Creo que mis padres estaban bastante desconcertados por eso. No me apetecía añadir nada más diciéndoles que... bueno, de todos modos. No se lo dije. Pero Amy lo descubrió.

A Ryan se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Cómo lo tomó?

—Está encantada. Te recuerda con mucho cariño. Solías fingir que eras un dinosaurio y la dejabas montar en tu espalda.

Ryan se rió. —Fue divertido. Era una niña estupenda.

—Tengo esperanza en ella. Puede que tenga un amigo en mi familia después de todo.

Hablaron un rato más, y Ryan trató de no pensar demasiado en el hecho de que Fabian no les había dicho a sus padres que estaban juntos. No es que le decepcionara que Fabian mantuviera su relación en secreto, sino que comprendía todas las razones. Razones que reforzaban su temor de que lo que tenía con Fabián no podía durar. Simplemente eran demasiado diferentes. No tenían *sentido*.





—Te veré en un par de días —dijo Fabian—. Descansa esa espalda. Estaré ahí para aliviarte y consolarte antes de que te des cuenta.

—Estoy deseando que llegue.

—Yo también. Buenas noches, Ryan.

—Buenas noches. Feliz Navidad.

Ryan dejó su teléfono en la mesita y tomó el mando a distancia. Se puso a hojear hasta que encontró *La tienda de la esquina* en Turner Classic Movies. Pidió comida china y se obligó a caminar un poco por el apartamento, porque sabía que sería mejor para su espalda si se movía.

El caso es que, incluso con la espalda lesionada, ésta no era la Navidad más deprimente de Ryan. Al menos este año tenía un novio que se preocupaba por él y lo llamaba cariño. Un novio que lo extrañaba y que volvería a sus brazos en un par de días.

Por eso, Ryan necesitaba que se le curara la espalda.

Fabian no podía creer lo mucho que echaba de menos a Ryan. Era *asombroso*. Aunque habían pasado mucho tiempo separados en las semanas transcurridas desde que se conocieron, nunca había sentido la ausencia de Ryan tan intensamente como ahora. Probablemente tenía mucho que ver con el hecho de que Fabian estuviera de vuelta en la casa donde se habían conocido por primera vez, todos esos años atrás.

Su antigua habitación estaba irreconocible. Los pósters de grupos musicales que habían cubierto las paredes habían desaparecido. No había libros, ni chucherías, ni *color*. Era un dormitorio de invitados monótono y genérico. De hecho, a Fabian le recordaba mucho al apartamento de Ryan.

Excepto que el apartamento de Ryan tenía a Ryan en él, lo que lo hacía infinitamente mejor.





Fabian cenó con su familia por última vez en lo que estaba seguro que serían meses, si no un año o más. Habían pedido comida libanesa en un restaurante propiedad de un amigo de la familia porque ninguno de los padres de Fabian tenía interés en cocinar. Fabian se había criado comiendo mucha comida para llevar y comida precocinada.

—¿Dónde dijiste que te encontraste con Ryan Price otra vez? Preguntó su papá.

Fabián masticó y tragó su bocado de falafel tan rápido como pudo sin atragantarse, y dijo:

—En el trabajo. La farmacia.

Su madre emitió un sonido que Fabián interpretó como: "*La farmacia no es lugar para que un hombre de treinta y un años trabaje*". Él la ignoró.

—¿Te reconoció de inmediato? —preguntó Amy.

—Sí. Ambos nos reconocimos.

—Qué bonito.

Su papá hizo un sonido que Fabian interpretó como: "*Los hombres no hacen cosas que sean "bonitas"*". También ignoró eso.

—¿Y qué tipo de cosas han hecho juntos? Preguntó su mamá.

Fabián se alegró de no sonrojarse fácilmente.

Sólo cosas. Viene a mis espectáculos. Sale con mis amigos. Es simpático. Nos llevamos bien.

—¿Has ido a algún partido? —preguntó Sonia—. Si puedes conseguir entradas gratis para los Guardians y no las aceptas, voy a gritar.

—Nunca he preguntado. —dijo Fabián con sinceridad.

De repente se sintió culpable por ello. ¿*Debería* sentirse culpable por ello?

Sonia hizo un ruido que Fabián interpretó como: *Dios, mi hermano es un jodido bicho raro*. No pudo ignorar eso.





—¿Qué, Sonia?

—Nada. Es que no puedo creer que sea amigo tuyo. No tiene ningún sentido.

—Bueno —dijo su mamá—. Siempre ha sido un poco raro, ¿no?

—Definitivamente tiene un historial de comportamiento extraño —estuvo de acuerdo su papá—. Y está lo que pasó el año pasado.

Fabián no pudo contenerse.

—¿Qué cosa?

Sonia se rió.

—Oh, Dios mío. Ni siquiera lo sabes, ¿verdad? Tuvo un maldito colapso total.

—¡Durante un partido! —añadió su estúpido marido, Paul—. En el banquillo. Simplemente... se asustó y tuvo que abandonar el partido. Oí que se desnudó y gritaba que había bichos viviendo en su cerebro o algo así.

—Podrían ser las drogas —dijo su mamá—. Algunos jugadores no pueden soportar la presión. Se vuelven adictos.

Nada de eso le pareció bien a Fabián. Frunció el ceño ante su plato, ya sin hambre. Por debajo de la mesa, Amy le puso una mano en la rodilla y le apretó.

—Estoy segura de que todo es exagerado. —dijo ella.

—No lo sé —dijo papá—. No jugó mucho durante el resto de esa temporada. Y luego Buffalo lo cambió a Toronto.

—Me sorprende que Toronto lo quiera —dijo el estúpido Paul—. Supongo que sigue dando mucho miedo. Tal vez estar loco lo hace más aterrador.

—*No está loco.* —dijo Fabián.





—Es una pena, sea lo que sea —dijo mamá—. Era un buen chico cuando vivía con nosotros. Muy educado.

Fabián se excusó y se dirigió a su habitación, exactamente de la misma manera que había hecho innumerables veces cuando era adolescente. Le dolía el estómago y le escocían los ojos. ¿Realmente Ryan había tenido una crisis pública? Si era así, ¿qué lo había provocado? ¿Y qué tan difícil fue para él seguir jugando al hockey después de lo sucedido? Después de saber que todo el mundo del hockey pensaba que era... ¿un loco? ¿Un adicto? ¿Una broma?

Dios, Ryan.

Fabián le envió un único emoji de corazón rojo y se metió en la cama. Parecería un gesto tonto, pero era la mejor representación de cómo se sentía Fabian ahora mismo. Quería darle a Ryan su corazón.

¿Pero a quién quería engañar? Ryan ya lo tenía.





Capítulo 24

Fabian pudo notar que Ryan seguía sufriendo cuando se encontró con él en el vestíbulo del edificio de Ryan. Quería saltar a sus brazos, rodear su cintura con las piernas y besarlo sin aliento. Pero se conformó con apoyar suavemente una mano en cada uno de los bíceps de Ryan.

—Hola.

—Hola.

—¿Cómo te sientes?

Ryan hizo una mueca.

—Todavía me duele.

Fabian tomó la mano de Ryan y tiró de él hacia el ascensor.

—Resulta que tengo ganas de pasar un día sin hacer absolutamente nada más que holgazanear con mi adorable novio.

—Estás de suerte. —se rió Ryan.

Cuando entraron en el apartamento, Fabian trató de dirigir a Ryan hacia el dormitorio.

—Necesitas descansar. —le dijo.

—Lo sé. Pero primero... —Ryan señaló los taburetes de la cocina, y Fabian captó rápidamente el mensaje y se subió a uno de ellos para sentarse. Desde esta altura, Ryan podía besarlo sin agacharse ni tener que levantar a Fabian.

—Te extrañé. —dijo Ryan cuando se separaron.

—Yo también. Siento lo de tu espalda.

—Creo que está mejorando.





—Bien —Fabián se moría de ganas de preguntarle a Ryan por su supuesta crisis de la temporada pasada, pero sabía que no era el momento. En su lugar, dijo—: Vamos a acostarte y luego te daré tu regalo.

—Uh, no puedo hacer nada, ya sabes. Así que si tu plan es...

—No —dijo Fabián, y lo besó de nuevo—. Por mucho que me gustaría tener mi boca en cada centímetro de tu cuerpo ahora mismo, no me refería a eso. Acuéstate. Voy a traer mi bolsa.

Ryan sacó una caja delgada, envuelta festivamente, del cajón superior de su cómoda y esperó nervioso a que Fabian regresara. Mientras esperaba, se retorció y estiró suavemente la espalda. Mierda, le dolía.

—Es solo algo pequeño —dijo Fabián cuando entró en la habitación—. Lo vi en el mercado agrícola de Halifax y pensé que podría gustarte.

Le entregó a Ryan un paquete blando que parecía haber sido envuelto apresuradamente en papel rojo con árboles de Navidad verdes por todas partes. Ryan dejó la delgada caja que había estado sosteniendo encima de la cómoda, y abrió el regalo.

—Está tejida a mano —dijo Fabián con entusiasmo—. El hombre que lo hizo era un encanto, y me encantan los colores.

Se trataba de una bufanda larga de lana con una mezcla de tonos satinados. Ryan se la puso inmediatamente alrededor del cuello y sonrió al ver su reflejo en el espejo. Normalmente no llevaba colores brillantes, y le gustaba cómo lo transformaba.

—Me encanta —dijo con sinceridad—. Me recuerda a ti.

—Un poco de color nunca hace daño a nadie —Fabian sonrió y luego se puso de puntillas para besar la mandíbula de Ryan—. Te queda bien.





—Gracias. Yo también tengo algo para ti. Espero que no sea demasiado. No tengo mucha experiencia comprando regalos para hombres con los que salgo.

—Bueno, veamos cómo te fue —se burló Fabián mientras tomaba la caja. Cuando la abrió, jadeó—. Ryan, ¿son *perlas de Mikimoto*³⁹?

—¿Quizás? He olvidado el nombre.

—Carajo. Ryan, ¿hablas en serio?

—Si no te gusta puedo...

—¿Gustarme? Ryan, es *precioso*.

Sacó con cuidado la larga cadena de oro blanco de la caja. El collar estaba salpicado de perlas negras y pequeños diamantes.

—Pensé que quedaría bien con ese mono negro que tienes.

—Dios, *lo hará*. No puedo creerlo. ¿Esto es realmente para mí? ¿Soy el dueño de esto ahora?

Ryan se rió.

—Es tuyo. La señora de la tienda estaba muy entusiasmada con él. Me aseguró que a mi 'esposa' le encantaría.

—A *ella* le encanta. Quiero ponérmelo, pero no va con este jersey.

—Podrías quitarte el jersey —sugirió Ryan—. ¿Y... todo lo demás?

Fabian le sonrió seductoramente.

—Se supone que estás de reposo.

³⁹ La marca Mikimoto es sinónimo de excelencia en todas las fases de elaboración de sus joyas, también es el principal productor de perlas cultivadas de óptima calidad y uno de los principales líderes mundiales en el diseño de joyas extraordinarias.





—Mis ojos todavía funcionan.

—Acuéstate, precioso. Déjame modelar esto para ti.

Fabian se quitó la ropa y Ryan se puso lo más cómodo posible en la cama. Cuando estuvo completamente desnudo, Fabian deslizó la cadena sobre su cabeza, y luego gimió orgásmicamente.

—Me siento como una sirena. Joyas de *verdad*. Nunca he tenido una joya de verdad —Se admiró en el espejo—. Oh, Ryan, es *impresionante*. Tienes un gusto exquisito.

Ryan le sonrió.

—Me alegro de que te guste.

—Nunca me lo voy a quitar.

Ryan estaba totalmente de acuerdo con eso. La visión de las perlas y los diamantes que brillaban en la hermosa piel de Fabian, bajando hasta su ombligo, hizo que a Ryan se le hiciera la boca agua.

—Oh —dijo Fabian, notando la tienda de campaña que había aparecido de repente en los pantalones de deporte de Ryan. Como su lesión en la espalda le dificultaba vestirse, Ryan no se había molestado en llevar ropa interior—. ¿Tienes otro regalo para mí?

Se arrastró sobre la cama como un gato, con diamantes y perlas colgando del cuello.

—No puedo hacer mucho. —le recordó Ryan con voz ronca.

—No tienes que hacer nada, cariño. Hay tantas cosas que podría hacer por ti en esa posición.

Ryan tragó saliva. Realmente no debía hacer nada. Si se corría, lo cual era ciertamente improbable, los espasmos serían una agonía. Pero en ese momento estaba muy excitado, así que dijo:

—¿Puedo mirarte?





A Fabián pareció gustarle la idea.

—¿Quieres que te quite los pantalones primero? No puedes estar cómodo así.

—De acuerdo. Sí. Gracias.

Levantó con cuidado sus caderas para que Fabián pudiera deslizar su cintura hacia abajo. Se quitó su propia camisa porque se sentía tonto llevando sólo una camisa.

—Oh, lo he echado tanto de menos —suspiró Fabian mientras la dura erección de Ryan salía de sus pantalones de deporte—. También parece feliz de verme.

—Definitivamente.

Fabian se arrodilló entre las piernas de Ryan y tomó su propio pene en la mano.

—¿Quieres escuchar la fantasía que imaginé cuando me estaba masturbando anoche?

Oh, mierda.

—¿Dónde? ¿En tu antigua habitación?

Fabian se mordió el labio y luego dijo:

—Así es. Me recordó a cuando era adolescente y me masturbaba a escondidas en mi habitación —Sonrió—. Pensando en ti.

Ryan se quedó con la boca abierta. Sabía, por supuesto, que Fabian había estado enamorado de él cuando eran adolescentes. Todavía no podía creerlo, pero lo sabía. Sin embargo, aún no había considerado la idea de que el joven Fabian se complaciera pensando en Ryan.

—¿Hiciste eso? —preguntó—. ¿Cuando vivíamos juntos?

—Con frecuencia. ¿Hacías lo mismo?

—Sí. Como, todo el tiempo.

Fabian cerró los ojos y sonrió.





—Dios, eso es caliente.

—¿En qué estabas pensando anoche? —preguntó Ryan, no queriendo perder la oportunidad de oírlo todo.

—Bueno —dijo Fabián, manteniendo los ojos cerrados—. Te imaginé golpeando mi puerta. En este escenario estoy en casa, en mi apartamento. Estoy en mi cama, jugando conmigo mismo. Empezando. Y entonces hay un fuerte golpe en mi puerta. Y de alguna manera sé que eres tú. Como si hubiera estado esperando esto.

—¿Sí? —Ryan raspó—. ¿Me dejas entrar?

—Paciencia —regañó Fabián. Pasó los dedos por la cadena, deteniéndose para hacer rodar cada perla entre el pulgar y el índice—. Luego me levanté para ir a la puerta, y cuando la abrí, estabas ahí de pie y parecías *salvaje*. Tenías los ojos desorbitados y la camisa abierta como si no hubieras tenido tiempo de vestirse bien. Tu pecho estaba agitado, como si hubieras *corrido* hasta llegar a mí. Podía ver lo duro que estabas a través de tus jeans. Como si fueras a salirte de ellos —Abrió los ojos—. Tan duro como lo estás ahora.

Ryan maldijo y rodeó su pene con la mano, sólo para darle un apretón. No fue suficiente.

—¿Qué quiero?

Fabián se lamió el labio inferior y volvió a cerrar los ojos.

—Me dices que necesitas correrte. Que llevas todo el día dándole vueltas a la cabeza, pero que no puedes llegar por ti mismo. Que me necesitas. Necesitas mi culo.

—Oh. Puta mierda.

Ryan empezó a acariciarse, perdiendo rápidamente la capacidad de preocuparse por su espalda.

—Me dices que estuviste tan cerca muchas veces, pero no pudiste encontrar la liberación. *Necesitas* esa liberación. Tienes tanto semen para mí y necesitas que te lo quite.

Fabián se acariciaba ahora más rápido, y su voz se hizo más alta y jadeante.





—Te digo que te he estado esperando. Que estoy listo. Te enseño el tapón que tengo puesto, y tú gruñes y lo sacas de un tirón. Me empujas sobre la cama, boca abajo. Eres rudo, pero no tengo miedo. Me encanta. Me encanta lo mucho que necesitas esto. Y ni siquiera esperas, sólo... *aah...* sólo te abalanzas sobre mí, metiendo ese pene gigante dentro, y es tan bueno. Es tan jodidamente bueno, Ryan. Me sujetas con esas manos gigantes y me follas tan jodidamente fuerte.

—¿Te gusta eso? —Ryan jadeó. Dios, podría correrse de verdad.

—Mierda, sí, me gusta mucho. Me encanta sentir lo fuerte que eres. Me encanta que pierdas el control así.

—Te follaré así —gruñó Ryan—. Cuando esté curado, te follaré tan fuerte como quieres.

—Sí, por favor. Dios, estoy cerca.

—Cuéntame el resto —Ryan sonaba como si estuviera rogando—. Por favor, *joder*. ¿Cómo termina?

—Me preguntas si quiero tu esperma. Y por supuesto digo que sí. Me muero por eso. Y me adviertes que será mucho, y te digo que lo hagas. Que me lo des todo.

Ryan gimió. Su placer se mezclaba con el dolor de su espalda mientras sus músculos se tensaban.

—Y lo haces. Sueltas un precioso aullido de alivio y te descargas en mí. Es tanto que te retiras y aún así -oh, *carajo*- eyaculas más en mi espalda. Y entonces yo también me corro, y, oh Dios. Realmente me voy a correr.

—Mierda. Hazlo.

Con un pequeño ruido de sorpresa, Fabian se encorvó hacia delante y se disparó por todo el muslo de Ryan. Luego se dejó caer hacia delante y se llevó el pene de Ryan a la boca, y los ojos de Ryan se pusieron en blanco.

—Maldito seas, Fabián. Esto va a doler. Joder, no pares. Estoy tan cerca.





Fabian no tuvo piedad, y en segundos Ryan se corrió con fuerza en su boca, y gritó contra el dolor incluso cuando éste fue eclipsado por el placer. Ni siquiera le importaba si no volvía a caminar.

—Ay. —dijo cuando las réplicas se calmaron.

Fabián se limpió la boca con el dorso de la mano y se rió.

—En realidad *podrías* haberme avisado que iba a ser mucho. Santo cielo.

—Lo siento. Ha pasado un tiempo.

—Soy consciente.

A pesar de que regularmente disfrutaban de un sexo increíble juntos, seguía siendo un acontecimiento raro que Ryan llegara al orgasmo.

—Eso fue increíble, sin embargo —dijo Ryan—. Tienes una buena imaginación.

—Si lo que necesitas para excitarte son historias, estoy seguro de que puedo soñar con algunas más —Fabian se acurrucó contra él en la cama, apoyando su barbilla en el pecho de Ryan—. ¿Estás bien? Ha sido una irresponsabilidad de mi parte.

—Estaré bien. He tenido más dolor por razones peores, eso es seguro.

Fabian se inclinó hacia delante y lo besó. Ryan pudo sentir su propio sabor en la boca de Fabian y lo saboreó. Rodeó a Fabian con un brazo y tiró de él con más fuerza, las perlas del collar quedaron atrapadas entre sus cuerpos y presionaron con fuerza el pecho de Ryan. Estaba emocionado por lo mucho que le había gustado a Fabian su regalo. Quería *cubrir a* Fabian de joyas. Quería decorar su cuerpo con todas las cosas bonitas que se merecía.

—Acabo de confirmar el show de lanzamiento del álbum —dijo Fabian—. Llevaré el collar esa noche.

—Creo que me va a gustar ver eso.

—¿Ah sí? —Fabian se puso de espaldas a Ryan y tocó el collar—. No pensé que fueras del tipo posesivo, Ryan Price.





—No lo soy —Consideró cuidadosamente sus siguientes palabras—. A veces necesito un recordatorio de que realmente estamos juntos. Especialmente cuando estás en el escenario. Porque es bastante difícil de creer.

Durante un largo momento, Fabian no dijo nada, lo que hizo que Ryan se preocupara. Luego dijo:

—Espero que no pienses que te llevas la mejor parte del trato, Ryan, porque nunca he estado con nadie que me haga tan feliz como tú.

Ryan sonrió al techo. Estuvo peligrosamente a punto de decirle a Fabian lo que sentía por él, pero en lugar de eso se limitó a besar la parte superior de la cabeza de Fabian y resolvió en silencio que siempre lo haría feliz.





Capítulo 25

—¿Puedo preguntarte algo?

Ryan había estado observando, algo hipnotizado, cómo Fabián se probaba diferentes camisas mientras se preparaba para salir. Por eso, tardó en responder a la pregunta de Fabian.

—Claro. ¿Qué?

Fabian se quitó la última camisa por encima de la cabeza y se volvió hacia donde Ryan estaba recostado en la cama. Ryan trató de concentrarse en su rostro y no en la sexy curva de su cadera donde se hundía en sus ajustados pantalones.

—¿Pasó algo... con tu último equipo?

—Uh.

—Yo sólo... *Bien*. Cuando estaba en casa mi familia estaba hablando de cómo tú... *Bueno*. Dijeron que tuviste una crisis.

Ryan no dijo nada por un momento. *Una crisis*. Se aclaró la garganta.

—Supongo que es una forma de decirlo.

Fabian se arrodilló junto a la cama y tomó la mano de Ryan entre las suyas.

—¿Me lo dirás?

Ryan realmente no quería hablar de esto. Nunca. Lo había hablado con su terapeuta y eso había sido suficiente. Pero Fabian parecía tan preocupado, que Ryan suspiró y decidió contarle al menos lo esencial de lo sucedido.

—Yo estaba en el banquillo. Y el público estaba cantando, porque... oh. Hay un cántico. Cuando el público quiere que luche.

—¿Un canto?



—Sí. Es, uhm, 'Pay the Price'. Como mi apellido, y como voy a hacer que paguen, ¿entiendes?

Las cejas de Fabián se juntaron.

—Qué asco.

Ryan asintió.

—Sí. El público coreaba porque, bueno, pasó una cosa de hockey. No te voy a aburrir.

Fabian no sonrió.

—Ryan.

Se habían duchado juntos antes de que Fabian se vistiera, y el pelo húmedo de Fabian le caía en los ojos. Ryan alargó la mano y lo apartó.

—No sé qué fue esta vez, porque no fue diferente de ninguna otra, pero supongo que fue mi punto de ruptura. Esto fue antes de que viera a un terapeuta o probara la medicación. Me sentía solo, miserable. No lo sé. En fin.

—¿Qué pasó?

Ryan cerró los ojos y recordó cómo no conseguía que su corazón dejara de latir con fuerza y cómo no conseguía que le entrara suficiente aire en los pulmones. Su uniforme estaba demasiado caliente, demasiado apretado, y cuando miró a sus patines y trató de respirar, fue como si su garganta se hubiera cerrado. Le había *dolido* el pecho, los pulmones ardían por la falta de oxígeno, y su maldito corazón parecía que iba a explotar.

—Pensé que estaba teniendo un ataque al corazón. No es broma. Así que simplemente... me fui. —Abrió los ojos.

—¿Del edificio? —Fabián parecía muy confundido.

—Fuera del banquillo, en medio de un partido. Y tan pronto como estaba en el pasillo empecé a arrancar mi equipo. Pánico total. Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo, sólo sabía





que tenía que quitarme el equipo o iba a morir. Y la gente me gritaba, y yo ni siquiera sabía dónde estaba o qué estaba pasando.

—Jesús.

—Supongo que acabé en el suelo. O de rodillas o algo así. La gente me rodeaba y yo intentaba apartarlos.

—Un ataque de pánico, ¿verdad?

Ryan asintió.

—Resulta que sí. Consiguieron que una ambulancia me llevara al hospital porque no paraba de decir que estaba teniendo un ataque al corazón. En el hospital dijeron que no era mi corazón. *Solo* un ataque de pánico, dijeron —Se rió sin humor—. Me dio mucha vergüenza.

—Eso es ridículo —dijo Fabián enfadado—. No fue poca cosa. Un ataque de pánico no es algo de lo que haya que avergonzarse.

—Ahora lo entiendo. Empecé a ver a un terapeuta después de eso. Me tomé un pequeño descanso, para ordenarme un poco. Sin embargo, no creo que mis compañeros de equipo o mis entrenadores volvieran a mirarme de la misma manera —Se encogió de hombros—. Luego me traspasaron en verano a Toronto.

Fabián sonrió.

—Bueno, esa parte funcionó bien.

Ryan le devolvió la sonrisa.

—Sí, supongo que sí.

Fabian besó la mano de Ryan.

—¿Todavía tienes ataques de pánico?

—No he tenido otro tan malo, pero... sí. A veces. Y puedo sentirlos al acecho, ¿sabes?





—Me alegro de que me lo hayas contado. Si puedo hacer algo para ayudar, házmelo saber.

Ryan apoyó una palma en la mejilla de Fabian.

—*Estás ayudando.*

Fabian lo besó rápidamente y luego continuó vistiéndose. Cuando le dio la espalda, Ryan se permitió hacer una mueca de dolor de espalda que lo había estado torturando todo el día. Le había dicho a Fabian que su espalda estaba curada porque no quería que se molestara por el hecho de que Ryan había estado practicando y jugando al hockey toda la semana.

El hecho era que su espalda seguía estando terrible. Había estado recibiendo fisioterapia y masajes, por lo que se estaba aflojando un poco, pero el médico del equipo también le había suministrado analgésicos que facilitaban el juego. Fabián no necesitaba saber nada de esto.

Al igual que Fabian no había necesitado saber lo del ataque de pánico. Ryan deseaba que nadie se lo hubiera dicho; eso sólo reforzaría su creencia de que Ryan debía dejar el hockey. Nunca lo dijo abiertamente, pero Ryan sabía que era lo que sentía.

Pero Ryan estaba manejando bien tanto la ansiedad como el dolor de espalda. No podía esperar que Fabian entendiera las exigencias del hockey profesional.

Fabián no era estúpido.

Sabía que la espalda de Ryan todavía le molestaba. Posiblemente era peor ahora que en Navidad. Vio cómo Ryan intentaba ocultarlo, con movimientos lentos y cuidadosos y con razones transparentes para no hacer las cosas. Fabian no tenía ni idea de cómo era capaz de jugar al hockey en su estado.

Que era exactamente lo que Fabián pretendía averiguar viendo este partido.





Ryan estaba fuera de la ciudad, jugando contra Filadelfia. Fabián estaba en el mismo bar de deportes en el que había estado con Tarek la última vez, pero esta noche estaba acompañado por Marcus.

—Así que ése es tu novio. —dijo Marcus.

Él y Fabian estaban mirando la pantalla de televisión gigante, donde Ryan había hecho algo frente a la red que parecía requerir muchas repeticiones a cámara lenta.

—Sí. —dijo Fabián.

—Ese tipo. En la televisión. Jugando al hockey. Es tu novio.

Fabián suspiró.

—¿Aún no hemos superado esto?

—Sólo me aseguro.

Marcus sonrió y tomó un sorbo de su gin-tonic.

El partido no había sido especialmente interesante, salvo por el hecho de que Ryan parecía sentirse mucho más cómodo físicamente practicando un deporte muy duro sobre *los patines* que cuando Fabian le observaba, por ejemplo, sacando un cartón de leche de la nevera.

Cada vez que no se veía a Ryan en el hielo, Fabian y Marcus charlaban. Hacía mucho tiempo que no salía sólo con Marcus. Cuando Ryan *estaba en el hielo*, Fabian lo observaba como un halcón.

—Parece sano —comentó Marcus—. Definitivamente nunca adivinaría que tiene algún dolor.

—No tiene sentido. Sé que me lo está ocultando. Puedo verlo hacer una mueca de dolor cuando piensa que no estoy mirando cuando estamos juntos.

—Dios, es enorme —suspiró Marcus—. Estoy tan jodidamente celoso.

—Las almohadillas lo hacen parecer más grande. —dijo Fabián débilmente.





Fue extraño ver a Ryan utilizar su tamaño para intimidar. Hubo un forcejeo detrás de la red después de que se detuviera el juego y Ryan se cernía sobre un jugador del equipo contrario. No podía ver la cara de Ryan, pero podía ver el miedo en los ojos del otro jugador, incluso cuando chocaba con Ryan y le gritaba algo.

—¿Van a pelear? —preguntó Marcus. Parecía demasiado entusiasmado con la idea.

Dios, Fabián esperaba que no.

—Odio esto. —dijo.

—¿Qué? ¿Ryan peleando?

—Sí. Y él con *ese aspecto* —Señaló hacia el televisor, donde el nuevo ángulo de la cámara mostraba a Ryan mirando amenazadoramente a su oponente. Fabian suspiró—. Y Ryan jugando al hockey, si te soy sincero.

Marcus lo miró con el ceño fruncido.

—¿Tal vez no deberías salir con un jugador de hockey, entonces?

Fabian observó cómo Ryan -afortunadamente- volvía a su banquillo en lugar de luchar.

—No es *sólo* un jugador de hockey.

—Pero también *es* un jugador de hockey.

—Sí, lo sé, gracias —espetó Fabián. Suspiró—. Lo siento.

—No puedes pedirle que renuncie, Fabián. No es justo.

—*Lo sé*. Y nunca lo haría si no fuera porque... —Marcus levantó las cejas. Fabián miró la mesa—. No es sólo que odie el hockey. Obviamente no puedo pedirle a Ryan que deje el hockey porque a mí no me gusta. No soy tan egoísta. Pero creo que a Ryan tampoco le gusta. Quiero decir, básicamente me lo ha dicho. Y está destruyendo su cuerpo, y lo hace sentir miserable. Es tan dulce y se merece algo mucho mejor que esto.





—Pero *él* tiene que tomar esa decisión. No tú. —argumentó Marcus.

Fabián asintió.

—Lo sé. Es que es duro, verlo sufrir y no dejarse curar. Es... aterrador.

Marcus lo miró con simpatía.

—Puedes decirle lo que sientes, pero tienes que tener cuidado, ¿sí? Nada de ultimátum.

—Por supuesto que no.

Fabian se preguntó si *podría sacar* a relucir algo de esto con Ryan.

Se preguntó si podría quedarse con Ryan si no lo hacía.

Tres días más tarde, Fabian se sentó en la cama de Ryan, sosteniendo un querido ejemplar de *Ana de las Tejas Verdes*.

—¿Siempre llevas esto contigo?

—Siempre que vuelo a algún sitio, sí.

—¿Por qué?

Ryan se encogió de hombros y sacó de su bolsa de viaje algunas prendas de aspecto desarreglado.

—Por comodidad. Mamá solía leerle ese libro a Colleen cuando éramos niños, y yo siempre escuchaba. Luego se lo leí yo a Colleen. Siempre ha sido algo nuestro.





—¿Así que es como un ancla? ¿Algo en lo que te puedes concentrar cuando tienes miedo?

—Supongo.

Fabian se lo entregó a Ryan, que lo volvió a meter en la bolsa.

—¿Cómo está tu espalda?

—Bien. ¿Por qué?

—¿Lo está?

Ryan parecía confundido.

—Te dije que está mejor, ¿no?

—Sí —dijo Fabián de forma contundente—. Lo hiciste.

—¿Qué pasa?

Fabián se puso de pie.

—Me has estado mintiendo.

Las cejas de Ryan se dispararon.

—¿Mintiendo?

—No puedes hablar en serio.

—¿Serio sobre qué?

—Sobre *todo*, ¡no lo sé! Es obvio que tu espalda no se ha curado.

—No es tan malo. —refunfuñó Ryan.

Fabián sintió que iba a explotar.





—No juegues mañana por la noche.

Ryan lo miró fijamente como si no tuviera ni idea de qué podía preocupar a Fabián.

—Por supuesto que voy a jugar. Tengo que hacerlo.

—¡Tu espalda sigue completamente jodida!

—Mi espalda siempre está jodida. Sólo que ahora está más jodida que de costumbre.

—No puedes jugar al hockey así.

—Tú eres el experto. —Ryan resopló.

Fabian rodeó la cama y se colocó frente a él, con los puños apretados a los lados.

—¿De verdad? ¿Así es como vas a manejar esto? ¿Tu novio marica no sabe nada de deportes, así que es estúpido que se preocupe por tu salud?

Ryan entrecerró los ojos hacia él.

—No te llames así.

—No juegues al hockey cuando estés *lesionado*.

La cara de Ryan se suavizó, lo que sólo hizo que Fabian se enfadara más porque ahora parecía que Ryan se divertía por lo estúpido que estaba siendo.

—Todo irá bien. Ha *estado* bien. El médico me da algo para el dolor.

—¿Perdón? ¿Te da *algo*? ¿Te da *qué*?

—Toradol⁴⁰. —murmuró Ryan.

—Genial. ¿Así que te tragarás unas pastillas y te irás a dar una vuelta por el hielo durante un par de horas?

⁴⁰ Es un analgésico, antiinflamatorio y antipirético de amplio espectro. No se recomienda su uso por más de cinco días consecutivos.





Ryan apartó la mirada.

—No es una píldora. Es una inyección.

Fabián levantó las manos.

—¡Genial! ¡Maravillosol! Así que tu médico te llena de drogas. ¿Y luego qué? ¿Qué pasa cuando se pasa el efecto de la inyección?

—Me dan unas pastillas.

Fabián se quedó boquiabierto.

—Por Dios. ¿No ves un problema en eso?

—Soy cuidadoso. No voy a desarrollar un problema, o lo que sea que estés pensando.

—¿Por qué no puedes dejarte curar? ¿Por qué es tan terrible?

—Simplemente no es lo que hacemos, ¿entiendes? Si hay alguna posibilidad de jugar, juego.

—Y si juegas, pelearas, supongo. —dijo Fabián, mirando los nudillos recién magullados de Ryan.

La mandíbula de Ryan se apretó.

—Sí, yo peleo.

—Pensé que habías terminado de pelear.

—No puedo dejar de pelear, Fabian.

—¿No es tu elección?

Ryan resopló.





—Soy un jugador de hockey. Nada es mi elección.

El corazón de Fabian se rompió un poco ante esas palabras. Se le hizo un nudo en la garganta cuando dijo:

—¿Por qué sigues jugando al hockey? No tiene sentido.

Ryan se dio la vuelta.

—Esto es estúpido —Salió de la habitación, y Fabian se lanzó tras él. Cuando lo alcanzó, Ryan se volvió y dijo—: Me imaginaba que esto iba a pasar. Lo estaba esperando. Quieres que lo deje para no tener que salir con un jugador de hockey, ¿verdad?

Fabián se quedó boquiabierto.

—Esto no tiene nada que ver conmigo. El hockey *te está destruyendo*, Ryan. ¿No lo ves?

—¡El hockey es todo lo que soy! —gritó Ryan.

Fue lo más fuerte que Fabian le había oído hablar, y se sobresaltó.

—No —dijo suavemente—. Eres mucho más. Por favor, no digas eso.

—¿Por qué no? Es cierto. No voy a abandonar una carrera en la NHL, Fabian. No soy tan estúpido.

—Te he contado lo de la sinfonía. —argumentó Fabián.

Fabian odió lo amarga que fue la risa de Ryan al responder.

—Sí. Pero, ¿adivina qué? No puedo dejar la NHL y convertirme en un jugador de hockey independiente. Así que me alegro de que puedas hacer música a tu manera, pero yo no tengo esa opción.

—Podrías hacer otra cosa.

—¿Cómo *qué*? ¿Qué carajo se supone que puedo hacer?

—¡Lo que quieras! —Fabian prácticamente gritó.





Ryan puso los ojos en blanco y se chupó los dientes por un momento, luego exhaló y dijo:

—No lo entiendes.

Y eso era todo, ¿no? Fabian no entendía el hockey. No entendía por qué Ryan dejaba que le arruinara la vida si aparentemente no le daba ninguna alegría. No entendía por qué había pensado que esta relación podría funcionar.

—Supongo que no. —Fabian lo empujó y se dirigió a la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó Ryan mientras Fabian metía los pies en las zapatillas.

—A mi casa.

—¿Por qué te pones así? Sabes cuál es mi trabajo. Sabías quién era cuando nos juntamos.

Fabián se tragó el nudo en la garganta.

—Sí, lo sabía. Sabía exactamente lo dulce y maravilloso que eres.

Los hombros de Ryan se desplomaron y su voz se volvió tranquila.

—No sé por qué haces eso. Parece que crees que soy mejor de lo que realmente soy. No puedo ser la persona que tienes en tu cabeza.

—*Eres* la persona que tengo en mi cabeza. En mi *corazón* —Fabian estaba llorando ahora. Maldita sea—. Por eso no puedo ver cómo te haces daño. O a cualquier otra persona.

Una de las gigantescas manos de Ryan se posó en el hombro de Fabian. Manos que serían utilizadas para golpear a alguien más tarde esa semana, sin duda.

—Lo siento.

No era lo que Fabián quería oír. Se dio cuenta de que era el tipo de disculpa que significaba "lo siento, *no puedo ser mejor*", no "lo siento, *intentaré hacerlo mejor*". Si Fabian se quedaba, nada cambiaría. Salir por la puerta ahora mismo podría romperle el corazón, pero no tanto como ver a Ryan destruyéndose a sí mismo.





—No puedo hacer esto —dijo con una voz diminuta—. Pensé que podía, pero no puedo. Tienes razón, no lo entiendo —Dejó escapar un suspiro estremecedor—. Simplemente no lo entiendo. Nunca lo haré.

—No hagas esto —Ryan estaba llorando ahora también, lo que Fabian no podía soportar ver. Se volvió hacia la puerta—. Por favor.

Fabian se volvió. Realmente quería envolver a Ryan en sus brazos y decirle que lo sentía. Que se quedaría. Que podía pasar por alto todo y ser su novio. Pero no podía. No sería justo para ninguno de los dos.

Así que dijo:

—Cuídate, Ryan Price.

Y luego se fue.





Capítulo 26

Las dos semanas siguientes fueron una miseria total para Ryan.

Los vuelos, que habrían sido difíciles de todos modos sin Wyatt, fueron absolutamente angustiosos. Era todo lo que Ryan podía hacer para obligarse a subir a cada avión. Cuando estaba a bordo, se sentaba solo cerca de la parte trasera y se hiperventilaba. Al tercer vuelo, pidió al médico del equipo que le diera algo más para ayudarlo a calmarse. Las pastillas no le curaron la ansiedad, pero lo adormecían y reducían su pánico a un nivel manejable.

A pesar de lo que le había prometido a Fabian durante su pelea, Ryan podía sentir que estaba desarrollando una dependencia a las drogas. Le dolía mucho todo el tiempo, y el alivio que le proporcionaba una inyección de Toradol era embriagador. Las pastillas que tomaba después del partido le ayudaban a mantener al mínimo la insoportable sensación posterior a jugar con una lesión.

También había empezado a pedir pastillas para dormir. Cada segundo que no estaba concentrado en su dolor de espalda, le invadía la agonía de su corazón destrozado.

Lo más difícil era saber que Fabián había tenido toda la razón. Cada palabra había sido la verdad. Y por eso, Ryan sabía que no debía intentar contactar con él. Tal como Ryan siempre había creído, Fabian se merecía algo mucho mejor que él.

Sabía que Fabian daba conciertos. Sabía que el show de lanzamiento de su álbum era la próxima semana, pero Ryan no se atrevía a ir. Lo mejor que podía hacer cualquiera de ellos era olvidar toda esta estúpida relación.

Como todos los equipos de la NHL, los Guardians tuvieron una semana de descanso antes o después del fin de semana de las estrellas de la NHL. Este año, los Guardians tuvieron la suya la semana anterior. Ryan intentó no pensar en lo maravilloso que habría sido pasarla con Fabian. En cambio, se refugió en su apartamento y se concentró en curar su espalda.

El miércoles, Ryan fue despertado por una llamada telefónica de Wyatt.

—Hola, Pricey. ¿Cómo van las vacaciones?

—Bien. Tranquilo.





Ryan tenía la cabeza un poco espesa. Había tomado un somnífero la noche anterior y los efectos no habían desaparecido del todo.

—Sólo te llamo porque quería que escucharas esto de un amigo antes de que lo escucharas en otro lugar.

Ryan parpadeó.

—¿Te han cambiado otra vez?

—No. Se trata de Duncan Harvey.

—¿Harvey? ¿Qué pasa con él?

—Oyó a Wyatt exhalar y luego decir:

—Ha muerto. Lo encontraron ayer. En su casa. Parece un suicidio por sobredosis.

Ryan se sentó.

—¿Qué?

—Lo sé. Es horrible. Estará en todas las noticias hoy.

Ryan estaba aturdido. No sabía qué decir.

—¿Hay un funeral?

—Todavía no hay detalles, pero imagino que será en su ciudad natal. Es un granjero de Ontario, pero he olvidado la ciudad. Ahora mismo estoy en las Bahamas con Lisa, si no intentaría ir.

—Sí.

Ryan deseaba poder eliminar los efectos de esa píldora. No podía entender nada de esto.

—Siento tener que darte esta noticia. ¿Estarás bien? ¿Está tu, um, novio...?





—Estoy bien —dijo Ryan rápidamente, no queriendo que Wyatt mencionara a Fabian ni siquiera en términos vagos—. Gracias por llamar. Te lo agradezco.

—¿Seguro que estás bien?

Ryan estaba tan lejos de estar bien que no era gracioso.

—Sí. Asistiré al funeral. Diviértete en la playa, ¿bien?

—Claro. Pero, ya sabes, llámame si lo necesitas.

Dios, Ryan echaba de menos a Wyatt.

—Lo haré. Gracias.

Se despidieron y Ryan se levantó de la cama y se dirigió a trompicones al cuarto de baño, donde inmediatamente abrió la ducha a toda velocidad.

Bien. Averiguaría cuándo y dónde se celebraría el funeral, y conduciría hasta ahí. Eso era algo que podía hacer. Era lo *menos* que podía hacer. Con suerte, muchos jugadores de la NHL harían lo mismo.

No pudo evitar recordar su última pelea -o, mejor dicho, su -no pelea- mientras se duchaba. ¿Tenía Ryan parte de la culpa de lo que le había ocurrido a Duncan? ¿Su negativa a pelear con él lo había llevado al límite?

No podía permitirse pensar estas cosas.

Cuando salió de la ducha, sintió la cabeza más despejada y se dio cuenta de que la espalda no le molestaba tanto. Parecía que tomarse el tiempo para descansar y curarse era realmente efectivo.

—*Tenías razón, Fabián.* —dijo Ryan a la sala vacía.





—Siéntete libre de tomar eso del estante, si quiere verlo más de cerca.

Fabian parpadeó y se dio cuenta, al enfocar sus ojos, de que había estado mirando una varita de cuentas anales de acero inoxidable con lo que debía ser una expresión de profundo anhelo. Pero la verdad era que sólo había estado pensando en Ryan. Otra vez.

—Puedo darte el descuento del personal en uno si quieres —continuó Vanessa—. Es lo menos que puedo hacer después de haberte hecho probar esa basura de vibrador.

—No, lo siento. Ni siquiera lo estaba mirando. Sólo estoy... disperso.

Vanessa se apartó de la estantería de frascos de lubricante que había estado enderezando y apoyó una mano en el brazo de Fabián.

—Podrías acercarte a él, sabes.

Fabian sacudió la cabeza lentamente y forzó una risa que sonó horrible.

—La idea de una relación entre nosotros era absurda. No tenemos sentido.

—Pero lo echas de menos.

—Dios, no te imaginas cuanto.

Vanessa dio un suspiro exasperado y volvió a enderezar el estante de los lubricantes.

—¿Qué? —preguntó Fabián.

—No lo sé. Es como si hubieras entrado en este asunto con Ryan decidido a demostrar que no podía funcionar o algo así. Sí, nunca hubiera esperado que te enamoras de un jugador de hockey profesional, pero lo hiciste. Y luego, tan pronto como la cosa del hockey se hizo real, saliste corriendo.

—Eso no es justo —argumentó Fabián—. Me estaba mintiendo. Haciéndose daño a sí mismo. Es... autodestructivo.





Ella le lanzó un frasco de lubricante en su dirección.

—Parece que le vendría bien un poco de amor y apoyo.

Fabian no tenía nada que decir a eso. Sabía que era cierto, y era la razón por la que se había sentido como una completa mierda durante las últimas dos semanas. No era lo suficientemente fuerte para ser el novio de Ryan. No era capaz de superar su propio odio y miedo a todo lo que era el hockey. Todo lo que le hacía a la gente.

—Anoche vi a Claude. —dijo en voz baja, cambiando de tema.

La decepción era evidente en el rostro de Vanessa.

—Oh, Fabián. No. No lo hiciste, ¿verdad?

—No. No, lo juro. No pasó nada. Me encontré con él en la inauguración de arte de Greta. Hablamos. Compartimos un porro afuera —Miró hacia otro lado—. Quiero decir, él *trató* de besarme. Pero le dije que no podía.

—Oh. Bien. ¿Por qué me lo dices, entonces?

—Porque al ver a Claude todo quedó mucho más claro. No lo quiero a él ni a nadie como él. Creo que podría estar arruinado para cualquiera que no sea la única persona con la que realmente no debería estar.

—Lo que me lleva de nuevo a mi primera sugerencia: acercate a él —En ese momento entró un cliente por la puerta y Vanessa le dedicó a Fabián una sonrisa de disculpa—. Hablaremos más tarde, ¿de acuerdo?

—Claro —dijo, pero Vanessa ya se había ido a ayudar al cliente.

De todos modos, Fabián no debería haber molestado a su amiga en el trabajo. Salió de la tienda con un saludo y un abismal intento de sonrisa en dirección a Vanesa, y salió a una ligera nevada.

Tan pronto como las cosas del hockey se volvieron reales, saliste corriendo. Oh Dios, eso era exactamente lo que Fabian había hecho, ¿no? Podía soportar salir con un jugador de hockey mientras no tuviera que ver ninguna prueba real de ello.





Pero tal vez eso no era descabellado por su parte. Toda su vida, Fabian sólo había conocido el hockey como algo horrible y tóxico que celebraba a los matones homófobos y entrenaba a los chicos para que creyeran que sólo había una forma aceptable de ser un hombre. El hockey era el muro que separaba a Fabian de su propia familia, el modelo de masculinidad que impedía a sus padres comprender a su único hijo. Fabian se conocía a sí mismo y sabía que nunca sería un fanático del juego, ni de la cultura que lo rodeaba. Así que ¿no sería injusto por su parte pretender que podía pasar por alto todo eso?

Le gustaba mucho Ryan -siempre le había gustado- y deseaba poder ser el animador fuerte y solidario que Ryan se merecía. Todo lo que podía hacer era preocuparse por Ryan mientras se negaba a ver sus partidos. Esa era una base terrible para una relación.

Pero aún así, Fabian *quería* estar con él. Así que tal vez podría encontrarse con Ryan en algún punto intermedio. Si Ryan se tomara un tiempo para dejar que sus malditas lesiones sanaran, sería *algo*. Si pudiera decirle a sus entrenadores que ya no quería pelear. Si pudiera...

Fabian suspiró. Sabía lo suficiente sobre lo que era el hockey como para saber que Ryan no podía hacer ninguna de esas cosas sin arriesgar toda su carrera. Ryan no era una superestrella; no estaba en condiciones de exigir nada. Era reemplazable.

Pero no para Fabian, obviamente. Cada día que pasaba estaba más claro que Ryan había reclamado completamente el corazón de Fabian. Fabian no dudaba de que podría encontrar un hombre atractivo para reemplazar a Ryan -esta misma noche, probablemente, si quisiera-, pero el hombre no tendría la dulzura de Ryan. Su gigantesco corazón. Su valor.

Porque Ryan era la persona más valiente que Fabian había conocido. Puede que Ryan no lo creyera, pero Fabian sabía que era cierto. Se enfrentaba a sus miedos todos los días -volando, luchando, socializando- y ¿cuántas personas podían decir eso? Fabian era el cobarde. La carrera de Ryan le aterrorizaba, así que había huido.

Fabian quería solucionar este problema desesperadamente. No tenía respuestas en este momento, y realmente necesitaba concentrarse en el show de lanzamiento del álbum, que estaba a sólo unos días de distancia. Tal vez después de ese espectáculo podría dedicar algo de tiempo a esto. Tal vez una relación sana con Ryan era imposible, pero si había alguna posibilidad, tenía que intentarlo.





Ryan entró en la pequeña funeraria que estaba al otro lado de la calle del Tim Hortons de la ciudad natal de Duncan Harvey. Tenía la espalda un poco rígida después de haber conducido durante tres horas, pero en general no estaba mal.

Ryan no estaba seguro de lo que esperaba, pero había muchos asientos vacíos en la sala donde se celebraría el servicio. No vio a ningún jugador de la NHL entre la multitud. Reconoció a algunos de los entrenadores de Harvey, pero a ninguno de sus compañeros de equipo. El capitán del equipo de Chicago, Clarke, ni siquiera estaba allí.

Pero, por supuesto, hoy era viernes. Y Clarke estaría en el fin de semana del All-Star en San Luis.

Ryan encontró un asiento en la última fila y trató de tragarse su ira. Era como si Harvey nunca hubiera existido. Había dado todo lo que tenía al hockey y, cuando ya no quedaba nada, el hockey lo había abandonado. Ni siquiera parecía tener muchos amigos o familia aquí, y quizá eso era lo que ocurría cuando eras un miserable adicto al que todos temían.

Alguien se sentó al lado de Ryan. No al final de la misma fila, sino *justo al lado de Ryan*. Echó un vistazo y se sorprendió al ver de quién se trataba.

—Hola, Price.

—Rozanov. ¿No deberías estar en el partido de los All-Star?

Ilya se encogió de hombros.

—Habrán otros.

¿Ilya conocía a Duncan Harvey? Nunca había jugado con él. Parecía extraño que estuviera aquí.

El servicio fue corto e impersonal. Resultó que Harvey no tenía mucha familia. Sus padres habían muerto hacía años y, aunque una hermana aparecía en el obituario, no parecía estar allí.





¿Estaba Ryan mirando su propio futuro? No le gustaba pensarlo. A pesar de todo, su familia seguía amándolo y apoyándolo en todo. Seguía confiando en que no era adicto a los analgésicos ni a ninguna otra cosa, pero empezaba a comprender lo fácil que *era* volverse adicto. No había duda de que había preferido cómo se sentía cuando estaba drogado estas últimas horribles semanas.

Cuando terminó, Ilya se puso de pie y dijo:

—¿Caminas conmigo?

—Claro. De acuerdo.

Cuando salieron al exterior, atravesaron a duras penas el aparcamiento nevado. Ilya dejó de caminar cuando llegaron a un gran árbol sin hojas en el extremo más alejado. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su abrigo y se lo ofreció a Ryan. Ryan lo rechazó.

Ilya sacó uno para él y lo encendió. Se apoyó en el tronco del árbol mientras daba la primera calada. Era un hombre muy atractivo: casi tan alto como Ryan, con ojos avellana chispeantes y un pelo castaño dorado rizado que le caía perezosamente alrededor de la cara de una manera que hacía juego con su personalidad despreocupada.

—Ha sido un lindo gesto que hayas venido. —dijo Ilya después de exhalar.

—Pensé que era lo menos que podía hacer.

—Sí. Bueno. Lo menos que podías hacer era demasiado para la mayoría de los jugadores, parece.

—Sí, lo he notado.

Ilya echó más humo y dijo:

—Este juego puede ser realmente terrible.

Ryan se metió las manos en los bolsillos y asintió.

—Lo sé.





Pasó un momento de silencio, y entonces Ryan no pudo evitar preguntar:

—¿Por qué *estás* aquí, de todos modos? ¿Conoces a Harvey?

—No. En realidad no. Pero... su muerte. El suicidio. Es algo importante para mí.

—Oh.

Cierto. La madre de Ilya. La principal razón por la que había comenzado una sociedad benéfica con Shane Hollander.

—No hablamos lo suficiente de eso en este deporte. La depresión. La adicción. Salud mental —Ilya lo miró—. *Tú* sabes de eso.

Ilya nunca había tenido problemas para ser directo.

—Sí. Lo sé.

—¿Cómo estás?

—Algunos días son mejores que otros. Pero veo a un terapeuta. Es, como, en Skype, pero todavía funciona. Y tomo medicamentos. Probablemente debería hablar más de ello, pero...

—Tú eres una persona privada. Lo entiendo.

Tuvo que sonreír.

—¿Lo entiendes?

Los labios de Ilya se torcieron de forma divertida.

—Todos tenemos secretos.

Ryan asintió. Por supuesto que Ilya tenía secretos. Se preguntó si posiblemente Ilya se sentía tan solo como él.

—¿Te gusta jugar al hockey? —preguntó Ilya de repente.





Ryan estuvo a punto de responder "*Por supuesto*" sin pensarlo, pero se detuvo y en su lugar consideró la pregunta de Ilya.

—No. Creo que no lo ha hecho en mucho tiempo.

—¿No te hace feliz?

Lo último que hizo el hockey fue hacer feliz a Ryan.

—Creo que me hace miserable, para ser honesto.

—Eso es un problema. —dijo Ilya.

—Lo sé.

Ilya terminó su cigarrillo.

—Wyatt Hayes es un buen tipo.

—Lo es. Lo echo de menos.

—Dijo que ayudabas en un lugar con niños. ¿Juegas al hockey con ellos?

—Oh —Ryan miró al suelo, avergonzado de que Wyatt hubiera estado hablando de él con Ilya Rozanov—. Sí. Cuando puedo. Que no es a menudo.

—¿Te gusta?

—Me gusta. Me gustan los niños.

Ilya asintió.

—¿Qué vas a hacer este verano?

A Ryan le costaba seguir el ritmo de Ilya.

—No lo sé. Podría volver a casa, a Nueva Escocia. ¿Por qué?





Ilya sacó su teléfono del bolsillo y se lo entregó.

—Dame tu número. Nosotros estamos organizando unos campamentos para nuestra organización benéfica. Yo y Shane. Hollander, quiero decir —Por un momento pareció extrañamente avergonzado—. Son campamentos de hockey para niños. Estarán en Ottawa y Montreal este verano. Nos vendría bien tu ayuda.

—¿Qué, yo?

Ryan no podía imaginarse ser entrenador en el mismo campamento en el que los niños iban a aprender de estrellas como Shane Hollander e Ilya Rozanov.

—No quiero enseñar a los niños a pelear. —dijo Ryan, para dejarlo claro.

Rozanov lo miró como si fuera estúpido.

—No. Tú eres un defensor. Les enseñarás a quedarse quietos y a no marcar goles. Lo que hacen los defensores.

Ryan se rió.

—Imbécil.

—Además, va a ser para todos, ¿sabes? Como... —Ilya pareció luchar con la forma de decir la siguiente parte, pero luego simplemente preguntó sin rodeos—: ¿Eres gay, sí?

Ryan resopló, sorprendido por otro cambio de tema.

—Sí.

—Bien. A eso me refiero. Los campamentos también serán para eso. Quiero decir que enseñaremos...

—¿Tolerancia?

Ilya sonrió.

—Sí. Intentar cambiar las cosas, ¿verdad?





—Deberías preguntarle a Scott Hunter entonces.

Hizo una mueca.

—Tal vez.

Volvieron a sus vehículos en silencio. Mientras Ilya abría su Mercedes SUV, dijo:

—Encuentra algo que te haga feliz, Price. Aférrate a ello.

Ryan asintió, y su garganta se sintió repentinamente apretada. Había tenido a alguien que lo había hecho feliz, y lo había dejado ir. ¿Y para qué? Una vida de nada más que dolor y miseria que se sentía obligado a soportar. Había dinero, claro, pero Ryan ni siquiera disfrutaba gastándolo. Podía vivir sin un sueldo de la NHL. Sólo necesitaba encontrar algo que realmente disfrutara haciendo.

Durante el viaje de vuelta a Toronto, pensó en el hecho de que tenía bastante dinero ahorrado. Podía vender su ridículamente caro apartamento y vivir cómodamente durante mucho tiempo mientras resolvía el resto de su vida. Sólo tenía treinta y un años. Fuera del mundo del hockey, seguía siendo un hombre relativamente joven.

Podría renunciar. Podía *renunciar*. Su corazón se aceleró al darse cuenta de lo posible que era. No había nada que lo detuviera. Claro que enojaría a algunas personas, y probablemente le gritarían, pero ¿le importaría a alguien realmente? Su entrenador llevaba dos meses amenazando con sustituirle.

Deja que lo haga. Deja que otro viva el sueño de la NHL. Ryan había terminado.





Capítulo 27

—¿Puedes creer cuánta gente hay ahí afuera? —dijo Vanessa mientras entraba en la sala verde.

De hecho, Fabián no había mirado cuánta gente había en el club. Era uno de los locales más grandes en los que había tocado; le impresionaba que su discográfica lo hubiera reservado para el lanzamiento de su álbum.

En realidad, sólo había una persona a la que quería ver entre la multitud. Y no había ninguna posibilidad de hacerlo.

—Estás increíble —dijo Vanessa—. Me encanta ese mono.

Fabian se había puesto el mono negro que ahora consideraba de Ryan. Lo había combinado con el exquisito collar que era indiscutiblemente de Ryan. No se había puesto la ropa interior de encaje.

Se le revolvió el estómago. Nunca había tenido miedo escénico en toda su vida, pero esta noche era una bola de nervios. Había estado horriblemente frágil desde que había abandonado a Ryan.

Dios, esperaba que Ryan estuviera bien. Fabian debería haber sido más paciente con él. Abandonarlo de la forma en que lo había hecho no podía ser de ayuda, y llevaba semanas preocupado porque Ryan pudiera haber entrado en una espiral a consecuencia de eso. Fabian había considerado acercarse a él antes de este espectáculo, pero no había sido capaz de hacerlo. Una parte de él seguía pensando que su relación era imposible, independientemente de lo que sintiera por Ryan. Así que ahora Fabian no tenía más remedio que llevar su corazón roto al escenario.

El gerente del club entró en la sala.

—¿Estás listo? —preguntó.

Fabián asintió y se puso en pie. Respiró profundamente para tratar de calmar su estómago, luego se volvió y abrazó a Vanessa.





—Gracias —dijo—. Te quiero.

—Yo también te quiero. Noquéalos, ¿de acuerdo?

Se enderezó e intentó sonreír.

—Por supuesto.

Subió al escenario ante un muro de aplausos y silbidos entusiastas. Sonrió a su público - tan enorme como había descrito Vanessa- y saludó con la mano mientras se dirigía al centro del escenario. Cuando llegó al centro, sacó el violín y el arco de su estuche, se puso delante del micrófono y cerró los ojos. Respiró lentamente dos veces más para centrarse. Aquí era donde cobraba vida. Esto *le encantaba*.

Abrió los ojos y se llevó el violín a la barbilla. Respiró largamente una vez más y comenzó a tocar. Dejó que la música lo envolviera, reverberando en las paredes del club y volviendo a él. Dejó que lo alimentara, llenando todos los lugares de su interior que habían estado vacíos durante semanas. Necesitaba esta energía para poder devolvérsela a su público. Más tarde, cuando ya no quedara nada de él, Fabian podría arrastrar su cáscara de cuerpo de vuelta a casa y desmoronarse, pero ahora mismo su público se merecía lo mejor de él.

Ofreció el espectáculo de su vida. Tocó con el corazón, y sabía que su propia angustia estaba muy presente en cada nota melancólica que cantaba.

No tocó la canción que había escrito sobre Ryan.

Cuando terminó su actuación, sonrió y se inclinó mientras el público aplaudía a rabiar. El sudor le recorría la línea del cabello por el esfuerzo de tocar, y se apartó el flequillo con la punta del arco.

Había trabajado muy duro para este momento. Casi diez años desde que dejó la Sinfónica para que ocurriera exactamente *esto*. Sus ojos ardían de lágrimas y las dejó caer. Se cubrió la boca con la mano, tratando de evitar sollozar ante el público. Porque no eran sólo lágrimas de felicidad. Lamentó cómo *podría haber* sido esta noche, si todavía hubiera tenido a Ryan.

Se limpió los ojos, ensuciando, estaba seguro, su maquillaje. Parpadeó para aclarar su visión y se tomó otro momento para recordar a este público. Para asimilarlo todo antes de abandonar el escenario. Su mirada recorrió la multitud hasta que se posó en un destello de pelo rojo en el fondo, que sobresalía por encima de todos los demás.





¿Ryan?

Definitivamente era Ryan. No había forma de confundirlo. Y cuando la mirada de Fabian se quedó en él, Ryan sonrió tímidamente y dio un pequeño pulgar hacia arriba.

Fabián jadeó. Su corazón latió por primera vez en semanas. Sin pensarlo, bajó del escenario y se dirigió a la multitud. La gente lo tocaba, le daba palmaditas en la espalda, le agarraban los brazos, pero él los ignoraba. Siguió caminando, obligando a la gente a hacerse a un lado porque, si no lo hacían, pasaría por encima de ellos.

Tardó una eternidad en llegar a la parte trasera del club, y por un momento Fabián se preocupó de haber alucinado todo. Pero entonces lo vio. Enorme, hermoso y real. Y llevando la bufanda que Fabian le había regalado por Navidad.

—Hola. —dijo Ryan.

Fabián no dijo nada. Se limitó a rodearlo con sus brazos y a abrazarlo tan fuerte como pudo. Un segundo después, Ryan le devolvió el abrazo, rodeándolo con sus fuertes brazos y acercándolo.

—Buen espectáculo. —dijo Ryan.

—Has venido. — dijo en un sollozo Fabián.

—Sí. ¿Está bien?

Fabian asintió contra su maravilloso y sólido pecho.

—Está bien.

—¿Tienes planes después de esto?

—Ya no.

Ryan se rió.

—Esperaba que pudiéramos hablar.





—Sí —Fabian se apartó y le sonrió con los ojos húmedos—. No te vayas, ¿de acuerdo? Necesito quedarme un rato, pero... quédate. De hecho, quédate a mi lado. No quiero perderte.

No otra vez. Nunca más.

—De acuerdo.

Tomaron un taxi para volver al apartamento de Fabian. Hacía veinte grados bajo cero fuera, y el club estaba fuera del Village.

Ryan no estaba seguro de ir al espectáculo de Fabian, pero sabía que al menos tenía que intentarlo. Literalmente, no tenía nada que perder. Cuando vio a Fabian en el escenario, llevando su collar, el corazón de Ryan se levantó. Fabian no podía haber acabado del todo con él si llevaba su regalo a un espectáculo tan importante.

Llevaba días planeando lo que diría, si se le daba la oportunidad. Parecía que su oportunidad había llegado.

Siguió a Fabian a su apartamento y se sintió aliviado. Pensó que no volvería a ver esta habitación.

Fabian seguía vistiendo su traje de escena. También seguía maquillado, aunque el delineado negro de los ojos se había corrido bastante.

—¿Me das un momento? —preguntó Fabián—. Quiero aseoarme antes de hablar.

—Por supuesto.

Ryan se sentó en el extremo de la cama y esperó mientras Fabian hacía lo que tenía que hacer en el baño. Quince minutos más tarde, Fabian salió con una bata de raso negra, la cara recién lavada y el pelo mojado. Todavía llevaba el collar.





Ryan se rió.

—¿Alguna vez te quitas eso?

Fabián sonrió y se dirigió a la estufa.

—Solo cuando tengo que hacerlo —Tomó la tetera que estaba en uno de los quemadores y la llenó de agua, luego la devolvió a la estufa—. La verdad es que es la primera vez que me lo pongo desde... bueno. Ya sabes.

Ryan lo sabía.

—Me alegro de que te lo hayas puesto esta noche.

—Me alegro de que estuvieras ahí para verlo —Sacó dos tazas de un armario situado encima de la nevera y las puso sobre la pequeña encimera—. ¿Está bien el té de menta?

—Eso suena perfecto.

Fabian preparó el té mientras Ryan lo observaba en silencio. Parecía haber un acuerdo tácito entre ellos de que esperarían a que el té estuviera listo para adentrarse en el tema.

Para cuando Fabian le entregó una taza humeante de té de menta, los nervios de Ryan volvieron a aflorar. Había planeado hablar primero, pero tal vez no era la mejor idea. Fabian se sentó en la silla que estaba libre de ropa desechada esta noche, de cara a Ryan y al extremo de la cama. Los dedos de sus pies desnudos casi tocaban los extremos de los calcetines de Ryan.

—Dejé el hockey. —soltó Ryan.

Los ojos de Fabián se abrieron de par en par.

—Quiero decir que lo estoy dejando. Estoy en proceso de dejarlo. Pero no voy a jugar más partidos. He terminado.

—Vaya. Eso... no era lo que esperaba.





—No sé qué voy a hacer ahora, pero tengo dinero, así que puedo tomarme un tiempo para resolverlo. Y... sanar.

—¿Cómo está tu espalda?

—Mucho mejor. Tuve algunos días de descanso y la descansé.

—Me alegro.

Ryan se dio cuenta de que Fabián estaba siendo cauteloso. No lo culpó.

—No he tomado un analgésico en más de una semana. Ni siquiera un Advil. Nada.

Fabian se mordió el labio y luego dijo:

—Fui demasiado duro contigo por eso. Podría haber confiado en que tuvieras cuidado con tu medicación para el dolor. Llevas mucho tiempo en esto y no eres, por lo que veo, un adicto.

—No lo soy. Siempre he tenido cuidado. Pero creo que sería fácil cruzar esa línea. Demasiado fácil. Y tenías razón en lo de dejarme curar. El hockey es estúpido en ese sentido.

Fabian rodeó su taza con las manos.

—Aunque estuvieras desarrollando una adicción, fue despiadado por mi parte alejarme así. Necesitabas ayuda y apoyo. No... eso.

—Tenías miedo.

—Estaba *aterrorizado* —corrigió Fabian—. Pero quiero que sepas... que no tienes que dejar el hockey. Por mí, quiero decir. Si es por eso que lo hiciste...

—No es la única razón. Lo que dijiste era cierto: el hockey no es bueno para mí.

Fabián parecía aliviado.

—Está bien. Pero si crees que renunciar es la única manera de que esté contigo, no es cierto. Estaba siendo egoísta y eso era algo ridículo para exigirte.

El corazón de Ryan dio un vuelco.





—¿Quieres estar conmigo?

Los labios de Fabián se torcieron.

—Lo has pillado, ¿verdad?

Ryan le sonrió estúpidamente, pero luego se retractó y recordó lo que quería decir.

—Bien. He estado pensando mucho en lo que quiero decir. Y lo he practicado. Así que quiero decirlo.

—¿Lo has practicado?

—Sí.

—Bueno, por supuesto, oigámoslo.

Ryan se puso de pie y dejó su taza sobre el escritorio de Fabian.

—La cosa es... —Hizo una pausa, ya perdido—. Estos últimos meses... —*Maldita sea*—. Sé que no hemos... —Suspiró, y luego maldijo en voz baja.

—Ryan —Fabian se levantó y le puso una mano en el brazo—. No tienes que decir nada.

Ryan negó con la cabeza.

—Estoy enamorado de ti —Tragó saliva—. Tenía que decir eso. Sólo eso.

Fabian apretó los labios y sus ojos brillaron. Dejó escapar un largo y estremecedor aliento y dijo:

—Creo que es posible que yo siempre haya estado enamorado de ti. Sé que suena absurdo, pero es la verdad.

Ryan sonrió tanto que le dolió.

—¿Puedo besarte, entonces?





—Sí. Un momento.

Fabian se subió a la silla en la que había estado sentado, poniéndose de pie sobre ella esta vez. Ahora era un par de centímetros más alto que Ryan, lo que le hizo reír.

Y entonces levantó la cabeza para besar al hombre que amaba. Fabian rodeó el cuello de Ryan con sus brazos, y Ryan enganchó un brazo bajo el trasero de Fabian y lo levantó de la silla para llevarlo a la cama.

—Tu espalda *está* realmente mejor. —dijo Fabián con alegría.

—Sí. Déjame mostrarte qué más puede hacer.

Las cejas de Fabián se dispararon.

—¡Oh Jesús!

Ryan se rió y lo dejó caer sobre el colchón.

—Te ves tan sexy en esa cosa.

—¿Qué? —preguntó Fabián, deslizando una mano sobre el sedoso material de su bata—. ¿Esto? Me alegro de que te guste porque me estoy *congelando*. No es nada apropiado para las frías noches de invierno.

—Te voy a calentar.

—Por supuesto que sí. Quítate la ropa.

—Ryan —murmuró Fabian más tarde, cuando estaban enredados en la cama juntos, somnolientos y saciados—, tengo una pregunta muy importante sobre tus muslos.





—¿Qué hay con eso?

—¿Qué pasa con ellos cuando dejas de jugar al hockey?

Ryan dejó de acariciar el pelo de Fabian por un momento.

—Probablemente se convertirán en muslos normales.

—Eso es lo que me temía.

—Dejar el hockey no suena tan bien ahora, ¿verdad? —se burló Ryan.

—Hm. Supongo que tendré que aprender a vivir sólo con tu imponente altura, tu hermosa cara y tu enorme pene.

—Y mi personalidad divertida.

Fabian le dio una ligera palmada en el brazo.

—Eres muy divertido —Se puso encima de Ryan y lo miró—. Y eres dulce. Y te amo.

—Yo también te amo.

—Voy a dar algunos conciertos fuera de la ciudad a finales de este mes. ¿Te gustaría acompañarme?

—¿En avión?

Fabian se rió.

—Sobrestimas mucho el presupuesto para viajes de un músico independiente. No, iré en coche o en tren.

—Oh —Ryan sonrió—. Sí. De acuerdo. Iré contigo. Podemos ir en mi coche.

—Mi discográfica está planeando una gira canadiense para mí este verano. Si pasar el verano conduciendo durante horas entre ciudades canadienses con una estrella emergente te atrae, podrías hacerlo.





Durante un largo momento, Ryan no dijo nada. Sonaba perfecto, conducir a través del país con el hombre que amaba. Estar allí para ver a Fabian deslumbrar al público en diferentes ciudades. Estar ahí para besar a Fabian después de sus shows, y luego llevarlo de vuelta a su habitación de hotel y mostrarle exactamente lo orgulloso que estaba de ser su novio.

—Pero esto no es todo sobre mí —añadió Fabian, rompiendo la vertiginosa fantasía de Ryan—. Vamos a descubrir lo que necesitas. ¿Qué te hace feliz, Ryan?

Por el momento, Ryan no podía imaginar que necesitara más que el hombre que tenía entre sus brazos, pero dijo:

—No lo sé. Pero no puedo esperar a averiguarlo.





Epílogo

Fabián: ¿A qué terminas hoy?

Ryan: Ya estoy terminando. ¿Estás en el hotel?

Fabián: Estoy en un café.

Envió a Ryan una foto de un capuchino junto a un plato con un pain au chocolat⁴¹ a medio comer.

Fabian: Me encanta Montreal.

Ryan sonrió. Acababa de terminar su primer día de entrenamiento en el campamento de hockey benéfico de Rozanov y Hollander, y había ido sorprendentemente bien. Se había sentido un poco incómodo al lado de algunas de las superestrellas que habían aceptado ayudar, pero al menos Wyatt estaba allí.

Aunque, Wyatt era prácticamente una superestrella en estos días. Desde que fue traspasado a Ottawa, había jugado extremadamente bien para el equipo en dificultades. Ryan estaba feliz por él.

El primer día de campamento había sido un poco caótico, con todo el mundo intentando averiguar cómo iba a funcionar exactamente, pero había sido divertido. Los niños eran estupendos y a Ryan le gustaba que el campamento acogiera a todos los géneros. Terminó el día trabajando individualmente con una niña de trece años para mejorar su pivote⁴². Fue increíble poder compartir habilidades reales de hockey con alguien. Fue increíble que le recordaran que *tenía habilidades reales de hockey*.

—Buen trabajo hoy, Pricey —Wyatt se acercó por detrás y le dio una palmada en el hombro—. ¿Es Fabian el que está enviando mensajes de texto?

—Sí. Está comiendo pastelería en alguna parte.

⁴¹ De origen francés, que significa panecillo con chocolate.

⁴² Es una posición dentro del campo de juego, por lo general se usa en referencia a un delantero que es físicamente grande, con la dureza para sacar el disco de las esquinas, posee instintos ofensivos, tiene movilidad y habilidades para manejar el disco.





—Jesús, ¿y te envía fotos de ello? Eso parece cruel. Escucha, ¿sabes dónde están Roz o Hollander? Conseguí que la madre de Owen firmara el informe del incidente y ahora no sé qué hacer con él.

—¿Informe de incidentes? ¿Qué ha pasado?

—Aw, no mucho realmente. Algunos empujones en el vestuario. Creo que tiene algún viejo problema con ese chico Harper.

—Oh —Ryan no podía imaginarse qué clase de problemas podrían tener dos niños de doce años—. Puedo tomar eso por ti. Se lo daré.

—Gracias, amigo. Lisa me está esperando, así que nos vemos mañana, ¿de acuerdo?

Le entregó a Ryan el papel y se alejó corriendo.

Ryan miró a un extremo del pasillo en el que estaba, y luego al otro. Estaba bastante seguro de que había algún tipo de despacho en alguna parte que Rozanov y Hollander estaban utilizando. Tal vez uno de ellos estuviera allí.

Eligió una dirección y empezó a caminar. Se alegró de haber decidido aceptar la oferta de Rozanov y entrenar este campamento. A Ilya le había costado mucho convencerlo, pero después de que Ryan mantuviera largas conversaciones con Fabian, sus padres, Colleen y su terapeuta, había decidido que ésta sería una buena manera de ver si el hockey tenía algo que ofrecerle.

Estaba pensando seriamente en entrar en algún tipo de programa de educación infantil. O tal vez un programa de educación física. Le gustaba trabajar con niños, y le gustaba ser activo. Le gustaba *mucho* la idea de hacer del hockey algo positivo e inclusivo para todos. Era una causa que le apasionaba.

Oyó la inconfundible voz de Rozanov -un acento burlón- procedente de una habitación del pasillo. Se dirigió hacia el sonido y se detuvo al oír una segunda voz más enfadada. Parecía la de Hollander.





Se acercó un poco más y pudo confirmar que era Shane Hollander, y que parecía estar discutiendo con Rozanov. Bueno, eso no era realmente una sorpresa. Ryan todavía no había superado el hecho de que se llevaran bien en absoluto.

La discusión cesó y Ryan se dirigió a la puerta. Debería haber llamado antes de abrirla de un empujón, porque lo siguiente que vio fue a Ilya inmovilizando a Shane contra la pared.

Con su boca en la de Shane.

Shane lo vio primero, e inmediatamente apartó a Ilya de él. Ilya se giró para ver quién era el intruso, pero no parecía tan asustado como Shane.

—Price —dijo Ilya con calma—. ¿Qué pasa?

Shane se sonrojaba furiosamente y alisaba la parte delantera de su polo de director de campamento.

—Tengo algo de papeleo. Wyatt me lo dio. Para ustedes.

—Gracias —dijo Shane—. Puedes ponerlo en el escritorio. Y, uhm, sobre lo que acabas de ver...

Ilya puso los ojos en blanco y le quitó el papel a Ryan.

—No se *lo va a decir a nadie*, Shane. Relájate.

Lanzó a Ryan una mirada interrogativa que decía: *no se lo ibas a contar a nadie, ¿verdad?*

—No. No se lo diré a nadie. Que ustedes estaban, um...

—¿Liándonos en el trabajo? Sí. Eso se vería mal. —dijo Ilya con una sonrisa divertida.

Shane lucía como que no volvería a sonreír nunca.

—No sé qué es lo que veo en ti —refunfuñó Shane.

—Sí. Dices eso todos los días.

Ryan no pudo evitar sonreírles. De repente, las cosas tenían mucho más sentido.





—Su secreto está a salvo conmigo. —prometió.

Se marchó a toda prisa, sintiéndose avergonzado pero también con muchas ganas de ver a su propio novio. Él y Fabian estarían aquí por una semana, y luego se dirigirían al Atlántico canadiense para que Fabian pudiera dar algunos conciertos y ambos pudieran pasar un tiempo en familia.

Ryan no estaba seguro de cómo iba a ir la cosa con la familia de Fabian. Los Salah sabían que estaban juntos, pero Fabian dijo que no creía que lo creyeran hasta que los vieran en persona. Pasara lo que pasara, Ryan estaría al lado de Fabian.

Encontró a Fabian sentado en un banco fuera de su hotel. Estaba jodidamente guapo con su mono azul de estampado floral, unas enormes gafas de sol negras y unas alpargatas amarillas brillantes. Ryan llevaba pantalones cortos, calzados deportivos y una camiseta gris del campamento.

Fabián se puso de pie al verlo y le entregó una pequeña bolsa blanca.

—Te traje un croissant de almendras.

Ryan miró en la bolsa.

—Es raro que te lo hayan vendido con un mordisco.

—*¡Lo sé!* Debería quejarme.

Ryan lo besó, ahí mismo, en la acera.

—Hueles bien.

—Puede que haya probado algunas fragancias en Holt Renfrew⁴³.

Ryan enterró su cara en el pliegue del cuello de Fabian e inhaló.

—Me gusta este. ¿Lo has comprado?

—No, cariño. Ese es tu trabajo.

⁴³ Holt, Renfrew & Co., Limited es una cadena canadiense de grandes almacenes de lujo.





Ryan sonrió y lo besó en el cuello.

—¿Has tenido un buen día, entonces?

—Lo tuve, pero hace mucho calor y esperaba que pudiéramos retirarnos a nuestra habitación de hotel con aire acondicionado.

—Suenas como un plan. ¿Tienes alguna idea para la cena? Además de los pasteles, claro.

—Ninguna. Pero... Tengo algo que mostrarte —Le entregó a Ryan su teléfono—. Dime lo que piensas.

Ryan hojeó la galería de imágenes. Todas eran fotos de habitaciones de una pequeña casa adosada cerca del Village.

—¿Esto está en venta?

Fabián se mordió el labio.

—No es barato.

Ryan cerró la galería y miró el precio. Era casi la mitad de lo que le había costado su piso en el rascacielos.

—Podemos hacer esto.

—¿Podríamos? Vanessa y Tarek dijeron que lo comprobarían por nosotros y me harían saber si vale la pena seguir.

A Ryan le encantaba la idea de que Fabian llenara esas habitaciones de color y adornos. Le encantaba la idea de construir un hogar y una vida con Fabian. No le importaba dónde vivieran, pero sabía que Fabian quería estar cerca de sus amigos. Cerca de su comunidad. Ryan estaba encantado de hacerlo, aunque eso significara unos precios inmobiliarios ridículamente altos.

Atravesaron de la mano las puertas correderas de cristal del vestíbulo del hotel, mientras Fabian movía los brazos de forma juguetona.





—No se lo digas a papá y mamá —dijo—, pero estoy muy agradecido de que hayan acogido a jugadores de hockey cuando yo crecía.

Ryan se rió.

—Me resulta difícil de creer.

—Estoy seguro de que no tenían intención de hacer de casamenteros para su hijo, pero ciertamente funcionó.

—Lo hizo.

—Tal vez les dé las gracias en nuestra boda.

Ryan resopló, descartando la idea como si fuera ridícula. Como si no hubiera estado pensando en proponerle matrimonio desde el momento en que Fabian lo rodeó con sus brazos después de la presentación de su álbum.

Mientras esperaban el ascensor, Ryan miraba descaradamente a Fabian con su bonito mono. Sus delgadas piernas y brazos desnudos lo distraían completamente. Fabian debió notar el interés de Ryan, porque se lamió el labio y, presumiblemente, lo miró a los ojos. Era difícil saberlo con las gafas de sol que le cubrían la mayor parte de la cara.

Cuando se quedaron solos en el ascensor, Fabián se burló ante la evidente erección que tensaba la tela de su mono corto.

—Genial. Mira lo que has hecho.

Ryan se rió y pensó en todas las formas en que le gustaría aliviar el problema de Fabian.

—Espero que estés feliz. —lo regañó Fabián.

Ryan sonrió.

—Realmente lo estoy.









carina press™

Presentamos la promesa romántica de Carina Press.

Todos los miembros del equipo de Carina Press tenemos algo en común: somos lectores de novelas románticas y amamos el género desde hace mucho tiempo. Y sabemos lo que los lectores buscan en una novela romántica: la garantía de un final feliz *por siempre* (HEA) o de un final feliz *por ahora* (HFN). Con esto en mente, estamos iniciando la promesa romántica de Carina Press. Cuando veas un libro etiquetado con estas palabras en nuestro texto de portada/descripción del libro, te estamos haciendo a ti, el lector, una promesa muy importante:

Este libro contiene un romance central en la trama y termina en un HEA o HFN.

Sencillo, ¿verdad? Pero muy importante, ¡lo sabemos!

Busque la promesa romántica de Carina Press y haga un clic con la confianza de que entendemos lo que está en el corazón del género romántico.

Busque esta línea en las descripciones de los libros de Carina Press:

Haga un clic con confianza. Este título forma parte de la promesa romántica de Carina Press: todo el romance que buscas con un HEA/HFN. ¡Es una promesa!

Descubre más en CarinaPress.com/RomancePromise

Más información en CarinaPress.com





carina press™

¡Creemos que tienes un buen libro dentro de ti!

¿Escribes en los siguientes géneros? Harlequin's Carina Press quiere ver tu manuscrito.

- Romance contemporáneo
- Suspenso romántico
- Romance histórico
- Romance paranormal
- Misterio
- Romance erótico
- LGBT
- Romance de ciencia ficción y fantasía

¡Envíalo hoy mismo!

Todos los manuscritos reciben una evaluación exhaustiva por parte de un editor de Carina Press y una decisión en un plazo de 12 a 16 semanas. ¿Qué puedes perder?

Para saber más sobre nuestras directrices de presentación, visítenos en

CarinaPress.com/WriteForUs.

No te lo pierdas.



Suscríbase a nuestro boletín editorial y manténgase al tanto de las últimas convocatorias y noticias editoriales:

[Bit.ly/CPEditorialNewsletter](https://bit.ly/CPEditorialNewsletter)



Reciba las últimas novedades de Carina Press uniéndose a nuestro boletín electrónico.

No te lo pierdas, suscríbete hoy mismo.

CarinaPress.com/newsletter

Suscríbete y recibe ofertas y cupones de Carina Press directamente en tu bandeja de entrada.

Además, como suscriptor del eNewsletter, recibirás la primicia de todo lo relacionado con Carina Press y serás el primero en conocer nuestras novedades.

Visite CarinaPress.com

Otras formas de mantenerte en contacto:

Facebook.com/CarinaPress

Twitter.com/CarinaPress



ISBN-13: 9781488051241

Tough Guy

Copyright © 2019 by Rachelle Goguen

Todos los derechos reservados. Mediante el pago de las tasas requeridas, se le ha concedido el derecho no exclusivo e intransferible de acceder y leer el texto de este libro electrónico en pantalla. Ninguna parte de este texto puede ser reproducida, transmitida, descargada, descompilada, sometida a ingeniería inversa, o almacenada o introducida en cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico, conocido o inventado en el futuro, sin el permiso expreso por escrito del editor, Harlequin Enterprises Limited, 22 Adelaide Street West, 40th Floor, Toronto, Ontario, Canadá M5H 4E3.

Todos los personajes de este libro no existen fuera de la imaginación del autor y no tienen relación alguna con nadie que lleve el mismo nombre o nombres. No están inspirados ni de lejos en ningún individuo conocido o desconocido por el autor, y todos los incidentes son pura invención.

Esta edición se publica por acuerdo con Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas comerciales del editor. Las marcas indicadas con ® están registradas en la Oficina de Patentes y Marcas de Estados Unidos, en la Oficina de Propiedad Intelectual de Canadá y en otros países.

www.CarinaPress.com